

mi Iglesia, y las potestades del infierno no triunfarán contra ella. Y le confió las llaves del reino de los cielos para que las transmitiera a sus sucesores.

Los enemigos de Jesucristo. – Durante los tres años de su vida pública, Jesucristo tuvo que combatir la incredulidad de los judíos y la hostilidad celosa de los jefes de la nación. Israel esperaba un Mesías poderoso, para restaurar el trono de David y dar a los judíos el imperio sobre todos los pueblos. Esperaba una revolución política y no un cambio religioso, interpretando en este sentido material las profecías que anunciaban el reino glorioso del Mesías. Este pueblo carnal y terreno no reconoció al conquistador de sus ensueños en este profeta de Nazaret, pobre y oscuro, que predicaba la guerra a las pasiones, el desprecio de las riquezas y el reinado de Dios en las almas.

El pueblo, empero, arrastrado por la dulzura y los milagros de Jesús, se dejaba convencer; pero los jefes de la nación se declararon enemigos de Jesucristo y atribuían sus milagros al poder del demonio.

Dominaban en aquella época en Judea dos sectas funestas: los saduceos y los fariseos. Los primeros, filósofos materialistas, no pensaban más que en la vida presente, buscando de una manera exclusiva los placeres sensuales. Los fariseos, hipócritas y perversos, bajo la práctica exterior de la ley de Moisés, ocultaban un orgullo desmedido y vicios infames. Entre estos dos partidos estaba dividida la alta sociedad y ejercían gran influencia sobre el pueblo. La mayor parte de los miembros del famoso tribunal llamado *sanedrín* formaba en las filas de una y otra secta.

El sanedrín presidido por el sumo sacerdote, era el gran tribunal de la nación, encargado de regir y juzgar los asuntos religiosos. Se componía de setenta y dos miembros, divididos en tres cámaras: los príncipes de los sacerdotes o jefes de las veinticuatro familias sacerdotales; los escribas o doctores de la ley; los ancianos del pueblo o jefes de las tribus y de las principales familias. El sanedrín tenía el derecho de castigar a los transgresores de la ley, pero, desde que los romanos impusieron su dominación a los judíos, le estaba prohibido pronunciar sentencia de muerte.

Los fariseos fueron los enemigos más encarnizados de Jesucristo. Celosos de su popularidad, heridos en su orgullo por la superioridad de su doctrina, exasperados por la libertad con que condenaba sus errores y descubría su hipocresía, concibieron contra Él tal aversión, que bien pronto se convirtió en odio mortal. La sabiduría de Dios, que gobierna el mundo, se sirvió de este odio para llevar a cabo la redención del linaje humano.

La Pasión de Cristo Redentor. – Jesucristo había venido a este mundo, no sólo para instruirlo y traerle una religión más perfecta, sino también para salvar a la humanidad culpable. Ahora bien, esta redención debía cumplirse mediante el sacrificio de su vida y la efusión de su sangre. A mitad del tercer año de su predicación, Jesucristo subió a Jerusalén para celebrar allí la Pascua con sus apóstoles.

Cristo, verdadero rey de Israel, quiso entrar triunfalmente en la Ciudad Santa. El pueblo, al saber que llegaba Jesús, corrió a su encuentro, llevando palmas y ramos de olivo, alfombrando con hojas el camino que debía recorrer, mientras gritaba lleno de júbilo: *¡Hosanna al Hijo de David! ¡Gloria al Mesías!*

Estas aclamaciones enfurecieron a los fariseos, que buscaron la manera de apoderarse de Él, sin soliviantar a la muchedumbre. Aceptaron complacidos el ofrecimiento de Judas Iscariote, que se brindaba a entregarle mediante el pago de treinta monedas de plata. Esta venta se repite en el transcurso de los siglos contra Cristo y su Iglesia. Los judíos compran la prensa, compran los votos, y la traición de Judas se repite en el mundo.

Jesús en el Huerto de los Olivos. – El Jueves Santo por la noche, el Salvador reunió en Jerusalén a sus doce apóstoles para comer el cordero pascual, según el ceremonial prescrito por Moisés. Después de la institución de la divina Eucaristía, la gran Pascua de la nueva ley, Jesús se dirigió al Huerto de los Olivos. Allí, al considerar los sufrimientos que le esperaban y su inutilidad para muchos, el Salvador se sintió oprimido por una amarga tristeza: cayó en agonía y, desde las ocho de la noche a las nueve, lloró los pecados de los hombres.

A medianoche viene Judas capitaneando a los soldados del sanedrín. Jesús pronuncia esta única frase: *Soy Jesús de Nazaret*, y la tropa cae de espaldas. Quiere mostrar con este prodigio que va a entregarse libremente a los sufrimientos. Se deja, pues, atar y conducir a Jerusalén, mientras sus discípulos le abandonan.

Jesús en presencia de Caifás. – Contra todas las reglas de procedimiento, el gran sacerdote reúne el sanedrín a medianoche, para condenar al Salvador. Estos jueces buscan testigos falsos, pero sus declaraciones carecen de eficacia para justificar la sentencia de muerte. Para poder pronunciarla contra Jesús, no halla el sanedrín otro pretexto que la afirmación solemne de Jesús: *Sí, soy el Cristo, el Hijo de Dios*. Caifás dice que semejante afirmación es una horrenda blasfemia; y como, de acuerdo con la ley mosaica, la blasfemia era castigada con la muerte, Jesús es condenado y entregado a la brutalidad de los lacayos y soldados.

Jesús ante Pilatos. – El Viernes Santo, a eso de las siete de la mañana, Jesús es conducido al tribunal de Pilatos, gobernador romano, para que ratifique y ejecute la sentencia. El gobernador invita a los enemigos de Jesús a que expongan sus acusaciones contra Él; y entonces, los del sanedrín, dejando a un lado la acusación de blasfemia, le presentan como reo de crímenes políticos. *Este hombre, dicen, subleva al pueblo; prohíbe que se pague tributo al César, y se dice el Cristo Rey.*

Pilatos interroga a Jesús, reconoce su inocencia y busca la manera de ponerle en libertad; pero no quiere disgustar a los judíos, por temor de ser denunciado al emperador Tiberio de perder el puesto. Oyendo que Jesús es galileo, le manda, sin demora, a Herodes, que se halla en Jerusalén con motivo de las fiestas de la Pascua.

Jesús ante Herodes. – Herodes, orgulloso de ver comparecer ante su tribunal a ese hombre extraordinario, le pide que haga algún milagro. En presencia de aquel príncipe impúdico, Jesús guarda silencio; por lo cual Herodes, despedido, le hace vestir con un traje de burla como a un loco y lo devuelve a Pilatos.

Durante este tiempo, los fariseos propagan entre el pueblo toda suerte de calumnias contra el Salvador; la aparente debilidad y abatimiento de Jesús, el juicio del sanedrín y de Herodes, todo induce a creer que lo afirmado por los fariseos no es una calumnia, sino verdad. El pueblo judío, que cinco días antes gritaba: *¡Hosanna al Hijo de Dios!*, dentro de poco pedirá su muerte. De un modo análogo el pueblo católico argentino y el de otros países, engañado por los judíos y masones, vota por los enemigos de Dios y les permite forjar toda clase de leyes contrarias a la libertad de la Iglesia y al bien de la patria. Vuelve Jesús a presencia de Pilatos. – El gobernador, viendo el odio de los fariseos, desea salvar a Jesús. Espera hallar más justicia en el pueblo, y siguiendo la costumbre de indultar a un preso en el tiempo pascual, compara a Jesús a un asesino llamado Barrabás: *¿A quién queréis que ponga en libertad*, pregunta a la muchedumbre, *a Jesús o a Barrabás?* El pueblo seducido por los fariseos, pide la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús.

Pilatos se indigna; y para mover al pueblo a compasión, condena a Jesús a la pena de azotes, no obstante haberle declarado inocente.

Este suplicio reservado para los esclavos, era, según la ley romana, horriblemente cruel. El condenado, completamente desnudo, era atado a una columna baja, de modo que presentara la espalda encorvada a los golpes terribles de los verdugos ejercitados en el arte de la tortura. Los ramales de cuero terminaban en corchete para desgarrar las carnes, o en bolas de plomo para magullar las llagas. Cada golpe arrancaba jirones de carne, y la sangre corría de todas las partes del cuerpo. Bien pronto la víctima, encorvándose hacia un lado, dejaba todo su cuerpo

expuesto a los golpes desgarradores; no era raro ver al condenado morir en este suplicio. La paciencia divina de Jesús asombra a los verdugos y excita su rabia; y de la planta de los pies hasta la coronilla no hay en Él un punto sano, pudiéndosele contar todos los huesos, con lo que se realiza la profecía de Isaías: *Dinumeraverunt omnia ossa mea*. De esta suerte, la pureza por esencia pagaba las impurezas de los hombres.

Después de tan espantoso tormento material, los soldados romanos quisieron burlarse de este Rey de los judíos. Le hicieron sentar sobre un fragmento de columna como sobre un trono; le echaron sobre las espaldas, a manera de manto real, un harapo de púrpura; pusieron en sus manos una caña por cetro y ciñeron sus sienes con una corona de punzantes espinas, adaptándola a fuerza de golpes; luego, como tributo, le escupieron en el rostro y le dieron de bofetadas. Para expiar el orgullo del hombre, el Salvador sufre estas crueles ignominias con paciencia divina.

Pilatos muestra al pueblo a Jesús en un estado capaz de conmover las mismas piedras. La víctima tiene el cuerpo desgarrado, la cabeza coronada de espinas, el rostro manando sangre; y cuando así lo ha puesto a la vista del pueblo, el juez dice: *¡He aquí al hombre!* Los judíos lanzan gritos de furor: *¡Crucifícalo!... Nosotros tenemos una ley, y según ella debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios.*

Los romanos solían respetar las leyes religiosas de los pueblos conquistados, y por eso los fariseos substituyen el crimen de Estado, que Pilatos rehúsa admitir, con el crimen de religión. Sin embargo, el gobernador todavía vacila. Entonces, ellos le descargan el último golpe: *Si lo pones en libertad, no eres amigo del César, puesto que todo aquel que se hace rey se declara contrario al César.*

Al oír estas palabras, Pilatos se estremece ante el temor de perder su puesto, y se lava las manos diciendo: *Soy inocente de la sangre de este justo; vosotros responderéis de ella.*

Los judíos gritan: *¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!* El gobernador pronuncia la sentencia y condena a Jesús a muerte de cruz.

Dos años más tarde, este juez inicuo, acosado por los judíos, fue desterrado a Poitiers, en las Galias, donde, desesperado, se suicidó. La imprecación del pueblo judío, por otra parte, se cumplió: la maldición de Dios cayó sobre él y sobre su raza, que se halla dispersa por todo el mundo, llevando siempre en su frente el estigma de Caín.

Jesús en el Calvario. – El suplicio de la cruz estaba reservado a los esclavos y a los malhechores. El Salvador del mundo, cargado con nuestras iniquidades, quiere

pasar por este suplicio humillante y cruel. Los verdugos colocan sobre sus hombros una pesada cruz, que Él abraza con amor y lleva penosamente hasta el Calvario, lugar destinado a las ejecuciones. El camino que conducía a él tenía una longitud de 750 metros.

Al recorrer esta vía dolorosa, Jesús, extenuado por tantos sufrimientos, cae tres veces. Al salir de Jerusalén, se halla incapaz de dar un paso, llevando la cruz a cuestas; los soldados obligan a un hombre de Cirene a que ayude a la víctima. Jesús se encuentra con su santísima Madre, y su corazón se desgarró de pena. Más adelante, una piadosa mujer, llamada después la Verónica, enjuga su divino rostro, y el Señor, agradecido, deja impresa en el sudario su santa faz.

En la subida al Calvario, el Salvador habló sólo una vez, pero habló como doctor y como profeta. Anunció a las mujeres de Jerusalén que le seguían llorando, el castigo futuro de su patria y la suerte del pecador que no quiera aprovecharse de los frutos de la Redención.

Llegado al Calvario, Jesús, despojado de sus vestiduras, es clavado en la cruz por cuatro sayones, que hacen penetrar, a fuerza de golpes de martillo, enormes clavos en sus pies y manos. Cuando la víctima queda clavada, en medio de atroces sufrimientos, los verdugos levantan la cruz y la dejan caer de golpe en el hoyo preparado de antemano. Cada sacudida produce en todos los miembros de Jesús un estremecimiento de espantosos dolores... Era mediodía.

Dos ladrones fueron también crucificados con Él, uno a la derecha y otro a la izquierda. Así se cumplía la profecía: *Ha sido contado entre los malhechores.*

Sobre la cruz, el Salvador, levantado entre la tierra y el cielo, pronuncia siete palabras. Ora por sus verdugos; promete el paraíso al ladrón arrepentido; entrega a María por madre a Juan, y luego calla por espacio de tres horas. En aquel momento, el sol se obscurece y densas tinieblas cubren la tierra. Jesús ruega ante la justicia divina por los pecadores. Viendo el número de los réprobos que no querrán aprovecharse de sus méritos, deja escapar un grito de desconsuelo hacia su Padre: *¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?...* Después se vuelve a los hombres para decirles: *Tengo sed... tengo sed de la salvación de vuestras almas...* Por último anuncia que *todo se ha consumado*: las profecías se han cumplido, el precio de nuestro rescate está pagado. El Redentor profiere un gran grito, pone su alma en las manos de su Padre, he inclinando la cabeza, muere... Eran las tres de la tarde.

La naturaleza entera pareció llorar la muerte de su Criador: la tierra tembló, las rocas del Calvario se partieron, se desgarró el velo del Templo, las tumbas se

abrieron... El centurión romano, que guardaba a los ajusticiados, exclamó: *¡Este hombre era realmente el Hijo de Dios!*

Sepultura de Jesús. – Algunas horas después, un soldado, para atestiguar la muerte de Jesús, abre de una lanzada el costado de la víctima y de la herida sale sangre y agua. José de Arimatea y Nicodemo obtuvieron permiso de Pilatos para sepultar el sagrado cuerpo. Habiéndolo desclavado de la cruz, lo colocaron en un sepulcro nuevo excavado en una roca. Los judíos, sabiendo que Jesús había predicho su resurrección y temiendo que vinieran a robar el cadáver, sellaron la tumba con el sello de la nación y pusieron varios soldados para que la guardaran. Esta precaución, completamente providencial, sólo va a servir para hacer más auténtica la resurrección de Jesucristo.

Resurrección de Jesucristo. – El domingo, al despuntar la aurora, Jesús sale lleno de gloria de la tumba sin tocar la piedra. La tierra tiembla, un ángel desciende del cielo, hace rodar la piedra, se sienta en ella y siembra el terror entre los guardianes del sepulcro. Estos, viendo vacío el sepulcro, corren a anunciar al sanedrín la resurrección del crucificado. Los príncipes de los sacerdotes les entregan una cantidad de dinero para que esparzan la voz de que, estando ellos durmiendo, habían venido los discípulos de Jesús y robado el cadáver.

El mismo día, el divino Jesús se aparece por la mañana a María Magdalena, a las santas mujeres y a Pedro. Por la tarde, se muestra a dos discípulos en el camino de Emaús, y después a sus apóstoles, reunidos en el Cenáculo.

Durante cuarenta días se aparece a sus apóstoles en diversas circunstancias; les encarga que enseñen y bauticen a todas las naciones y, finalmente, les da las últimas instrucciones para establecer su iglesia, de la que nombra definitivamente a Pedro primer pastor y Jearca supremo.

Ascensión. – El cuadragésimo día, Jesús, seguido de ciento veinte discípulos se encamina al monte de los Olivos. Allí, después de haber prometido a sus apóstoles que les enviaría el Espíritu Santo, los bendice por última vez y en su presencia se va a los cielos.

112. P. *¿Cómo conocemos la vida de nuestro Señor Jesucristo?*

R. Conocemos la vida de nuestro Señor Jesucristo particularmente por los Evangelios.

Se llaman Evangelios los cuatro libros donde se narra la vida, los milagros y las principales palabras de Jesucristo.

Autores de los Evangelios son los apóstoles San Mateo y San Juan, y dos discípulos, San Marcos, discípulo de San Pedro, y San Lucas, discípulo de San Pablo.

Los tres primeros evangelistas, San Mateo, San Marcos y San Lucas, escribieron su Evangelio del año 40 al año 70 de la era cristiana; San Juan, a fines del primer siglo.

La palabra Evangelio es lo mismo que buena nueva. Es la nueva de la redención de los hombres, nueva grandísima y felicísima sobre todas las demás. Se da este nombre, ya a la doctrina de Cristo, ya a los libros en que está contenida.

Cuatro hombres elegidos por Dios, dos apóstoles y dos discípulos, escribieron, bajo la inspiración del Espíritu Santo, la divina historia de lo que Jesús dijo e hizo entre los hombres. Las narraciones de estos cuatro testigos, aunque diversas en la forma, en la intención, en el origen, se explican y confirman las unas a las otras, de suerte que no constituyen sino un solo Evangelio.

1° El Evangelio de San Mateo fue escrito hacia el año 42, ocho años después de la Ascensión del Salvador. San Mateo, apellidado Leví, cuando estaba a punto de dejar la Palestina para ir a llevar a otras naciones la buena nueva, escribió en hebreo, para los judíos convertidos de Jerusalén, los hechos principales de la vida de Jesús. Su intento fue demostrar a los judíos incrédulos que Jesús de Nazaret era realmente el Mesías anunciado por los profetas. Es el más antiguo de los cuatro Evangelios.

2° El Evangelio de San Marcos fue escrito cinco o seis años más tarde, en Roma, por Juan Marcos, discípulo y secretario de San Pedro. Marcos siguió a su maestro a Roma, recogió sus narraciones y, en vista de ellas, escribió su Evangelio a petición de los romanos, deseosos de tener por escrito el compendio de las enseñanzas dadas por el Apóstol. Este Evangelio, aprobado por San Pedro, estaba destinado particularmente a los gentiles, así como el de San Mateo lo estaba para los judíos convertidos. Es el más compendiado.

3° San Lucas compuso el tercer Evangelio y los Hechos de los Apóstoles entre los años 53 y 60 de la era cristiana. Natural de Antioquia, médico, pintor y escritor distinguido, San Lucas fue convertido por San Pablo y se hizo el compañero de sus viajes a Éfeso, a Jerusalén, a Grecia y a Roma. Sacó los elementos para su Evangelio de las predicaciones de su maestro, de sus relaciones con los otros apóstoles y de las enseñanzas que recogiera de los labios de la Virgen María²⁶.

²⁶ Según la tradición, San Lucas reprodujo siete veces el retrato de la Santísima Virgen; y en Roma se conservan aun algunos ejemplares.

San Lucas se propuso ordenar, de la mejor manera posible, la narración de los hechos evangélicos; y así su libro tiene más forma de historia que los otros: es el más completo y el más metódico de los Evangelios. San Lucas escribió para los griegos, cuya lengua hablaba admirablemente. Presenta al Hombre-Dios como al Salvador del género humano.

4° El Evangelio de San Juan fue compuesto a fines del siglo primero. San Juan, el discípulo predilecto de Jesús, el último superviviente de los apóstoles, escribió en griego su Evangelio, a ruegos de los obispos de Asia, para combatir las primeras herejías sobre la divinidad de Jesucristo. Pone todo su empeño en dar a conocer mejor al Salvador, su existencia eterna en el seno de Dios, su unión substancial con el Padre, su encarnación y el misterio de la vida divina que Jesús venía a comunicar a los hombres.

Los tres primeros evangelistas narran la vida exterior del Salvador y sus enseñanzas populares. San Juan guarda silencio acerca de lo que se halla en los primeros Evangelios, y ahonda más que los otros hagiógrafos en los secretos de Jesús y en lo sublime de su doctrina. Es el único que reproduce su discurso de después de la Cena, la página más hermosa de nuestros Libros Santos, donde se aspira un aroma de divinidad y de amor divino.

113. P. *¿Debemos creer todo lo que está contenido en los Evangelios?*

R. Sí; porque se debe creer a un libro histórico cuando es *auténtico, íntegro y verás.*

Los Evangelios poseen estas tres cualidades de una manera mucho más perfecta que todos los otros libros históricos. Escritos por los apóstoles y los discípulos cuyos nombres llevan, han llegado intactos hasta nosotros, y sus autores son testigos verídicos y dignos de fe; no han podido ser engañados ni engañadores. Es imposible, pues, poner en duda los hechos narrados en los Evangelios, sin negar al mismo tiempo toda ciencia histórica.

N.B. – Los Evangelios pueden ser considerados de dos maneras: 1°, como *libros inspirados*; 2°, como libros simplemente *históricos*.

Nosotros, los cristianos, creemos que los Evangelios son libros inspirados, es decir, que los apóstoles y sus discípulos los han escrito siguiendo el impulso del Espíritu Santo, que se los dictó. Como libros inspirados, merecen *fe divina*, esto es, la fe absoluta que merece la palabra de Dios. Pero aquí no tenemos que discurrir acerca de la inspiración.

Consideramos los santos Evangelios como libros de historia, según el concepto puramente histórico.

Conforme a la sana crítica y al buen sentido, un libro de historia tiene autoridad plena y merece fe humana cuando es auténtico, íntegro y veraz.

Un libro es *auténtico* cuando ha sido escrito en la época y por el autor que le asignan.

Un libro es *íntegro* cuando ha llegado hasta nosotros sin alteración, tal como fue compuesto por su autor.

Un libro es *verídico* cuando el autor no puede ser sospechoso de error o de mentira.

1° Autenticidad de los Evangelios. – Los cuatro Evangelios tienen por autores a los escritores cuyos nombres llevan. Así lo demuestran:

- a) El *testimonio del pueblo cristiano*. Este ha considerado siempre los Evangelios como auténticos, los ha leído en los divinos oficios y los ha conservado con religiosa veneración.
- b) El *testimonio de los mismos paganos*, que los atribuyen a los discípulos de Jesús.
- c) La *imposibilidad* de atribuirlos a otros autores, sea *contemporáneos de los apóstoles*, porque éstos hubieran protestado, sea *posteriores a su muerte*, porque los cristianos no lo hubieran admitido.
- d) Los *caracteres intrínsecos* de los Evangelios requieren que sus autores sean testigos oculares y contemporáneos de Jesucristo.
- e) La autenticidad de nuestros Libros Santos exige pruebas más fuertes que las exigidas para los otros libros históricos, pruebas accesibles a todas las inteligencias. Dios ha provisto a esta necesidad. Él nos da una prueba única en el mundo y acomodada a todas las inteligencias, tal como no la posee libro alguno: me refiero al testimonio del pueblo judío para el Antiguo Testamento y del pueblo cristiano para el Nuevo.

Los Evangelios son para los cristianos una herencia de familia cuya procedencia deben conocer mejor que nadie. El pueblo cristiano funda su origen, la razón de su existencia, de su fe, de su vida, en la predicación de los apóstoles que le hicieron conocer las obras, los milagros y las enseñanzas de Jesucristo. Ahora bien, los Evangelios no son más que el resumen escrito de la predicación apostólica. Los primeros cristianos aceptaron estos libros: a) porque conocían a sus autores y sabían que eran dignos de fe, y b) porque no hallaban en estos escritos sino lo que ya creían. Siempre y en todas partes los cristianos han considerado los cuatro Evangelios como

la obra de los apóstoles y de sus discípulos; ante ese testimonio constante y universal se deshacen todas las objeciones de los incrédulos pasados, presentes y futuros.

Los racionalistas creen encontrar, en lo que ellos llaman ciencia crítica, armas contra nosotros. Los sabios cristianos los han seguido en este terreno, y ved aquí los testimonios que la crítica más sabia presenta de los escritos de los primeros siglos de la Iglesia, en favor de la autenticidad de los Evangelios.

San Justino, apologista y mártir en 106, afirma que los Evangelios eran leídos en los oficios del domingo, y habla de esta costumbre como de un uso general que existía de mucho tiempo atrás. Este filósofo pagano abrazó el cristianismo, después de haber recogido los datos más preciosos acerca de todos los hechos evangélicos.

Los Padres apostólicos, contemporáneos de los evangelistas, como San Clemente Romano, discípulo de San Pedro y Papa desde el 91 al 100; San Bernabé, compañero de San Pablo muerto el año 104; San Ignacio de Antioquia, discípulo de San Juan, martirizado el año 107, etc., citan en sus cartas una gran multitud de pasajes sacados del Evangelio; prueba evidente de que los Padres contemporáneos de los apóstoles tenían a la mano los Evangelios y conocían su verdadero origen.

San Ireneo, el sabio obispo de Lyon, discípulo de Policarpo, amigo éste de San Juan, del año 120 al 202, invoca contra los herejes nuestros cuatro Evangelios, que compara a los cuatro puntos cardinales y a las cuatro figuras de querubines. Nos cabe conocer en su célebre obra *Adversus Haereses* la época de su narración. Citaremos sus palabras:

“Mateo publicó su Evangelio entre los hebreos y en su lengua, en la época en que Pedro y Pablo predicaban el Evangelio en Roma y fundaban la Iglesia. Más tarde, Marcos, discípulo y secretario de San Pedro, nos comunica por escrito, las verdades que enseñaba ese apóstol. Lucas, discípulo de Pablo, escribía en un libro el Evangelio que predicaba su maestro. Finalmente, Juan, el discípulo predilecto del Señor, publicó un Evangelio mientras residía en Éfeso, en Asia... Tal es la certeza de nuestros Evangelios, que hasta los mismos herejes la reconocen y testifican.” Son de una importancia capital las palabras de Ireneo, primado de las Galias y discípulo de Policarpo que reúne en su persona la autoridad de la Iglesia de Oriente y Occidente.

Orígenes, que vivió desde 185 a 254, afirma que hay cuatro Evangelios, que son los únicos recibidos sin dificultad en toda la Iglesia de Dios. Este gran doctor no se contenta con nombrar los autores, sino que los comenta y explica.

Tertuliano, años 145-230, es tan explícito como Orígenes: con él tenemos el testimonio de la Iglesia de África.

Es útil reproducir testimonios posteriores al siglo II: son demasiado numerosos. Por consiguiente, no hay duda posible: los cuatro Evangelios fueron escritos por los autores cuyos nombres llevan.

b) **Testimonio de los paganos.** – Al testimonio de los cristianos podemos añadir el de los filósofos paganos, enemigos encarnizados de la Iglesia. Celso, que escribió entre los años 115 y 140 ve en los Evangelios los escritos de los discípulos de Jesús. Porfirio, en el siglo III, y Juliano el Apóstata, llaman a los evangelistas por sus nombres. Si ellos hubieran podido negar el verdadero origen de nuestros Evangelios, no hubieran dejado de hacerlo, porque éste era, evidentemente, el medio más rápido y eficaz para combatir a la Iglesia de Cristo.

c) **Imposibilidad de todo fraude.** – Ningún impostor hubiera podido componer los Evangelios ni durante la vida de los apóstoles ni después de su muerte. 1° Era imposible viviendo los apóstoles, porque éstos, sumamente atentos a conservar la Fe, de ninguna manera hubieran permitido que se abusara de su nombre para engañar a los fieles. 2° Era imposible después de la muerte de los apóstoles, porque los cristianos no hubieran recibido los Evangelios, y habrían protestado contra los impostores, como lo hicieron contra los Evangelios apócrifos desde el momento de su aparición. Los falsos Evangelios son remedos, y por lo mismo deponen en favor de los verdaderos, como la moneda falsa atestigua la existencia de la verdadera.

2° **Integridad de los Evangelios.** – Los Evangelios han llegado intactos hasta nosotros.

a) En efecto, no han sido alterados, y el texto actual está completamente conforme con los antiguos manuscritos.

b) Fue siempre imposible cualquiera alteración.

a) *Nuestros Evangelios no han sido modificados.* – Los sabios modernos, protestantes y católicos, han comparado los manuscritos más antiguos, las diversas traducciones en todas las lenguas; han estudiado hasta los viejos pergaminos de los monasterios griegos del Sinaí y del Monte Atón, y en todos estos manuscritos no han hallado ninguna divergencia que merezca ser notada. El texto que hoy poseemos es el mismo que se halla citado por los Santos Padres; está conforme con los 500 manuscritos antiguos cuya existencia han comprobado los sabios; está también de acuerdo con las antiguas versiones o traducciones hechas en diversas épocas. Por consiguiente, la integridad de los Evangelios queda rigurosamente probada.

Es indudable que existen numerosas variantes entre los diversos manuscritos, y no podía ser de otra manera: jamás libro alguno ha sido tan copiado y traducido en todos los tiempos y lugares. Pero estas variedades son debidas únicamente a errores de copistas o de traductores; dejan intactas las partes esenciales de cada frase, y no alteran ningún hecho importante, ningún punto de dogma o de moral.

b) *Era imposible toda alteración substancial.* – Estos libros, respetados como divinos, leídos todos los domingos en los oficios, eran conservado con cuidado religioso por todos los cristianos. Sería imposible hoy falsificarlos, porque son conocidos a la vez por los católicos, los herejes y los incrédulos: los unos a falta de los otros protestarían contra cualquiera alteración. Ahora bien, este estado de cosas fue siempre el mismo; luego lo que es imposible hoy, lo fue en tiempos pasados. 3° **Veracidad de los Evangelios.** – Los autores del Evangelio son verídicos.

a) No podían engañarse acerca de los hechos que narran: tales hechos eran recientes, sensibles e importantes.

b) No querían engañarnos: eran hombres sencillos, honestos, francos y publicaban su narración con peligro de vida.

c) No podían tampoco engañar, aun habiéndolo querido, porque vivían todavía numerosos testigos presenciales de los hechos del Evangelio, y no hubieran dejado de descubrir la impostura. Por otra parte, los judíos tenían sumo interés en poder demostrar que los evangelistas mentían.

a) *No podían engañarse,* porque no narraban sino lo que había visto o recibido de boca de testigos oculares dignos de fe. Se trataba de hechos recientes, sensibles, materiales, hechos a la luz del sol, en presencia de una multitud de testigos, a veces hostiles. Esos hechos eran de una importancia capital para la religión del pueblo judío; finalmente, eran frecuentemente maravillosos y, por lo mismo, de tal naturaleza que debían llamar la atención. Creemos que nadie se atreverá a afirmar que todos los evangelistas eran ciegos, sordos o ilusos. En este caso habría que afirmar lo mismo de una multitud de otros testigos contemporáneos, aun entre los enemigos de Jesús, que recibieron sin protesta las narraciones evangélicas.

b) *No querían engañar.* – Su narración tiene un sello de verdad, de sencillez, de candor tal, que jamás se encuentra nada semejante en el libro de un impostor. Puntualizan los hechos, señalan los lugares donde se realizaron, citan testigos vivos todavía, y confiesan humildemente sus propios defectos y faltas.

No querían engañar: nadie engaña sino cuando prevé, como resultado de ese engaño, alguna utilidad, como gloria, fortuna, bienestar. Y ¿qué interés podían tener en engañarnos? Tan lejos estaban de poder esperar algún provecho de su fraude, no menos perjudicial para los judíos que para los gentiles, que sólo debían esperar, de parte de los hombres, el desprecio, la persecución, la muerte, y, de parte de Dios, los castigos reservados a los impostores sacrílegos. Mentir, pues, en tales condiciones era una locura. Pascal tiene razón cuando dice: *Yo creo fácilmente la historia cuyos testigos se dejan degollar en comprobación de su testimonio.*

c) *No hubieran podido engañar.* – Los hechos que cuentan se habían realizado en presencia de millares de testigos que todavía vivían. Los enemigos del Cristianismo no hubieran dejado de descubrir la impostura. Los judíos incrédulos, los jefes de la sinagoga, hicieron todo lo posible para ahogar la religión nueva, imponiendo el silencio a los apóstoles, pero se confesaron impotentes para negar los hechos del Evangelio.

No hubieran podido engañar, porque los apóstoles eran del todo incapaces de inventar por sí mismos, siendo hombres sencillos y humildes, una doctrina tan sublime, superior a todas las doctrinas filosóficas; no hubieran podido crear un tipo de virtud tal como Jesucristo, ni concebir un Mesías que no se parece en nada al que esperaban los judíos. El retrato que hacen de Jesús no tiene analogía alguna con los héroes del mundo; ningún ser humano podía darles la idea de un modelo tan sublime de perfección.

CONCLUSIÓN. – Son, pues, los Evangelios el libro histórico más autorizado, el más íntegro, el más verídico de todos los libros. Estamos, por consiguiente, tan ciertos de los milagros de Jesucristo como de sus enseñanzas. Los testigos que los narran los han visto; estos testigos no se engañan; sus narraciones han llegado hasta nosotros en toda su integridad: *¿Cómo, dice el impío Rousseau, recusar el testimonio de un libro escrito por testigos oculares que lo sellaron con su sangre, recibido en depósito por otros testigos que nunca han cesado de darlo a conocer en toda la tierra, y por el cual han muerto más mártires que letras tienen sus páginas?*

Si los hechos del Evangelio no fueran verídicos, el Cristianismo nunca se hubiera podido establecer y conservar en la tierra.

Vamos a terminar esta cuestión citando una página muy conocida que la evidencia de la divinidad de los Evangelios arrancó al mismo Rousseau:

“Confieso|| que|| la|| majestad|| de|| las Escrituras me asombra, la santidad del

Evangelio habla a mi corazón. Mirad los libros de los filósofos con toda su pompa: ¡qué pequeños son comparados con aquél! ¿Es posible que un libro tan sublime y tan sencillo a la vez, sea obra de los hombres? ¿Es posible que Aquél cuya historia narra no sea más que un hombre también?... ¿Diremos que la historia del Evangelio ha sido inventada a capricho? No es así como se inventa; y los hechos de Sócrates, de los cuales nadie duda, están menos atestiguados que los de Jesucristo. En el fondo es esquivar la dificultad sin destruirla. Sería más inconcebible que varios hombres, de común acuerdo, hubieran forjado este libro, que no el que uno solo haya proporcionado el tema. Nunca autores judíos hubieran hallado ni este tono ni esta moral. El Evangelio tiene caracteres de verdad tan grandes, tan sorprendentes, tan perfectamente inimitables, que el inventor sería más grande que el héroe mismo”.

114. P. *La religión cristiana, ¿difiere mucho de la religión primitiva y de la religión mosaica?*

R. No; no difiere de ellas en su esencia, puesto que tiene los mismos dogmas, la misma moral y el mismo culto esenciales.

Estas tres religiones tienen el mismo autor: Dios; el mismo fin sobrenatural para el hombre: el cielo; los mismos medios para llegar a él: la gracia. Las tres descansan sobre el mismo Redentor: esperado y llegado, Jesucristo es siempre el fundamento de la verdad religiosa. La salvación nunca ha sido posible sino por Él y por sus méritos.

Con todo, la religión cristiana es más desarrollada, más perfecta y más rica en gracias.

Así como el sol se anuncia con la aurora, descubre su luz cuando se levanta y brilla en todo su esplendor al mediodía, así, la religión revelada se desenvuelve por grados: empieza en la religión primitiva, se desarrolla en la religión mosaica y brilla en todo su esplendor en la religión cristiana. Después de la revelación cristiana no queda más que la revelación del cielo: la *visión beatífica*.

La revelación hecha por Jesucristo es antigua y moderna a la vez: antigua, porque reproduce todas las revelaciones anteriores; moderna, porque las esclarece y completa: Yo no he venido, dice Él, a abrogar la ley o los profetas; no he venido a abrogar, sino a dar cumplimiento²⁷.

1° Estas tres revelaciones o religiones, primitiva, mosaica y cristiana, no son sino los diversos estados de una sola y misma religión, desarrollada por Dios en la sucesión de los siglos y que recibe su perfección por Jesucristo. Semejante al hombre a

²⁷ Mateo, V, 17.

quien se dirige, la religión revelada ha tenido diversas edades: a) su infancia, desde Adán hasta Moisés; b) su adolescencia, desde Moisés hasta Jesucristo; c) su edad perfecta, desde Jesucristo hasta el fin del mundo. Pero no por eso ha dejado de ser la misma, así como el hombre, pasando por las diversas edades de la vida, no deja de ser la misma persona.

Y, a la verdad, las tres religiones tienen el mismo nacimiento: las tres vienen de Dios; el mismo fin y las mismas ayudas, puesto que el objeto de todas ellas es conducir al hombre al cielo mediante la gracia. Los dogmas, aunque revelados progresivamente, se encuentran, por lo menos en germen en las tres religiones. Así, el misterio de la Encarnación es anunciado por los profetas, que llaman al Mesías, ya Hijo de David, ya Hijo de Dios, Emmanuel, es decir, Dios con nosotros.

Un mismo decálogo manda siempre las mismas virtudes. Para con Dios: la fe, la esperanza, la caridad, la adoración; para con el prójimo: la justicia, la caridad, la verdad; para con nosotros mismos; la humildad, la castidad, el desinterés.

Uno mismo es el culto, por lo menos en sus actos esenciales: la oración, el sacrificio, la santificación de un día por semana.

2º Las tres religiones descansan sobre el Redentor. El punto culminante de la historia de la religión, como el de la historia del mundo, es la venida del Mesías. Colocado entre el pueblo judío, que le llamaba con todos sus deseos, el pueblo cristiano, que le ha saludado por su Dios, Jesucristo une los dos Testamentos o las dos alianzas de Dios con los hombres. Todo lo que le ha precedido dice relación a Él como Salvador esperado; todo lo que le ha seguido se une a Él como a Salvador llegado. Jesucristo es el punto a donde convergen todas las cosas. Él es el objeto de la fe de todos los siglos: desde el nacimiento del mundo, el fiel ha debido creer en Jesucristo prometido, como el cristiano debe creer en Jesucristo venido. Él era ayer, Él es hoy, Él será en los siglos de los siglos.

La religión cristiana ha comenzado, pues, con el primer hombre y no terminará sino con el mundo. Nosotros creemos hoy y se creerán en todos los siglos las mismas verdades fundamentales; nosotros observamos los mismos preceptos que nuestros primeros padres, los patriarcas y los profetas.

“Así, || la || religión, || después || de || la || caída || del || hombre, || ha || sido || siempre una e idéntica en su autor, en su mediador, en su dogma, en su moral, en su culto. Luego nunca ha habido más que una sola verdadera religión: la religión cristiana; ella se remonta a los primeros días del mundo, y perdurará hasta el fin de los siglos. Semejante a un árbol magnífico, plantado en el principio de los tiempos por la mano

de Dios mismo, ella ha desarrollado poco a poco su robusto tronco, ha extendido sus ramas bienhechoras, alimentando con sus frutos saludables y cubriendo con su follaje inmortal todas las generaciones que han pasado, pasan y pasarán sobre la tierra". (Mons. Gaume)

115. P. *¿En qué está la perfección de la religión cristiana?* R.

1° Jesucristo explicó mejor las verdades ya conocidas.

2° Reveló nuevos misterios.

3° Interpretó con mayor claridad las leyes morales.

4° Estableció los sacramentos, fuente eficaz de la gracia.

5° Abolió las ceremonias figurativas del culto mosaico.

6° Reemplazó los sacrificios antiguos, de poco valor, por el Santo Sacrificio de la Misa, de un valor infinito.

7° Reunió a los que practican su religión en sociedad visible, con una autoridad infalible para instruir a los hombres, gobernarlos y administrarles los sacramentos.

8° Hizo obligatoria para todo el género humano la religión cristiana.

1° **Jesucristo perfeccionó el dogma.** – Derramó abundantísima luz sobre las verdades ya reveladas, como la unidad y las perfecciones de Dios, la espiritualidad, libertad e inmortalidad del alma, las recompensas y los castigos de la vida futura. Nos reveló claramente los grandes misterios de la Trinidad, de la Encarnación y de la Redención, que nos hacen entrever la naturaleza infinita de Dios y nos muestran el amor infinito del Creador para con el hombre, su criatura.

2° **Jesucristo perfeccionó la moral.** – Dictó con mayor claridad el decálogo, que redujo a los dos grandes preceptos del amor a Dios sobre todas las cosas y del amor al prójimo como a nosotros mismos por amor de Dios. Mandó a los hombre como deber riguroso el observar las leyes de la penitencia y emplear los medios por Él establecidos para darles la gracia, es decir, el deber de recibir los sacramentos que dan, conservan o restituyen la vida sobrenatural. Nos mostró la fuente de todas las virtudes en el espíritu de sacrificio: Si alguien quiere, nos dice, seguirme al cielo, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Sin renunciar a sí mismo, es imposible amar a Dios y al prójimo.

3° **Jesucristo perfeccionó el culto.** – Reemplazó los ritos simbólicos de la antigua ley por signos eficaces, los sacramentos, que obran por sí mismos y confieren la gracia a todos los cristianos bien dispuestos. Instituyó el *Sacrificio de la Misa*, de un valor infinito, porque es la reproducción incruenta del gran sacrificio del Calvario: por la Misa podemos rendir a Dios todos nuestros homenajes de adoración, de acción de gracias, de expiación y de oración.

Estableció un *nuevo sacerdocio*, que no está limitado a los cabezas de familia, como en la religión primitiva, ni a los miembros de una sola tribu, como en la religión mosaica, sino que ha sido confiado con poderes maravillosos a todos aquellos que responden a la vocación de Dios.

Por último, nos dio una fórmula de oración, el *Padrenuestro*, compendio de todo lo que debemos desear y pedir a Dios.

4° **Jesucristo aseguró la conservación de la religión cristiana.** – Instituyó una sociedad, **la Iglesia**, con una *autoridad infalible*, que tiene una jurisdicción más extendida, más manifiesta, más firme que la sinagoga judía. Esta autoridad está en el *Soberano Pontífice*, sucesor de San Pedro, designado por Jesucristo como jefe de la Iglesia, y en los *obispos*, sucesores de los apóstoles.

5° **Jesucristo hizo obligatoria para todos los hombres la religión cristiana.** – Jesús dijo a sus apóstoles: *Id, enseñad a todas las naciones, predicad el evangelio a toda criatura. Aquél que creyere y fuere bautizado, se salvará; aquél que no creyere, será condenado. He aquí que estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos*²⁸. Está, pues, destinada la religión cristiana a todas las naciones y a todos los individuos, y todos están obligados a aceptarla, bajo pena de ser condenados.

116. P. ¿Qué cosas comprende la religión cristiana? R.

La religión cristiana contiene:

1° Las *verdades* que debemos creer.

2° Los *deberes* que debemos practicar.

3° Los *medios* que debemos emplear para dar gloria a Dios y santificarnos.

1° Las *verdades* que debemos creer están expuestas en compendio en el Símbolo de los Apóstoles.

²⁸ Mateo XXVIII, 19 y 20; Marcos XVI, 15 y 16

2° Los *deberes* que debemos practicar están contenidos en los mandamientos de Dios y de la Iglesia.

3° Los *medios* establecidos para glorificar a Dios son el Santo Sacrificio de la Misa, la santificación del domingo y de los días festivos; los medios de santificarnos son los sacramentos que nos dan la gracia necesaria para la salvación. Tal es, en resumen, la doctrina cristiana, la doctrina de Cristo, que los apóstoles han predicado y que la Iglesia nos enseña.

N.B. – Más adelante explicaremos de una manera más extensa estas diversas partes de la religión cristiana. Por ahora, nos basta recordar las principales verdades que debemos creer acerca de nuestro Señor Jesucristo, si queremos de veras ser sus discípulos.

Creencias de los cristianos. – 1° Nosotros, los cristianos, creemos que Dios Creador ha levantado en su misericordia, la humanidad caída y perdida por el pecado del primer hombre.

2° Creemos que para esto ha enviado a la tierra al Mesías, prometido a los patriarcas y anunciado por los profetas. Este Salvador nos ha enseñado lo que debemos creer y lo que debemos hacer para agradar a Dios.

3° Creemos que este Redentor es el Hijo de Dios, la segunda persona de la Santísima Trinidad, que tomó la naturaleza humana para unirla a su persona divina, y, después de su Encarnación, se llamó Jesucristo.

4° Creemos que el *Hijo de Dios hecho hombre*, o el *Hombre-Dios*, ha satisfecho por el pecado de Adán y por nuestros pecados personales a la justicia divina, de modo que, aplicándonos sus méritos en determinadas condiciones, somos *elevados nuevamente al estado sobrenatural* y somos hechos *hijos adoptivos de Dios* y herederos del cielo.

5° Creemos que Jesucristo, ha instituido una sociedad religiosa que Él llama Iglesia, para continuar su obra y asegurar la salvación a los hombres que profesaren su doctrina, obedecieren sus leyes y recibieren sus sacramentos.

6° Creemos que entre todas las sociedades que desean ser las iglesias de Jesucristo, la *Iglesia Católica, Apostólica y Romana* es la única verdadera Iglesia por Él fundada, y fuera de la cual no hay salvación.

7° Creemos que Jesucristo ha puesto en la Iglesia católica una *autoridad infalible*, un tribunal supremo, que tiene por misión enseñar, propagar y hacer practicar la religión cristiana: esta autoridad es ejercida por el *Soberano Pontífice*, sucesor de San Pedro, y por el cuerpo de los obispos unidos al Papa.

Tales son los puntos de nuestro Símbolo que vamos a explicar, probar y defender contra los que los atacan. Estos enemigos son de tres clases, los judíos, los racionalistas y los herejes.

Demostrando la divinidad de la religión cristiana, probaremos:

1° CONTRA LOS JUDÍOS, **que Jesucristo es el verdadero Mesías prometido y esperado en Israel.**

2° CONTRA LOS RACIONALISTAS, **que Jesucristo es verdaderamente el enviado de Dios, y Dios mismo.**

3° CONTRA LOS HEREJES, **que la Iglesia Católica es la sola iglesia fundada por Jesucristo.**

III. DIVINIDAD DE LA RELIGIÓN CRISTIANA

117. P. *¿Cómo sabemos que la religión cristiana es divina?*

R. Lo sabemos por señales ciertas e infalibles, como son las siguientes:

1° El cumplimiento de las antiguas profecías en la persona de Jesucristo.

2° Los milagros magníficos obrados por el Salvador.

3° El gran milagro de la Resurrección.

4° Las profecías hechas por Jesucristo y perfectamente realizadas.

5° El establecimiento milagroso de la religión cristiana.

6° La fidelidad y el número de sus mártires.

7° Los frutos admirables producidos por el Cristianismo.

8° La excelencia verdaderamente divina de la doctrina de Jesucristo.

Hemos visto (**citar N° de pág.**), que el *milagro* y la *profecía* son el *sello divino*, la marca, la señal infalible de una religión divina. Toda religión autorizada por milagros y profecías, es una religión divina, una religión revelada por Dios mismo. Ahora bien, veremos en las siguientes preguntas que la religión cristiana está autorizada por la doble marca del milagro y de la profecía; luego, la religión cristiana, es realmente revelada por Dios, es la única religión verdadera, la única divina.

Dios da su religión a los hombres mediante *enviados divinos* encargados de hablar en su nombre; pero reviste a estos embajadores con todas las señales necesarias, a fin de que los hombres puedan conocerlos y aceptar su testimonio sin

temor de engaño. Pues bien, los dos signos principales que caracterizan a un *enviado divino* son el poder de hacer milagros y profecías.

I. PROFECÍAS REALIZADAS EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

118. P. Jesucristo, ¿es el Mesías?

R. Sí; Jesucristo es verdaderamente el Mesías.

Él es el Salvador prometido en el Paraíso terrenal.

Él enviado divino esperado por los patriarcas.

Él nuevo legislador anunciado por Moisés.

Él Emmanuel predicho por los profetas.

Él Redentor deseado de las naciones.

Él ha realizado en su persona todas las profecías del Antiguo Testamento relativas: 1º, al origen del Mesías; 2º, a la época de su llegada; 3º, a las diversas circunstancias de su vida.

Es, pues, Jesucristo el Mesías, el Enviado de Dios para fundar la religión nueva que debía suceder a la religión mosaica. Pero una religión establecida por un Enviado de Dios es necesariamente una religión divina; luego la religión cristiana, fundada por Jesucristo es divina.

§ 1º PROFECÍAS CONCERNIENTES AL ORIGEN DEL MESÍAS

En el Paraíso terrenal, después de la caída, Dios promete un Salvador a nuestros primeros padres, los cuales transmiten esta esperanza a sus descendientes de tal manera, que ella se encuentra en todos los pueblos.

Dios renueva esta promesa a los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, prometiéndoles que *todas las naciones serán bendecidas en Aquél que saldrá de su raza.*

Jacob, iluminado por un espíritu profético, anuncia a Judá, su cuarto hijo, que el Libertador descenderá de él. En la tribu de Judá, Dios elige la familia de David. Él dice a este rey: *yo pondré sobre tu trono a un hijo que saldrá de ti, pero cuyo reinado será eterno; Yo seré su Padre, y Él será mi hijo.* El Mesías, pues, debía ser, a la vez, Hijo de David e Hijo de Dios.

Estas condiciones sólo se hallan reunidas en Jesucristo, porque es descendiente de Abraham, de la tribu de Judá, de la familia de David, como lo prueba su genealogía, y es el único cuyo reinado es eterno. Luego, es el Mesías.

§ 2º PROFECÍAS CONCERNIENTES A LA ÉPOCA DE LA VENIDA DEL MESÍAS

1º Profecía de Jacob. – En su lecho de muerte, este patriarca, al predecir a cada uno de sus hijos la suerte que le estaba reservada, dijo a Judá: *El cetro no saldrá de Judá, ni el jefe de su raza, hasta que haya venido Aquél que debe ser enviado, y que será la esperanza de todas las naciones*²⁹. Según esta profecía, el Mesías debe venir cuando la tribu de Judá haya perdido la autoridad, significada por el cetro. Ahora bien, cuando llegó Jesucristo, la autoridad acababa de pasar a manos de Herodes, príncipe idumeo, que gobernaba en nombre de los romanos; los mismos judíos dejaron atestiguada la pérdida de su autoridad nacional, cuando dijeron a Pilatos: *No tenemos derecho para condenar a muerte...* Luego es cierto que Jesucristo vino en el tiempo señalado por Jacob.

2º Profecía de Daniel. – Durante la cautividad de Babilonia, Daniel rogaba ardientemente al Señor que aminorara los sufrimientos de su pueblo y enviara al Mesías. El arcángel Gabriel le anunció:

“El tiempo ha sido reducido a setenta y dos semanas para tu pueblo y para tu santa ciudad. Después del cual será abolida la iniquidad, y el pecado tendrá fin; la iniquidad será borrada y dará lugar a la justicia eterna; las visiones y las profecías tendrán su cumplimiento; el Santo de los santos recibirá su unción.

“Grábalo bien en tu espíritu: Desde la orden que se dará para reedificar a Jerusalén hasta el Cristo, Jefe del pueblo, habrá siete semanas y setenta y dos semanas; los muros y los edificios públicos serán levantados a pesar de muchas dificultades.

“Después de las sesenta y dos semanas, el Cristo será condenado a muerte; y el pueblo que habrá renegado de Él dejará de ser su pueblo. Otro pueblo vendrá con su jefe, el cual destruirá la ciudad y el templo; esta ruina será el fin de Jerusalén; el fin de la guerra consumará la desolación anunciada.

“En la semana (la que queda), el Cristo sellará su alianza con muchos. A mitad de la semana, las víctimas y los sacrificios serán abolidos; la abominación de la desolación reinará en el templo, y la desolación no tendrá fin”³⁰.

²⁹ Gén. XLIX, 10.

³⁰ Dan., IX, 24-27.

Según esta célebre profecía, el objeto de la venida del Mesías es la remisión de los pecados y el reino eterno de la justicia. En setenta semanas todas las profecías debían cumplirse.

Se trata de semanas de años, según la manera ordinaria de calcular de los judíos: las setenta semanas constan por lo tanto de cuatrocientos noventa años.

El profeta indica el punto en que comienzan las semanas: es la publicación del decreto para la reconstrucción de Jerusalén. Este edicto fue dado por Artajerjes Longímano, el vigésimo año de su reinado, 454 años antes de Jesucristo.

El profeta divide las setentas semanas en tres períodos muy desiguales: *siete, setenta y dos y una*: – a) En el primero, que es de siete semanas, o cuarenta y nueve años, los muros de Jerusalén deben ser levantados con grandes dificultades. La historia prueba que así fue en efecto.

b) El segundo período, compuesto de sesenta y dos semanas, o cuatrocientos treinta y cuatro años, deben transcurrir antes que Cristo sea condenado a muerte. Estos cuatrocientos treinta años añadidos a los cuarenta y nueve del primer período, terminan el año 29 de la era cristiana, decimoquinto año del reinado de Tiberio, año de la predicación de San Juan Bautista.

c) El último período no comprende más que una semana, durante la cual el Mesías debe confirmar su alianza, es decir, establecer su ley, ser rechazado por el pueblo y condenado a muerte; las hostias y los sacrificios deben ser abolidos. Un pueblo extranjero debe venir a vengar ese crimen, dispersando a los judíos y destruyendo la ciudad y el templo.

Ahora bien, todo esto sucedió: al principio de la septuagésima semana, el año 30 de nuestra era, Jesús comienza su predicación, que dura tres años y tres meses. A la mitad de la misma semana, el año 34, Jesús es condenado a muerte por los judíos, y los sacrificios de la Antigua Alianza son reemplazados por el sacrificio de la cruz, unos treinta y seis años después de la muerte de Jesucristo, el año 70, el ejército romano con su general Tito reducen a ruinas la ciudad de Jerusalén y su templo. Desde ese día reina la desolación sin fin del pueblo judío, porque renegó de Cristo. En Jesucristo, pues, y solo en Él, tuvo cumplimiento exactísimo, la profecía de Daniel. Luego Jesús es el *Santo de los santos* anunciado por el profeta.

3° Profecías de Ageo y Malaquías. – Al volver de la cautividad de Babilonia, los ancianos de Israel, que habían visto la magnificencia de Salomón, lloraron al contemplar el nuevo templo construido por Nehemías. Para consolarnos, Ageo les

comunica que el *Deseado de todas las naciones* vendrá al nuevo templo, y lo llenará de gloria³¹.

Malaquías anuncia que el Mesías, el Dominador, el Ángel de la Alianza, vendrá a su templo tan pronto como el precursor le haya preparado el camino³².

Ahora bien, Jesús visitó frecuentemente este templo, destruido para siempre treinta y siete años después de su muerte; este templo ha recibido, fuera de Jesucristo, la visita de ningún personaje ilustre. Juan Bautista fue el precursor, y lo presentó al pueblo diciendo: *He aquí el Cordero de Dios*. En Jesucristo, pues, y en Él solo, se han realizado las profecías de Ageo y de Malaquías.

Las profecías de Jacob, de Daniel, de Ageo y de Malaquías son las que han puesto en mayor aprieto a los judíos, que no han reconocido en Jesucristo al *Enviado de Dios*. En su Talmud confiesan, que todos los tiempos señalados para la venida del Mesías han pasado. Por eso, desesperados de su causa, han pronunciado esta maldición: *¡Malditos sean los que calculen el tiempo del Mesías! ¡Pobre ciegos!*

§ 3º PROFECÍAS CONCERNIENTES A LA VIDA DEL MESÍAS

1º **Su nacimiento.** – *Isaías* anunció que debía nacer de una Virgen: *He aquí que una Virgen concebirá y dará a luz un hijo, que será llamado Emmanuel, es decir, Dios con nosotros*³³. Y de la Virgen María nació Jesús, como nos lo dicen San Mateo y San Lucas al principio de sus Evangelios. San Mateo hasta tiene especial cuidado en hacer notar que esto era en cumplimiento de la profecía de *Isaías*. Esto, indudablemente, es un milagro; pero como dijo Gabriel a María; *Para Dios no hay cosa imposible*³⁴.

Miqueas anuncia que el Mesías nacerá en Belén, y esta predilección es tan conocida del pueblo judío, que los Doctores de la Ley, preguntados por Herodes, designan a los Magos la ciudad de Belén como lugar de su nacimiento. Y en Belén, precisamente nació Jesús.

Balaam había dicho: *Una estrella saldrá de Jacob, un renuevo se levantará de Israel...*³⁵. El recuerdo de esta profecía es el que mueve a los Magos de Oriente y los

³¹ Ageo, II. 8.

³² Malaq., III. 1.

³³ Is., VII, 14; Mateo, I, 23.

³⁴ Mateo, I, 22; Lucas, I, 37.

³⁵ Núm., XXIV, 17.

llevará a Jerusalén. Y los Magos guiados por una estrella milagrosa, vinieron y adoraron a Jesús en el pesebre.

2° Caracteres del Mesías. – Isaías nos describe así: *Un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado; llevará sobre los hombros la señal de su principado; será llamado el Admirable, el Consejero, el Dios fuerte, el Padre del siglo futuro, el Príncipe de la Paz. Su imperio se extenderá cada vez más, y la paz que establecerá no tendrá fin. Ocupará el trono de David... y su reinado durará para siempre*³⁶.

Por otra parte, el Arcángel Gabriel anuncia en estos términos el nacimiento de Jesucristo: *No temas, María, concebirás y darás a luz un Hijo y le llamarás Jesús. Él será grande y será llamado el Hijo del Altísimo, y Dios le dará el trono de David, su padre, y reinará en la casa de Jacob, para siempre, y su reino no tendrá fin*³⁷.

La comparación de estos dos textos muestra claramente que el niño Jesús de que habla Gabriel es el mismo Mesías de que hablaba Isaías. Sólo Jesucristo posee los caracteres predichos por el profeta. Es el *niño* que nos ha sido dado por Dios; Él lleva sobre sus hombros la *cruz*, cetro de su imperio; Él es el *Admirable* en su nacimientos y en su vida; el *Dios fuerte* en sus milagros; el *Consejero* lleno de sabiduría en su doctrina; el *Padre del siglo futuro* por la vida sobrenatural que nos da; el *Príncipe de la Paz* que trae al mundo, y su reinado, la Iglesia, durará siempre.

3° Milagros del Mesías. – Según la profecía de Isaías, Cristo debía confirmar su doctrina con milagros: Dios mismo vendrá y os salvará. Entonces, los ojos de los ciegos serán abiertos, los sordos oirán, el cojo saltará como un ciervo, y la lengua de los mudos será desatada³⁸. Y tales fueron los milagros de Jesucristo.

4° La Pasión de Cristo. – Todos los pormenores de la Pasión habrían sido anunciados con mucha anticipación: basta indicar las principales profecías.

Zacarías predice la entrada triunfal del Mesías en Jerusalén y los treinta dineros entregados al traidor³⁹.

David en el salmo 21, describe la pasión del Mesías, y le presenta oprimido de ultrajes, rodeado por un populacho que le insulta; tan deshecho por los golpes recibidos, que se le pueden contar todos los huesos; ve sus manos y sus pies traspasados, sus vestiduras repartidas, su túnica sorteada, etc.

³⁶ Is. IX, 6 y 7.

³⁷ Luc., I, 30-33.

³⁸ Is. XXV, 4-6; XLII.

³⁹ Zac., X, 9; XI, 13.

Isaías muestra al Mesías cubierto de oprobios, convertido en el varón de dolores, llevado al suplicio como un cordero sin exhalar una queja... El profeta tiene cuidado de afirmar hasta doce veces que Cristo sufre por expiar los pecados de los hombres. Él es nuestro rescate, nuestra víctima, nuestro Redentor. El capítulo LIII de Isaías, como el Salmo XXI, no tiene aplicación más que a Nuestro Señor Jesucristo; luego, Él es el Redentor prometido.

5° **La resurrección del Mesías** es anunciada por David e Isaías: *Vos no permitiréis, Señor, que vuestro Santo esté sujeto a corrupción*⁴⁰. *El renuevo de José, el Hijo de David, será dado como señal a todas las naciones. Los pueblos le invocarán y su sepulcro será glorioso*⁴¹.

6° Isaías, Jeremías y Daniel profetizan la *reprobación del pueblo judío y la conversión de los gentiles* destinados a formar el reino del Mesías.

CONCLUSIÓN. – Dios, en el Antiguo Testamento, hablando sucesivamente por los patriarcas y profetas, desde Adán hasta Malaquías, prometió al mundo un Mesías, un Redentor. Este Mesías es siempre anunciado como el **Enviado de Dios**, poseedor de todos los poderes de Dios, y Dios mismo. Es así que todo lo que acabamos de decir prueba que este Mesías prometido no puede ser otro sino Jesucristo, porque en Jesucristo, y solo en Él, se han realizado las notas distintivas del Mesías. Luego Jesucristo es realmente el Mesías y, por consiguiente, el Enviado de Dios, investido de todos los poderes de Dios y al mismo tiempo, Dios.

Por esto, todos los Padres y Doctores de la Iglesia han presentado la realización de las profecías en Jesucristo como una prueba decisiva de su misión divina.

Después de haber recordado las principales profecías que San Justino citaba al judío Trifón, Monseñor Freppel termina de esta manera:

“Contra los judíos, esta argumentación es aplastante; y no es menos decisiva contra los racionalistas.

“Es imposible negarlo: Israel esperaba un Mesías, Rey, Pontífice, Profeta; sus libros sagrados marcaban con anticipación todos los rasgos de este Libertador prometido. Por otra parte, es cierto que sólo Jesús de Nazaret ha realizado el tipo mesiánico descrito en el Antiguo Testamento.

“Querer explicar este hecho por una coincidencia completamente casual, es imitar a aquellos que atribuyen a la casualidad la formación del mundo. ¿Se dirá que

⁴⁰ Salmo XV, 10.

⁴¹ Is., XI, 10.

Jesucristo se aplicó las predicciones de la Escritura? Pero no depende del poder de un hombre elegir el lugar de su nacimiento, nacer en Belén más bien que en Roma, nacer de la raza de Abraham, de la familia de David; aparecer en el tiempo señalado por Jacob, Daniel, Ageo; hacer milagros; resucitar después de muerto; ser glorificado como Dios todopoderoso y eterno, y eso porque había sido predicho... Sólo Dios ha podido disponer la marcha de los acontecimientos para llegar a este gran resultado, y su realización basta para demostrar la divinidad del cristianismo

II. MILAGROS DE JESUCRISTO

119. P. *Los milagros de Jesucristo, ¿prueban la divinidad de la religión cristiana?*

R. Sí; los milagros de Jesucristo prueban la divinidad de la religión cristiana.

Un solo milagro prueba la divinidad de una religión, porque solamente Dios puede hacer verdaderos milagros, por sí mismo o por sus enviados. Es así que Jesucristo hizo numerosos milagros; luego Jesucristo es Dios o, por lo menos, el Enviado de Dios.

Pero una religión fundada por un enviado de Dios es verdadera y divina; luego la religión cristiana es divina.

El poder de hacer milagros es la credencial que Dios entrega a sus embajadores para darles autoridad ante los hombres.

N.B. – Nuestro Señor Jesucristo no es sólo un Enviado de Dios, como Moisés; es el Hijo de Dios mismo; lo demostraremos más adelante. Pero para probar la divinidad de la religión cristiana, basta probar que Jesucristo es el enviado de Dios: si esto es verdadero, la religión que Él enseña necesariamente es divina.

1° Sólo Dios puede hacer milagros. – El milagro es un hecho sensible que sobrepasa todas las fuerzas creadas y no se obra sino por una intervención especial de Dios. Un verdadero milagro requiere la intervención del poder divino. Desde el momento que un hombre hace milagros, se sigue que este hombre obra y habla en nombre de Dios, que le ha delegado su poder. Dios no puede poner su poder al servicio del error o de la mentira, pues engañaría a los hombres, lo que no es posible. Un solo milagro prueba, por consiguiente, que el que lo hace es el Enviado de Dios, el mandatario de Dios.

2° Jesucristo hizo numerosos milagros. – *Milagros sobre la naturaleza inanimada:* Jesucristo convierte el agua en vino en las bodas de Caná; dos veces

multiplica el pan para alimentar a las muchedumbres; con su palabra calma las tempestades, etc.

Milagros sobre las enfermedades: Jesucristo sana toda clase de enfermos; devuelve la vista a los ciegos, el oído a los sordos, la palabra a los mudos, el uso de los miembros a los parálíticos, etc.

Milagros sobre los demonios: Al oír la palabra de Jesucristo, los demonios salen del cuerpo de los posesos y proclaman que Él es el Hijo de Dios.

Milagros sobre la muerte: Jesucristo resucita a la hija de Jairo, al hijo de la viuda de Naím y a Lázaro, muerto de cuatro días.

Los milagros de Jesucristo están perfectamente comprobados. 1° Los Evangelios los narran, y hemos visto que los Evangelios son libros históricos de una autoridad incontestable.

2° Jesucristo hizo sus milagros en presencia de gran número de personas, en lugares públicos, en las plazas de las grandes ciudades, a la vista de los judíos prevenidos en su contra, a la vista de los escribas y de los fariseos, sus enemigos encarnizados, hombres hábiles e interesados en descubrir una impostura. Los hizo instantáneamente, sin preparación alguna, sin valerse de medios naturales, con una simple palabra, por un acto de su voluntad, a veces hasta sobre ausentes.

3° Los judíos, testigos de estos prodigios, jamás los pusieron en duda. Estaban confundidos, y en su obstinación decían: ¿Qué haremos? Este hombre hace muchos milagros; si le dejamos hacer, arrastrará a todo el pueblo en pos de sí⁴².

En su *Talmud*, o colección de las tradiciones judías, los rabinos confiesan los milagros de Jesús de Nazaret, atribuyéndolos a la magia. Luego, los milagros de Jesucristo son ciertos, puestos que están reconocidos por sus mismos enemigos.

Los prodigios de Jesucristo son verdaderos milagros. Ellos no provienen ni del demonio ni de las fuerzas de la naturaleza.

a) No pueden ser atribuidos al demonio: si el demonio hubiese obrado esos milagros, hubiera trabajado en la ruina de su imperio. Por lo demás, el demonio, obedeciendo al Salvador, reconocía que Jesucristo era su Señor.

Además, la mayor parte de los milagros de Jesucristo superan a los poderes de los espíritus malos y piden una potencia infinita. Así, por ejemplo, la resurrección

⁴² Juan, XI, 47 y 48.

de los muertos no puede ser obrada sino por la fuerza divina. Ni ángel ni demonio pueden sustraer a las almas de la recompensa o del castigo que ellas reciben de Dios al abandonar este mundo, ni volverlas nuevamente al estado de prueba, ni restablecer entre el alma y el cuerpo las relaciones íntimas que constituyen la vida. La resurrección demanda una potencia igual a la creación.

Además, Dios no da al demonio el poder de cambiar las leyes de la naturaleza, ni la facultad de engañar a los hombres haciendo obras divinas.

b) Tampoco pueden ser atribuidos los prodigios de Jesucristo a las fuerzas de la naturaleza. La mayor parte de estos milagros superan todas las fuerzas creadas. Después de 1.900 años, y no obstante los progresos de las ciencias y los descubrimientos de los sabios, no se han podido explicar estos milagros por causas naturales.

Hoy, como antes, la voz del hombre es impotente para apaciguar las tempestades, multiplicar el pan, dar la vista a los ciegos de nacimiento y resucitar a los muertos. Tales prodigios están y estarán siempre por encima de las fuerzas de la naturaleza. Reúnan todos los recursos de la medicina, todas las combinaciones químicas y magnéticas de las ciencias, y jamás lograrán resucitar un muerto.

Durante diecinueve siglos, los milagros de Jesucristo han resistido victoriosamente a la crítica más minuciosa de los cristianos, de los judíos y de los paganos. Las tentativas de los racionalistas modernos para explicar estos prodigios son tan ridículas y tan miserables, que lo único que han conseguido es demostrar su impotencia y su mala fe.

3° Jesucristo hizo sus milagros para probar su divina misión y la verdad de su doctrina. – Interrogado por los discípulos de San Juan Bautista, que deseaban saber si Él era el Mesías, Jesús da por única respuesta la evidencia de sus milagros: *Id y decir a Juan lo que habéis visto: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan*⁴³.

Otra vez los judíos le dijeron: *Si eres el Cristo, dilo claramente.* – Y Jesús les contestó: *Os lo he dicho y no creéis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre, dan testimonio de mí. Si no me creéis, creed a mis obras*⁴⁴.

⁴³ Lucas, VII, 22.

⁴⁴ Juan, X, 24, 25 y 38.

Cuando la resurrección de Lázaro, Jesús afirma que Él obra ese milagro a fin de que el pueblo crea en su misión divina: *Ut credant quia tu me misisti*⁴⁵.

En todas estas ocasiones, Jesús se declara Enviado de Dios, y, para probarlo, apela a los milagros que obra.

CONCLUSIÓN. – 1° El milagro es como la firma de Dios, y sólo lleva esa firma. Su fundador, Jesucristo, ha hecho no un milagro solo, lo que sería suficiente, sino una multitud de milagros. De cada uno de ellos podemos inferir: *La religión cristiana es divina*.

Jesús devolvió la vista al ciego de Jericó; luego la religión cristiana es divina. Jesús libró al poseso de Cafarnaún; luego la religión cristiana es divina.

Jesús resucitó a Lázaro de Betania, muerto hacía cuatro días; luego la religión cristiana es divina.

Estos hechos y otros son incontestables; estos hechos son verdaderos milagros; estos milagros prueban que Jesús es el Enviado de Dios; luego la religión cristiana es divina.

2° Los apóstoles de Jesucristo, encargados de predicar la religión cristiana, hicieron numerosos milagros. Entre los narrados en el libro de los *Hechos de los Apóstoles*, citemos en particular la curación del ciego, en la puerta del templo (cap. III), la del paralítico (cap. IX), las curaciones obradas por la sola sombra de San Pedro (cap. V), la resurrección de Tabita (cap. IX), la liberación milagrosa de San Pedro (cap. XII), etc. Hallamos también gran número de milagros obrados por San Pablo, en Éfeso, hasta por el solo contacto de sus ropas (cap. XIX), la resurrección de un niño en Tróade (cap. XX), sin hablar del milagro de la conversión del mismo San Pablo, que podría bastar, aunque fuera el único, para que se convierta un hombre de buena fe.

Esto hechos son ciertos e incontestables, son verdaderos milagros; luego los apóstoles son enviados de Dios, y la religión que predicán es divina.

3° La historia de la Iglesia ofrece, en cada siglo, gran número de milagros perfectamente auténticos, tanto, que se puede decir que los *Hechos de los Santos* son una digna continuación de los hechos apostólicos. Para convencerse basta recorrer las *Acta Sanctorum* de los bolandistas, o la *Vida de los Santos*.

⁴⁵ Juan, XI, 42.

Un solo milagro verdadero es suficiente para probar la divinidad de una religión en cuyo favor ha sido obrado. Y como tales hechos se han producido en cada siglo, en favor de la religión de Jesucristo, fuera menester, para llegar a destruir la presente prueba, negar los testimonios históricos de todos los siglos pasados, como también los del siglo presente. Sin hablar de los milagros de Lourdes, nuestro siglo ha visto a muchos santos colocados en los altares. Pero la Iglesia no canoniza a ningún santo sin haber antes comprobado varios milagros obrados por su intercesión.

Curación del ciego de nacimiento⁴⁶. – Los incrédulos suelen decir: Es de lamentar que los milagros de Jesucristo no hayan sido comprobados por sabios; hubiera sido conveniente levantar procesos respecto de cada uno de ellos. Pues bien, los deseos de los incrédulos se ven satisfechos por el mismo Evangelio, que narra un milagro comprobado por jueces oficiales, que son, a la vez, enemigos del Salvador.

Jesús encuentra en Jerusalén a un mendigo que era ciego de nacimiento. Con un poco de polvo humedecido con saliva, Jesús frota los ojos de este ciego y le dice: *anda, lávate en la piscina de Siloé.*

Es conveniente notar que se trata aquí de un ciego de nacimiento y, por consiguiente, incurable. El barro empleado no tiene virtud curativa. El sitio donde se efectúa la curación es un lugar frecuentado, lo que hace imposible todo fraude.

El ciego se va, se lava y vuelve curado. Muchos de los que le han conocido cuando estaba ciego, se preguntan: *¿Es el mismo mendigo que se sentaba aquí?* – Los unos dicen: *Es él.* – Otros: *No; es uno que se le parece.*

Pero el ciego responde: *Soy el mismo.* – Le preguntaban: *¿Cómo se han abierto tus ojos?* – Él les dice: *Aquel hombre a quien llaman Jesús ha tomado barro, ha frotado con él mis ojos y me ha dicho: Ve a lavarte a la piscina de Siloé. He ido, me he lavado y veo.*

¡Qué sencillez en la manera de hablar! ¡Qué acento de veracidad!... Se va a iniciar un proceso, el famoso proceso que piden los racionalistas: los fariseos se encargarán de esa formalidad.

El ciego es conducido a su presencia, y le preguntan: *¿Cómo te fueron abiertos los ojos?* – El interrogado responde: *El hombre que se llama Jesús hizo barro y me untó los ojos y me dijo: Ve a la piscina de Siloé y lávate. Y fui, me lavé y recibí la vista.*

⁴⁶ Juan, IX.

La misma deposición que hiciera ante el público y sin incurrir en contradicción alguna. Al oír esta narración, unos se indignan porque Jesús ha hecho esta obra en día sábado, mientras que otros, más sinceros, dicen: *¿Cómo podría un pecador obrar semejantes prodigios?* Se dividieron las opiniones. Para solucionar la cuestión acudieron al mismo ciego y le pidieron su opinión, como si ésta hubiera influido algo en su curación.

¿Y tú, preguntan los del sanedrín, qué dices del que te abrió los ojos? – Y él replica sin vacilar: Yo creo que es un profeta.

Entonces los fariseos no quisieron creer que había sido ciego; y para asegurarse, llamaron a los padres de éste y les preguntaron: *¿Es éste vuestro hijo, el que vosotros decís que nació ciego? ¿Cómo, pues, ve ahora?*

Los padres respondieron: *Sabemos que éste es vuestro hijo y que nació ciego; mas cómo ve ahora, o quién le ha abierto los ojos, nosotros no lo sabemos. Él tiene edad, preguntadle a él y hablará por sí.*

De esta suerte, el proceso prueba que el favorecido por el milagro era realmente ciego de nacimiento. Los padres testifican la enfermedad, pero como ellos no han presenciado la curación, no la pueden explicar. Esta buena gente dice a los fariseos que interroguen a su hijo, porque temen ser expulsados de la sinagoga, pues no ignoraban que el sanedrín había excomulgado a todos aquellos que reconocieran a Jesús por el Mesías.

Los príncipes de los sacerdotes no quisieron saber nada del milagro, porque la doctrina de Jesús les contrariaba. Iniciaron, pues, otro proceso para obligar al ciego a que dijera que el autor de su curación era un pecador.

– Da gloria a Dios, le dijeron: nosotros sabemos que ese hombre es un pecador. – A lo que él replicó: Si es pecador no lo sé; una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo.

Insistieron ellos: *Pero, en definitiva, ¿qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?* – Les contestó el ciego: *Ya os lo he dicho; ¿por qué lo queréis oír otra vez? ¿Queréis también vosotros haceros sus discípulos?*

Estas palabras les encolerizaron y maldijeron al ciego curado: *– Sé tú su discípulo, que nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que Dios ha hablado a Moisés; pero no sabemos de dónde es ése.*

Replicó el héroe de esta historia con cierto dejo de ironía: *– Maravillosa cosa es, por cierto, que vosotros no sepáis de dónde sea, y, con todo, me ha abierto los ojos. Sabemos*

que Dios no oye a los pecadores; sino que aquél que es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a éste oye. En ningún tiempo se oyó que abriese alguno los ojos de uno que nació ciego. Si éste no fuera un enviado de Dios, no pudiera hacer nada.

Estas palabras exasperaron a los fariseos: – *En pecado has nacido, ¿y quieres enseñarnos?* Y le expulsaron. Así terminó el proceso. Ante las enérgicas afirmaciones del ciego, ante la razón clara como el sol que da para probar que Jesús es un *enviado de Dios*, los fariseos no hallan más respuesta que las injurias. No se quieren rendir a la evidencia. Tampoco los incrédulos modernos quieren rendirse a la evidencia, porque su corazón está pervertido como el de los fariseos.

Jesús busca a este hombre perseguido por su causa, y le dice:

– *¿Crees tú en el Hijo de Dios? – ¿Quién es, para que crea en Él?*

Jesús le dice: *Le has visto y es Él que te habla.*

– *Creo, Señor*, dijo el ciego; y postrado le adora.

Y así, este pobre ciego, fiel a la primera gracia, cree en la palabra de Aquél que le ha dado la vista. Jesús se declara Dios, y el curado le adora como a su Dios, bien seguro de que Jesús no puede engañarle, porque Dios no confiere a los impostores el poder de hacer milagros.

III. MILAGRO DE LA RESURRECCIÓN DE JESUCRISTO

120. P. *¿Cuál es el milagro más grande de nuestro Señor Jesucristo?*

R. El milagro más grande de nuestro Señor Jesucristo es el de su resurrección. Él la había anunciado como la prueba más evidente de su misión divina, y la realizó al tercer día después de su muerte.

Es cierto: 1º, que Jesucristo murió el viernes por la tarde, y 2º, que salió vivo del sepulcro el día de Pascua

Esta resurrección es un hecho innegable. Todo lo prueba: a) el testimonio de los apóstoles; b) las confesiones implícitas de los jefes de la sinagoga; c) los milagros sin cuenta obrados en nombre de Jesús resucitado; d) los monumentos públicos erigidos en memoria de la resurrección; e) finalmente, la conversión del mundo a la religión cristiana.

Pero sólo Dios, señor de la vida, puede quitarla o darla; luego Jesucristo es Dios, o, por lo menos, el Enviado de Dios, y su religión es divina.

N.B. – 1□ La palabra *Pascua*, sacada del hebreo, significa paso. Jesucristo pasó de la muerte a la vida, y nos hace pasar de la muerte del pecado a la vida de la gracia.

2□ Jesucristo presenta su resurrección como la señal manifiesta de su misión divina. *La generación mala y adúltera pide una señal; más no le será dada otra señal que la de Jonás profeta. Porque así como estuvo Jonás en el vientre de la ballena tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches*⁴⁷. Da, pues, el Salvador su resurrección como resumen de todas las pruebas de su misión divina.

3□ De hecho, el milagro de la resurrección basta para probar la divinidad de la religión cristiana. Si Jesucristo se resucitó a Sí mismo, señal cierta de que es Dios, dueño de la vida y de la muerte; si Dios le resucitó, su misión es divina, porque Dios la confirma con el más asombroso de los milagros.

La resurrección es un hecho que debe ser probado como los demás hechos históricos: por el *testimonio*. Es necesario, por consiguiente, establecer: 1□, que Jesús estaba realmente muerto cuando fue colocado en el sepulcro; 2□, que después se mostró realmente vivo.

1□ JESUCRISTO ESTABA REALMENTE MUERTO

1□ San Juan, testigo ocular, lo afirma

2□ Los *prolongados y atroces* tormentos sufridos por el Salvador antes de ser crucificado, y la *crucifixión*, no podían menos de hacerle morir.

3□ Los soldados no le rompieron las piernas como a los otros condenados, porque ya estaba muerto.

4□ La lanza que le atravesó el costado hubiera sido suficiente para quitarle el último aliento de vida.

5□ Pilatos no concede a José de Arimatea el cuerpo de Jesús, sino después de la *comprobación oficial* de su muerte.

6□ Por último, el odio de los judíos contra Jesús nos da una prueba cierta de que ellos debieron comprobar que Jesús estaba bien muerto, cuando cerraron y sellaron el sepulcro.

⁴⁷ Mateo, XII, 39 y 40.

2□ JESUCRISTO, DESPUÉS SE MOSTRÓ VIVO

El Salvador se muestra vivo: 1□ a María Magdalena.

2□ A las santas mujeres que regresaban del sepulcro.

3□ A Santiago y a San Pedro, Príncipe de los apóstoles.

4□ A los dos discípulos de Meaux, el día de Pascua.

5□ La noche del mismo día, a los apóstoles reunidos en el Cenáculo, estando ausente Tomás.

6□ Ocho días más tarde, a los mismos apóstoles, reunidos todos en el Cenáculo con Santo Tomás.

7□ A cinco apóstoles y a dos discípulos en el lago de Genezaret.

8□ En Galilea, a más de quinientas personas reunidas en el Tabor.

9□ A los apóstoles reunidos en Jerusalén con muchos discípulos. Con ellos sube al monte de los Olivos, de donde se eleva al cielo en presencia de ciento veinte testigos.

10□ Finalmente, se muestra a *Saulo*, en el camino de Damasco, y este ardiente perseguidor de la Iglesia se convierte en *San Pablo*, el apóstol de las gentes.

1□ LOS APÓSTOLES Y NUMEROSOS TESTIGOS VIERON A JESÚS VIVO DESPUÉS DE SU MUERTE

Un hecho es absolutamente cierto cuando es afirmado por nuestros testigos que: a) no han podido engañarse; b) no han querido engañar, y c) no hubieran podido hacerlo. Tal es el hecho de la resurrección de Jesucristo.

a) *Los apóstoles no pudieron engañarse.* – Jesucristo se mostró, no una sola vez, sino muchas, y durante un período de cuarenta días. Se mostró a muchas personas: a sus once apóstoles, a los discípulos y a más de quinientos fieles. Se mostró en pleno día, y en circunstancias muy diversas: en un huerto, en una calle, en el Cenáculo, a orillas de un lago, en los montes Tabor y de los Olivos. Admitir que en tales circunstancias todos los testigos de la resurrección se hayan engañado, sería admitir un fenómeno de ilusión imposible.

Finalmente, Jesucristo se mostró no a gentes crédulas, sino a gente desconfiada, tarda en creer... la cual califica de sueño la narración de las santas mujeres... Santo Tomás no quiere aceptar ni el testimonio de los demás apóstoles; quiere ver con sus ojos, tocar con sus manos las llagas de Jesús... ¿Cómo, pues, suponer error, ilusión, en testigos numerosos, de diferentes caracteres, y que se aseguraron del hecho con la triple evidencia de los ojos, de los oídos y de las manos?...

b) *Los apóstoles no quisieron engañar.* – No tenían ningún interés en ello. Lo único que podían esperar de su mentira eran terribles castigos: de parte de Dios, que castiga el crimen, las rigurosas penas reservadas por su justicia a la impostura; de parte de los judíos, asesinos de Jesús, una muerte inevitable y cruel.

Además, estaban seguros de fracasar en su empresa. ¿Cómo hacer creer a sus contemporáneos un hecho tan extraordinario como la resurrección de un muerto, crucificado públicamente por orden de la autoridad religiosa y civil? Acometer tal empresa era evidentemente una locura. Y sin embargo, los apóstoles dieron gustosos su vida en confirmación de la resurrección de Cristo.

c) *Los apóstoles no pudieron engañar.* – Para engañar era necesario, en primer lugar, secuestrar el cuerpo de Jesucristo. Pero para esto necesitaban sorprender a los guardias, violentarlos o corromperlos: tres cosas absolutamente imposibles para la timidez y pobreza de los apóstoles.

Y después, robar un cadáver no es resucitarlo. Estamos siempre en presencia de este hecho milagroso: *Cristo muerto volvió a ser visto vivo*. Los quinientos testigos que le vieron no podían ponerse de acuerdo para afirmar una mentira, estando como estaban diseminados por Judea y Galilea. Si Jesucristo no hubiera resucitado, hubiera sido imposible a los apóstoles convencer a los judíos y a los gentiles de que ellos le habían visto vivo.

2□ TESTIMONIO DE LOS ENEMIGOS DE JESÚS

Los miembros del sanedrín estaban convencidos de la resurrección de Cristo Jesús. Para negarla acudieron a la corrupción y a la mentira. Dieron a los guardias una suma de dinero para que hicieran correr la voz de que estando ellos dormidos, los discípulos de Jesús robaron el cadáver del Maestro. Pero si ellos no hubieran creído en la resurrección de Cristo, su deber, como su propio interés, estaba en castigar a los soldados por haber faltado a la disciplina militar, y en perseguir a los apóstoles por haber roto los sellos de la autoridad. ¿Por qué no iniciaron un sumario para establecer las responsabilidades y buscar el cuerpo del desaparecido?...

Puesto que los miembros del sanedrín se contentaron con sobornar a los soldados y trataron de echar tierra al asunto, a precio de oro, como lo hicieron siempre, es evidente que no pudieron negar la resurrección de Jesucristo.

3□ MILAGROS OBRADOS EN NOMBRE DE JESÚS RESUCITADO

Los apóstoles obraron milagros en nombre de Jesús resucitado: luego ellos decían la verdad, porque Dios no puede hacer milagros para confirmar el error y la impostura. Por eso un gran número de judíos, heridos por el brillo de estos milagros, se convierten a la predicación de los apóstoles y adoraron como a Dios a Aquél que habían poco antes crucificado. El día de Pentecostés, San Pedro predica a Jesús crucificado y resucitado, y tres mil judíos abrazan la religión de Jesucristo.

San Pedro sanó en la puerta del templo a un rengo conocido en toda Jerusalén; predica por segunda vez, y cinco mil judíos se convierten y creen en Cristo, Salvador de Israel⁴⁸.

4□ MONUMENTOS PUBLICOS ESTABLECIDOS EN MEMORIA DE LA RESURRECCIÓN

Los apóstoles dejaron dos monumentos permanentes de la resurrección de su Divino Maestro: 1□ La *fiesta de la Pascua*, celebrada por todos los cristianos del mundo: católicos, cismáticos y protestantes. 2□ El *día de la fiesta* trasladado del sábado al primer día de la semana llamado desde entonces domingo, o día del Señor. La fiesta de Pascua y el traslado del sábado al domingo, establecidos por los apóstoles, no tienen más razón de ser que la resurrección de Jesucristo.

5□ LA CONVERSIÓN DEL MUNDO A LA RELIGIÓN CRISTIANA

Strauss, el mayor de los incrédulos modernos, halla que nada es tan imposible de creer como la resurrección de un muerto. Se engaña: hay algo más imposible, y es la transformación religiosa y moral del mundo por un crucificado, si *este crucificado no ha resucitado*. La tumba de un muerto no es un lugar donde podía echar raíces el árbol gigantesco del Cristianismo.

¿Es, por ventura, admisible, que algunos *ilusos* o algunos *impostores* hayan hecho creer la resurrección de Jesucristo a millares de millones, y que hayan fundado *sobre este hecho* la única religión digna de respeto y de amor?... Este sería un milagro más grande que el milagro mismo de la resurrección, o más bien, un fenómeno tan extraño que se opone a todos los principios del buen sentido.

⁴⁸ Hechos, II y III.

Debemos, pues, concluir que la resurrección de nuestro Señor Jesucristo es un hecho innegable, más brillante que el sol, y cuya certeza jamás podrán destruir los incrédulos. ¿Qué nos queda por hacer? Caer a los pies de Jesús para decirle con Santo Tomás: *¡Señor mío y Dios mío!*

IV. PROFECÍAS HECHAS POR JESUCRISTO Y PERFECTAMENTE CUMPLIDAS

121. P. *Las profecías de nuestro Señor Jesucristo, ¿prueban la divinidad de la religión cristiana?*

R. Sí; las profecías de nuestro Señor Jesucristo muestran perfectamente la divinidad de la religión cristiana.

La profecía, lo mismo que el milagro, es el testimonio de Dios: sólo Dios, por sí mismo o por medio de sus enviados, puede manifestarnos lo que ha de venir y hacer verdaderas profecías.

Pues bien, Jesucristo hizo muchas profecías perfectamente realizadas. Él profetizó:

1□ *Respecto de su persona*, su pasión, su muerte y su resurrección.

2□ *En cuanto a sus discípulos*, la traición de Judas, la triple negación de Pedro, la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles, los futuros milagros de éstos, sus padecimientos y su martirio.

3□ *Respecto de los judíos*, la ruina de Jerusalén, la destrucción del templo y la dispersión del pueblo judío.

4□ *Acerca de su Iglesia*, la predicación del Evangelio en todo el universo, la conversión de los pueblos y la duración hasta el fin de los tiempos de la Iglesia.

El anuncio de estos acontecimientos, imposible de ser previstos, demuestra en Jesucristo una ciencia divina. Luego, Jesucristo es Dios o, por lo menos, el Enviado de Dios, y su religión es divina.

Hemos visto que Jesucristo realizó perfectamente en su persona las profecías mesiánicas, demostrando con eso mismo que Él era el Mesías prometido. Pero Él

mismo hizo también profecías, y sus predicciones cumplidas nos ofrecen una nueva prueba de su misión divina.

1□ LA PROFECÍA ES UNA PRUEBA DE LA DIVINIDAD DE UNA RELIGIÓN

La profecía, como el milagro, es una obra divina. Supone participación de la ciencia de Dios, como el milagro supone participación de su poder. Sólo Dios conoce y puede revelar los sucesos que dependen de la voluntad de Dios y de la libertad del hombre. Por consiguiente, si Jesucristo hizo verdaderas profecías y ellas se han realizado, Él es seguramente el Enviado de Dios, y la religión cristiana que fundó es divina.

2□ JESUCRISTO HIZO MUCHAS PREDICCIONES

1□ *Profecías de Jesucristo respecto de su persona.* – Él profetizó un día a sus discípulos: *Mirad que subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte. Y lo entregarán a los gentiles para que le escarnezcan y azoten y crucifiquen, pero al tercer día resucitará*⁴⁹.

2□ *Profecías de Jesucristo acerca de sus discípulos.* – Anunció la traición de Judas⁵⁰; la triple negación de San Pedro⁵¹; la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles⁵². Les profetizó sus padecimientos: *Mirad que os envío como ovejas en medio de lobos... Y guardaos de los hombres, porque os entregarán en concilios, y en sus sinagogas os azotarán... Seréis odiados y perseguidos por mi nombre...*⁵³.

Les anuncia también que obrarán milagros en su nombre, que arrojarán a los demonios y curarán toda clase de enfermedades⁵⁴. – *En verdad os digo, el que en mí cree, las obras que yo hago, también él las hará, y mayores aún*⁵⁵.

3□ *Profecías de Jesucristo referentes a los judíos.* – En diversas ocasiones, Jesús predijo las desgracias que amenazan a Jerusalén, el sitio de esta ciudad, la destrucción del templo y la dispersión del pueblo judío. Él dijo, llorando sobre la ciudad santa: *Vendrán días sobre ti en los que tus enemigos te cercarán con baluarte, y te pondrán cerco, y de todas partes te estrecharán; y te derribarán por tierra, y no dejarán piedra*

⁴⁹ Mateo, XX, 18 y 19.

⁵⁰ Juan, XIII.

⁵¹ Mateo, XXVI.

⁵² Juan, XIV.

⁵³ Mateo, X; Lucas, XXI; Juan, XV.

⁵⁴ Marcos, XVI.

⁵⁵ Juan, XIV, 12.

sobre piedra... *Tus hijos serán pasados a cuchillo; serán llevados cautivos a todos los pueblos, y en Jerusalén dejarán sus huellas los gentiles.*

Sus discípulos le preguntaron: *“Maestro, ¿cuándo sucederá esto?”* – *En verdad os digo que no pasará esta generación sin que todas estas cosas sean hechas. Cuando veáis a un ejército rodeando a Jerusalén, estad ciertos de que la desolación se aproxima*⁵⁶.

4□ *Profecías de Jesucristo acerca de su Iglesia.* – Jesús anuncia que el Evangelio será predicado en todo el mundo para servir de testimonio a todas las naciones⁵⁷. Predice su reinado universal: *Cuando fuere levantado de la tierra, lo atraerá todo hacia Mí*⁵⁸. Anuncia la perpetuidad de su Iglesia: *Tú eres Pedro, le dijo a Simón, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. He aquí que Yo estoy con vosotros, todos los días, hasta la consumación de los siglos*⁵⁹.

3□ ESTAS PREDICCIONES DE JESUCRISTO SON VERDADERAS PROFECÍAS

Estas predicciones poseen los tres caracteres de las profecías divinas. En efecto: 1□ *Fueron hechas antes de los sucesos, y tenemos como prueba el testimonio de los evangelistas. Eran conocidas por los fariseos, puesto que dijeron a Pilatos: Nosotros sabemos que este seductor dijo, cuando vivía: Después de tres días resucitaré. Además, los Evangelios fueron escritos antes del cumplimiento de las profecías que se refieren a Jerusalén y a su templo, al pueblo judío y a la Iglesia.*

2□ *Era imposible prever los hechos predichos por Jesucristo.* – Estos hechos dependían de la libre voluntad de Dios y de los hombres. Muchos de ellos tenían por objeto verdaderos milagros que, dependiendo de la omnipotencia divina, no podían ser conocidos sino por Él sólo, como la resurrección de Jesús, la venida del Espíritu Santo y los frutos sobrehumanos que produjo en el mundo.

3□ *Estas profecías están plenamente realizadas.* – a) El Evangelio nos muestra las profecías de Jesucristo relativas a su persona, realizadas hasta en sus más pequeños pormenores.

b) El Evangelio, los Hechos de los Apóstoles y la Historia de la Iglesia atestiguan el cumplimiento de las profecías referentes a los discípulos de Jesús; Judas le traicionó; Pedro le negó tres veces; los apóstoles recibieron el Espíritu Santo; predicaron el Evangelio, hicieron milagros; fueron azotados y perseguidos; y, llenos

⁵⁶ Mateo, XXIV; Marc., XIII; Lucas, XIX.

⁵⁷ Mateo, XXIV.

⁵⁸ Juan, XII, 12.

⁵⁹ Mateo, XVI, 18 y XXVIII, 20.

de júbilo, sufrieron el martirio. Aun en nuestros días los discípulos de Cristo son odiados y perseguidos; muchos mueren mártires, y no pocos, como los santos canonizados, siguen haciendo milagros.

c) Treinta y seis años después de Jesucristo, el año 70, se cumplió la profecía relativa a Jerusalén, a su templo y a la dispersión del pueblo judío. Dos historiadores, el judío *Josefo* y el romano *Tácito*, ambos contemporáneos de la catástrofe, nos han transmitido los pormenores de la destrucción de Jerusalén. Durante un sitio de siete meses, un millón cien mil judíos perecieron víctimas del hierro, del fuego y del hambre, y cien mil fueron vendidos como esclavos. El general Tito había recomendado que se respetara el templo; pero fue en vano. Un soldado, movido, dice Josefo, por una inspiración divina, arrojó en el interior del templo un tizón encendido, y el templo quedó reducido a cenizas.

Y aún hay más. Era necesario que la palabra del Salvador se cumpliera al pie de la letra. Tres siglos más tarde, *Juliano el Apóstata*, queriendo desmentir la profecía de Jesús, acometió la empresa de reedificar el templo de Jerusalén. Para echar los nuevos cimientos se arrancaron los antiguos hasta *la última piedra*; pero cuando se quisieron reconstruir, se vio salir de la tierra globos de fuego, que hacían el trabajo imposible. Este prodigio se repitió varias veces en presencia de los judíos y de los paganos, y hubo que renunciar a la empresa. Este hecho lo narran *Amiano Marcelino*, gran admirador de Juliano el Apóstata, y otros historiadores de la época.

La profecía sobre la dispersión del pueblo judío se verificó y se viene verificando aun hoy en día a nuestra vista. Cuando un pueblo emigra a todas las naciones, bien pronto se confunde con ellas. Contrariamente a esta ley de la historia, el pueblo judío, dispersándose por toda la superficie de la tierra, sigue formando una raza aparte; sigue siendo, mal de su grado, el testimonio del cumplimiento de las profecías. Dispersado entre todos los pueblos desde hace veinte siglos, sin templo, sin sacerdotes, sin sacrificios, despreciados y aborrecidos, los judíos llevan por doquiera las señales sensibles de la maldición que pesa sobre este pueblo deicida⁶⁰.

d) En cuanto a las profecías relativas a la Iglesia, ellas se han realizado y se realizan diariamente. El Evangelio es predicado en todo el universo; Jesucristo, levantado en la cruz, lo atrae todo hacia Él: individuos y pueblos; sostiene su Iglesia contra los ataques del infierno; Pedro vive en el Papa, y sigue confirmando a sus hermanos en la fe y apacentando los corderos y las ovejas, es decir, a los fieles y a sus pastores.

⁶⁰ BOSSUET, Discursos sobre la historia, 2ª parte.

El cumplimiento de estas profecías es un conjunto de hechos permanentes que la historia consigna en cada una de sus páginas. Cada generación los ha visto realizarse ante sus ojos. Sólo los incrédulos se niegan a verlos para no sentirse obligados a practicar la religión.

San Agustín pone en labios de Jesucristo las siguientes palabras dirigidas a los corazones endurecidos: “Vamos a cuentas, si queréis: tenéis mis profecías en las manos; veis todo lo que he hecho, y en qué particulares he cumplido mi palabra:

“Había prometido morir, resucitar, subir a los cielos y mandaros el Espíritu Santo: *Lo hice.*

“Había prometido a toscos pescadores que los haría pescadores de hombres y que les daría el poder de hacer aceptar al mundo una doctrina tan increíble como la de la cruz: *Lo hice.*

“Había prometido que los judíos deberían emigrar nuevamente y que su patria sería destruida, de manera que andarían errantes y dispersos por el mundo: *Lo hice.*

“Había prometido atraer a Mí todas las naciones de la tierra: *Lo hice.*

“Había prometido edificar mi Iglesia sobre la firma piedra, y hacerla durar por siempre; ella existe, vosotros lo veis, ha durado a pesar de tres siglos de persecuciones; se mantiene siempre en pie, y durará hasta la consumación de los siglos: *Lo he profetizado y lo haré*”.

CONCLUSIÓN. – Jesucristo hizo verdaderas profecías; sus profecías se han cumplido y se cumplen todos los días; luego Jesucristo es el Enviado de Dios y su religión es divina.

Esta conclusión se impone con tanta mayor fuerza cuanto que Jesús hizo estas profecías con el fin de probar la divinidad de su misión. *Os lo anuncio con anticipación, dice Él, a fin de que, cuando las cosas sucedan, creáis que soy yo: Credatis quia ego sum.* La religión cristiana lleva el sello divino: *la profecía realizada.*

122. P. El establecimiento de la religión cristiana, ¿prueba su divinidad?

R. Sí, el establecimiento de la religión cristiana es una prueba irrefutable de su divinidad.

Todo efecto exige una causa capaz de producirlo. En virtud de este principio, tenemos que considerar como divina una religión cuyo establecimiento y pronta difusión en el mundo no pueden atribuirse a medios naturales, sino *únicamente al poder divino*. Y éste es precisamente el caso de la religión cristiana.

A pesar de los más grandes obstáculos, y sin ningún medio natural para vencerlos, se ha establecido rápidamente en todo el universo. El establecimiento del Cristianismo es, por consiguiente, una obra divina que no puede explicarse sino por una especial intervención de Dios.

1° OBSTÁCULOS QUE VENCER. – Había que obligar a los judíos a que renunciaran a la ley de Moisés y a que reconocieran por Mesías a ese Jesús que ellos habían crucificado; había que mover a los paganos a vencer sus vicios, destrozando sus ídolos, a renegar de la religión de sus padres sostenida por todos los poderes públicos: y, por último, sobre estas ruinas había que establecer una religión nueva, con misterios incomprensibles y una moral contraria a todas las naciones.

2° INSUFICIENCIA DE LOS MEDIOS. – Los obstáculos eran inmensos, y los medios naturales completamente insuficientes. Los apóstoles encargados de establecer la religión cristiana, no poseían ni la fuerza de las armas, ni el cebo de las riquezas y de los placeres, ni siquiera el prestigio de la palabra y de la ciencia. Eran doce pescadores de Galilea, pobres, ignorantes y salidos de una nación despreciada por todos los pueblos.

3° EXITO RÁPIDO Y GENERAL. – Y sin embargo, a pesar de lo sublime de la empresa y de la debilidad de los instrumentos, la religión cristiana se estableció en todo el Imperio Romano y se propagó tan rápidamente por la India, la Persia, el África, España, la Galia, Germania, Bretaña, etc., que hacia el fin del siglo I, a la muerte del apóstol San Juan, apenas se podía nombrar un país que no hubiera recibido la predicación del Evangelio. Después de tres siglos de persecuciones, la Cruz de Cristo brilla en todas partes, y desde la cumbre del Capitolio domina el universo.

Por consiguiente, el establecimiento del Cristianismo es un hecho divino, un verdadero milagro de Dios, único que puede mudar los corazones y las voluntades.

N.B. – Hasta ahora hemos probado la divinidad de la religión cristiana apoyándonos, sobre todo, en la autoridad de nuestros Libros Santos considerados como históricos. Pero los Libros Santos no son el único fundamento de nuestra fe, ni encierran toda la doctrina cristiana, ni todas las pruebas de su divinidad.

Así como los milagros en que nos hemos apoyado no son los únicos que Dios ha obrado en favor de la religión, así también hay otros milagros del *orden moral*. Si los primeros manifiestan la intervención divina, en cuanto son contrarios a las leyes físicas, los últimos también manifiestan como tal, porque derogan las *leyes morales*.

El orden moral tiene sus leyes, como el orden físico. Es una ley de orden moral que una gran muchedumbre no cambie de convicciones, de conducta en algunos días, particularmente cuando todos los motivos de pasión y de interés se unen para oponerse al cambio.

El milagro en el orden moral es, pues, *un hecho contrario al curso ordinario de las cosas humanas y no se puede explicar sino por una especial intervención de Dios*. El establecimiento del Cristianismo en uno de estos milagros.

1° Grandiosidad de la empresa. – ¿Era grande la importancia de la empresa? Era menester: a) abolir la religión mosaica; b) suprimir el culto de los ídolos; c) fundar sobre estas ruinas la religión cristiana: tres cosas naturalmente imposibles.

a) *Obstáculo del judaísmo.* – Se trataba de obligar a los judíos a renunciar a la ley de Moisés. Pero ellos estaban fuertemente apegados a su religión, que creían fundada por Dios, confirmada por numerosos milagros y por la cual sus antepasados habían muerto en los campos de batalla o en los tormentos. Los judíos se gloriaban de ser el pueblo de Dios, y esperaban un Mesías que haría de ellos la más poderosa y la más gloriosa de las naciones.

¿Cómo convencerlos de que su religión no era sino figura de la verdadera; de que su título de pueblo de Dios debía ser el título de todos los pueblos? ¿Cómo hacerles aceptar por Mesías a Aquél a quien ellos habían crucificado?... ¡Qué escándalo para su orgullo y sus prejuicios! ¿No era éste un obstáculo insuperable?... Se explica, pues, que los judíos fueran los primeros en perseguir a los cristianos.

b) *Obstáculo del paganismo.* – Se trataba de destruir la idolatría esparcida por todo el mundo. La idolatría venía reinando durante siglos, era la religión de los antepasados, estaba como embebida en todos los actos de la vida pública y privada, y estaba sostenida por todos los poderes públicos. Además, dejando a los hombres en libertad para creer y obrar a su capricho, halagaba las tendencias más gratas a la naturaleza. Abolir este culto tan cómodo, tan fácil, tan agradable; derribar los *dioses protectores* del imperio para adorar a un judío crucificado... ¡qué locura!

Por eso el Cristianismo levantó en contra suya: 1° A los sacerdotes de los ídolos, cuyo crédito e intereses estaban en peligro. 2° A los sabios, a los filósofos, cuyo orgullo despreciaba los misterios cristianos. 3° Al poder público, que veía con

indignación un nuevo culto que se constituía con independencia propia frente a él. 4º Finalmente, a la multitud, ignorante y grosera, que rechazaba con furor una religión que condenaba su vida de placeres y de goces ilícitos.

Nada se ahorró para matar a la religión naciente en su cuna; los primeros cristianos fueron el blanco de todos los desprecios, del odio, de las calumnias y de las persecuciones. Porque no adoraban a los ídolos, se les acusaba de ser la causa de todas las desgracias públicas; se les llamaba impíos, sacrílegos, enemigos de la patria. Los dogmas mismos del Cristianismo, desnaturalizándolos por la ignorancia, servían de pretexto para las más absurdas calumnias. Durante trescientos años, los emperadores romanos, dueños y señores del mundo, desplegaron todo su poder y crueldad en ahogar en sangre a los discípulos de Cristo.

c) *Obstáculos de parte de la doctrina cristiana.* – Había que hacer aceptar la religión cristiana, la cual, lejos de ofrecer ningún atractivo natural al espíritu y al corazón del hombre, era, por su perfección y su severidad, de naturaleza tal, que más bien provocaba una repulsión invencible. *Por su dogma*, el Cristianismo impone la creencia en misterios que no comprende la razón: un solo Dios en tres personas; un Dios nacido de Madre Virgen y concebido sin concurso de varón, por obra del Espíritu Santo; un Dios que nace pobre, vive humilde y muere en una cruz como el último de los criminales...

Por su moral severa, la religión cristiana combate las pasiones, condena todos los vicios, prescribe todas las virtudes. ¡Qué contraste entre la vida de los paganos y la que se imponía a los cristianos! Ser humilde, modesto, dulce, paciente,

caritativo hasta amar a los propios enemigos; despegado de los bienes de la tierra hasta preferir la indigencia a la injusticia; casto hasta rechazar el pensamiento del mal; fiel a su religión hasta el martirio. He ahí lo que el Cristianismo pedía a los hombres que, bajo el patrocinio de los dioses del paganismo, podían, sin remordimientos, satisfacer todas sus inclinaciones y entregarse a todos los desórdenes. La religión cristiana era, pues, de suyo un obstáculo naturalmente invencible.

2º Impotencia de los medios. – *¿Cuáles fueron los medios empleados para propagar la religión cristiana?* – El principal fue la predicación de los apóstoles. Pues bien, todo concurría a desacreditar su doctrina, a llevar al fracaso su proyecto. Los apóstoles son doce, doce judíos despreciados por los otros pueblos; doce pescadores de Galilea, despreciados por el resto de los judíos; y no poseen nada que pueda dar autoridad a su predicación.

El hombre posee en este mundo tres poderes: la espada, el oro y la palabra. Los apóstoles no tienen ninguno de ellos; ni son poderosos, ni ricos, ni sabios, ni oradores. Hacen prosélitos no empuñando las armas, sino cayendo víctimas de ellas. No tienen más arma que su confianza en Dios y la oración. Pobres y obligados a vivir de limosnas o del trabajo de sus manos, no pueden ofrecer el oro que procura placeres y honores; a sus discípulos no prometen para la vida presente más que persecuciones, suplicios y, a veces, un cruel martirio. Ignorantes y sin prestigio, no pueden sino provocar la risa del público al predicar, en un lenguaje rudo, dogmas incomprensibles, una moral que aterra y la adoración de la cruz.

Y no se diga que el Cristianismo se extendió al amparo de la ignorancia. Porque la difusión del Evangelio se efectuó en el siglo de Augusto, en el siglo más culto y más ilustrado, cuando el Imperio Romano estaba lleno de filósofos, de oradores, de poetas, de historiadores; a estos genios de la Roma antigua, a estos hombres orgullosos de su saber y de su elocuencia, vienen algunos pobres pescadores de Galilea a enseñar dogmas que la razón no puede comprender. La época es también la más corrompida, en ella reina el vicio bajo todas sus formas; y a estos hombres podridos de sensualidad vienen los apóstoles a predicar la humildad, la pureza, la mortificación.

Dios escogió a los necios según el mundo para avergonzar a los sabios; y a los flacos del mundo escogió para avergonzar a los fuertes; y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que ningún hombre se jacte en su presencia⁶¹. Si Dios se hubiera valido o del poder de los Césares, o de la ciencia de los filósofos, los oradores se hubieron atribuido a la gloria de la empresa. Pero no habiendo empleado Dios sino la sencillez de doce pobres pescadores, es más claro que la luz meridiana que la gloria de esta gran revolución le pertenece a Él solo. Es la obra maestra de la potencia y sabiduría divinas.

3° Rapidez y generalidad del éxito. – *¿Cuál fue el éxito de la empresa?* La propagación del Cristianismo fue tan rápida como general. Después de Pentecostés, los apóstoles fundan en Jerusalén una iglesia floreciente. Evangelizan la Judea, la Galilea y la Samaria: una multitud de judíos, y aun varios sacerdotes de la antigua ley, abrazan la ley nueva⁵⁷.

Los apóstoles se dispersan por diversas regiones: Asia, Egipto, Grecia, Italia, Germania, Galia, etc., oyen a los *Enviados de Dios*; y éstos fundan iglesias por todas partes, y envían misioneros a las regiones más lejanas.

San Pedro funda en Antioquia, capital de Asia menor, donde pro primera vez, los discípulos de Cristo son llamados cristianos; después traslada su sede a Roma, capital del imperio romano, haciendo del foco del paganismo el centro, la Iglesia Madre de la cristiandad.

San Pablo evangeliza el Asia Menor, Macedonia, Grecia e Italia; **Santiago el Mayor**, España; **San Andrés**, Escila y Tracia; **Santo Tomás**, el país de los Partos y China; **San Bartolomé**, las Indias, etc.

A las Galias llega **San Dionisio Areopagita**, que predica en París: **San Marcial**, en Mende y en Limoges; **San Trófimo**, en Arlés; **San Lázaro**, el resucitado en Marcella, etc. Así el Oriente y el Occidente reciben el Evangelio.

San Pablo, veinticuatro años después de la muerte de Jesucristo, pudo escribir a los romanos: *Vuestra fe es anunciada al mundo entero.*

⁶¹ Cor., I, 27-28.

San Justino, menos de cien años después de la muerte de Jesucristo, puede decir en su diálogo con Trifón: *No hay nación, civilizada o bárbara, en la que no se haya ofrecido, en nombre de Jesús crucificado, oraciones al Padre y Criador de todas las cosas.*

Los escritores romanos de la época hacen notar su admiración: el historiador Tácito nos dice que, bajo el reinado de Nerón, causó asombro el descubrir en Roma un número tan crecido de cristianos. Séneca, preceptor de este príncipe, añade: "El Cristianismo se ha fortalecido de tal manera, que se ha extendido por todos los países: *los vencidos han dictado la ley a los vencedores*".

Todo el mundo conoce las altivas palabras de Tertuliano a los magistrados de Roma: "Somos de ayer, y ya lo llenamos todo: vuestras ciudades, vuestras islas, vuestros castillos, vuestras aldeas, vuestros campos, vuestras tribus, vuestras decu-

⁵⁷ Hechos, VI, 7.

rias, el palacio, el senado, el foro; sólo os dejamos vuestros templos... Si nos separamos de vosotros, os asustaríais de vuestra soledad"⁶².

El triunfo de la religión de Jesucristo fue tal, que, al cabo de tres siglos, el paganismo había caído, y Constantino, el primer emperador cristiano, colocaba la cruz sobre el Capitolio.

¿Es explicable, sin la intervención de Dios, una propagación tan rápida? ¿Puede citarse un hecho más contrario a todas las leyes de la naturaleza? ¿No es un milagro de primer orden, un milagro tan patente como la resurrección de un muerto, la conversión del mundo pagano llevada a cabo, a pesar de los obstáculos, por un grupo de hombres del pueblo? Esto no es obra humana, es obra divina: *A Domino factum est.*

4º Causa de la conversión del mundo. – Para establecer la creencia en una doctrina que sobrepasa la inteligencia humana, era necesario que Dios interviniera sobrenaturalmente, dentro de los corazones, con *su gracia todopoderosa*, y fuera de

⁶² Apología XXXVII.

ellos, con el milagro. El milagro suplía la debilidad de los apóstoles; hacía las veces de la ciencia, del genio, de la elocuencia; les conciliaba el respeto y la admiración de los pueblos; era la señal incontrastable de su misión divina. Es claro que los apóstoles no hubieran sido enviados de Dios, cuyo poder era el único capaz de hacerlos triunfar, hoy día, en lugar de esta Iglesia que se extiende hasta los confines de la tierra, no quedaría de su tentativa más que el recuerdo de una locura sublime.

CONCLUSIÓN. – Se puede terminar esta demostración con el célebre dilema que San Agustín proponía a los incrédulos de su tiempo. Puesto que no ha sido refutado todavía, lo proponemos a todos los incrédulos modernos.

**LA RELIGIÓN SE HA ESTABLECIDO, O POR LOS MILAGROS,
O SIN EL AUXILIO DE LOS MILAGROS**

Meditad bien vuestra respuesta y elegid con toda libertad.

1º Si confesáis los milagros de Jesucristo y de los apóstoles, al hacello así confesáis que la religión cristiana es obra de Dios, porque sólo Dios puede obrar milagros verdaderos, y no puede hacerlos sino en favor de una religión verdadera y divina.

2º Si negáis estos milagros, atestiguáis mejor aún la divinidad de la religión cristiana. Porque si una religión, enemiga de todas las pasiones, incomprendible en

sus dogmas, severa en su moral, se ha establecido sin el auxilio de los milagros, este mismo hecho es el mayor y más inaudito de los milagros.

Dadle todas las vueltas que queráis: este dilema es un círculo de hierro del que no podéis salir.

OBJECCIÓN. – A fin de escapar de la fuerza abrumadora de esta prueba invencible, dicen los incrédulos modernos: *El mahometismo y el protestantismo se han propagado también rápidamente, y, sin embargo, estas religiones no son divinas.*

R. La comparación no es posible: todo favorecía a estas falsas religiones, mientras que todo era contrario a la religión cristiana. 1º El mahometismo, fundado por Mahoma en el siglo VII, entre los pueblos ignorantes de la Arabia, es una mezcla de mosaísmo y de sensualismo, muy conforme a las aspiraciones de la naturaleza corrompida. Es una religión muy cómoda. Un solo dogma lo resume todo: Dios es Dios y Mahoma es su profeta. Su moral es facilísima: algunas purificaciones, algunas prácticas exteriores, y con esto plena libertad a todos los malos instintos de la carne mediante la poligamia y el divorcio.

El medio de propaganda empleado por Mahona y sus partidarios es la fuerza de las armas. Cree o muere, tal es su divisa. El instrumento de conversión es la cimitarra.

Así, el mahometismo se propaga suprimiendo todo misterio, mientras que la religión de Cristo se propaga a pesar de los dogmas incomprensibles que impone a la razón; el uno, gracias a las pasiones que halaga, a los desórdenes que permite, y la otra a pesar de las pasiones que combate y de las leyes severas que impone. El mahometismo hace prosélitos a la fuerza; el Cristianismo se extiende a pesar de la fuerza, de las persecuciones más violentas y del mismo martirio de sus seguidores.

Pascal || tenía || razón || cuando || afirmaba: || “Mahoma || se || estableció || matando; || Jesucristo, dejando que mataran a los suyos... Jesucristo y Mahoma tomaron caminos y medios tan opuestos, que, supuesto el triunfo de la doctrina de Mahoma, Jesús debía fracasar, y el Cristianismo perecer, si no hubiera sido sostenido por una fuerza || divina”. || No || hay, || pues, || comparación posible entre la propagación del islamismo y de la religión cristiana.

2º La difusión del protestantismo entre algunas naciones católicas es obra de las pasiones humanas. Fue presentado, al principio, no como una religión nueva, sino como una reforma y un retorno al Cristianismo primitivo. Los protestantes se llamaban reformados – la voz de los siglos los llama deformados –. ¡Curiosa reforma que suprime toda autoridad religiosa, suprime las leyes molestas: confesión, ayunos, abstinencias, y da, finalmente, completa libertad para creer y obrar a gusto!

El protestantismo halagó, para establecerse, todas las pasiones: el orgullo, otorgando a cada uno el derecho de creer lo que quiera; la avaricia, permitiendo a sus secuaces apoderarse de los bienes de la Iglesia; la lujuria, suprimiendo la continencia; la gula, aboliendo las abstinencias y los ayunos; la pereza, negando la necesidad de las buenas obras.

Las pasiones, la violencia de los reyes, la ignorancia del pueblo, las calumnias esparcidas contra la Iglesia, las guerras religiosas y las medidas de proscripción contra los católicos, tales son los medios de propaganda del protestantismo, que no se ha mantenido sino gracias al apoyo del poder civil. La historia lo atestigua.

Las pretendidas conversiones de los protestantes se limitan a pervertir a algunos católicos ignorantes o viciosos, a conquistarse a algunos indiferentes y a la distribución de Biblias. Que nos muestren una sola nación bárbara que haya sido civilizada por el protestantismo. Todas las herejías padecen de esterilidad. Todos los esfuerzos de los misioneros protestantes llevan más a la destrucción de las misiones católicas que a la conversión de los pueblos paganos. Tertuliano había ya notado esta perversa inclinación en los herejes de su tiempo, cuando decía: “Su principal aspiración consiste no en convertir a los paganos, sino en pervertir a los nuestros”.

NARRACIÓN. – *Llegada de San Pedro a Roma.* – Bajo el reinado de Claudio, el año 42 de nuestra era, un viajero, cubierto de polvo y abrumado por el cansancio de un largo camino, llegaba a la entrada de Roma, cerca de la puerta Naval.

Un filósofo romano, amante de novedades, impresionado al observar el traje del extranjero y la expresión grave e inteligente de su rostro, le habló, entablándose el diálogo siguiente:

EL FILÓSOFO. – Extranjero, ¿de dónde vienes? ¿Cuál es tu país?

PEDRO. – Vengo de oriente; y pertenezco a una raza que vosotros odiáis, a la que habéis expulsado de Roma: mis compatriotas se encuentran relegados al otro lado del Tiber. Soy judío de nación, nacido en Betsaida de Galilea.

EL FILÓSOFO. – ¿Qué es lo que te trae a Roma?

PEDRO. – Vengo a destruir el culto de los dioses que vosotros adoráis y a daros a conocer el único verdadero Dios que no conocéis. Vengo a establecer una religión nueva, la única divina.

EL FILÓSOFO. – ¡A fe que esto es algo nuevo! ¡Hacer conocer un nuevo Dios, establecer una religión nueva!... ¡La empresa es grande! Pero, ¿cuál es el Dios desconocido de que hablas?

PEDRO. – Es el Dios que ha creado el cielo y la tierra; es un solo Dios en tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Dios Padre ha enviado al mundo a su Hijo único, Jesucristo, que se hizo hombre sin dejar de ser Dios. Como hombre, fue al principio carpintero en una pequeña aldea, Nazaret; vivió pobre, murió en una cruz en Jerusalén para expiar los pecados del mundo, pero resucitó al tercer día. Como Dios, tiene todo poder en el cielo y en la tierra, y me envía para deciros que todos los dioses del Imperio no son sino falsas deidades traídas por el demonio. Él es el único verdadero Dios a quien se debe adorar en todo el mundo.

EL FILÓSOFO. – ¡Por Júpiter, tú deliras!... ¡Tú querrías derribar los altares de nuestros dioses, que han dado a los romanos el imperio del mundo, para hacer adorar en su lugar a un Dios crucificado! Pero, ¿puede, acaso, imaginarse algo más absurdo, más impío?

PEDRO. – No, no deliro. Dentro de poco vuestros templos serán un montón de ruinas; y en Roma no habrá más que un solo Dios, el Dios crucificado en Jerusalén.

EL FILÓSOFO. – ¿Y qué vienes a anunciarnos de parte de un Dios tan extraño?... Seguramente tu religión debe ser cómoda, fácil y atractiva, puesto que esperas substituir con ella la religión del Imperio.

PEDRO. – La religión que yo predico parece una locura a los hombres. Obliga a la inteligencia a creer misterios insondables, y al corazón a domar todas sus pasiones. Condena todos los vicios que tienen templos en esta ciudad; impone la

práctica de las virtudes más costosas: la humildad, la castidad, la caridad, la penitencia.

EL FILÓSOFO. – ¿Y qué prometes a los secuaces de tu religión?

PEDRO. – Aquí en la tierra tendrán que soportar incesantes luchas, privaciones y sufrimientos. Deben estar prontos a sacrificarlo todo, hasta la propia vida, antes que apostatar de su fe. Pero en el cielo, después de su muerte, yo les prometo un trono de gloria más hermoso que todos los tronos del mundo.

EL FILÓSOFO. – Si los romanos renuncian a las delicias de la vida para abrazar tu religión tan austera; si cambian los bienes presentes por los tronos que les prometes sobre las nubes, yo te miraré como a un Dios.

PEDRO. – Yo no soy nada por mí mismo, pero Aquél que me envía es todopoderoso. Vengo en su nombre a enseñar a todas las naciones, y a establecer su religión en todo el universo.

EL FILÓSOFO. – ¡Dioses inmortales! ¡Jamás hombre alguno soñó con semejante proyecto!... Establecer una religión de tal naturaleza en Roma, en el centro de la civilización y de las luces; querer hacer adorar a un Galileo crucificado, ¡es locura!... ¿Quién eres tú para soñar con semejantes empresas?

PEDRO. – ¿Ves allá en la orilla a aquellos pescadores? Pues ese es mi oficio. Para ganar el pan he pasado una buena parte de mi vida arreglando redes y pescando en un pequeño lago de mi tierra.

EL FILÓSOFO. – ¿Con qué medios cuentas para imponer al mundo tus ideas? ¿Tienes, por ventura, soldados más numerosos y más valientes que los de César?

PEDRO. – Nosotros somos doce, esparcidos por todos los pueblos, y mi Dios me prohíbe emplear la violencia. Él nos ha enviado como ovejas en medio de lobos. No tengo más arma que esta cruz de madera...

EL FILÓSOFO. – ¿Posees, al menos, inmensos tesoros para ganar discípulos?

PEDRO. – No tengo ni oro ni plata. En el mundo no poseo más que este vestido que me cubre.

EL FILÓSOFO. – En ese caso, confiarás en tu elocuencia. ¿Cuánto tiempo has estudiado con los retóricos de Atenas o de Alejandría el arte de persuadir a los hombres?

PEDRO. – Ignoro los artificios del lenguaje. No he frecuentado más escuela que la del carpintero, mi Maestro, y no sé nada fuera de la santa religión que Él me ha enseñado.

EL FILÓSOFO. – Pero, ¿esperas tú entonces que los emperadores, los magistrados, los gobernadores de provincia, los ricos y los sabios favorecerán tu empresa?

PEDRO. – No; toda mi esperanza está en Dios. ¿Cómo podría yo contar con los ricos, los sabios y los Césares?... Yo mando a los ricos que desprecien sus riquezas, a los sabios que sometan su razón al yugo de la fe, a César que renuncie a su dignidad de gran Pontífice y acate las órdenes de Aquél que me envía.

EL FILÓSOFO. – En tales condiciones, fácil caso es prever que todo estará contra ti. ¿Qué intentas hacer cuando tal suceda?

PEDRO. – Morir en una cruz; mi divino Maestro me lo ha profetizado.

EL FILÓSOFO. – Verdaderamente esto es lo más verosímil de todo cuanto acabas de decirme. Extranjero, tu empresa es una locura...

El romano se va, mientras hablando consigo mismo, dice: “¡Pobre loco! Es una lástima que este judío haya perdido la cabeza; parece una persona respetable”.

Pedro besa su cruz de madera y penetra en Roma. Allí, a pesar de los sacerdotes, a pesar de los filósofos, a pesar de los Césares, funda la religión de Jesucristo; hace adorar a esos orgullosos romanos a un judío crucificado; persuade a los voluptuosos a que practiquen la penitencia, y puebla de vírgenes aquella ciudad pecadora. El ignorante pescador prueba su doctrina tan cumplidamente, que los que la abrazan derraman con gusto su sangre en defensa de la misma.

Algunos años más tarde, el apóstol extiende sus brazos en la cruz que ha predicado. Su muerte fija para siempre en Roma la sede de su imperio. Después de su martirio, la cátedra desde la cual ha enseñado nunca queda vacía. Durante trescientos años la espada de los Césares hiere a todos los que la ocupan. Pero su

trigésimo segundo sucesor bautiza al César y enarbola la cruz sobre el Capitolio. En adelante, la cruz de madera llevada a Roma por Pedro dominará sobre el mundo: *Stat crux dum volvitur orbis*.

¿No es esto un milagro? ¡Un pescador triunfa de todo el poder romano empeñado en destruir su obra, y el mundo adora a un judío crucificado, bajo la palabra de doce pescadores de Galilea! ¡Esto no era humanamente posible y, sin embargo, ha sucedido!... La locura de la cruz ha triunfado de todo el universo: he aquí el monumento inmortal de la divinidad del Cristianismo. *¡El dedo de Dios está aquí!...*

NARRACIÓN. – *El carpintero de Nevers.* – Mons. Gaume arguye en esta forma a un librepensador: “Puesto que pretendéis que la conversión del mundo por un judío crucificado es una cosa muy natural y muy lógica, ¿por qué, después de tantos siglos, nadie ha repetido jamás el experimento? Ensayadlo vos mismo, os lo ruego. Nunca empresa alguna fue más digna de un gran corazón: vuestra filantropía, vuestra compasión por el género humano, doblegado bajo el yugo de la superstición, os prohíben rehusar el experimento propuesto; conocéis los elementos del problema y los tenéis al alcance de la mano.

“Un día bajáis a las orillas del Loira, llamáis a doce marineros y les decís: *Amigos míos, dejad vuestras barcas y vuestras redes, seguidme*. Ellos os siguen; subís con ellos a la inmediata colina, y, apartándoos un poco, los hacéis sentar sobre el césped y les habláis de la siguiente manera:

“Vosotros me conocéis, sabéis que soy carpintero e hijo de un carpintero. Hace treinta años que trabajo en el taller de mi padre. ¡Pues bien! Estáis en un error; no soy lo que vosotros pensáis. Aquí donde me veis, yo soy Dios; yo soy quien ha creado el cielo y la tierra. He resuelto hacerme conocer y adorar en todo el universo hasta el fin de los siglos. Quiero asociaros a mi gloria. Aquí tenéis mi proyecto: empezaré recorriendo, durante algún tiempo, las campiñas de Nevers, predicando y mendigando. Se me acusa de diferentes crímenes, y yo me ingenio de tal modo que me hago condenar y conducir al cadalso. Este es mi triunfo.

“Algunos días después de mi muerte vosotros recorreréis las calles de Nevers, detendréis a los que pasan y les diréis. Oíd la gran novedad. Aquél carpintero que vosotros conocíais, que ha sido condenado a muerte por el tribunal y guillotinado en

estos últimos días, es el Hijo de Dios. Él nos ha encargado el decíroslo y de ordenaros que le adoréis con nosotros; de lo contrario, iréis al infierno. Para tener la dicha y el placer de adorarle, todos vosotros, hombre y mujeres, pobres y ricos, debéis empezar reconociendo que vosotros y vuestros padres y todos los pueblos civilizados no habéis sido hasta aquí más que unos idiotas, y que os habéis engañado en adorar groseramente al Dios de los cristianos.

“Después debéis arrodillaros a nuestros pies, decirnos todos vuestros pecados, aun los más secretos, y hacer todas las penitencias que nos parezca bien imponeros. Luego os complaceréis en dejar que se burlen de vosotros y os insulten, sin decir una palabra; consentiréis que os encarcelen, sin poner la menor resistencia y, finalmente, os entregaréis para ser decapitados en una plaza pública, creyendo allá en lo íntimo de vuestro corazón que nada más grato podía aconteceros.

“No debo ocultaroslo: todo el mundo se burlará de vosotros; no importa, vosotros hablaréis siempre. El comisario de policía os prohibirá que prediquéis mi divinidad: vosotros no le haréis caso, y seguiréis predicándola con doblado fervor. Os arrestarán nuevamente, os azotarán: dejaos azotar. Finalmente, para imponeros silencio, os cortarán la cabeza: dejaos cortar la cabeza; entonces todo marchará a las mil maravillas.

“Cuando esto haya sucedido, habremos obtenido un triunfo completo; todo el mundo se querrá convertir, yo seré reconocido como el verdadero Dios; se me adorará en Nevers, en Roma, en Londres, en San Petersburgo, en Constantinopla, en Pekín.

“Bien pronto el taller de mi padre se transformará en una hermosa capilla, a la que acudirán multitud de peregrinos, de los cuatro puntos cardinales. En cuanto a vosotros, seréis mis doce apóstoles, doce santos, cuya protección se invocará en todo el mundo. ¡Qué gloria para vosotros! Convertir el mundo no es más difícil de lo que acabo de deciros, y ése es mi proyecto. Como veis, es muy sencillo, muy fácil, muy conforme a las leyes de la naturaleza y de la lógica. Puedo contar con vosotros, ¿verdad?

“Es fácil adivinar cómo sería recibida semejante proposición. Me parece oír a los buenos marineros, furiosos por la burla de que son objeto, increpar entre amenazas a su autor; me parece verlos descender a la ciudad y anunciar por todas partes que el carpintero fulano ha perdido la cabeza... Y no me extraña oír que, ese

mismo día, el nuevo Dios había sido conducido al Charetón, donde, en lugar de los homenajes divinos, gozaría del privilegio indiscutido de ocupar el primer puesto entre los locos.

“Sin embargo, notémoslo bien, el proyecto del carpintero de Nevers, que es, sin duda alguna, lo sublime de la locura, no es más insensato que el de Jesús de Nazaret, si Jesús no es más que un simple mortal. ¿Qué digo? Es mucho menos absurdo todavía. Un carpintero de Nevers no lleva desventaja a un carpintero de Nazaret; un francés guillotinado no es inferior a un judío crucificado; doce marineros del Loira valen tanto sino más que doce pescadores de los pequeños lagos de Galilea.

“Hacer adorar a un ciudadano francés del siglo XIX es menos difícil que hacer adorar a un judío en el siglo de Augusto. En el primer caso, sólo sería preciso apartar a los pueblos de una religión contraria a todas pasiones. En el segundo caso, sería necesario arrancar a los pueblos de una religión que halagaba todos los malos instintos del hombre.

“Así pues, cuando se quiere explicar el establecimiento del Cristianismo por causas humanas, se llega con la mayor facilidad al último grado de lo absurdo. Y, sin embargo, no hay efecto sin causa; haga lo que quiera el incrédulo, el Cristianismo es un hecho, y este hecho importuno se yergue ante él en toda su sublimidad. Sí, pues, no hay causa humana que pueda explicar el establecimiento del Cristianismo, || hay || que || reconocer || una || causa || divina”. || (extracto || de || Mons. || Gau me.)

VI. NÚMERO Y CONSTANCIA DE LOS MÁRTIRES CRISTIANOS

123. P. *El número y la constancia de los mártires, ¿prueban la divinidad de la religión cristiana?*

R. Sí; el *número* de los mártires durante los tres primeros siglos de la Iglesia, su *constancia* en los tormentos, los *frutos maravillosos* de su heroísmo, atestiguan claramente la divinidad de la religión cristiana.

1º La historia testifica que millones de hombres testigos de los milagros de Jesucristo o de los apóstoles, afrontaron los suplicios y la muerte antes que renegar de su religión. No pudieron proceder así sin estar convencidos de la *realidad de los*

hechos que sirven de fundamento al Cristianismo. Es así que se debe creer a testigos que se dejan degollar por sostener la verdad de su testimonio; luego el testimonio de los mártires es una prueba luminosa de la divinidad de la religión cristiana.

2º La *constancia* de los mártires en los suplicios es superior a las fuerzas humanas. Su valor no puede venir sino de Dios: ellos lo declaran, los paganos los reconocen, y Dios lo confirma con milagros. Pero como Dios no puede poner su fuerza al servicio del error y de la mentira, debemos concluir que la religión profesada por los mártires es una religión divina.

3º El martirio de los cristianos fue causa de la difusión prodigiosa del Cristianismo. Las conversiones de los paganos, testigos de su heroísmo, aumentaron de tal suerte, que Tertuliano pudo decir: *La sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos*. Pues bien, esas conversiones, tanto por su número como por su rapidez y perseverancia, constituyen un hecho sobrenatural y divino, que prueba también la divinidad de la religión cristiana.

La palabra mártir significa *testigo*; los mártires han dado a la Iglesia el testimonio de su sangre.

Los mártires de la Iglesia primitiva pueden ser considerados de dos maneras distintas.

1º *En su aspecto meramente natural*; y entonces son testigos oculares o de los milagros de Jesucristo, como los apóstoles y los discípulos, o de los milagros obrados por los apóstoles. Su testimonio es una prueba humana invencible de la realidad de los hechos que sirven de fundamento del Cristianismo.

2º *En su aspecto sobrenatural*; los mártires muestran un valor que sobrepasa las fuerzas humanas. Su constancia es un milagro del orden moral, como la profecía es un milagro del orden intelectual, y la resurrección de un muerto un milagro del orden físico. Así considerada, su constancia es una prueba de autoridad divina en favor de la religión cristiana, porque Dios no ayuda para sostener la mentira.

1º **Número de los mártires.** – La historia de los primeros siglos de la Iglesia refiere que hubo una multitud sin cuento de mártires. El hecho no sólo lo afirman los autores cristianos, sino que lo confirman además Tácito, Libanio, Plinio el Joven y otros historiadores paganos. Se cuentan, desde Nerón (año 64) hasta Constantino

(año 312), *diez persecuciones generales*, además de las persecuciones locales. Según documentos de la mayor autenticidad, el número de los mártires se calcula en unos **once a doce** millones, durante los tres primeros siglos de la Iglesia. La última persecución, ordenada por Diocleciano fue tan recia, que este emperador creyó haber extinguido el nombre cristiano de la redondez de la tierra, como lo prueba el hecho de haber mandado acuñar una medalla con esta inscripción: *Nomine christianorum delecto*.

Barbarie de los suplicios. – Los mártires sufrieron todo lo que la barbarie puede inventar de más cruel. Fueron extendidos en el potro, flagelados con azotes de cuero provistos de puntas emplomadas, desollados vivos, desgarrados con tenazas o garfios de hierro, quemados con antorchas, crucificados, devorados por los tigres y los leones, cubiertos de planchas de metal calentadas al rojo, sumergidos en aceite hirviendo, asados a fuego lento en parrillas; en fin, según la frase de Tácito, torturados con los tormentos más refinados, *exquisitissimis poenis*.

Valor del testimonio de los mártires. – El testimonio de los mártires es una demostración evidente de la divinidad del Cristianismo. Y de ello es fácil convencerse con sólo considerar el significado de la palabra mártir, que quiere decir testigo, y la naturaleza de las pruebas que debe tener una religión revelada.

Tal religión debe demostrarse con hechos, porque se trata de saber si Dios ha hablado a los hombres, y si los enviados de Dios han comprobado su misión divina por medio de milagros.

Ahora bien, en todos los tribunales del mundo, los hechos no pueden ser probados más que por el testimonio inmediato o mediato de personas fidedignas. Varios testigos dignos de fe bastan para establecer la certeza de un hecho.

Para probar que el Cristianismo es una religión revelada por Dios, era necesario demostrar que Jesucristo, su fundador, había predicado en la Judea, que había hecho milagros y profecías, que había muerto, resucitado y subido a los cielos, en prueba de su misión divina. Esos son los hechos que Jesucristo había encargado a sus apóstoles que atestiguaran, cuando les dijo: *Daréis testimonio de Mí en Jerusalén y en toda Judea y Samaria, y hasta lo último de tierra*⁶³.

⁶³ Hechos, I. 8.

Entre los mártires, unos habían sido testigos oculares de los milagros de Jesucristo, y otros de los milagros de los apóstoles. Estos testigos no son veinte, treinta ni cien, sino millones, que, durante más de trescientos años, atestiguaron esos hechos en todas las partes del mundo, no solamente con juramento, sino también con el sacrificio de la propia existencia en medio de los suplicios más horrorosos.

No hay duda que un testigo dice la verdad cuando su testimonio dista tanto de procurarle alguna ventaja, que, antes al contrario, le ocasiona la pérdida de sus bienes y de la vida misma. Luego el testimonio de los mártires, en favor de los hechos que son el fundamento de la religión cristiana, es superior a toda prueba jurídica y hasta rebasa los límites de la ley de la naturaleza.

2º Constancia de los mártires. – Una muchedumbre inmensa de cristianos de todas las nacionalidades y condiciones, de todas las edades y sexos, acepta libremente las torturas más horribles antes que renegar de su religión. Esta muchedumbre es pacífica; nada se descubre en ella que recuerde al fanatismo de los partidos políticos, de las sectas secretas, de las sublevaciones populares. Sus tormentos son atroces; sus verdugos, implacables; sus jueces, inflexibles; y nada es capaz de debilitar su constancia, nada puede agotar su paciencia, nada alcanza a alterar su dulce y modesta resignación. Interrogados, hablan con tal prudencia, firmeza y oportunidad, que justifican la promesa que les hiciera el Salvador de su divina asistencia⁶⁴. Serenos y sonrientes, fijos los ojos en el cielo, expiran orando por sus verdugos.

¿No es éste un gran milagro? ¿Es, por ventura, cosa natural que niños, jovencitas, mujeres y viejos decrepitos acepten los más horribles suplicios sin temor y hasta el júbilo? ¡Oh!, de ningún modo. Nos es la naturaleza la que puede dar al hombre este valor sereno, perseverante, heroico, que arrostra impávido las torturas más terribles; no es la naturaleza la que hace aceptar los sufrimientos como un bien, cuando una sola palabra, un solo gesto de apostasía puede librar de los suplicios y de la muerte. Para obrar así, se necesita que una fuerza sobrenatural acuda en socorro de la debilidad humana.

No se puede invocar el *amor a la gloria*, la *vana esperanza de los bienes futuros*, y menos todavía el fanatismo.

⁶⁴ Mateo, X, 19.

a) No se puede atribuir la constancia de los mártires al *amor a la gloria*: los cristianos sabían que su nombre sea objeto de execración para la sociedad pagana, y que, al aceptar el martirio, se llenaban de infamia. Muchos mártires sacrificados en montón estaban perfectamente seguros de que su nombre y su tumba permanecerían ignorados de los hombres, y sólo serían conocidos por Dios.

b) No cabe tampoco atribuirle a la *vana esperanza de los bienes futuros*; porque si esta esperanza no hubiera estado fundada en pruebas sólidas, no hubiera estado fundada en pruebas sólidas, no hubiera podido mover a la aceptación del martirio a una muchedumbre inmensa de hombres notables por su prudencia y su saber. Los cristianos no pudieron menos de razonar como el Apóstol: *Si Jesús no ha resucitado, es vana nuestra fe, como es vana nuestra predicación. Si los muertos no resucitan, nosotros somos los más desgraciados de los hombres, y si así es, comamos y bebamos, pues mañana moriremos.*

c) *Menos aún es posible atribuir la constancia de los mártires al fanatismo.* – No hay ni sombra de analogía entre el fanatismo y el valor de los mártires. El fanatismo es fruto de la ignorancia y del error; el valor es hijo de la luz y de la verdad. El fanático muere por una creencia en que no ha reflexionado bastante, o por opiniones personales desprovistas de pruebas; el mártir, al contrario, da su vida para atestiguar hechos ciertos o en favor de creencias de las cuales posee pruebas decisivas.

Para el fanático, el suplicio no es más que una desgracia inevitable, un ímpetu de desesperación, el incidente de una lucha; el mártir, al contrario, abraza el suplicio por elección espontánea y meditada. En el fanatismo, el valor tiene su origen en la exaltación y en la vanidad: es un leopardo que, al caer, quiere gozar el placer de desgarrar las carnes del que le abate; el mártir católico lleva el perdón en su corazón, la ternura en la mirada, la bendición en los labios: su valor nace de su encendido amor a Dios, a Jesucristo y a su Iglesia. Finalmente, el fanatismo no es más que una debilidad temporal y local; nunca ha contado más que un escaso número de víctimas, mientras que la Iglesia católica ha producido, en veinte siglos, cerca de treinta millones de mártires.

La constancia y el valor de los mártires vienen de Dios. – Así se evidencia:

a) por la declaración de los mártires mismos, los cuales se mostraban contestes en afirmar que, sin el auxilio de Dios, no podrían sobrellevar las torturas. Por eso se encomendaban a las oraciones de los fieles para obtener la gracia de salir victoriosos del combate. Aparte de esto, más de una vez se vio a algunos que, confiando demasiado en sus propias fuerzas, se rindieron a la atrocidad de los tormentos.

b) Los paganos confesaban la imposibilidad de que los mártires soportaran semejantes suplicios sin el auxilio especial de Dios. Por eso frecuentemente exclamaban: *¡Qué grande es el Dios de los cristianos, puesto que da tal fuerza a sus adoradores!*

c) Por último, lo prueba también los milagros innumerables obrados es favor de los mártires. ¡Cuántas veces las fieras, en vez de destrozarlos, se postraron a sus pies, las hogueras se apagaron y los instrumentos de tortura se quebraron! En muchos casos caminaron sobre carbones encendidos como sobre rosas; por el influjo de su sola presencia, los templos paganos se derrumbaron, los ídolos se rompieron y los mismos tiranos quedaron ora ciegos, ora parálíticos, ora muertos, a la vista de un pueblo entero que atribuía esos hechos prodigiosos a la magia, o que se convertía al Cristianismo. Ante esos milagros públicos y perfectamente comprobados, es imposible poner en tela de juicio que el valor y la constancia de los mártires venían de Dios.

N.B. – Este argumento se funda, no solamente en la constancia de los mártires de la Iglesia primitiva, sino que recibe una fuerza nueva del valor heroico de *dieciocho* o *veinte millones* de mártires que, desde el siglo III, han muerto por la fe en distintas partes del mundo. Un valor tan extraordinario en tan enorme muchedumbre de mártires no se puede explicar por causas naturales; hay que atribuirlo a la virtud divina, única que puede obrar tales maravillas en sus débiles criaturas.

3º Frutos maravillosos del martirio. – Los suplicios de los mártires fueron causa de la multiplicación maravillosa de los cristianos. Tenemos como testigo a *Tertuliano*, que increpa en esta forma a los gobernadores: *Sometednos a la tortura, atormentadnos, condenadnos, aplastadnos... Nuestro número aumenta siempre que nos segáis; la sangre de los cristianos es semilla que produce más cristianos... Vuestra crueldad refinadísima no consigue otra cosa que aumentar nuestro número.*

Arnodio y Lactancio dicen lo mismo. Teodoro añade la siguiente comparación: Cuando el leñador corta los árboles de un bosque, los troncos producen más renuevos que los que hubieran brotado de las ramas cortadas; del mismo modo, cuanto mayor es el número de piadosas víctimas inmoladas por vosotros, tanto mayor es el número de los que abrazan la doctrina del Evangelio.

Libanio, autor pagano, confiesa que el Cristianismo había hecho grandes adelantos por el martirio de sus fieles, y declara qué fue esto lo que impidió a Juliano el Apóstata renovar los edictos sanguinarios publicados contra ellos en los siglos anteriores.

Ahora bien, este hecho no puede ser efecto de una causa natural o humana; es imposible que los hombres no se sientan retraídos de abrazar una religión que los expone a una muerte cierta y cruel, si no los impulsa a abrazarla una inspiración divina.

CONCLUSIÓN.

– “El valor milagroso de los mártires es evidentemente una prueba irrefutable de la verdad del Cristianismo y de su origen divino. Dios no puede servirse del milagro para animar a un fiel a perseverar en una religión falsa. El valor sobrenatural de los mártires y, por consiguiente, la acción misma de Dios, ha fortalecido y acrecentado la religión cristiana, dándole millares de discípulos arrastrados por el ejemplo de los mártires a ver en el Cristianismo una religión divina. Este efecto lo ha querido Dios. Concluyamos, pues, que Dios mismo ha atestiguado la verdad del Cristianismo, y que ha confirmado así la realidad de los hechos sobrenaturales sobre los cuales reposa la evidencia de la religión cristiana”.

– (WILMERS.)

OBJECCIÓN. – Se objeta, a veces, contra esta prueba de la divinidad de la religión cristiana, que *todas las religiones tienen mártires.*

R. Los pretendidos mártires del mahometismo, del budismo, del protestantismo no se asemejan en nada a nuestros mártires cristianos:

1º Su número es muy reducido.

2º La mayoría de ellos no murió libremente por sostener su religión.

3º En la generalidad de los casos, estos pretendidos mártires fueron condenados a muerte, no por su fe, sino por crímenes castigados por la ley: revueltas, robos, incendios.

4º Tales mártires no murieron por atestiguar hechos fáciles de conocer, sino solamente por mantener opiniones y doctrinas cuya prueba no podían dar.

Los caracteres que distinguen a los mártires cristianos de los pretendidos mártires de las falsas religiones, son: a) la muerte libremente aceptada por la fe; b) la inocencia de vida; c) una convicción ilustrada; d) los milagros que acompañaron o siguieron a su martirio.

a) *La muerte libremente aceptada por la fe.* – Morir por su religión cuando, renunciando a ella, se podía evitar la muerte, ése es verdadero carácter del martirio. A los cristianos se les proponía renunciar a su religión o morir. Si apostataban, se les prometían recompensas y honores... Ellos eligieron los tormentos y la muerte. Por consiguiente, carece de todo valor y fundamento la comparación establecida entre nuestros mártires y los mahometanos o sectarios sorprendidos con las armas en la mano, o sacrificados en matanzas como la de *San Bartolomé* o condenados por las leyes civiles sin libertad para retractarse. Fuera de eso, las falsas religiones, como el mahometismo, autorizan la abjuración por miedo.

b) *La inocencia de vida.* – “¿Qué se puede reprochar a los mártires? – preguntaba Tertuliano –; son los hombres más puros, vírgenes inmaculadas, piadosos fieles, la flor de la sociedad. No se ha podido señalar en ellos un vestigio de desorden. Y no hay que maravillarse, puesto que no se propasaban ni a una mirada indiscreta ni a un deseo ilícito. ¡Se les llama enemigos de César, y ellos ruegan por él en sus templos y son los únicos que lo hacen! ¡Se les acusa de enemigos de la patria y ellos, con mayor abnegación y ardimiento que los demás, derraman por ella su sangre en el campo de batalla! ¡Se les proclama enemigos de las leyes, y nosotros desafiamos a que se halle un solo cristiano que no las cumpla, cuando son compatibles con las de la conciencia! No se castiga en ellos más que el nombre que llevan”.

Estudiad las actuaciones de sus procesos, las ordenanzas de los emperadores, y veréis que rinden homenaje a la inocencia de los mártires. Se les condena a la última pena, únicamente porque son discípulos de Cristo. No sucede lo mismo con los

pretendidos mártires de las falsas religiones. Consultad la historia, y ella os dirá que los incrédulos dan frecuentemente el nombre de mártires a malhechores, a delincuentes ajusticiados en castigo de sus propios crímenes. Así, por ejemplo, los hugonotes no han sufrido tormento por atestiguar la verdad de su doctrina, sino porque eran culpables de rebelión, sedición, asesinatos e incendios.

c) *Convicción ilustrada.* – Tal es el tercer carácter que distingue a nuestros mártires. Cuando los de las falsas religiones no son rebeldes apresados con las armas en la mano, son ignorantes exaltados que mueren por opiniones personales que no son capaces de probar. Tal es el fanatismo de los musulmanes, de los protestantes y de los budistas de la India. ¿Qué habían visto los protestantes? ¿Qué podían testificar? Habían visto a Lutero, a Calvino, o a sus discípulos rebelarse contra la Iglesia, llenar a Europa de sediciones y de matanzas. Los creyeron sobre su palabra, y abrazaron sus mismas convicciones. Pero no habían visto a los predicadores hacer milagros, ni dar señales de una misión divina.

El valor de los mártires, por el contrario, es el fruto de una convicción basada en pruebas evidentes. Durante tres siglos, en las diversas partes del mundo, los mártires mueren para atestiguar los hechos cuya certeza conocen. Se puede dar la vida por opiniones falsas tenidas por verdaderas; pero es inaudito que se haga lo propio por hechos cuya falsedad no se ignora.

Los apóstoles y los discípulos mueren para atestiguar los milagros de Jesucristo, su muerte, su resurrección, de que habían sido testigos. Es lo que decían a los primeros cristianos: *Os anunciamos lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos oído, lo que nuestras manos tocaron acerca de Verbo de la vida, que se mostró entre nosotros.* Y los apóstoles deban su vida para confirmar la verdad de este testimonio.

Los fieles convertidos por los apóstoles no habían visto a Jesucristo, pero habían visto a los apóstoles haciendo prodigios para confirmar su misión divina. Podían, pues, estos fieles atestiguar tales hechos; estaban bien seguros de no haberse engañado.

En fin, los que han padecido por la fe en la sucesión de los siglos no han visto ni milagros ni mártires; pero han muerto por una religión respecto de la que sabían que estaba probada con hechos incontestables. Por esta sucesión no interrumpida de testigos, nosotros estamos ciertos de que Jesucristo es Dios y de que su religión es divina.

d) *Prodigios.* – Hemos hablado ya de los numerosos milagros obrados con ocasión del martirio de los primeros cristianos. Se pueden leer en las vidas de los santos los prodigios realizados por sus venerandas reliquias. Estas maravillas no pueden ser negadas, como no pueden serlo los hechos más ciertos de la historia. Así Dios interviene para honrar a sus mártires, fecundar su sangre y glorificar sus reliquias.

CONCLUSIÓN. – Sólo la religión católica posee verdaderos mártires, y su martirio prueba la divinidad de la religión de Jesucristo. La fuerza de esta prueba se funda en un conjunto de hechos absolutamente ciertos.

Hay que considerar a la vez: 1º, la multitud de los mártires; 2º, su aceptación voluntaria de los sufrimientos; 3º, la prolongación y crueldad de los suplicios; 4º, el valor heroico demostrado en los más terribles tormentos; 5º, finalmente, los frutos maravillosos que provinieron de su sacrificio.

La religión católica es la única que puede tener verdaderos mártires, verdaderos testigos, porque es la única que se funda en hechos demostrados por el testimonio y por la tradición. Los que hablan de mártires de falsas religiones demuestran no haber entendido el fondo de la cuestión.

La constancia de los mártires es una señal divina más admirable todavía que el milagro. El milagro es obra exclusivamente de Dios; el martirio es la obra de Dios realizada por medio de hombres débiles, de vírgenes delicadas, de tiernos niños.

VII. FRUTOS ADMIRABLES PRODUCIDOS POR LA RELIGIÓN CRISTIANA

124. P. *Los frutos de la religión cristiana, ¿son una prueba de su divinidad?*

R. Sí, porque el árbol se conoce por sus frutos; y como la religión de Jesucristo ha producido en todas partes frutos divinos, se sigue que es divina.

Y a la verdad, la religión cristiana *ha iluminado a los hombres, los ha mejorado, los ha hecho más felices.*

1º *Ha iluminado a los hombres.* – La primera necesidad del hombre es conocer con facilidad y certidumbre su origen, su naturaleza, sus deberes, su destino, lo que

debe esperar o temer después de esta vida. Y todo esto no puede saberlo sin conocer a Dios, que es su creador y último fin. Ahora bien, mientras las demás filosofías y religiones dejan a los hombres sumidos en la ignorancia, sólo el Cristianismo da soluciones claras y precisas a todos los problemas que interesan a la humanidad. Un niño cristiano sabe más acerca de los problemas de la vida, que todos los sabios de la antigüedad y que todos los filósofos modernos.

2º *La religión cristiana ha mejorado a los hombres.* – No solamente ha popularizado en el mundo las virtudes dictadas por la *ley natural* o prescritas por la *ley de Moisés*, sino que ha hecho brotar otras muchas virtudes, superiores a la naturaleza humana, como la *humildad*, la *castidad perfecta*, la *caridad*, el *amor a los enemigos*, etc. Pues bien, todas las filosofías y religiones distintas de la cristiana fueron siempre impotentes para hacer practicar a los hombres esas virtudes excelsas que prescribe el Evangelio; hay, pues, en el Cristianismo un principio de vida sobrenatural, una fuerza divina.

3º *La religión cristiana ha hecho más dichosos a los hombres.* – Ha hecho desaparecer los principales males del paganismo: la *esclavitud*, el *despotismo* de la autoridad paterna, la *tiranía* del Estado y la *barbarie* de las relaciones entre los pueblos. Por todas partes y siempre la religión cristiana mejora la suerte del individuo, regenera la familia, reforma la sociedad y favorece la fraternidad de los pueblos.

Una religión que obra tales maravillas, superiores al poder humano, no puede venir del hombre: los frutos divinos revelan una savia divina. Luego los beneficios del Cristianismo prueban su divinidad.

N.B. – Habitados a vivir en un mundo saturado de ideas cristianas, atribuimos al progreso del espíritu humano lo que hay de bueno en nuestros conocimientos, en nuestras costumbres, en nuestras leyes, en nuestra civilización: es una ilusión. Para caer en la cuenta de la verdad, basta considerar lo que era el mundo antes de la venida de Jesucristo, después de cuatro mil años de razón, de filosofía y de progreso humano.

1º **La religión cristiana ha iluminado a los hombres.** – Las verdades de la revelación primitiva se habían oscurecido en el curso de los siglos por causa de la ignorancia y de las pasiones. “En todas partes, excepto en el pueblo judío, reinaban los errores más groseros acerca de las verdades que más interesa el hombre conocer y que forman la base de su vida intelectual y moral. Una sola nación

adoraba al verdadero Dios; las otras se prosternaban ante los astros, las plantas, los animales y los ídolos de piedra o madera. La tierra no era más que un inmenso templo de ídolos...”

Pues bien, hoy en día, aun el pueblo mismo, si es cristiano, está perfectamente ilustrado sobre todos los problemas interesantes de la vida. La religión de Jesucristo ha hecho accesibles a todos, lo mismo a ignorantes que a sabios, las verdades más sublimes respecto de Dios, su naturaleza, sus perfecciones, su vida y sus obras; respecto del hombre, su origen y destino; respecto de nuestros deberes para con Dios Creador, para con nuestro prójimo y para con nosotros mismos. Preguntad al más sencillo de los campesinos, y lo encontraréis muchísimo más instruido que todos los sabios de Roma y Grecia.

“Existe un librito que se hace aprender a los niños y sobre el cual se les interroga en la Iglesia; leed ese librito, que es el **Catecismo**, y hallaréis en él una solución a todas las cuestiones, a todas sin excepción.

“Preguntad al cristiano de dónde viene la especie humana, él lo sabe; adónde va, él lo sabe; de qué modo camina hacia su fin, él lo sabe. Preguntad a ese pobre niño, que no ha podido aún pensar en las grandes cuestiones relativas a su vida, para qué se encuentra en este mundo y lo que será después de su muerte, y os dará una respuesta sublime. Preguntadle cómo ha sido creado el mundo y con qué fin; por qué Dios ha puesto en él animales y plantas; cómo ha sido poblada la tierra; si lo ha sido por una sola familia o por muchas; por qué los hombres hablan varios idiomas, por qué sufren, por qué luchan entre sí y cómo terminará todo eso: él lo sabe.

“Origen del mundo, origen de la especie, origen de las razas y unidad de la especie, destino del hombre en esta vida y en la otra, relaciones del hombre con Dios, deberes del hombre para con sus semejantes derechos del hombre sobre la creación, él nada ignora; y cuando sea grande, no vacilará tampoco respecto del derecho natural, del derecho político, del derecho de gentes, porque todo eso sabe, todo eso emana con claridad y como de su propia fuente del Cristianismo. He aquí lo que yo llamo una gran religión; la reconozco en esto; que no deja sin solución ninguno de los problemas que interesan a la humanidad”. – (T. JOUFFROY.)

2º La religión cristiana ha mejorado a los hombres. – Sin duda, el hombre ha sido siempre capaz de distinguir entre el bien y el mal. Lleva escritos en lo más profundo de su conciencia los principios de la ley natural. Pero las pasiones, el orgullo, la avaricia, la sensualidad y la ignorancia religiosa habían alterado estas luces de la razón. De ahí que reinara en la sociedad pagana esa corrupción profunda, justificada por el ejemplo de las divinidades del Olimpo, personificación de todos los vicios.

La religión cristiana reemplaza el culto de los ídolos por el culto del verdadero Dios. Desde su aparición, transforma las costumbres y produce una rica eflorescencia de las más heroicas virtudes. Esta transformación moral está atestiguada: 1º, por los escritores paganos, que se ven constreñidos a reconocer la inocencia de los cristianos; 2º, por los emperadores romanos, que no pueden fundar sus edictos más que sobre la negativa de los cristianos a sacrificar a los ídolos; 3º, por los apologistas, que se atreven a repetir a los príncipes, a los magistrados y al pueblo, sin temor de ser desmentidos, la frase de Tertuliano: *Se conoce a los cristianos por la pureza de su vida.*

La religión cristiana ha producido la eflorescencia de virtudes heroicas desconocidas para los paganos. Ella persuade a los grandes la humildad; a los orgullosos, la modestia; a los ricos, la beneficencia; a los avaros, la pobreza; a los voluptuosos, la castidad; a los vengativos, el perdón de los enemigos; a todos, en fin, la caridad, la penitencia, la abnegación y desprecio de sí mismo. El P. Lacordaire ha explicado y dilucidado este argumento en sus conferencias del año 1844, sobre las virtudes reservadas al Cristianismo: la humildad, la castidad, la caridad, etc.

Pues bien, la religión de Jesucristo obró en escaso tiempo esta transformación moral y produjo la eflorescencia de estas virtudes, no solamente en un pequeño número de individuos, sino en numerosas muchedumbres. La práctica de estas virtudes forma el carácter distintivo de la sociedad cristiana. Estos efectos se producen, aun en nuestros días, en los pueblos salvajes, dondequiera que penetra la religión católica.

Este cambio es el resultado, no sólo de la fe en las verdades reveladas, sino también en las *gracias interiores* que Dios comunica a las almas; fácil cosa es alabar y admirar un plan de moral, pero se requiere el auxilio divino para ajustar la conducta a ese plan. Por eso, ninguna secta, ninguna doctrina, ningún sistema filosófico ha podido jamás triunfar de las pasiones y vicios arraigados en el corazón humano, ni

suscitar virtudes heroicas como las virtudes cristianas. Los pocos sabios del paganismo no son comparables con la inmensa multitud de Santos producidos por el Cristianismo. Para todo hombre que reflexione, así como la creación demuestra la existencia de Dios, así también los frutos del Cristianismo prueban su origen divino.

Este argumento fue luminosamente tratado por todos los Padres de la Iglesia. San Juan Crisóstomo prueba a los paganos la divinidad de la religión cristiana por la maravillosa conversión del mundo. “Sería, dice, una grande obra, o más bien, una prueba cierta del poder de Dios el haber podido, aun con la ayuda y favor de los poderes humanos, apartar de la corrupción a algunos millares de hombres y haberlos hecho pasar de una licencia repugnante a una vida austera y difícil...

“Pues bien, Jesucristo los ha trasladado de la corrupción a una vida pura; de la avaricia, al amor de la pobreza; de la cólera, a la mansedumbre; de la envidia, a la benevolencia; de la vida ancha y fácil, a la vida estrecha y penosa. Y ¿a cuántos hombres ha persuadido esto? No a algunos centenares o millares, sino a una gran parte de la humanidad... Y lo ha hecho por medio de doce apóstoles incultos e ignorantes, sin elocuencia, sin riqueza, desprovistos de todo auxilio humano. Y lo ha hecho cuando todas las potestades de este mundo se unían contra sus discípulos”.
– (*Tratado de la divinidad de Jesús.*)

3º La religión cristiana ha hecho más felices a los hombres. – Ella ha hecho desaparecer las miserias vergonzosas del paganismo.

La esclavitud. – Antes de Jesucristo, las dos terceras partes del género humano, privadas de sus derechos naturales, no eran más que un miserable rebaño. El dueño podía, según sus caprichos, venderlos, azotarlos, torturarlos, matarlos. En el imperio romano, ciento cincuenta millones de esclavos vivían enteramente sometidos al capricho de diez millones de ciudadanos.

La degradación de la familia. – El padre era un tirano. La mujer estaba envilecida, era la esclava de su esposo y no su compañera. La poligamia y el divorcio habían hecho del matrimonio un contrato ilusorio. El niño podía ser expuesto, vendido o muerto por su padre.

La tiranía del Estado. – El príncipe disponía a su arbitrio de la vida de los ciudadanos; su capricho era la ley suprema. Los grandes se arrastraban a sus pies; el

pueblo vegetaba en la pereza y en el libertinaje; los pobres eran despreciados y abandonados a su triste suerte.

La barbarie de las luchas entre los pueblos. – Las guerras terminaban siempre con la matanza o esclavitud de los vencidos.

Ahora bien, el Cristianismo operó poco a poco el mejoramiento social.

Los esclavos son emancipados, no ciertamente por una brusca revolución social, sino por la influencia creciente de la doctrina cristiana. La religión declara que todos los hombres son iguales y que no hay distinción entre el esclavo y el libre. Amos y siervos, santificados por la misma fe, animados por una misma caridad, bien pronto viven una misma vida.

La familia es regenerada. – El Cristianismo, honrando a la mujer en la Virgen María, la declara igual al hombre por el origen, los destinos, los deberes y la participación en las mismas gracias. La mujer recobra su influencia y el puesto que le corresponde en el hogar doméstico. La poligamia y el divorcio son abolidos; el matrimonio es elevado a la dignidad de sacramento, es decir, contrato santo y sagrado, y, por consiguiente, inviolable.

El niño se convierte en objeto de los más tiernos cuidados: para el cristiano que adora el Niño Jesús del pesebre, el abandono y la muerte de los niños son crímenes imposibles.

El Estado se convierte en una gran familia, en la que el jefe no gobierna sino en nombre de Dios y ara bien de los súbditos, que le deben obediencia en todas las cosas justas como a Dios mismo. La sociedad pagana no se cuidaba de los desgraciados; la religión cristiana los toma bajo su poderosa protección, y a ella se deben los hospitales y todos los refugios abiertos a los padecimientos físicos y morales.

Las relaciones entre los pueblos se inspiran en el espíritu de fraternidad. El Cristianismo crea el *derecho de gentes*, suaviza las relaciones internacionales, reglamenta las condiciones de la guerra y substituye la justicia a la fuerza bruta.

El Cristianismo, pues, ha hecho a los hombres más felices. ¡Cosa admirable – dice Montesquieu –; la religión cristiana, que parece no tener más objeto que la felicidad de la otra vida, hace también nuestra felicidad en ésta! – “Sin || duda || todas || estas reformas bienhechoras no se llevaron a cabo si esfuerzo. El Cristianismo tuvo

que luchar durante varios siglos contra el paganismo. Pero, poco a poco su fuerza moral hizo penetrar su doctrina en los corazones y en las inteligencias, y bien pronto el cambio de las doctrinas trajo el cambio de las costumbres y de las leyes”.

(GOURAD.)

Basta añadir a estos hechos incontestables algunas observaciones para hacer resaltar la fuerza de esta prueba.

1º Esta transformación maravillosa, y naturalmente imposible, se ha realizado en todos los lugares donde se estableció el Cristianismo. Naciones incivilizadas o cultas, viejas o en formación, todas han experimentado el efecto de la doctrina del Evangelio y de la gracia celestial que la acompaña.

2º Allá donde no ha penetrado el Cristianismo, se han perpetuado, y subsisten aún hoy día, los mismos errores, la misma idolatría, la misma perversión moral. Esto tanto pasa en los pueblos salvajes como en los pueblos secuaces del budismo o del mahometismo, etc.

3º Ciertas regiones, regeneradas en otros tiempos por el Cristianismo, han vuelto a caer en su degradación primitiva desde que han dejado de seguir las leyes cristianas. Por eso se ha visto al apartarse de la verdadera religión. En el seno mismo de las naciones aún católicas, vemos todos los días que las inteligencias van retrocediendo hacia los errores antiguos, a medida que rechazan las enseñanzas del Cristianismo: testigos, los positivistas y los racionalistas modernos.

CONCLUSIÓN. – Tales son los hechos ciertos: el Cristianismo ha civilizado al mundo pagano, gangrenado y podrido. Allá donde no se ponen trabas a su acción, produce efectos eficacísimos y en gran manera saludables, aun por lo que al interés temporal se refiere, así en los individuos como en las familias y en las sociedades. Es una obra única, colosal, sobrehumana. Sólo Dios pudo darle tal eficacia, y por lo mismo testimonia de una manera permanente y sensible la divinidad de Jesucristo y de su religión.

El positivista *Taine* se ve forzado a reconocer estos efectos del Cristianismo. En la *Revue des Deux-Mondes*, de 1 de junio de 1892, escribía las siguientes palabras: “Hoy, || después || de || dieciocho || siglos, || en || ambos || continentes... || el || Cristianismo obra como en otra época en los artesanos de Galilea, y del mismo modo, hasta

substituir al amor de sí mismo, al amor del prójimo: ni su substancia, ni su empleo han cambiado. Bajo una envoltura griega o católica, es todavía para cuatrocientos millones de criaturas humanas el órgano espiritual, el gran par de alas imprescindible para elevar al hombre por encima de sí mismo, por encima de su vida rastrera y de sus horizontes limitados; para conducirlo, a través de la paciencia, de la resignación y de la esperanza, hasta la serenidad; para llevarlo más allá de la templanza de la pureza y de la bondad, hasta la abnegación y el sacrificio.

“Siempre y en todas partes, durante mil ochocientos años, tan pronto como estas alas se fatigan o quebrantan, las costumbres públicas y privadas se degradan. En Italia, durante el Renacimiento; en Inglaterra, bajo la Restauración; en Francia, bajo la Convención y el Directorio, se ha visto al hombre hacerse pagano, como en el primer siglo, e inmediatamente, se le ha visto como en los tiempos de Augusto y de Tiberio, es decir, sensual y duro, abusando de los demás y de sí mismo. El egoísmo brutal y calculador volvió a prevalecer: la crueldad y la sensualidad se entronizaron en los corazones, y la sociedad se convirtió en un degolladero y en un prostíbulo. Cuando se ha dado este espectáculo y se ha visto de cerca se puede valorar lo que ha traído el Cristianismo, a nuestras sociedades modernas, lo que ha introducido de pudor, de dulzura y de humanidad, lo que ha mantenido de honradez, de buena fe y de justicia. Ni la razón filosófica, ni la cultura artística y literaria, ni siquiera el honor feudal, militar y caballeresco; ningún código, ninguna administración, ningún gobierno basta para suplirlos en este servicio.

“Nada hay fuera de él capaz de sostenernos en nuestra pendiente natural, y de detener el deslizamiento insensible con que, incesantemente y con todo su peso original, nuestra raza retrograda hacia los bajos fondos”.

Tales son las confesiones del hombre que ha estudiado la historia a la luz de los hechos. Después de esto, ¿qué deberemos pensar de las mentiras de los masones que quieren aniquilar el Cristianismo para implantar, dicen ellos, el progreso y la virtud? Su audacia puede equipararse a su hipocresía.

Escuchemos a otro académico, a Pablo Bourguet:

“Ved una regla que yo he comprobado constantemente y que no admite excepciones: Dondequiera que el cristianismo está vivo, las costumbres se elevan; dondequiera que languidece, decaen. El Cristianismo es el árbol donde

florece las virtudes humanas, sin cuya práctica las sociedades están condenadas a perecer. Permitidme, si me hacéis hablar, que lo proclame bien alto: se desmoraliza a Francia al arrancarle su fe; descristianizándola se la asesina. No hay salvaguardia social fuera de las verdades del decálogo. Tal fue la convicción de Le Play; tal fue también la de Taine. A ellos me uno yo”⁶⁵.

“Combatir a la religión es, pues, combatir a la sociedad en su base... Lo primero que tiene que hacer Francia para salvarse, no es una república, ni un imperio, ni una monarquía; es volver a ser cristiana”. – (LUIS VEUILLOT.)

VIII. EXCELENCIA DE LA DOCTRINA CRISTIANA

125. P. *La excelencia de la doctrina cristiana, ¿prueba su divinidad?*

R. Sí, porque la sublimidad de sus dogmas, la pureza de su moral y la perfección de su culto manifiestan su origen divino.

1º El dogma de la religión cristiana expone desde luego las verdades del orden natural; nos da las nociones más claras y más elevadas acerca de Dios, del hombre y de su destino. No hay duda de que la razón puede descubrir estas verdades, pero con menos luz, perfección y certeza.

El Cristianismo propone luego a nuestra fe *verdades sobrenaturales* que la razón no puede alcanzar, pero que reconoce como razonables y luminosas, desde el momento mismo que le son propuestas; tales son: los misterios de la *Trinidad*, de la *Encarnación*, de la *Redención* y de la *gracia*, maravilloso conjunto de verdades altísimas que nos revelan la vida íntima de Dios y el destino sobrenatural del hombre.

2º La *moral cristiana* explica perfectamente toda la *ley natural* y le añade algunos *preceptos positivos* de mucha importancia. Reglamenta todos los deberes del hombre para con Dios, para con el prójimo y para consigo mismo. Proscribe toda falsa, incluso el mal pensamiento voluntario; impone todas las virtudes, y da consejos muy apropiados para llegar a la más alta perfección.

⁶⁵ *La Croix*, 12 de noviembre de 1899.

3º El *culto cristiano* es, a la vez, el más sencillo y el más sublime, el más digno de Dios y el más conveniente al hombre. Es fácil de practicar en todos los pueblos y en todos los lugares.

Ahora bien, una doctrina tan perfecta en su dogma, en su moral y en su culto, no puede venir sino de Dios. Durante cuatro mil años de asiduas investigaciones, los más grandes genios no consiguieron hallar una doctrina semejante. Luego el hombre que vino a enseñarla y a hacerla prevalecer en el mundo es más que un hombre: es Dios.

La doctrina de Jesucristo está contenida en el Evangelio y en los demás libros del Nuevo Testamento, y también se nos ha transmitido por la Tradición: no se puede separar la enseñanza de los apóstoles de la enseñanza de su Maestro, cuyos intérpretes son.

1º Sublimidad de los dogmas cristianos. – “El dogma cristiano se compone de dos clases de verdades: unas ya conocidas, accesibles a la razón y enseñadas por la filosofía; otras enteramente nuevas e inesperadas. Las primeras constituyen el *orden natural*, las segundas, el *orden sobrenatural*, al que el hombre no puede llegar por sí mismo.

“Las verdades fundamentales del orden natural, la existencia de Dios, su naturaleza, su perfección y la existencia del alma espiritual, libre e inmortal, habían sido enseñadas por la *revelación primitiva*, y mejor explicadas después por la *revelación mosaica*. Pero debemos sobre todo a la *revelación cristiana* las nociones más precisas acerca de Dios, de la vida futura, de la resurrección de los cuerpos, de la naturaleza y eternidad de las penas y de las recompensas”. (CAULY)

Jesucristo se complace en explicar el dogma de la *Providencia*. Dios vela, nos dice, sobre todos los seres, aun sobre los pájaros; Él provee a todas las necesidades de sus criaturas, y ni un cabello cae de nuestra cabeza sin el consentimiento de nuestro Padre celestial⁶⁶.

Insiste también sobre la *bondad* y la *misericordia* de Dios, esos dos atributos desconocidos de los paganos y poco comprendidos por los judíos. Para ellos, Dios era, ante todo, *Jehová*, el *Señor*, a quien hay que adorar y temer. Para los discípulos de

⁶⁶ Véase Mateo, VI.

Jesús, Él es principalmente, el *Padre* a quien hay que amar; Él es la bondad por esencia: *Dios es amor*.

A las creencias de la religión natural, Jesucristo agrega las verdades del orden sobrenatural. El hombre siente que, más allá de este mundo, existe una región sin límite en que no puede penetrar la razón. Jesucristo satisface su sed de lo desconocido: levanta el velo que cubre los misterios de la vida íntima de Dios y de su amor al hombre. Revela al mundo los dogmas altísimos de la *Santísima Trinidad*, la *Encarnación*, la *Redención*, la *vida sobrenatural* de la gracia y la *gloria eterna*, que es su fruto. Para comunicar a los hombres esta gracia divina, frutos de sus méritos, funda la *Iglesia*, que la confiere mediante los *sacramentos*. Cada una de estas palabras encierra una novedad divina y crea un nuevo orden de creencias y de vida.

Estos misterios maravillosos superan la razón humana sin nunca contradecirla. Después de diecinueve siglos, los sabios discuten aún acerca de estas verdades: pueden hallarlas excesivamente sublimes para su orgullosa pretensión de querer comprenderlo todo, pero no logran aniquilarlas. Los genios más grandes, Orígenes, Agustín, Tomás de Aquino, Bossuet, Leibnitz, Pascal, etc., etc., se inclinan ante la sublimidad de estas enseñanzas.

Estos misterios arrojan viva luz sobre la naturaleza de Dios y sobre el destino eterno del hombre. ¿Por qué Jesucristo nos lo revela? Para manifestarnos el amor que Dios tiene al hombre, a quien eleva a la vida sobrenatural. Creer es ente amor infinito de Dios, es creer en el Cristianismo.

El Credo cristiano no es más que la historia del amor que Dios nos tiene; y de igual modo el Decálogo debe ser la historia de nuestro amor a Dios: *Deus charitas est*.

2º Santidad de la moral cristiana. – La moral del Evangelio es la más perfecta que imaginarse puede: los mismos impíos se ven constreñidos a reconocerlo. El código de Jesucristo comprende toda la *ley natural*, la cual explica y pone al alcance de todos los espíritus: el ignorante lo halla sencillo, y lo entiende; el sabio admira su fecundidad, su profundidad, y lo ama.

La moral cristiana es perfecta: a) en los deberes que imponer; b) en los motivos que propone para obligarnos a practicar esos deberes. A. Perfecta en los *deberes* que impone:

a) *Para con Dios:* manda que se le rinda un culto *interno, externo y público* de adoración, de amor, de confianza y de acción de gracias.

b) *Para con el prójimo:* ordena que se observe con él una estricta *justicia*, que se le ame con *caridad eficaz* y universal que se extienda hasta a los mismos enemigos.

c) *Para con la sociedad:* mantiene la paz en las familias, el amor mutuo entre los esposos; consagra la autoridad paterna por una parte, y el amor filial por otra; – recomienda a los amos la bondad para con sus servidores, y a éstos, la sumisión de sus amos. Asegura el orden y la paz en la sociedad civil, presentando a los gobernantes como ministros de Dios e imponiendo a los súbditos el respeto y la obediencia a sus superiores.

d) *Para consigo mismo:* intima al hombre el cuidado de su alma inmortal, la lucha contra las pasiones, la fuga del mal, del que le prohíbe hasta el pensamiento y el deseo. Ordena la práctica de todas las virtudes, y en especial de las *virtudes teologales*, necesarias para conseguir nuestro destino sobrenatural.

A estos principios de la ley natural, tan bien explicados y completados, Jesucristo añade otros *preceptos positivos*, que se refieren a la *penitencia* y a la *recepción de los sacramentos*, establecidos para dar, aumentar y conservar en nosotros la *vida sobrenatural*. Y ha dejado a su Iglesia el cuidado de formular y determinar la época en que nosotros debemos cumplirlos. Tales son los preceptos sobre la *confesión anual*, la *comunión pascual*, etc.

Por último, para aquellos que no se contentan con el deber estricto, sino que sienten en sí aspiraciones a una perfección mayor, el Evangelio tiene *consejos* que se resumen en la *pobreza voluntaria*, en la *obediencia absoluta* y en la *castidad perfecta*; tal es el fundamento de la vida religiosa.

Así como el dogma cristiano se resume en esta frase: *Creemos en el amor que Dios nos tiene*, del mismo modo la ley cristiana se contiene toda en esta otra expresión: *Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo*.

El amor de Dios consiste en preferir a Dios a todo lo demás, porque Él es el sumo Bien, en querer lo que Dios quiere, en amar lo que Él ama, en dar todo lo que

Dios pide, en hacer todo lo que ordena: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y sobre todas las cosas.*

El amor del prójimo consiste en amar a todos los hombres por amor de Dios, en desear el bien de todos, en hacerles todo el bien que quisiéramos nos fuera hecho a nosotros, en no hacer al prójimo nada de lo que quisiéramos que se nos hiciera: Amarás a tu prójimo como a ti mismo⁶⁷.

El ideal de la perfección propuesta por Jesucristo no es más que la perfección del mismo Dios: *Sed perfectos como vuestro Padre celestial.* El Hijo de Dios ha hecho esta perfección más fácil de imitar, mostrándose a nosotros bajo una forma humana. Para ser perfectos no tenemos más que reproducir las virtudes cuyo precepto y ejemplo nos ha dado Jesucristo. *Exemplum dedi vobis ut quemadmodum egi feci, ita et vos faciatis*⁶⁴. Según la enérgica expresión de Tertuliano, todo cristiano debe ser otro Cristo: *Christianus, alter Christus.*

B. *La moral cristiana es perfecta en sus motivos y en la sanción que establece.*

Ella nos propone como motivo, no solamente la belleza natural de la virtud y la satisfacción del deber cumplido, sino la soberana voluntad de Dios, nuestro Criador y Señor, que tiene el derecho de imponernos preceptos.

Como sanción, nos muestra en las perspectivas de la eternidad, el cielo, recompensa magnífica del justo, y el infierno eterno, castigo terrible del pecador.

A estos motivos de suyo poderosos para inducirnos a perseverar en el camino del bien, Jesucristo añade uno más poderoso aún y más digno de las almas nobles: el del *amor de Dios.*

El amor de Dios es el principal motivo que ha de movernos a observar sus leyes; por amor de Dios debemos amar al prójimo; por amor de Dios hay que amarse a sí mismo. Principio admirable, el más digno del hombre, a quien eleva, y de Dios, a quien el hombre da el corazón; principio eficaz y fecundo sobre todos los demás, porque uno trabaja más y mejor por amor que por temor o esperanza.

⁶⁷ *La caridad para con el prójimo no nos impide rechazar los ataques de los impíos.* —A los enemigos declarados de Dios hay que darlos a conocer... ¿No cubrió el Salvador de maldiciones y de invectivas a los hipócritas fariseos?... No excluyamos a nadie de nuestras oraciones ni de nuestros servicios posibles, pero desenmascaremos la hipocresía de los enemigos de Dios y de la Iglesia. (San Francisco de Sales) ⁶⁴ Juan, XIII, 15.

Finalmente, con la *oración*, el *sacrificio* de la Misa y los *sacramentos*, es decir, con las prácticas del culto, la religión cristiana pone a disposición del hombre la *fuerza de la gracia* que lo sostiene en los combates de la virtud y *sobrenaturaliza* todos sus actos.

3º Perfección del culto cristiano. – Ha llegado el momento, decía Jesucristo a la samaritana, en que Dios ya no será adorado solamente en el templo de Jerusalén, ni en la cima del Garitzim, sino que será adorado en todas partes, en espíritu y en verdad⁶⁸. Esto equivalía a señalar el término del culto mosaico e inaugurar el culto cristiano. Este culto, espiritual y al mismo tiempo sensible, responde admirablemente a las exigencias de nuestra naturaleza; es infinitamente más perfecto que el de todas las religiones antiguas y modernas; conviene a todos los pueblos, y es fácil de practicar en todos los climas.

Jesucristo recomienda, ante todo, el culto interno: *Dios es espíritu, dice, y hay que adorarlo en espíritu y en verdad*. Pero como el culto interno no puede andar separado del culto externo ni del culto público, Jesucristo echa los fundamentos y determina los actos principales del culto externo social. Enseña la oración, sencilla y sublime a la vez, conocida con el nombre de *Oración dominical*. Prescribe que se consagre un día de la semana al servicio de Dios, e instituye el *sacrificio de la Misa*, los *sacramentos* y las principales ceremonias.

La Misa es el más augusto de los sacrificios: es la renovación del de la cruz. Todas las obras buenas posibles no pueden dar a Dios tanta gloria y alcanzar a los hombres tantas gracias como una sola Misa.

Los *sacramentos* establecen una comunicación divina entre el cielo y la tierra, entre el hombre y Dios. El *Bautismo* confiere al hombre la vida sobrenatural, la *Confirmación* la hace crecer, la *Eucaristía* le da el pan del cielo necesario para su vida divina; si cae nuevamente en pecado, la *Penitencia* la levanta; si está enfermo, la *Extremaunción* le prepara para la muerte de los justos. El *Orden* confiere poderes en favor de los fieles y da ministros y pastores a la Iglesia; el *Matrimonio* santifica la unión de los esposos y concurre a la felicidad de los hijos y de la familia.

Las ceremonias del culto honran a Dios, atraen la gracia, recuerdan a los ignorantes los dogmas y los deberes de la religión y excitan en el alma dulces y saludables emociones. ¡Qué sentimientos de amor, de humildad, de desasimiento, no

⁶⁸ Juan, IV, 21 y 23.

causa en un alma cristiana la noche de la Navidad, en que se adora a un Dios hecho hombre, que nace en un establo y yace en un pesebre! ¡Qué tristeza y qué contrición, los días de la Semana Santa, que nos recuerdan los sufrimientos del

Hombre-Dios! ¡Qué consuelo y qué esperanza el día de Pascua!... Filósofos, ¿dónde podéis hallar un culto tan sencillo y tan perfecto, un culto que resume y exprese tan bien nuestras relaciones con Dios, las necesidades del espíritu y del corazón del hombre? *A Domino factum est istud.*

4º La doctrina de Jesucristo no puede venir sino de Dios. – Una de dos: o Jesucristo es Dios, o es solamente hombre. Si Jesucristo es Dios, la cuestión está resuelta: su doctrina es divina.

Si se le considera solamente como hombre, tres hipótesis se presentan: a) o bien extrajo su doctrina de su propio ingenio; b) o bien la copió de los sabios que le habían antecedido; c) o la recibió de Dios.

Ahora bien, a) *Jesucristo no pudo sacar su doctrina de su propio ingenio:* La historia nos lo muestra nacido de padres pobres, sin instrucción, ocupado hasta la edad de treinta años en los trabajos de carpintero. ¿Es posible que este sencillo obrero haya podido inventar una religión tan hermosa, tan perfecta, tan santa, infinitamente superior a los ensueños de los filósofos y de los legisladores de la antigüedad? Por lo demás, Jesucristo mismo nos lo declara: *Mi doctrina no es mía; es de Aquél que me ha enviado.*

b) *Tampoco pudo Jesucristo sacar su doctrina de la de los sabios de la antigüedad ni de la ley de Moisés,* porque esta doctrina no existía. La religión cristiana incluye, es cierto, todo lo que se encuentra de bueno y de santo en otras partes, pero difiere de todas las otras religiones, incluso de la ley de Moisés, en un sinnúmero de puntos esenciales. Finalmente, suponiendo que hubiera existido, Jesús no podía servirse de ella. Si Jesús no es más que un hombre, no pudo poseer más que una instrucción elemental. Ahora bien, habiendo empezado a enseñar a la edad de treinta años, ¿cómo, con tan poca cultura y tan pocos años, se puedes suponer que haya leído, profundizado y plagiado los libros de Grecia y de Roma o de las Indias? ¡Es imposible!...

c) *Luego evidentemente Jesucristo es Dios* o, por lo menos, su doctrina le fue revelada por Dios; luego es divina.

CONCLUSIÓN.

“Comparado con otras religiones y con todos los sistemas filosóficos, sea en cuanto a la doctrina, sea en cuanto a la influencia ejercida en la humanidad, el Cristianismo no tiene igual. Ninguna contradicción en la doctrina, ningún error, ninguna tacha, antes al contrario, unidad y armonía, que son el sello de la verdad. En su acción sobre el mundo, nada hallamos dañino, antes bien, una influencia saludable, duradera y profunda. Es la única religión que responde perfectamente a todas las indigencias y a todas las aspiraciones legítimas de la naturaleza humana. Y como el espíritu humano jamás ha producido o podrá producir algo semejante, concluimos que el Cristianismo es la revelación de Dios”. (Moulin.)

CONCLUSIÓN GENERAL. – Tomadas aisladamente todas las pruebas que acabamos de exponer, demuestran claramente la divinidad de la religión cristiana; consideradas en su conjunto, tienen una fuerza incontrastable y llevan la demostración hasta la última evidencia. Quienquiera que las estudie sin prevención, llegará necesariamente, a esta conclusión: *el Cristianismo es la obra de Dios.*

“¿Cómo se podría razonablemente dudar de la divinidad de una religión en cuyo favor se puede hacer valer a la vez: la expectación universal de los siglos anteriores a la era cristiana; la historia entera del pueblo judío; el cumplimiento de las promesas, profecías y figuras; la eminencia de la doctrina evangélica; la santidad de la vida de su amor; la autoridad y el gran número de sus milagros y de sus profecías; su resurrección incontestable; las obras no menos prodigiosas de sus apóstoles y de sus discípulos, al que prometiera el poder de llevarlas a cabo; el establecimiento, la propagación y la conservación, humanamente inexplicable de la religión que fundó; la conversión del mundo a esta religión, que contrariaba todas las pasiones y todas las ideas imperantes; la transformación de las sociedades, de las leyes, de las costumbres; el testimonio siempre subsistente de los mártires; el asentimiento de los mayores genios que haya producido la tierra; la adoración y el amor de los corazones más nobles; los frutos de la vida producidos en las almas por la influencia del Evangelio; innumerables prodigios de humildad, de caridad, de pureza, de abnegación que el mundo jamás había imaginado; la derrota sucesiva de todos los hombres y de todos los sistemas contrarios; el aumento de la fe y de la piedad en medio de todos los combates y de todas las negaciones; el Cristianismo siempre más vivo, al día siguiente de los asaltos y de las persecuciones: una vuelta inesperada de los espíritus hacia él, cada vez que una causa parecía perdida?...”

“Todo este conjunto de caracteres, ¿no constituye acaso la prueba más evidente de los fundamentos de nuestra fe y no justifica la creencia de las generaciones innumerables que marchan bajo el estandarte de la cruz?”⁶⁹.

“¡Oh, Dios mío – diremos con San Agustín –, si nos engañamos, sois Vos mismo quien nos engaña, porque es imposible que una religión falsa pueda ofrecer tantas señales *divinas!*”

No hemos hecho más que comentar el texto del Concilio Vaticano, citado anteriormente, y que nos place poner de nuevo a vista del lector. *A fin de que el homenaje de nuestra fe estuviera de acuerdo con la razón, Dios quiso añadir a los auxilios interiores del Espíritu Santo pruebas exteriores de su revelación, es decir, HECHOS DIVINOS y, particularmente, milagros y profecías. Estos hechos que hacen resplandecer la omnipotencia y la ciencia infinita de Dios, con señales certísimas de la revelación divina y señales acomodadas a la inteligencia de todos. Por eso, Moisés y los profetas, y principalmente Nuestro Señor Jesucristo, hicieron tantos milagros y profecías patentes a todo el mundo, y por ellos se dijo de los Apóstoles: “Fueron y predicaron por todas partes con la cooperación del Señor, que confirmaba sus palabras con milagros”.*

El Santo Concilio agrega:

“Para que podamos cumplir con el deber de abrazar la verdadera y de mantenernos constantemente en ella, Dios, mediante su Hijo único, ha instituido la Iglesia y la ha dotado de notas visibles que atestiguan su origen divino, a fin de que pueda ser reconocida por todos como la guardiana de la palabra revelada.

“Porque no sólo pertenecen únicamente a la Iglesia católica estos caracteres tan numerosos y admirables, establecidos por Dios para hacer evidente la credibilidad de la fe cristiana, sino que la Iglesia, por sí misma, con su maravillosa propagación, su santidad sublime y su inagotable fecundidad para todo bien, con su unidad católica y su inmutable estabilidad, es un grande y perpetuo argumento de credibilidad, un testimonio irrefragable de su misión divina. Y por eso, como una señal levantada en medio de las naciones, atrae hacia ella a los que no creen todavía, y da a sus hijos la certeza de que la fe católica que profesan reposa sobre fundamentos incommovibles”.

⁶⁹ Mons. Pie, *Instrucciones sinodales*.

Así, pues, la Iglesia, aun considerada en sí misma, se nos presenta como una obra divina. Luego la religión que enseña la Iglesia viene de Dios. Este será el objeto de nuestra quinta cuestión.

APÉNDICE

DIVINIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Los precedentes argumentos demuestran la divinidad de la religión cristiana, porque una religión promulgada por un **Enviado de Dios** es, por lo mismo, divina. Pero la divinidad de nuestra religión aparece con mayor evidencia todavía cuando se prueba que su fundador no es solamente el *Enviado de Dios*, sino el *Hijo de Dios mismo*.

La divinidad de Jesucristo es el dogma básico de la religión cristiana; y por esta razón los racionalistas modernos la combaten de una manera tanto más peligrosa cuanto que ocultan su odio bajo pretensiones de ciencia. Afectan reconocer en Nuestro Señor Jesucristo a un sabio, a un profundo filósofo, a un gran bienhechor de la humanidad, pero no quieren reconocerle como *Hijo de Dios hecho hombre*.

126. P. ¿Por qué debemos creer que Nuestro Señor Jesucristo es Dios?

R. Debemos creer que Jesucristo es Dios, porque Él lo revela con sus palabras y lo prueba con sus obras.

1º Jesucristo nació como Dios; 2º, habló como Dios; 3º, obró como Dios; 4º, murió como Dios; 5º, resucitó como Dios; 6º, reina como Dios; 7º, se sobrevive como Dios.

Para averiguar lo que es un hombre, parece natural empezar preguntándole, como los judíos a San Juan Bautista: ¿Quién eres tú? ¿Qué dices de ti mismo? Reservándose el ver después si sus obras y su vida están conformes con su respuesta.

A esta pregunta, Jesús responde de una manera categórica: *Yo no soy solamente un Enviado de Dios para revelar a la tierra las voluntades del cielo, sino que soy el Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre*. Lo dijo a sus discípulos, a sus enemigos, al pueblo

judío, al mundo entero por medio de sus apóstoles y a los siglos venideros por medio de su Iglesia.

1º Hemos probado ya que Jesucristo es un Enviado de Dios, encargado de instruir a los hombres. Que se debe creer en la palabra de un Enviado de Dios es indudable; pero como Jesucristo nos revela formalmente que Él es el Hijo de Dios, no solamente por adopción como nosotros, sino por naturaleza, debemos inferir que verdaderamente es Dios.

2º Por si esta afirmación no bastara, Jesucristo lo prueba con sus obras: a)

Con sus milagros tan numerosos y tan ciertos.

b) Con sus profecías perfectamente realizadas.

c) Con la santidad de su doctrina y de su vida.

d) Con su reinado inmortal sobre las almas.

e) Con el establecimiento y conservación de su Iglesia.

Tal es el argumento general que vamos a desenvolver, siguiendo las célebres conferencias de Mons. Freppel sobre la *divinidad de Jesucristo*.

ADVERTENCIA IMPORTANTE. – Jesucristo es a la vez, Dios perfecto y hombre perfecto. Igual a Dios Padre por su divinidad, es inferior al Padre por su humanidad. La *naturaleza divina* y la *naturaleza humana*, aunque muy distintas, están íntimamente unidas en la persona única del Verbo. Así como el alma racional y el cuerpo constituyen un solo hombre, así también Dios y el hombre son un solo Jesucristo.

Hay, pues, en Jesucristo dos naturalezas distintas: la naturaleza divina y la naturaleza humana, unidas en una sola persona, la del Verbo, Hijo único de Dios. Por consiguiente, se debe atribuir a Jesucristo Hombre-Dios todas las propiedades que posee y todas las acciones que ejecuta en una y otra naturaleza. Se puede decir, pues, con la misma verdad: Jesucristo es eterno, y Jesucristo ha nacido.

Y porque la misma persona es, al mismo tiempo, Dios y hombre, se ha podido llamar a sí mismo Hijo del Hombre, declarar que su Padre es más grande que Él, que Él ignora el día del juicio, etc. En esto Jesús hablaba como hombre.

Después de cada una de las humillaciones del Hombre-Dios, sucede una maravilla que recuerda su majestad divina:

Quiso nacer en una familia pobre, pero fue concebido por obra del Espíritu Santo, sin concurso de varón, y es un ángel quien revela este misterio.

Nació, pero nació de una Virgen: *ecce Virgo concipiet et pariet filiun.*

Fue puesto sobre la paja de un pesebre, pero voces celestiales cantaron en torno de ese pesebre, y una estrella milagrosa invitó a los Magos de Oriente a que fueran a adorarle.

Fue presentado en el templo, pero el profeta Simeón lo proclamó luz del mundo.

Recibió el bautismo de penitencia, pero el Espíritu Santo descendió sobre Él en figura de paloma, y la voz del Padre celestial le proclamó su Hijo muy amado.

Come, pero cuando le parece, vive sin alimento, o bien llama a los ángeles para que se lo sirvan.

Duerme, pero durante su sueño dispone que la barca zozobre, y, al despertar, con una sola palabra calma la tempestad.

Camina, pero cuando lo manda, el agua se solidifica bajo sus plantas.

Muere, pero al expirar, los astros se eclipsan en señal de duelo, la tierra tiembla y las rocas se parten...

Es sepultado, pero tres días después sale vivo del sepulcro: los ángeles publican su resurrección.

Su aparición en la tierra es el punto culminante de la historia del mundo; todos los acontecimientos giran en torno de Él como los planetas alrededor del sol. El mundo civilizado considera desde el día de su nacimiento todos los hechos de la historia.

El Memorial de Santa Elena nos narra que la cuestión de la divinidad de Jesucristo fue objeto de repetidas discusiones entre Napoleón y uno de sus fieles compañeros de destierro, el general Bertrand. El gran conquistador caído pregunta al general: – ¿Qué piensas tú de Jesucristo?

El soldado se excusa; había tenido mucho que hacer desde que estaba en el mundo para poder pensar en tal cuestión.

– Pues bien – insiste Napoleón – yo te lo diré.

Y entonces, abriendo el Evangelio, no con la mano, sino con el corazón que de él estaba lleno, se puso a comparar a Jesucristo con él y con todos los grandes hombres de la historia. Hizo notar las diferencias características que dan a Jesús un lugar especial en la humanidad; y después de un torrente de elocuencia que cualquier Padre de la Iglesia hubiera firmado con gusto, terminó con esta frase: – *¡Créeme, yo conozco a los hombres, y te digo que Jesucristo no era hombre!*

El ilustre poeta Víctor Hugo había escrito estos hermosos versos a los pies de su crucifijo:

Los que lloráis, venid a este Dios que llora.

Los que sufrís, venid a Él porque da la salud.

Los que tembláis, venid a Él porque sonrío.

Los que pasáis, venid a Él porque permanece.

127. P. Jesucristo, ¿nació como Dios?

R. Sí; porque las circunstancias del nacimiento de Jesucristo no podían convenir más que al nacimiento de un Hombre-Dios.

1º Durante cuatro mil años, antes de nacer, es esperado, deseado, adorado por todos los pueblos de la tierra como el Salvador, el Emanuel, el Hijo de Dios.

2º Su nacimiento es anunciado con milagros que manifiestan su divinidad.

1º Un hombre no puede hablar de sí antes de existir. Nacer es empezar a vivir, y por consiguiente, nada precede al nacimiento, porque nada precede a la vida. Esta es la ley de todos los hombres. Quienquiera, pues, que haga hablar de sí antes de su nacimiento, es más que un hombre.

Ahora bien, Jesucristo es el único que ha hecho hablar de sí antes de nacer; sólo Él ha vivido durante cuatro mil años en la memoria de los hombres. Se hizo esperar, desear, amar, adorar por todos los pueblos. Y no son cuatro mil años de vida

humana los que pasó Jesucristo, antes de nacer, en la memoria de los hombres: son cuatro mil años de vida divina. Porque el pueblo judío, como los pueblos paganos, no tenían fija su mirada en la cuna de un hombre; era un Dios lo que los gentiles pedían al Oriente por boca de los sabios, y un Dios también era lo que el pueblo judío pedía a Belén por boca de sus profetas. Por consiguiente, antes de nacer, Jesucristo vivió como Dios en la memoria de los pueblos.

¿Dirás, por ventura, que Jesucristo no es Aquél que vivía en la memoria de los hombres? Pero nosotros hemos probado que es verdaderamente el Masías. (Ver P.118) Él realizó desde su nacimiento todo lo que los profetas habían anunciado acerca del Mesías: salió del pueblo judío, de la tribu de Judá, de la familia de David; nació de una Virgen en Belén, en la época anunciada con mucho tiempo de anticipación...

Además, ¿quién otro que no sea Jesucristo, vino en el momento indicado por la expectación universal a presentarse a los hombres como el Mesías, el deseado de las naciones? ¿Por qué, después de su nacimiento, salvo un puñado de judíos, la humanidad ha cesado de esperar a este Mesías?... Luego es realmente Jesucristo el que vivía como Dios en la memoria de los hombres.

Ahora bien, nacer con un pasado de cuatro mil años, nacer después de haber vivido en el recuerdo del mundo entero, nacer esperado, deseado, predicho, nacer después de haberse hecho amar, adorar por todos los pueblos, no es nacer como nacen los hombres, es nacer como Dios.

2º Verdad es que Nuestro Señor, para obrar nuestra salvación, quiso nacer en un establo, tener por cuna un pesebre; pero el cielo manifestó con milagros su divinidad. Los ángeles cantaron su nacimiento en las llanuras de Belén, una estrella milagrosa lo anunció a los reyes Magos. El niño del pesebre fue adorado como Dios por los pastores y los Magos. Luego Jesucristo nació como Dios.

128. P. *Jesucristo, ¿habló como Dios?*

R. 1º Sí; Jesucristo se declara Hijo de Dios, igual al Padre, Dios criador, todopoderoso, eterno. Afirma que es Dios ante sus apóstoles, ante el pueblo, en el tribunal de Caifás y en la cruz. Se atribuye los poderes, los derechos y los honores divinos.

Ahora bien, si Jesucristo se proclama Dios sin serlo, es un insensato o un impostor. Pero los mayores enemigos de la religión están obligados a confesar que jamás ha existido un hombre tan sabio y virtuoso como Él. Luego, puesto que este hombre, incomparable por su sabiduría y su virtud, afirma que es Dios, prueba cierta hay en ello de que lo es en realidad. Ningún hombre juicioso se atrevería a decir que es Dios; jamás un santo cometería el crimen de igualarse a Dios.

2º Por otra parte, hemos probado que Jesucristo es, por lo menos, el *Enviado de Dios* para establecer la religión cristiana; por consiguiente, sus enseñanzas tienen en su abono la autoridad misma de Dios, que la confirma con prodigios.

Ahora bien, Jesucristo presenta su divinidad como dogma fundamental del cristianismo: *afirma que es Dios*, y Dios le permite que pruebe su afirmación con milagros. Luego su afirmación es verdadera, su divinidad es cierta; si no, Dios mismo, en contra de los intereses de su gloria, habría engañado al mundo acreditando con milagros una impostura.

Debemos concluir, por tanto: *Jesucristo es Dios*.

N.B. – No han faltado algunos locos, como Nabucodonosor, Nerón, Tiberio, que han tratado de hacerse honrar como semidioses, pero jamás hombre alguno, excepto Jesucristo, se ha atrevido a proclamarse Dios creador, todopoderoso, eterno; es éste un hecho singular, inaudito en la historia del mundo.

Esta afirmación de Jesucristo en sí misma, abstracción hecha de los milagros que la han confirmado, es tan *extraordinaria en su forma y en sus circunstancias*, que se impone a la atención y al estudio de todo espíritu serio que quiere conocer la verdad. No es permitido, pues, a nadie, bajo pena de renunciar a su razón y de comprometer su destino eterno, no conceder importancia a este gran hecho: la afirmación de Nuestro Señor Jesucristo.

1º Jesucristo afirma que es Dios ante sus apóstoles. – Un día, en Cesarea, pregunta a sus discípulos: – *¿Qué dicen los hombres de mí?* – Los unos dicen que sois Juan Bautista, los otros que sois Elías o Jeremías, o bien uno de los profetas. – Y vosotros, *¿qué decís que soy yo?* – Simón Pedro contestó: – Tú eres **el Cristo, el Hijo de Dios vivo**.

¿Qué va a hacer Jesús, Él, que es el Mesías enviado por Dios para enseñar la verdad a los hombres? No puede sufrir un equívoco en materia tan importante: sería una perfidia. Si no es el verdadero Hijo de Dios, lo debe declarar. Pues bien, Jesús alaba a Pedro por su testimonio, y le dice: *Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan, porque ni la carne ni la sangre te ha revelado esto, sino mi Padre celestial, que está en los cielos.*

Y para premiar a su apóstol por su fe viva y probar, al mismo tiempo, que dispone de la omnipotencia, Jesús le elige por fundamento de su Iglesia y le promete las llaves del reino de los cielos.

2º Jesucristo afirma que es Dios delante del pueblo. – Como se paseara un día en el templo, bajo el pórtico de Salomón, la turba le rodea y le dice: *¿Hasta cuándo quieres tenernos suspensos? Si eres el Cristo, dilo abiertamente.* Jesús responde: *Hace tiempo que os lo he dicho, y vosotros no lo creéis; sin embargo, las obras que Yo hago en nombre de mi Padre, dan testimonio de Mí. Yo y mi Padre somos una misma cosa. **Ego et Pater unum sumus.***

Ahí tienes su divinidad claramente expresada: el Padre y el Hijo no son más que un sólo Dios. – Jesucristo Hijo de Dios es consubstancial con el Padre. Exasperados al ver a un hombre pobre y sin lustre presentarse ante ellos como *Cristo-Dios*, los judíos buscan piedras para apedrearle. Jesús les dice con calma: *¿Por qué queréis apedrearme?*

“Por || tu || blasfemia, || porque, || siendo || un || hombre, || pretendes || ser || Dios.”

¿Qué responde Jesús? Si verdaderamente no es Dios, ése es el momento oportuno de explicarse, de retractarse. Jesús no se retracta, al contrario, confirma lo que acaba de decir: *Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, aunque a Mí no me creáis, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en Mí, y Yo en el Padre*⁷⁰.

3º Jesucristo afirma que es Dios en el tribunal del sumo sacerdote. – La afirmación más solemne de su divinidad la hizo Jesucristo delante de los magistrados, en el tribunal de Caifás. El sumo sacerdote interpela a Jesús y le dice: **Te conjuro por Dios vivo que nos digas si eres el Cristo, el Hijo de Dios.** El Salvador

⁷⁰ Juan, X, 37 y 38.

contesta: **Tú lo has dicho: lo soy: *Tu dixit, ego sum***. Y para confirmar esta afirmación categórica agrega: *Habéis de ver al Hijo del hombre, sentado a la diestra de Dios venir en las nubes del cielo a juzgar a los vivos y a los muertos*⁷¹.

Al oír estas palabras, Caifás y los miembros del Sanedrín rasgaron sus vestiduras, como si acabaran de oír una blasfemia, y le condenaron a muerte. Dijeron, pues, a Pilatos: *“Tenemos una ley, y según ella debe morir, porque se ha hecho hijo de Dios”*⁶⁹. Luego Jesucristo fue condenado porque afirmó que era Dios.

4º Jesucristo afirma que es Dios en la Cruz. – Levantado en la cruz, Jesucristo habla también como Dios. Dice al buen ladrón: *Hoy estarás conmigo en el Paraíso*. ¿No es esto declararse Dios y disponer como dueño del reino de los cielos?

5º Jesucristo se atribuye los poderes, los derechos y los honores divinos. – Es evidente que atribuirse las perfecciones de Dios, los poderes, los derechos y los honores divinos, es declararse uno Dios. Pues bien, así procede Jesús. Se atribuye la *creación* del mundo y la *eternidad*. Un día, los judíos le preguntan: – *¿Quién eres tú? – Yo soy el principio de todas las cosas... Abrahán, nuestro padre, deseó ver el día de mi venida a la tierra; lo vio y se gozó en él.* – ¡Cómo!, replican los judíos, no tienes todavía cincuenta años, ¿y has visto a Abrahán? (Este patriarca vivió veinte siglos antes de Jesucristo). Jesús les responde: *En verdad, en verdad, os digo: antes de que Abrahán fuese, yo soy*.

¡Qué palabras! Jesús no dice: *era*, sino *soy: Antequam Abraham fieret, ego sum*. Antes dice pasado; yo soy dice presente, porque en Dios no hay ni pasado ni futuro, sino solo presente. Estas palabras traen a la memoria la sublime definición que Dios da de sí mismo a Moisés: **Yo soy el que soy. *Ego sum qui sum***. Jesús se manifiesta así: el Ser único, eterno, necesario⁷².

Se atribuye, además, el poder de Dios; dice a los judíos: *Todo lo que el Padre hace, el Hijo igualmente lo hace. Como el Padre resucita los muertos y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida. El Padre a nadie juzga, pero pidió el poder de juzgar a su Hijo, para que honren al Hijo como honran al Padre,*

⁷¹ Mateo, XXVI, 64; Marcos, XIV, 62. ⁶⁹ Juan, XIX, 7.

⁷² Id., VIII, 56-58.

etc.⁷³. Se atribuye la facultad de perdonar los pecados, la ejerce en nombre propio con el paralítico, la Magdalena, etc., y comunica este poder a sus apóstoles...

Jesucristo reclama para sí el culto divino: un culto de fe, de esperanza, de caridad, de adoración. – *Vosotros creéis en Dios, creed también en Mí*⁷². *Tened confianza, yo he vencido al mundo... Si me pedís alguna cosa, Yo la haré: hoc faciam*. Exige para sí el amor supremo: – *Quien ama a su padre o a su madre más que a Mí, no es digno de Mí*⁷³. Mientras proclama el precepto: *Adoraréis al Señor Dios vuestro y no serviréis sino a Él*. Se deja adorar por el ciego de nacimiento, por las santas mujeres, por sus discípulos.

Se podría citar un gran número de testimonios de Jesús tan claros y tan terminantes como los anteriores. Revela su divinidad con sus palabras, como el sol su claridad con sus rayos. La sola lectura del Evangelio engendra en el espíritu de todo hombre sincero el convencimiento de que Jesús se proclamó Dios, un mismo Dios con el Padre. San Juan escribió su Evangelio con el fin especial de probar la divinidad de Cristo. Así lo anuncia desde el principio y al final de su libro: *En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios. Esto era en el principio de Dios. Todas las cosas por Él fueron hechas, y nada de lo que de lo que es hecho fue hecho sin Él... Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*.

El final no es menos explícito: Y también hizo Jesús muchos otros milagros en presencia de sus discípulos, que no están escritos en este libro. Estos, empero, han sido escritos para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre y por sus méritos.

JESUCRISTO AFIRMA QUE ES DIOS: LUEGO ES DIOS

PRIMERA PRUEBA. – Jesús afirma que es Dios. Pues bien, aquí el razonamiento es muy sencillo: O Jesús dice la verdad, o no la dice: No hay término medio.

1º Si dice la verdad, es lo que dice ser, es Dios. Es el Hijo eterno del Dios vivo: De tal manera amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo unigénito para que todo aquel

⁷³ Id., V. 21-23. ⁷²
Juan, XIV. 1. ⁷³
Mateo, X, 37.

que cree en Él no perezca, sino que tenga vida eterna⁷⁴. Así todas sus palabras, sus acciones, sus milagros, sus triunfos, se explican fácilmente: nada es imposible para Dios.

2º Si Jesús no dice la verdad, es – blasfemia que cuesta escribir, aunque sea para confundirla – un loco o un impostor. Un *loco*, si cree por error lo que afirma; Un *impostor*, si miente a sabiendas.

Pero nadie se atreve a decir que Jesucristo, el sabio por excelencia, sea un loco, un iluso, capaz de engañarse acerca de su propia naturaleza; nadie se atreve a decir tampoco que Jesucristo, el más santo de los hombres, sea un impostor culpable de apropiarse los honores divinos y de eternizar la idolatría que venía a destruir. Luego Jesucristo es verdaderamente Dios. Por lo demás, Él lo prueba con sus obras.

1º Es imposible admitir en nuestro señor Jesucristo la hipótesis de la locura: un loco no enseña constantemente la sabiduría, y Jesucristo la enseña en todas sus palabras. Un loco no practica constantemente la sabiduría, y Jesucristo la practica en todos sus actos. Un loco no establece un código de leyes, el más completo y el más sabio de todos los códigos, adaptable a todas las personas, a todas las situaciones, y Jesucristo hace escribir el Evangelio, que puede hacer las veces de todas las leyes y basta para hacernos felices.

2º Tampoco es posible admitir la hipótesis de la impostura: un impostor no observa durante toda su vida una conducta de santidad, de desinterés, de olvido de sí mismo; y Jesucristo no desmintió un solo instante siquiera este comportamiento, que hace de Él, el hombre más santo del mundo. Fuera de eso, se miente por interés: ¿y qué podía esperar Jesucristo de esa mentira sino una muerte terrible? De todas las imposturas, la de llamarse Dios sería la más loca, porque el engaño es el más evidente.

La conclusión se impone como la de un teorema. Jesucristo se proclamó Dios: no mintió, luego se creyó Dios; no estaba loco, luego era Dios, verdaderamente Dios y hombre a la vez. Nadie puede evadir esta conclusión.

⁷⁴ Juan, III, 16.

SEGUNDA PRUEBA. – Dios da a sus enviados, a sus embajadores ante los hombres, como señal de su misión divina, el poder de hacer *milagros y profecías*.

Jesucristo recibió ese poder: era, pues, por lo menos, un *Enviado de Dios* para instruir a los hombres y enseñarles la verdad.

Pero Jesucristo se dice Dios, se declara Dios en el sentido estricto de la palabra; luego, o es realmente Dios, o Dios, permitiéndole probar su divinidad con milagros, se hace cómplice del más culpable de los impostores. Pero es imposible que Dios permita a sus enviados que engañen a los hombres probando con milagros sus mentiras o sus errores: luego Jesucristo, Enviado de Dios, no pudo hablar y obrar de manera que probara que era Dios, si ciertamente no lo era.

“No hay Dios en el cielo, decía Napoleón, si un hombre ha podido concebir y llevar a cabo con éxito el designio gigantesco de hacerse adorar sobre la tierra usurpando el nombre de Dios. Sólo Jesús se atrevió a decir: **Yo soy Dios**. Luego es realmente Dios”.

129. P. Jesucristo, ¿obró como Dios?

R. Sí; Jesucristo obró como Dios, porque hizo obras divinas.

El hombre es dueño de un triple poder: la *fuera exterior* para obrar, la *inteligencia* para conocer, la *voluntad* para hacer el bien. Su actividad se extiende al orden físico, intelectual y moral. En estos tres órdenes, Jesucristo hizo obras que sobrepasan todas las fuerzas creadas:

1º En el orden físico, Jesucristo hace en nombre propio, numerosos milagros.

2º En el orden intelectual, manifiesta una ciencia divina, sea por la sublimidad de su doctrina, sea por la claridad de sus profecías.

3º En el orden moral, vive en una santidad infinitamente superior a toda perfección humana y practica virtudes naturalmente inaccesibles al hombre.

Es así que sólo Dios puede hacer obras divinas; luego Cristo obró como Dios; luego es Dios.

§ 1º LOS MILAGROS DE JESUCRISTO PRUEBAN QUE ES DIOS

Hemos probado ya que Jesucristo hizo numerosos milagros perfectamente comprobados (véase número 119). Estos milagros no solamente prueban su misión divina, sino que prueban también que es Dios, porque los hizo **en nombre propio como Hijo de Dios, y los dio en prueba de su divinidad**. Dijo a los judíos: *Si no queréis creer en mis palabras, creed en mis obras*.

Ciertamente, antes de Jesucristo, Moisés y los profetas, como después de Jesucristo los apóstoles y los santos, han recibido el poder de hacer milagros. Pero todos estos taumaturgos no han tenido más que un poder prestado: no eran más que *delegados de Dios, sus ministros*: no obran sino **en nombre de Dios**.

Sólo Jesucristo procede como señor: ejerce sobre toda la naturaleza una acción divina, ilimitada. Manda como soberano y en nombre propio. Dice al leproso: *Yo lo quiero, sé limpio*; al paralítico: *Levántate, toma tu lecho y anda*; al ciego de Jericó: *Ve, tu fe te ha salvado*; al Centurión: *Vete, tu servidor está sano*; al hijo de la viuda de Naím: *Joven, te lo mando, levántate*. Él puede todo lo que quiere. Este no es, por cierto, un poder delegado, un poder prestado.

Más todavía, Jesús comunica a sus apóstoles y a sus discípulos el poder de hacer milagros en su nombre y por su propio poder: *En verdad os digo: el que en Mí cree, las obras que yo hago también él las hará, y aun mayores que éstas hará*⁷⁵. *Los que creyeren en Mí, dice en otra parte, echarán fuera demonios en mi nombre, hablarán nuevas lenguas... y, poniendo sus manos sobre los enfermos, los sanarán*⁷⁶. Y de hecho, los apóstoles, en nombre de Jesús, obraron una multitud de milagros.

Por último, el milagro es un hecho divino. Siendo un hecho divino, prueba que Dios ha puesto su poder a disposición de aquél que lo hace, y prueba, por eso mismo, que el que lo hace no es un impostor; si Jesús; que se llamó a sí mismo Dios, no lo era, tendríamos que llegar a esta conclusión: que Dios, dándole el poder de hacer milagros, protegió a un falso profeta y acreditó una mentira. Pero como es imposible que Dios, la verdad por esencia, pueda engañar así a los hombres, se deduce que Jesucristo, que se dice Dios y que hace milagros para probarlo, es realmente Dios: *Este es el Hombre-Dios, el Emmanuel deseado por todos los pueblos*.

⁷⁵ Juan, XIV, 12.

⁷⁶ Marcos, XIV, 17 y 18.

§ 2º JESUCRISTO OBRA COMO DIOS EN EL ORDEN INTELECTUAL

a) *Prueba que es Dios por la doctrina que enseña.* – Hemos demostrado (núm. 125) la excelencia de la doctrina de Cristo, y hemos probado que no podía venir sino de Dios. La manera como Jesucristo la enseña demuestra también que es Dios.

Jesús la enseña en su propio nombre. Se coloca entre los doctores, los legisladores, los profetas; enseña como Dios. Dice: *Soy el camino, la verdad y la vida. El que me sigue no anda en tinieblas.*

“No dice como los moralistas: voy a indicaros el camino, sino que dice: *el camino soy yo.* No afirma como los sabios: os voy a enseñar la verdad, sino que dice: *la verdad soy yo.* No asevera como los legisladores y los profetas: hallaréis la vida en mis leyes o en mis relaciones, sino que dice: *la vida soy yo.* No es un camino, sino el único camino de la salvación; no es una verdad, sino toda la verdad; no es la vida que pasa, sino la vida que dura para siempre. Los judíos tenían razón en decir: “*jam{s} hombre alguno ha hablado como este*”⁷⁷.

La ciencia de Jesucristo no se parece en nada a la ciencia del hombre ni a la ciencia de los profetas. Habla de la Trinidad como otro lo haría de su propia familia; del Paraíso, como de la propia casa. Su ciencia no es ni aprendida ni inspirada, puesto que en ella ni se encuentra el esfuerzo personal ni los transportes causados por una iluminación personal. Se hace ver que su ciencia no es el fruto natural de su pensamiento; la verdad le es familiar; es visible que Él ha nacido en medio de los secretos que revela. Así se explica que el espíritu que se cansa de las obras maestras de los hombres, se recree siempre leyendo el Evangelio. Ante la majestad del Evangelio, como ante la de la creación, el espíritu reconoce lo divino.

Jesús es, a la vez, el doctor más elevado y el más llano: sabe cautivar a los niños, a las pobres mujeres del pueblo, lo mismo que a los doctores de Israel. Cuando enseña, todos los hombres le reconocen por su maestro, desde los pieles rojas del Canadá hasta los sabios de la Academia. Todo el hombre queda cautivado, desde las cimas de la inteligencia hasta las fibras más íntimas del corazón. Y la palabra de Jesús sigue siendo siempre la luz del mundo: *El cielo y la tierra pasarán, pero su palabra no*

⁷⁷ Mons. Besson, *El Hombre-Dios*.

pasará. Sólo Dios hecho hombre, y dirigiéndose a los hombres, puede hablar de esa forma.

“Yo || creo || en || Cristo || porque || ha || traído || a || la || tierra || la || doctrina || m{s || sant a, || la || m{s || fecunda y la más divina que haya jamás brillado sobre la inteligencia humana. Una doctrina tan celestial no puede ser fruto del error y de la mentira. Cristo lo ha dicho, como Divinidad lo dice la razón: las doctrinas se conocen por su moral, como el árbol por sus frutos; los frutos del Cristianismo son infinitos, perfectos y divinos; luego, la doctrina misma es divina; luego el autor es un Verbo divino, como se llama || a || sí || mismo. || Ved || por || qué || soy || cristiano; || he || ahí || toda || mi || controversia || religiosa”. (LAMARTINE).

Jesucristo prueba que es Dios por sus profecías. – Dios nos deja la ciencia de lo pasado, la ciencia de lo presente, pero reserva para sí la ciencia de lo porvenir. Lo por venir no pertenece a ningún hombre, lo por venir es de Dios. la profecía es la ciencia de lo futuro: luego sólo Dios es el principio y la fuente de toda profecía. Los profetas anunciaron lo por venir, pero no en nombre propio ni por propia ciencia.

Jesucristo hizo en nombre propio y de propia ciencia gran número de profecías. (ver N^o 121) Al contrario de los otros profetas, jamás emplea la fórmula bíblica: *El Señor ha dicho.* Y no solamente habla en nombre propio, sino que promete realizar Él mismo las profecías que anuncia.

Prometió resucitar después de su muerte, subir al cielo y enviar el Espíritu Santo a su Iglesia.

Prometió que, una vez levantado de la tierra, es decir, crucificado, lo atraería todo a Él, hombres y pueblos.

Prometió que su Evangelio sería predicado en todo el mundo, y que su Iglesia, fundada sobre Pedro, subsistiría siempre, a pesar de las herejías, los cismas y las persecuciones de todas clases.

Estas promesas las ha cumplido, porque la resurrección de Jesucristo, su ascensión, la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles, la conversión del mundo al Evangelio, el establecimiento y duración de su Iglesia, a pesar de obstáculos humanamente insuperables, son hechos históricos absolutamente verdaderos.

Es así que sólo es propio de Dios hacer tales promesas y, sobre todo, cumplirlas. Luego Jesucristo es Dios.

§ 3º LA SANTIDAD DE JESUCRISTO PRUEBA QUE ES DIOS

La santidad consiste en cumplir todos los deberes para con Dios, para con el prójimo, para consigo mismo, y en practicar todas las virtudes. Renunciar a sí mismo, consagrarse a la gloria de Dios y al bien del prójimo, dilatar su corazón con la caridad a todos los hombres: tales son los aspectos de una santidad heroica. Pues bien, en estos tres aspectos, la santidad de Jesucristo es de una perfección sin igual y sin tacha.

Se presenta al mundo como un modelo perfecto y universal: modelo de todos los hombres, modelo de todas las virtudes. La humanidad no ha producido ningún santo cuya belleza moral no se esfume en presencia de la santidad de Jesucristo. Él ha sido el único en el mundo que haya podido decir a sus enemigos, sin temor de ser desmentido: *¿Quién de vosotros puede convencerme de pecado?* No se dice de Jesús: Es un santo, sino que se dice: *Es el santo de los santos.*

Y con todo, Cristo nada tiene de extravagante en su virtud, ni siquiera un exceso de perfección. Si se le coloca al lado de los santos formados en su escuela, asusta menos el modelo adorable que sus discípulos. Su santidad más bien solicita nuestra imitación que engendra desconfianza de poder tomarla por modelo. Si la naturaleza divina se muestra en la sublimidad de sus perfecciones, la naturaleza humana se deja ver en la verdad de sus emociones legítimas. Era necesario un Dios para revelar al mundo una moral divina, era también necesario un Dios para ofrecer el ejemplar perfecto de la misma.

La santidad incomparable de Jesucristo, es la única santidad fecunda, creadora, || es || decir, || la || única || que || haya || producido || imitadores || sobre || la || tierra. || “Ningún || sabio, dice Voltaire, ha tenido la más mínima influencia sobre las costumbres de la calle en que vivía, y Jesucristo || ha || influido || en || el || mundo || entero”.

Jesús pronuncia algunas palabras, y hace surgir del seno de la humanidad novedades tan asombrosas como la fecundación de la nada. Así como en el principio, cada palabra del Verbo criador llama los mundos a la existencia, así cada palabra del Verbo redentor en un fiat todopoderoso que suscita aún mayores prodigios.

Jesús dice: *Vended todo cuanto poseéis y dadlo a los pobres*; y con estas palabras siembra innumerables religiosos para lo futuro. El Maestro añade: *No temáis a los que matan el cuerpo*; y millones de mártires nacen al calor de estas palabras. El Maestro prosigue: *Amad a vuestro prójimo... Lo que hicieris al menor de estos pequeñuelos lo hacéis a Mí*; y una multitud de héroes de la caridad cristiana fueron engendrados con estas palabras divinas.

Ciertamente que fue hermoso el momento en que los mundos, obedientes a la voz del Creador, salieron de la nada y fueron a ocupar sus puestos en las órbitas respectivas. Pero no fue menos solemne el momento en que las virtudes cristianas, brotadas del calor de una palabra divina, se levantaron en la tierra hasta entonces estéril e infecunda. Mientras que la creación material no duró sino seis días, la creación espiritual es incesante. Cuando suene la hora de la destrucción para la primera, la segunda, compuesta de todas las virtudes de los santos, brillará con resplandor divino en el firmamento de la eternidad.

¿Qué debemos inferir? Que la santidad de Jesucristo es una santidad divina, la santidad del Hombre-Dios. Los mismos impíos lo han comprendido. J.J. Rousseau ha dicho: *Si la vida y la muerte de Sócrates son las de un hombre, la vida y la muerte de Jesucristo son las de un Dios*. Sólo la verdad clara, evidente, puede arrancar tales palabras de la boca de un incrédulo.

CONCLUSIÓN. – Jesucristo obró como Dios. El *poder infinito* aparece en sus milagros.

La ciencia infinita caracteriza su doctrina y sus profecías.

Una *santidad divina* resplandece en su vida entera. Luego Jesucristo es Dios.

Jesucristo es Dios, porque hiere los sentidos con el brillo de sus milagros: es el *Taumaturgo de los taumaturgos*.

Jesucristo es Dios, porque penetra los espíritus con la profundidad infinita de su doctrina: es el *Doctor de los doctores*.

Jesucristo es Dios, porque conoce y revela lo futuro con una certeza y claridad que no son propias de los hombres: es el *Profeta de los profetas*.

Jesucristo es Dios, porque conmueve los corazones con la infinita santidad de su vida: es el Santo de los santos.

130. P. Jesucristo, ¿murió como Dios?

R. Sí; Jesucristo murió como Dios, porque solo Él dominó la muerte, que domina todas las criaturas. Murió porque quiso morir.

Además, los numerosos milagros que se realizaron en el momento en que exhalaba su postrer aliento, atestiguan que la muerte de un Dios. Al verlos, el Centurión romano exclamó: *¡Este era verdaderamente el Hijo de Dios!*

Si Jesucristo permite que la muerte le hiera, es para expiar de una manera más completa el pecado del hombre; con su muerte de Cruz lleva a cabo la redención del mundo.

Quiso morir en el suplicio de la Cruz, para probarnos su exceso de amor por nosotros y para hacernos comprender mejor la enormidad del pecado mortal.

1º Jesucristo murió porque quiso morir. – El hombre, después del pecado original está destinado a morir: no puede substraerse a esa sentencia. Pero Jesús muere porque quiere morir: *Nadie me ha quitado la vida; yo la dejo libremente; tengo el poder de dejarla y de volverla a tomar* (Juan, X). Señor de la muerte, Jesús habla de ella con toda tranquilidad, como una circunstancia de su vida, querida y prevista: *Mirad que subimos hacia Jerusalén, donde el Hijo del hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes y crucificado* (Mateo, XX).

2º Jesucristo murió cuando quiso morir. – Él fija la hora. Más de una vez, los judíos habían tramado su muerte, y, a pesar de sus deseos, no se habían atrevido a ponerle las manos encima, porque *su hora no había llegado todavía* (Juan, VIII, 20). Cuando llegó la hora, Jesucristo la indicó: *Esta es vuestra hora y la hora del poder de las tinieblas* (Lucas, XXII, 53).

3º Jesucristo murió como quiso morir. – El nombra con anticipación a sus verdugos. Descubre al traidor que debe entregarle. Indica el género de muerte con todas las circunstancias de su pasión. Si Jesucristo no hubiera elegido libremente esta muerte infame y prevista, podría fácilmente substraerse a ella.

4º Por último, la muerte de Nuestro Señor va acompañada de milagros que no se producen cuando muere un hombre. El velo del templo se rasga, la tierra tiembla, las rocas se parten, los muertos resucitan, el sol se oscurece y las tinieblas cubren

toda la tierra: todo muestra que el universo está de duelo a causa de la muerte del Hombre-Dios.

A la vista de este prodigio, el sabio Dionisio Areopagita, exclamó: *O el Autor de la naturaleza padece, o la máquina del mundo perece.*

Este fenómeno sobrenatural fue consignado en los archivos públicos del imperio romano. Tertuliano, 160 años más tarde, invocaba su precioso testimonio, y el mártir Luciano decía a los emperadores: “Si, yo creo en la divinidad de Jesucristo, y vosotros deberíais creer también, de acuerdo con vuestros propios anales. Abridlos, y hallaréis que, en tiempos de Pilatos, cuando Cristo sufrió, en pleno mediodía, las tinieblas desalojaron la luz”.

131. P. Jesucristo, ¿resucitó como Dios?

R. Sí; Jesucristo resucitó como Dios, porque resucitó por su propia virtud. Un hombre es impotente de resucitar a otro, y con mayor razón de resucitarse a sí mismo: sólo Dios puede dar la vida.

Es así que Jesucristo volvió a darse la vida por su propio poder, conforme afirma Él mismo: *Tengo el poder de volver a tomar la vida* (Juan, X, 18).

Fuera de esto, había predicho más de una vez su resurrección, dándola como prueba de su divinidad. Luego Jesucristo es Dios, puesto que se resucitó a sí mismo.

Hemos probado anteriormente (P. 120.), que el hecho de la resurrección de Jesucristo es de una certeza incontestable.

Nos queda por demostrar que el milagro de la Resurrección prueba de una manera invencible la divinidad de Jesucristo; los dos hechos siguientes establecen esta prueba:

1º Jesucristo anunció claramente su resurrección a los judíos, para probar que Él era Dios.

2º La creencia en la resurrección de Jesucristo es la que más ha contribuido al establecimiento y a la propagación del Cristianismo. Los primeros cristianos llamaban a la Resurrección el testimonio, es decir, la garantía por excelencia de la divinidad de Jesús y de su religión.

1º Jesucristo anuncia su resurrección en prueba de su divinidad. – Los escribas y los fariseos dijeron un día a Jesús: *“Maestro, quisiéramos verte hacer un milagro, a fin de saber si realmente eres el Mesías anunciado por los profetas”*. Les respondió Jesús: *“Esta generación mala y adúltera pide una señal; más no le será dada sino la de Jonás profeta. Porque así como estuvo Jonás en el vientre de la ballena tres días y tres noches, así estará el Hijo del hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches”* (Mateo, XII, 39 y 40.). – Es decir, así como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre de la ballena y salió vivo, así yo estaré tres días y tres noches en el corazón de la tierra y saldré vivo de ella.

En otra ocasión, los judíos dijeron también a Jesús: *“¿Qué señal nos muestras para probarnos que tienes el derecho de hacer lo que haces? Destruid este templo, dijo Jesús hablando de su cuerpo, y en tres días lo reedificaré”* (Juan, II, 39.). En efecto, cuando el Salvador resucitó, sus discípulos recordaron lo que había predicho de su permanencia en el sepulcro, y creyeron en Él. Jesucristo, pues, había elegido el milagro de su resurrección para atestiguar que era Hijo de Dios, y Dios como su Padre. Sólo un Dios puede decir como Él: *Tengo poder para dejar la vida y volver a tomarla* (Juan, X, 18.).

2º El milagro de la Resurrección sirvió más que otro alguno para el establecimiento del Cristianismo. – Cuando los apóstoles trataron de señalar sustituto al traidor Judas, San Pedro, inspirado por el Espíritu Santo, anunció que la elección debía recaer sobre *uno de los testigos de la resurrección de Jesús*. Esta condición muestra bien a las claras la conexión entre el apostolado y la resurrección de Cristo. En efecto, a partir del día de Pentecostés, el ministerio apostólico consiste, ante todo, en predicar a Cristo resucitado, es decir, a Cristo Dios, fundador de la única religión verdadera, la religión cristiana.

Está fuera de duda que los apóstoles predicaron el Cristianismo y que la multitud de gentiles y de judíos abrazaron esta religión.

Pero, ¿se concibe que los Apóstoles predicaran la doctrina de Jesucristo, si este no hubiera resucitado, si no pudiera nada a su favor? ¿Qué provecho les podía reportar semejante predicación?

¿Por qué los judíos y los gentiles se habrían sometido a adorar a un hombre muerto? ¿Por qué convertirse a una religión tan austera y difícil? A no ser por la

resurrección de Jesucristo, estos dos hechos quedarían sin explicación. Lo que los explica es que Jesucristo está vivo. Él se resucitó a sí mismo; luego es Dios.

132. P. Jesucristo, ¿reina como Dios?

R. Sí; aún después de su muerte, Jesucristo reina como Dios sobre las inteligencias, sobre los corazones y sobre las almas.

1º Reina sobre las inteligencias por la fe de sus discípulos en los misterios revelados, a pesar de la oposición de la razón, inclinada a no creer sino lo que comprende. El cristiano cree esas verdades, no por la evidencia de las mismas, sino por la palabra de Jesucristo.

2º Reina sobre los corazones por el amor soberano que inspira. Un hombre no puede hacerse amar sino por algunas personas y durante su vida. Jesucristo, al contrario, se hace amar todavía veintiún siglos después de su muerte y por millares de millones de personas, que hacen en su obsequio los sacrificios más heroicos.

3º Reina sobre las almas por la adoración que le rinden. La adoración es un homenaje reservado solo a Dios: el hombre en su sano juicio no puede pretenderlo, y Dios no puede dividirlo con nadie, sin renegar de sí mismo. Pero Jesucristo hace diecinueve siglos que es adorado en todo el mundo; luego reina verdaderamente como Dios; luego es Dios.

“Él, que ha podido hacer adorar una cruz al mundo corrompido de Roma o de Atenas, Ese, lo juramos, no puede ser sino un Dios”. (Chateaubriand)

1º Jesucristo reina sobre las inteligencias. – Doblegar las inteligencias a la palabra del que habla, no porque esta palabra sea evidente, sino, y únicamente, porque es *su palabra* y viene del él; hacerles aceptar misterios sin permitirles la menor duda, ¿no es reinar como Dios sobre las inteligencias? Pues ésta es precisamente la autoridad que Jesucristo posee sobre la inteligencia humana. *Jesucristo lo ha dicho*: bastan estas palabras para que se acepten dogmas los más incomprensibles, preceptos de moral los más duros para la naturaleza corrompida.

Hace veinte siglos que Jesucristo dirige los espíritus con una autoridad absoluta por medio de las luces de la fe. La doctrina cristiana ha recibido el homenaje de los mayores genios, de aquellos que más han honrado la ciencia, la filosofía, la literatura. La fe en Cristo y en sus misterios es la fe de Dante y de Tasso, de Corneille

y de Racine; es la fe de San Agustín y de Santo Tomás de Aquino, de Bossuet y de Fenelón, de Descartes y de Malebranche; es la fe de Galileo, de Euler, de Pascal y de Bacon, de Copérnico y de Newton; es la fe de los hombres superiores de todas las épocas. Durante veinte siglos, más de veinte mil millones de hombres, los más esclarecidos, los más civilizados de todos, han dicho a Jesús: *Creemos en Ti y en tu palabra...* Si esto no es divino, nada divino hay sobre la tierra.

2º Jesucristo reina sobre los corazones por el amor. – Reinara sobre los corazones, es hacerse amar; reinar *como Dios* sobre los corazones es hacerse amar *sobre todas las cosas*. Porque apoderarse de esa suerte de los corazones, dominarlos, unírseles, hasta el sacrificio, hasta el martirio, no puede ser más que obra de Dios.

Pues bien, Jesucristo ejerce sobre los corazones una influencia: 1º, *inmensa por su extensión*; 2º, *inmortal por su duración*; 3º, *de una profundidad sin igual*.

a) El amor de un hombre no traspasa los límites de una familia, de un reducido número de amigos y, cuando más, de un pueblo, de una nación. Jesucristo ha reinado sobre millares de millones de corazones y reina aún sobre más de trescientos millones de hombres: ¿hay acaso alguna edad, alguna condición que haya podido substraerse al imperio que Jesucristo ejerce sobre los corazones?

b) Ningún hombre logra hacerse amar después de su muerte, cuando mucho, más allá de una o dos generaciones. Ha habido muchos grandes hombres sobre la tierra: mientras vivían, se les adulaba; ahora que están muertos no hay quien piense en ellos y quien los ame. Alejandro, César, Napoleón, etc., ¿tienen muchos fieles que vayan a decirles: *Os amo, quiero vivir, sufrir y, si es necesario, morir por vos...* No, por cierto. Los muertos bien pronto quedan en el olvido. Y sin embargo, un hombre, nacido en un pesebre, que vivió treinta años en un taller de carpintero, que acabó sus días en un patíbulo, un hombre muerto hace veinte siglos, recibe todos estos homenajes. El amor que inspiró no ha perdido nada de su fuerza y de su energía. Los que le conocieron han muerto por su amor; los que no le conocieron mueren todavía por amor a Él. Centenares de millones y de millones de hombres dicen a este muerto: *¡Os amamos!* Cuando un hombre o un pueblo cierra su corazón a Jesucristo, otros se abren a su amor; lo que una época le quita, la época siguiente se lo devuelve centuplicado. El amor a Jesucristo ha atravesado los siglos, siempre inmortal, siempre floreciente.

c) ¿Cómo se puede medir la *profundidad* del amor? Evidentemente, por sus efectos, por la fuerza de su adhesión, por la grandeza de su sacrificio. Pues bien, millones de millones de hombres han amado a Jesucristo hasta el sacrificio de sus bienes, de su familia, de su vida. Basta dirigir una mirada a la historia del Cristianismo. ¡Cuántos hombres, después de San Pedro, han lanzado este grito de amor que se inmola sin reserva: *¡Lo hemos dejado todo por seguirle!* Se cuentan casi treinta millones de mártires, y, ¡cuántos santos anacoretas, cuántos religiosos, cuántas vírgenes, cuántos hombres, finalmente, han hecho, y hacen todavía hoy, los más heroicos sacrificios por amor de Jesucristo!

Es esta una de las pruebas de la divinidad de Jesucristo que más había impresionado a Napoleón, cautivo en Santa Elena. “Jesucristo, – dice –, por un prodigio que supera todo prodigio, reclama el amor de los hombres, es decir, lo que es más difícil de obtener, lo que un sabio pide en vano a algunos amigos, un padre a sus hijos, una esposa a su esposo, en una palabra, el corazón; Él lo reclama absolutamente y lo consigue... Él subyuga a la humanidad por un amor inmenso, inmortal, todopoderoso... De ahí que yo deduzco que es Dios”.

¿Cómo explicar este extraño fenómeno de un pobre crucificado que reina sobre millones de corazones, mientras que hombres como Alejandro, César y Napoleón son olvidados?... Es que ellos no eran más que hombres y Jesucristo es Dios. Esa es la explicación; no busquemos otra.

3º Jesucristo reina como Dios sobre las almas. – Ser creído por su palabra, es mucho; ser amado, es más aún; ser adorado es el colmo de la soberanía, porque la adoración es un homenaje reservado sólo a Dios. Pues bien, Jesucristo ha sido adorado por espacio de veinte siglos, y es todavía adorado, por lo menos, quinientos millones de hombres, por todos aquellos que se llaman cristianos.

Si Jesucristo no es Dios, no es más que un judío crucificado, un condenado a muerte; y entonces, la religión cristiana es una impiedad, y el mundo entero ha vivido hasta ahora en una grosera idolatría... Pero, ¿cómo explicar entonces que haya salido de esta impiedad el heroísmo de la humildad, de la caridad. ¿Cómo se explica que un crimen tan enorme como la adoración de un crucificado haya engendrado veinte siglos de fe, de abnegación, de honor, de generosidad, de perfección moral?... Esto es naturalmente imposible y, sin embargo, existe; luego es divino.

Por otra parte, si Dios hubiera podido permitir que de esta colosal idolatría saliera un mundo de virtudes, ya no sería posible pronunciar el nombre del mismo Dios. La frase de Napoleón es exacta: *No hay Dios en el cielo, ni un hombre ha podido ejecutar el designio de usurpar su autoridad y su culto en toda la tierra.*

133. P. Jesucristo, ¿se sobrevive como Dios?

R. Sí; Jesucristo se sobrevive como Dios en su Evangelio y en su Iglesia.

1º El Evangelio es la palabra siempre viva, siempre presente, siempre eficaz del Hombre-Dios. La lectura del Evangelio obra, en los corazones sinceros, maravillas de santidad que no pueden emanar sino de Dios.

2º La Iglesia, con su admirable propagación, su eminente santidad, su inagotable fecundidad para todo lo bueno, su unidad católica y su inmutable estabilidad, presenta al mundo señales manifiestas de una obra divina. Es así que Jesucristo es el fundador de la Iglesia; luego es Dios.

Pero la Iglesia es la manifestación siempre viva, la encarnación prolongada de Jesucristo, cuya obra prosigue a través de los siglos: luego Jesucristo se sobrevive como Dios en su Iglesia, la cual es el testimonio perenne de su divinidad.

Es evidente que se trata aquí de la Iglesia católica; ella es la única sociedad cristiana que se remonta, de siglo en siglos, sin alteración, a Jesucristo y a sus apóstoles. Ella es la que fue fundada y propagada por todo el mundo, a pesar de dificultades humanamente insuperables; ella es la que fue sellada con la sangre de los mártires; la que transformó al mundo con la práctica de las virtudes cristianas. Ella es la única en que se perpetúan las maravillas de que Dios rodeó la cuna del Cristianismo; ella sola produce, aun hoy, santos y taumaturgos, ella sola convierte y civiliza los pueblos bárbaros. Luego ella sola tiene el derecho de invocar, como prueba de su divinidad, los *hechos divinos*, los *milagros* y las *profecías*, así del Antiguo como del Nuevo Testamento.

Todas las sectas que presumen ser obra de Jesucristo son relativamente recientes. Así, la Iglesia griega, la Iglesia rusa tienen por primer fundador, el siglo IX, al intrigante Focio, patriarca de Constantinopla; las sectas protestantes, fundadas por Lutero, Calvino, Enrique VIII datan del siglo XVI. Todas estas sectas son ramas muertas que se han separado del tronco vivo de la Iglesia de Cristo.

1º La Iglesia católica es divina. – El establecimiento y la perpetuidad de la Iglesia prueban de una manera evidente la divinidad de Jesucristo. Él ordenó a sus apóstoles que fueran en su nombre a enseñar a todos los pueblos una doctrina sorprendente por sus misterios, una moral contraria a todas las pasiones, a exigir obediencia a su autoridad, y el empleo de medios establecidos sin cuento, pero les prometió también el Espíritu Santo y que, mediante su auxilio, triunfarían de todas las dificultades, y que su obra quedaría siempre en pie, a pesar del infierno. *Él estará con ellos hasta la consumación de los siglos.*

Jesús murió en la cruz; a juicio de sus enemigos, la ignominia de ese suplicio debía aniquilar para siempre los proyectos del Salvador; mas, al contrario, esa misma cruz se convierte en símbolo del triunfo. Sin más ciencia que la de Jesús crucificado, sin más apoyo que la virtud de la cruz, a pesar del poder de los Césares y de los sofismas de los filósofos, a pesar de la corrupción de la sociedad y de la austeridad de las leyes cristianas, doce judíos desconocidos se dirigen a los poderosos, a los ricos, a los filósofos, para imponerles la adoración de un crucificado, la creencia en misterios incomprensibles y la práctica de virtudes sobrehumanas; proyecto insensato, si no viene de Dios.

A) Bien conocido es el triunfo de los pescadores de Galilea. El cristianismo es predicado por ignorantes y creído por sabios. La Iglesia, a pesar de la debilidad de los medios y la magnitud de los obstáculos, se propaga rápidamente por todo el mundo. Éxito parecido era imposible sin la intervención de Dios. (Ver P. 122.)

B) La fecundidad de la Iglesia se manifiesta inmediatamente por sus frutos divinos. Ella arranca a los pueblos de la idolatría, transforma las costumbres, infunde el espíritu cristiano de la familia y de la sociedad civil, y suscita en el mundo una nueva civilización. Esta transformación inmensa no podía realizarse sin el concurso de Dios. (Ver P. 124.)

C) Después de veinte siglos, la Iglesia permanece firme e inmutable, conservando una juventud inmortal en medio de la debilidad de las instituciones humanas. En torno de ella se amontonan las ruinas, los siglos pasan, las tempestades políticas arrancan de cuajo los grandes imperios: la Iglesia queda siempre en pie. Muchos siglos ha que el hombre la combate, pero la Iglesia vive siempre. A pesar de las potestades infernales coaligadas contra la Iglesia, ella prosigue su obra civilizadora. De esta manera se cumple la profecía de David: *El imperio de Cristo se*

*extenderá sobre todas las generaciones... Reinará del uno al otro mar... todos los reyes de la tierra le adorarán y todas las generaciones le estarán sujetas*⁷⁸.

D) Todas estas maravillas se explican fácilmente si Cristo es Dios. Pero si no es más que un hombre, no hay explicación posible de los triunfos de la Iglesia, de su maravillosa fecundidad para todo lo bueno, de su inmutable ni de su inmortal duración. Llamad obras del hombre a todo lo que se muda, a todo lo que cae, a todo lo que desaparece en el abismo del tiempo; pero todo lo que vive, todo lo que se agiganta a través de las tempestades de los siglos, lo que nunca envejece ni muere, no puede ser obra del hombre: Es obra de Dios.

El Concilio Vaticano I tiene razón cuando dice: “La Iglesia, por sí misma, con su admirable propagación, su santidad eminente y su inagotable fecundidad para todo lo bueno, con una unidad católica y su inmutable estabilidad, es un gran motivo de credibilidad: la Iglesia lleva consigo el testimonio irrefragable de su misión divina”.

El acto por excelencia del poder divino es la creación. Al contemplar la majestad de la naturaleza, la armonía del universo, la fecundidad de la vida, no se puede menos de reconocer una Causa suprema, un Dios creador.

Y de la misma manera, al contemplar la Iglesia, mundo de las inteligencias, reino de las almas, con sus caracteres divinos, se comprueba fácilmente que no puede ser sino una creación divina. La Iglesia demuestra la existencia de un *Dios Redentor*, como el universo la de un *Dios Creador*.

Para crear el mundo material le bastó a Dios una palabra; y de un modo análogo, Jesucristo para engendrar su Iglesia sólo necesitó emplear las siguientes palabras: *Venid, seguidme*, y estas palabras le dieron discípulos. Dijo luego a éstos: *Id y enseñad*, y esta segunda expresión formó el apostolado, la jerarquía, la infalibilidad, es decir, la Iglesia.

Jesucristo formó la Iglesia a su imagen: le dio la *unidad*, porque Él es uno; la *santidad*, porque Él es santo; la *autoridad*, porque Él es el Señor; la *catolicidad*, porque Él es inmenso; la *perpetuidad*, porque Él es eterno.

⁷⁸ Salmo LXXI

Dios, al crear los mundos, produjo la fuerza de atracción para hacerlos gravitar hacia un centro común: de ahí proviene la armonía del universo. Del mismo modo, en la creación de la Iglesia, Jesucristo ha puesto su gracia, atracción espiritual que hace gravitar las almas hacia Dios, centro común de las inteligencias.

2º Jesucristo se sobrevive en la Iglesia. – Jesucristo prosigue en la Iglesia y por la Iglesia el triple ministerio que había venido a desempeñar en la tierra: a) Él es siempre quien, como Doctor, enseña por voz de la Iglesia; b) Él es quien, como Pontífice, administra los sacramentos; c) Él es quien, como Rey, conduce y dirige a los fieles mediante el Papa y los obispos. La Iglesia no hace más que recibir el movimiento y la vida del Espíritu de Jesucristo, que la anima y obra por ella exactamente como el cuerpo, que no es más que el instrumento de que se sirve el alma para sus operaciones exteriores. Es, pues, ciertamente la Iglesia la manifestación siempre viva de Jesucristo, su encarnación prolongada a través de la sucesión de los tiempos.

CONCLUSIÓN GENERAL. – 1º Jesucristo afirma que es Dios. 2º Jesucristo prueba que es Dios con sus hechos: sus milagros; con su libro: el Evangelio; con una institución: la Iglesia. 3º Se impone como Dios al mundo: reina sobre las inteligencias, sobre los corazones y sobre las almas.

¿Hay algo más asombroso y más divino? Un niño nace sobre la paja, entre un buey y una mula: este niño crece en un taller; a los treinta y tres años de edad muere en una cruz entre dos ladrones; después de llegar a conquistar el mundo. ¿Para qué? Para la doctrina del sacrificio: humildad, pureza, caridad. ¿Qué mundo? El imperio romano escéptico, corrompido, egoísta. ¿Cómo? Con la predicación de doce pescadores judíos. Y después de diecinueve siglos, siguiendo a los mártires, a los doctores, a las vírgenes, el mundo civilizado está todavía de rodillas a los pies de este niño nacido sobre paja, delante de este hombre muerto en una cruz.

Ahí tenéis un hecho, positivistas; todas las hipótesis y evasivas de los impíos nada valen: cuando un incrédulo nos salga al paso con su insignificante objeción de químico o de astrónomo, podemos decirle: Llegáis demasiado tarde; la demostración de la divinidad de Cristo está hecha de una manera irrefutable.

Está hecha por la evidente inspiración de los profetas, por la autenticidad de los milagros; está hecha por la sangre de treinta millones de mártires; está hecha por

la regeneración de la vida moral en el mundo, por tantas renunciaciones voluntarias, por tantos heroísmos cotidianos y ocultos, por tantas virginidades, por tantas santidades; está hecha por todas las armonías del Cristianismo con el alma, por la cumplida solución que da a todos los problemas humanos, por el sentido sublime que da a la vida y al dolor, por el esplendor de sus dogmas, superiores a todas las doctrinas filosóficas.

Está hecha por la impotencia de sus perseguidores, por la conversión final de los unos, por la muerte desesperada de los otros y por el grito de todos los Julianos moribundos: *¡Venciste, Galileo!* Está hecha, finalmente, por la existencia de veinte siglos de la Iglesia católica.

En vano los racionalistas niegan toda religión revelada y positiva; la revelación divina hecha por Jesucristo, Hijo de Dios, está atestiguada por un hecho evidente, gigantesco, incontrastable, más refulgente que sol: *la existencia de la Iglesia católica, la existencia del Cristianismo*. Es el acontecimiento más grande de la historia del mundo: cuarenta siglos lo prepararon, veinte siglos viven de su influjo.

El mundo es el testigo permanente de la existencia de Dios. La Iglesia Católica es el testigo permanente también de la divinidad de Jesucristo. ¡A Él sólo todo el honor y toda la gloria por los siglos de los siglos.

134. P. *¿Cuáles son las consecuencias que fluyen de la divinidad de Jesucristo?*

R. Se pueden sacar tres principales:

1ª Puesto que Jesucristo es Dios, es evidente que la religión por Él establecida es divina, la única verdadera, la única querida por Dios, la única que exige de todos los hombres, la única que puede llevarnos al cielo.

2ª Todas las enseñanzas de Jesucristo, dogmas y preceptos, deben ser aceptados en su totalidad, puesto que son manifiestamente divinos. *El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no dejan de cumplirse*⁷⁹.

⁷⁹ Mateo, XXIV.

3ª Hay que creer, sin vacilar siquiera, los *misterios* que forman parte de la Revelación cristiana, aunque no los entendamos, porque estos misterios se fundan sobre la autoridad infalible de la palabra de Dios.

N.B. – Para probar que la religión cristiana es revelada por Dios, se puede emplear dos métodos. Por el primero, que hemos seguido, se prueba que Jesucristo es un Enviado de Dios: luego la religión que vino a revelar al mundo es una religión divina.

La divinidad del Cristianismo está confirmada también por una serie de hechos históricos que han sucedido después de la muerte de su fundador, a saber:

1º La *propagación milagrosa* de la religión cristiana.

2º Su *conservación perpetua* a través de los siglos.

3º La *constancia y número* de los mártires.

4º Los *frutos maravillosos* que ha producido en el mundo.

El segundo método, más breve, consiste en probar la divinidad de Jesucristo. Una vez demostrado que Jesucristo es Dios, de suyo se sigue que la religión cristiana fundada por Él es divina.

1º La religión cristiana es obligatoria para todos los hombres hasta el fin de los siglos. – Dios, soberano Señor, tiene el derecho de hacerse servir como mejor le plazca; ahora bien, el legislador divino obliga a todos los hombres a practicar la religión cristiana, porque dijo a sus apóstoles: *Predicad el Evangelio a todas las criaturas: el que creyere y fuere bautizado se salvará; el que no creyere se condenará.* Luego, cualquiera que no crea en la religión enseñada por los apóstoles, o no la practique, está seguro de ser condenado.

En efecto, el hombre no es libre para rechazar el orden sobrenatural y atenerse tan sólo al orden natural. Así como el hombre no tiene facultad para rechazar sus destinos naturales porque le vienen de Dios, así tampoco puede rechazar sus destinos sobrenaturales, que tienen el mismo origen. Así como carece de derecho para decir: *No quiero ser hombre, sino animal*, así también carece de él para decir: *No quiero ser cristiano, sino sólo hombre.* No se ha dejado a nuestro arbitrio elegir y tomar el puesto que nos agrada, sino que es derecho exclusivo de Dios el asignárnoslo.

Pues bien, Dios ha elevado al hombre al orden sobrenatural, y sólo mediante Jesucristo puede alcanzar el hombre su vida sobrenatural. Jesucristo es el mediador único y necesario entre Dios y el hombre. Él se proclama la *vida, la verdad, el camino*; y dice expresamente que *nadie llega al Padre sino por Él*⁸⁰. Los apóstoles repiten que *no hay en el cielo otro nombre que pueda salvarnos*⁸¹.

De igual suerte que para hacer madurar la uva se necesita de la luz y del calor y del sol, así también para hacer madurar a un elegido se necesita la acción directa del sol de justicia, Jesucristo. Todo lo que se substraiga a su influencia se condena a no madurar jamás para el cielo. No puede uno salvarse sino por la gracia, y la gracia no puede adquirirse sino por el Mediador, Nuestro Señor Jesucristo.

“Para || iluminar || al || mundo, || Jesucristo || dejó || un || símbolo; || para || guiarlo, || p
receptos; para santificarlo, sacramentos, un sacrificio, un sacerdocio; para regirlo
hasta el fin de los tiempos instituyó sus vicarios. Treinta y tres años fueron
consagrados a esta gran obra, que no terminó sino en el árbol de la cruz. Y, ¿nos sería
permitido, conservando siempre nuestros derechos al cielo, eximirnos de ver en ese
símbolo un dogma, una regla en ese decálogo, un sacrificio en esa cruz, una
institución divina en esa Iglesia? Semejante pretensión sería la más insostenible que
imaginarse pudiera”⁸².

Nuestra regeneración sobrenatural le costó tan cara al Hijo de Dios, que la religión, que nos aplica los méritos de su sangre derramada en el Calvario, no puede ser una institución libre de ser aceptada o rechazada, según convenga.

¡Qué!, el Verbo eterno descendió a la tierra, se revistió de nuestra humanidad, sufrió, murió en la cruz, ¿y se podría pensar en conseguir el cielo sin acudir a este divino Mediador? ¿Acaso puede ser lícito decir a Cristo: Has muerto por mí, pero yo me río de la muerte y puedo pasarme sin ella? ¡Oh, no, eso no puede ser! Si Dios ha hecho tanto que ha elevado al hombre al orden sobrenatural, el hombre tiene el deber de sobrenaturalizarse. Si Dios ha hecho tanto que ha enviado a su Hijo a la tierra, el hombre debe unirse a ese Hijo divino para convertirse él mismo en un hijo de Dios. (ver P. 79)

⁸⁰ Juan, XIV, 6.

⁸¹ Hechos, IV, 12.

⁸² Mons. Besson, *La Iglesia*.

2º Hay que aceptar todas las enseñanzas de Jesucristo. – Puesto que Jesucristo es Dios, hay que aceptar toda su doctrina, sin añadirle ni quitarle nada. Quienquiera que la altere comete un atentado contra Dios. Después de Jesucristo, ya no se trata de inventar, sino de conservar: su palabra, perpetuada de siglo en siglo, debe resonar hasta el fin de su inviolable integridad. Luego a nadie es lícito tomar una parte y dejar otra en la religión cristiana: es necesario aceptarla toda entera.

3º Hay que creer en los misterios de la religión cristiana. – Cuando Dios habla hay que creerle, porque Dios es la verdad misma. Los misterios del Cristianismo no son absurdos ni contradictorios como tampoco lo son los misterios de la ciencia; únicamente superan algunos, por su naturaleza, nuestra inteligencia limitada, al modo que muchos astros escapan al alcance de los más potentes telescopios. El sabio conoce y entiende una multitud de verdades que son misterios para otros: ¿son por eso menos reales esas verdades? Dios, inteligencia infinita, sabe también y comprende una infinidad de verdades que no pueden conocer ni comprender los hombres más sabios. Lo que Dios sabe y comprende tiene derecho a decirlo, y si lo dice, puede y debe obligarnos a que le creamos por su palabra. ¿Hay algo más legítimo? (ver P. 94)

LA SOLA CRUZ BASTA PARA PROBAR EL CREDO CATÓLICO

En su obra el *Credo* o el *Refugio del Cristianismo*, Monseñor Gaume hace ver cómo una de quince años que conozca un poco de la historia puede, con la cruz en la mano, obligar a cualquier incrédulo a declararse católico o a renegar de la razón. “El establecimiento del Cristianismo es la más sorprendente de las revoluciones. Esta revolución implica los hechos siguientes, que no se pueden negar sin negar toda certeza histórica:

1º Hace dos mil años, el mundo civilizado era pagano. Hoy el mundo civilizado es cristiano.

2º El paso del paganismo al Cristianismo es obra de Jesús de Nazaret, ayudado por doce pescadores de Galilea.

Jesús de Nazaret es un judío crucificado; los judíos eran entonces, como hoy, odiados por todos los pueblos. Tan sólo los más grandes criminales eran condenados

al suplicio de la cruz. Un judío crucificado era, pues, lo más odioso que podía darse en el mundo.

3º Desde hace veinte siglos, el mundo civilizado adora a Jesús crucificado: lo ha hecho y lo hace libremente, sin verse obligado a ello por la fuerza ni arrastrado por el atractivo de los placeres y de las riquezas.

4º Por tener la dicha de adorar a ese Jesús crucificado, doce millones de mártires de todas las condiciones, y de todas las naciones, durante trescientos años, aceptan alegremente la muerte, en medio de los más espantosos tormentos.

Después de esa época, cerca de otros veinte millones de mártires ha seguido su ejemplo. Y ese ejemplo se sigue aún hoy día, cuando la ocasión se presenta.

Por tener la felicidad de adorar a Jesucristo, hombres y mujeres de toda edad, de toda condición, de toda nacionalidad, en número incalculable, combaten sin cesar sus más caras afecciones, se entregan a duras austeridades, abandonan sus hogares, dan sus bienes a los pobres y consagran gratuitamente sus personas al servicio de las miserias más repugnantes.

5º Adorando a Jesús crucificado, el mundo ha adentrado en luces, en virtudes, en libertades, en civilización, de una manera sorprendente.

Testigo, el más pequeño de los niños cristianos que, acerca de los problemas que más interesan al género humano: *Dios, la providencia, el hombre, su naturaleza, sus deberes, su destino*, es más sabio que los más grandes filósofos de la antigüedad: Sócrates, Platón, Aristóteles, Cicerón, Séneca.

Testigo, la más oscura aldea cristiana, donde se halla más dignidad para el hombre, más libertad para la mujer, más seguridad para el niño, que se conocieron en todo el mundo pagano.

Testigos, todos los pueblos de Europa y de América, que, bárbaros en otros tiempos, se han convertido, adorando a Jesús crucificado, en príncipes de la civilización.

Testigo, en una palabra, el mapamundi, donde vemos brillar la luz, la civilización y el progreso en todos los pueblos que adoran a Jesús crucificado.

6º Todas las naciones que no adoran a Jesús crucificado permanecen en la barbarie, en la esclavitud, y esperan todavía la verdadera civilización.

7º Ninguna nación ha salido ni sale de la barbarie ignorante o letrada, no se libra de la esclavitud ni entra en el progreso, sino adorando a Jesús crucificado, y en proporción a la vivacidad de su fe: testigo: la historia universal.

8º Toda nación que deja de adorar a Jesús crucificado pierde, desde luego, sus buenas costumbres, su paz, su prosperidad; después desaparece o vuelve a caer en la esclavitud y retrocede a la barbarie en razón directa de su abandono a Jesús crucificado.

Testigos, todas las naciones de Asia y de África, donde la ignorancia disputa la primicia a la degradación.

Testigos, las naciones de la Europa moderna, donde todo es intranquilidad, malestar, odio, confusión, revoluciones y conmociones.

9º Jesús crucificado se mantiene, después de veinte siglos, sobre los altares del mundo civilizado, a pesar de los ataques formidables y continuamente renovados de los tiranos, de los impíos, de los sofistas y de los perversos.

Por una excepción, única en la historia, allí se mantiene en medio de las convulsiones que, veinte veces, han mudado la faz del mundo, arrasado los imperios, las dinastías, las repúblicas y las instituciones más consolidadas. Allí se mantiene amado y adorado, a pesar de la inflexible ley de muerte que pesa sobre todas las obras humanas.

Tales son los hechos visibles, palpables, permanentes, que nadie puede poner en duda sin renegar de la historia.

¿Cómo explicar estos hechos increíbles? No hay efecto sin causa...

O Jesús crucificado es Dios, o no lo es.

1º Si es Dios, todo se explica. El mundo adora a Jesús crucificado, porque los milagros obrados por Él y por sus discípulos han evidenciado su divinidad y obligado al género humano a creer en ella. No hay nada, entonces, de extraño en que una religión divina se haya propagado milagrosamente y haya producido en el mundo frutos admirables de virtud, de civilización y de progreso.

En este caso, siendo el Cristianismo obra de Dios, es verdadero, completamente verdadero, eternamente verdadero, y nada posee fundamento más sólido que el Credo del cristiano.

2º Pero si Jesucristo no es Dios, el mundo entero, el mundo civilizado está poseído de locura.

¿No es una verdadera locura que el mundo, en pleno siglo de Augusto, dando fe a la palabra de doce pescadores de Galilea, haya destrozado sus ídolos, quemado sus templos, mudado sus leyes y purificado sus costumbres, para adorar como único Dios del cielo y de la tierra a un judío crucificado? ¿Es esto natural? ¿Es esto posible?...

¿Es posible que millones de hombres ricos, pobres, senadores, cónsules, príncipes, en Asia, en África, en Grecia, en Roma, se hayan dejado despedazar, quemar, ahogar por tener el gozo y el honor de adorar como Criador del mundo a un judío crucificado, si este judío no es Dios?...

¿Es posible que durante veinte siglos, el mundo, en vez de salir de su vergonzosa idolatría, haya persistido en la adoración de Jesús crucificado, y que centenares de millones de hombres le amen hasta sacrificarle sus riquezas, su libertad, su familia, sus afecciones y sus esperanzas?...

¿Es posible que el mundo haya mejorado, se haya hecho más libre, más civilizado, más feliz por todos conceptos, profesando el mayor absurdo, esto es, adorando, como Criador y Dios del cielo y de la tierra, a un judío crucificado, a Jesús de Nazaret, si no es verdaderamente Dios?

¿Cómo se explica que la parte del género humano que rehúsa adorar a Jesús crucificado permanezca sumida en la barbarie, en la esclavitud, en un vergonzoso abismo de miserias? ¿Cómo se explica que esta parte degradada del género humano salga de la barbarie de la esclavitud, de la corrupción y marche por el sendero de la civilización y de la felicidad tan pronto como adora a Jesús crucificado?... Este hecho, probado por la historia de todos los pueblos se convierten a la religión cristiana, ¿es natural y humanamente posible?

¿Es posible que este Jesús crucificado, si no es más que un judío, se haya elevado de un solo salto, del cadalso, donde acababa de morir, a los altares del mundo entero, y se mantenga allí desde hace veinte siglos, a pesar de todos los

esfuerzos de la astucia, de las violencias de la fuerza, del desencadenamiento de las pasiones, unidas para derribarle; y esto en medio de las ruinas acumuladas de los imperios, de las monarquías, de las repúblicas y de las instituciones humanas?...

¿Es posible, finalmente, que Dios, verdad y poder infinito, haya permitido que este judío crucificado se haya apoderado, en provecho propio, de la fe y de la adoración del género humano?...

Admitir efectos sin causa es una locura, y una locura tanto mayor cuanto los efectos son más admirables.

Pretender que el género humano se ha convertido a la religión cristiana sin que, por una parte, le haya impulsado a ello la fuerza irresistible de los milagros, y, por otra, el auxilio todopoderoso de la gracia de Dios, es una enorme locura.

Por consiguiente, el incrédulo queda encerrado en un círculo de hierro, del que no puede escapar más que por una de estas dos salidas:

O la fe en la plenitud de su vigor, o la locura llevada a los últimos límites.

Los positivistas no se cansan de objetar que la religión no es científica, que no está demostrada con hechos, como las otras ciencias.

Es falso, acabamos de recordar hechos históricos ciertos, permanentes. Sin duda, pueden los positivistas negarse a verlos; pero así como el ciego que niega el sol, no le impide brillar, tampoco impedirán ellos a la divinidad de Jesucristo, sol de justicia, que brille en el mundo.

A los ojos del sentido común, el proyecto de hacer adorar a un hombre muerto en una cruz es el colmo de la locura. Sólo podía triunfar, si ese hombre era verdaderamente Dios.

Pero ese proyecto triunfó; luego Jesucristo es Dios. Sobre este hecho siempre subsistente reposa el Credo del cristiano.

Si Jesucristo es Dios, el Cristianismo es verdadero, tan sólo él verdadero, completamente verdadero. A todos los dogmas que enseña, a todos los deberes que impone, no queda más que decir: *Credo, creo*.

1º La religión cristiana me dice: el hombre ha sido creado en el orden sobrenatural para un fin también sobrenatural: *Credo*.

Pero el hombre cayó por la culpa de Adán: *Credo*.

Fue rescatado por Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre: *Credo*.

El hombre posee un alma libre e inmortal: *Credo*.

Hay un infierno eterno: *Credo*. – Un cielo eterno: *Credo*.

Jesucristo ha fundado una Iglesia infalible, encargada de enseñar lo que hay que creer y hacer para ir al cielo: *Credo*.

Esta Iglesia subsistirá hasta el fin del mundo: *Credo*.

2º La Iglesia me dice que el único medio de evitar el infierno y merecer el cielo es creer lo que ella me enseña; hacer lo que ella me ordena: *Credo*.

Que viva humildemente, castamente, mortificadamente: *Credo*.

Que respete los bienes, el honor, la reputación de mis hermanos: *Credo*.

Que me confiese y comulgue, por lo menos, durante el tiempo pascual: *Credo*.

3º Y pues el Cristianismo es verdadero, absolutamente verdadero, todos los sistemas contrarios a la religión cristiana son falsos; todas las objeciones, nulas, puesto que no pueden haber verdades contradictorias.

Luego en presencia del *solo hecho* del establecimiento del Cristianismo y del cambio maravilloso que ha obrado en el mundo, todos los sistemas: *materialismo, panteísmo, ateísmo, naturalismo, racionalismo, positivismo, satanismo, espiritismo, socialismo, liberalismo, etc.*, que levantan hoy día su cerviz repugnante contra la Iglesia católica, como la hidra de la fábula o la bestia del Apocalipsis, son falsos, completamente falsos.

Todos los sofismas dirigidos contra el dogma, la moral y el culto de la religión cristiana, caen aplastados como la bala que el árabe fugitivo dispara contra la pirámide del desierto.

NARRACIÓN. – Era en Francia, el día siguiente de las hazañas del 93. Uno de los jefes de la república, que había asistido al saqueo de las iglesias y a la matanza de los sacerdotes, se dijo a sí mismo: “Ha llegado el momento de reemplazar a Jesucristo; voy a fundar una religión enteramente nueva y de acuerdo con el progreso”.

Al cabo de algunos meses, el inventor, Reveillere-Lépaux, acude desconsolado a Bonaparte, primer cónsul y le dice: – ¿Lo creeríais, señor? Mi religión tan lindo no prende... – Ciudadano colega, responde Bonaparte, ¿tenéis seriamente la intención de hacer competencia a Jesucristo? *No hay más que un medio; haced lo que Él: Hacedos crucificar un viernes, y tratad de resucitar el domingo.*

Lépaux no creyó conveniente aventurarse a tal ensayo, y la nueva religión pasó, entre befas, a la religión de las utopías.

QUINTA VERDAD

LA IGLESIA CATÓLICA ES LA ÚNICA DEPOSITARIA DE LA RELIGIÓN CRISTIANA

La Iglesia es el medio establecido por Jesucristo para conservar, propagar y hacer practicar la religión cristiana. – Fuera de la Iglesia católica no hay verdadero Cristianismo.

Creemos útil recordar aquí las verdades ya demostradas:

1º Existe un Dios Creador de todas las cosas.

2º El hombre creado por Dios posee un alma espiritual, libre e inmortal.

3º Es necesaria una religión, porque el hombre, criatura de Dios, debe rendir vasallaje a su Creador.

La *religión natural* no basta al hombre, puesto que Dios, Soberano Señor, se ha dignado revelarle una *religión sobrenatural*.

4º Dios ha hecho al hombre tres revelaciones, que se llaman: *primitiva, mosaica, cristiana*. Las dos primeras no eran más que la preparación de la revelación cristiana, la cual es su complemento definitivo, y permanece siendo la única verdadera, la única obligatoria.

Hemos expuesto ya las pruebas de la divinidad de la religión cristiana, que tiene por fundador a Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre; estas pruebas son numerosas e irrefutables.

5º No queriendo Jesucristo quedarse de una manera visible en la tierra, debió elegir un medio para transmitir su religión a todos los hombres hasta el fin de los siglos. Es evidente que al manifestarse Dios al mundo en forma de hombre, su venida debía tener por objeto la salvación de todo el linaje humano.

Este medio establecido por Nuestro Señor Jesucristo es la Iglesia. Tal es la última verdad que no queda por demostrar.

Podemos concluir inmediatamente:

1º Que todo hombre razonable debe creer en Dios.

2º Que todo hombre que cree en Dios debe ser cristiano. 3º

Que todo cristiano debe ser católico.

En este tratado, nuestros raciocinios se apoyarán en principios ya demostrados:

1º El hecho de la divinidad del Cristianismo.

2º En la verdad de las palabras divinas de nuestro Señor Jesucristo. 3º

En la autenticidad de los Evangelios que citan esas palabras.

La Iglesia es en realidad una institución que depende enteramente de la voluntad de Jesucristo, su fundador. Esta voluntad se nos ha manifestado: 1º por los *Evangelios*, cuyo valor histórico ya hemos probado; 2º por la *Tradición o enseñanza oral* de los apóstoles.

Después de su resurrección, Jesucristo permaneció cuarenta días en la tierra; se apareció con frecuencia a sus discípulos para darles sus instrucciones acerca de la fundación de la Iglesia: *Loquens de regno Dei* ⁸³. Los apóstoles no escribieron estas enseñanzas de su divino Maestro, pero las transmitieron oralmente a sus sucesores. En esto consiste la *Tradición*, cuyas principales instrucciones fueron después escritas por los primeros Padres de la Iglesia.

⁸³ Hechos, I, 3.

Nos quedan por tratar las cuestiones siguientes:

- I. – *Naturaleza, fundación, fin y constitución de la Iglesia de Jesucristo.*
- II. – *Identidad de la Iglesia católica con la Iglesia de Jesucristo.*
- III. – *Organización de la Iglesia católica.*
- IV. – *Relaciones de la Iglesia con las sociedades civiles.* V. – *Beneficios que la Iglesia proporciona al mundo.*
- VI. – *Nuestros deberes para con la Iglesia, verdadera regla de la fe y de la moral.*

I. LA IGLESIA TAL COMO FUE ESTABLECIDA POR JESUCRISTO

135. P. *¿Qué medio estableció Nuestro Señor Jesucristo para conservar y propagar la religión cristiana?*

R. El medio establecido por Jesucristo es la Iglesia.

Jesucristo quiso unir a los hombres y a los pueblos entre sí, quiso unirlos a Él, y, por su intermedio, unirlos a su Padre. Con este fin, fundó una *sociedad religiosa* con el fin de recoger a los que creyeran en Él, y, para gobernarla, instituyó un sacerdocio o cuerpo de pastores encargados de predicar su palabra y de administrar sus sacramentos.

Eligió doce apóstoles, los instruyó durante tres años, les comunicó sus poderes y los envió a todo el mundo a predicar el Evangelio.

El pueblo hebreo fue elegido para conservar la verdadera religión hasta la llegada del Mesías. La Iglesia fue establecida para propagarla hasta la consumación de los siglos.

Jesucristo vino a traer al hombre los únicos bienes necesarios: la verdad y la gracia. Al salir de la tierra para volver al cielo, dejó: 1º las verdades reveladas y las leyes morales que debían ser transmitidas a los hombres de todos los tiempos y de todas las naciones; 2º los tesoros de la gracia que habían de ser distribuidos a las generaciones posteriores. Para continuar en el mundo la obra de la Redención, Jesucristo fundó la Iglesia, sociedad religiosa, depositaria de su doctrina y de sus gracias.

Nada más grande que la Iglesia, ese reino del Mesías anunciado con tanta frecuencia en el Antiguo Testamento. David, Isaías, Ezequiel cantaron sus glorias y sus victorias. Daniel predijo su duración inmortal al explicar el sueño del rey Nabucodonosor. El plan de Dios es realmente espléndido: quiere divinizar a todos los hombres, unirlos a su Cristo, a la Santísima Trinidad, a fin de hacerlos partícipes de la bienaventuranza infinita de las tres personas divinas.

§ 1º NATURALEZA DE LA IGLESIA DE JESUCRISTO

136. P. *¿Qué es la Iglesia?*

R. La palabra *iglesia*, derivada del griego, significa la *asamblea de los llamados*. Unas tres veces designa el lugar donde se reúnen los fieles para orar, y otras, la *sociedad* de los fieles adoradores del verdadero Dios.

La Iglesia como *sociedad*, en el sentido más amplio, comprende el conjunto de los *fieles* de la tierra, de los *justos* del purgatorio y de los *santos* del cielo: de ahí la división bien conocida de la Iglesia en *militante, purgante y triunfante*.

La Iglesia militante, considerada históricamente, comprende a todos los verdaderos adoradores de Dios desde el principio del mundo hasta el fin de los tiempos: todos, en hecho de verdad, han creído o creerán en la religión revelada, esencialmente la misma en sus distintas fases; en este sentido se subdivide la Iglesia en *patriarcal, mosaica y cristiana o católica*.

La *Iglesia católica* es la sociedad de todos los discípulos de Jesucristo unidos entre sí por la profesión de la fe cristiana, la participación de los mismos sacramentos, la sumisión a los legítimos pastores, principalmente a la misma *cabeza visible*, el Vicario de Jesucristo.

Se divide en dos partes: la *Iglesia docente*, los pastores, y la *Iglesia discente*, los fieles. El nombre de Iglesia designa frecuentemente la Iglesia docente. En este sentido se dice: la *Iglesia enseña, la Iglesia ordena, la Iglesia es infalible*, etc.

Este tratado de la Iglesia está destinado a establecer la legitimidad de dicha definición. Para pertenecer a esta sociedad exterior y visible, se requieren tres condiciones: 1º ser bautizado; 2º creer en la doctrina de Jesucristo; 3º estar sometido

a los legítimos pastores que gobiernan la Iglesia en nombre del Hijo de Dios y, sobre todo, al jefe supremo de la Iglesia, que es el Vicario de Jesucristo.

La Iglesia y la religión. – Con la palabra religión designamos el conjunto de las relaciones entre el hombre y Dios; la palabra Iglesia designa la sociedad de las personas que tienen estas relaciones con Dios. La religión es el conocimiento, el servicio, el amor, el culto del verdadero Dios; la Iglesia es la sociedad de los hombres fieles que conocen y ponen en práctica la religión.

La Iglesia y la religión son de institución divina y su unión constituye el Cristianismo. No hay Cristianismo sin Iglesia. Así como la humanidad no actúa o existe en el orden real más que en el hombre, así tampoco el Cristianismo se realiza más que en la Iglesia. Entre ésta y aquél podemos establecer distinción, pero en la realidad son idénticos. Jesucristo, con un solo acto, funda la religión cristiana y la Iglesia.

137. P. *La Iglesia, ¿es verdadera sociedad?*

R. Sí; la Iglesia es una verdadera sociedad, porque reúne todos los elementos constitutivos de tal.

Una sociedad es un conjunto de hombres unidos entre sí bajo la misma autoridad para alcanzar un mismo fin por medios comunes.

Es así que la Iglesia comprende: 1º pluralidad de miembros unidos entre sí; 2º autoridad que manda; 3º un fin común a los asociados; 4º medios comunes para alcanzar este fin.

Luego, la Iglesia es una verdadera sociedad.

Los *jefes* de la Iglesia son los pastores: San Pedro, los apóstoles.

Los *súbditos* son los fieles que creen en las verdades reveladas.

El *fin* es la eterna bienaventuranza.

Los *medios* son la profesión de una misma fe, la participación de los mismos sacramentos, la obediencia a los legítimos pastores.

Toda sociedad supone cuatro elementos esenciales: 1º pluralidad de miembros; 2º autoridad que forma el lazo moral de los asociados y los dirige hacia el fin común; 3º unidad del fin que hay que conseguir; 4º empleo de los mismos medios.

Los dos primeros elementos son comunes a todas las sociedades; los otros dos las especifican. Así, en toda sociedad civil hay necesariamente dos clases de ciudadanos: los que mandan en virtud de la autoridad de que son depositarios, y los que obedecen; si falta eso, se podrá tener una muchedumbre de hombres, pero no una sociedad.

El tercer elemento es el fin, el objeto que los asociados se proponen conseguir; el cuarto, los medios, que deben ser siempre proporcionados al fin. Este fin, este objeto, determinan la naturaleza de toda sociedad, porque por razón del fin y objeto los asociados se unen, y el poder dirigente está investido de tales y cuales prerrogativas.

§ 2º FUNDACIÓN DE LA IGLESIA

138. P. Jesucristo, ¿fundó directamente la Iglesia?

R. Si; el mismo Jesucristo instituyó la Iglesia bajo la forma de una sociedad visible, exterior como las otras sociedades humanas, y gobernada por autoridades legítimas.

Reunió a todos sus discípulos bajo la autoridad de sus apóstoles para hacerles alcanzar un fin común, su salvación eterna, por el empleo de los mismos medios, la práctica de la religión cristiana.

Tenemos como pruebas:

1º Las palabras de Jesucristo referidas en el Evangelio.

2º El testimonio de veinte siglos de historia.

3º La misma existencia de esta sociedad fundada por Jesucristo.

1º Las palabras de Jesucristo prueban la fundación de la Iglesia. – a) Jesucristo promete formalmente fundar una Iglesia, distinta de la Sinagoga, cuando le dice a Pedro: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.* Las imágenes o los emblemas con que se complacía Nuestro

Señor Jesucristo en describir su Iglesia futura son los de una sociedad: la Iglesia, en boca de Jesucristo, es un rebaño, una familia, el reino de Dios.

b) Durante los tres años de su vida pública, Jesucristo preparó los elementos de su Iglesia. De entre la muchedumbre que le seguía escogió, desde luego, doce discípulos, a los quienes llamó Apóstoles o Enviados. Eligió también discípulos de una categoría inferior, en número de setenta y dos, y los envió de dos en dos a predicar el Evangelio. Finalmente, a la cabeza de sus apóstoles, puso a San Pedro como fundamento de su Iglesia y pastor de los corderos y las ovejas.

c) Antes de subir a los cielos dijo a sus apóstoles: *Como mi Padre me ha enviado, así yo os envío... Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra; id, pues, enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñandoles a guardar todo aquello que os he ordenado: y yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos*⁸⁴.

Y en otro lugar: *Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura: el que creyere y fuere bautizado se salvará; el que no creyere será condenado*³.

Con estas palabras por una parte, Jesucristo da a sus apóstoles un triple poder:

a) El **poder de enseñar**: *Id y enseñad a todas las naciones... predicad el Evangelio...*

b) El **poder de santificar**: *Bautizad a las gentes en el nombre del Padre...* el bautismo es la puerta de los otros sacramentos.

c) El **poder de gobernar**: o dictar leyes: *Enseñad a las naciones todo aquello que os he ordenado.*

Jesucristo añade: *Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin de los siglos*; con lo cual imprime a los poderes de los apóstoles el carácter divino de la *infalibilidad* y de la *perpetuidad* hasta el fin de los siglos.

Por otra parte, Jesucristo impone a todos los hombres la obligación estricta de someterse a sus apóstoles, cuando dice: *Predicad el Evangelio... el que creyere se salvará; el que no creyere será condenado*. Por consiguiente, todos los hombres que quieran

⁸⁴ Mateo, XXVIII, 18-20.

³ Marcos, XVI, 15 y 16.

obtener la verdad, la gracia, la salvación eterna deberán creer en la palabra de sus apóstoles, recibir de sus manos los sacramentos y obedecer sus leyes... La Iglesia está allí toda entera con sus poderes y sus prerrogativas.

Hallamos de hecho, en las palabras del Salvador los cuatro elementos constitutivos de una verdadera sociedad: la *pluralidad* de los fieles moralmente unidos entre sí por la *autoridad* de los apóstoles para un *fin común*, la salvación eterna, mediante el empleo de los *mismos medios*, de la fe en la doctrina de Jesucristo, la recepción de los sacramentos y la obediencia a sus leyes.

Los apóstoles son los gobernantes, y los fieles, los gobernados: la unión de unos y otros constituye una verdadera sociedad, que Jesucristo llama su Iglesia.

2º El testimonio de la historia. – El día de Pentecostés, los apóstoles predicaban a Jesucristo: tres mil judíos al principio, cinco mil al siguiente día, creen en su palabra, y todos se someten a su autoridad. El número de fieles se multiplica, los apóstoles eligen ministros inferiores, presbíteros, diáconos, a los que imponen las manos para consagrarlos con el sacramento del orden. Los apóstoles se separan y van a predicar el Evangelio en las diversas partes de la tierra, consagran obispos y los establecen como pastores en las iglesias recientemente fundadas. A su muerte, dejan por todas partes sucesores, herederos de su autoridad y de su ministerio. Estos, a su vez, consagran otros sucesores, que hacen lo mismo en el transcurso de los siglos. Así, la organización primitiva de la sociedad cristiana establecida por Jesucristo permanece indefectible.

3º La existencia de la Iglesia prueba que Jesucristo es su fundador. – La existencia de la Iglesia es un hecho. Nosotros la hallamos viva en todas las épocas de la historia desde hace veinte siglos. Pues bien, siempre, ya por su nombre, ya por sus instituciones, ya por la sucesión no interrumpida de sus pastores, esa Iglesia reconoce a Jesucristo por su fundador. Luego la misma existencia de la Iglesia, aun prescindiendo de los Evangelios, prueba que Jesucristo la ha fundado. (Ver BOSSUET, *Discurso sobre la historia universal*)

139. P. ¿Por qué Nuestro Señor Jesucristo eligió a la Iglesia para conservar su religión?

R. Jesucristo eligió a la Iglesia porque una sociedad es el medio más a propósito para conservar la religión y el más conforme a la naturaleza del hombre, esencialmente sociable.

Una religión revelada debe ser enseñada o por Dios mismo, o por hombres delegados a este fin. Pero no conviene a la majestad divina enseñar a cada individuo en particular por una revelación también particular, ya que esto sería multiplicar los milagros sin necesidad. Debía, pues, Jesucristo confiar a hombres escogidos el cuidado de transmitir a los otros la religión.

1º Para conservar la religión primitiva, Dios no fundó una sociedad religiosa distinta de la familia. El padre era, a la vez, *rey* y *sacerdote*: como rey, cuidaba por la felicidad temporal de la familia; como sacerdote, ofrecía sacrificios a Dios y transmitía a sus descendientes las verdades reveladas. Y esto era tanto más fácil cuanto que estas verdades no eran muy numerosas y los patriarcas vivían mucho más de lo que se vive ahora. Así se conservó la religión primitiva.

2º La tierra se puebla, las virtudes antiguas desaparecen, los hombres se pervierten, y no teniendo ya por custodia la vida secular de los patriarcas, la familia es incapaz de conservar intacto el depósito de la revelación. Para conservarlo, Dios elige al pueblo judío. Sobre el monte Sinaí, da a ese pueblo la *ley escrita*, complemento de la revelación primitiva. Establece en esa nación una *verdadera Iglesia*, creando un sacerdocio distinto del *poder paternal* y del *poder político*. Este sacerdocio, encargado de las funciones del culto y de la custodia de los Santos Libros, se perpetúa de generación en generación, y conserva, hasta la venida del Mesías, el depósito de la religión revelada. Es la Sinagoga, la cual por su constitución, es figura de la Iglesia de Cristo, como lo anuncian las profecías.

Dios pacta una alianza particular con la nación judía, porque en ella debe nacer el Mesías. Pero no por eso los demás pueblos quedan abandonados. Ellos recibieron también la revelación primitiva; mediante sus relaciones con el pueblo judío y la difusión de los Libros Santos participan más o menos, de las luces de la revelación mosaica: si se pervierten y corrompen, suya es la culpa. Fuera de eso, Dios se propone llamarlos nuevamente al conocimiento de la verdad completa.

3º Los profetas anuncian que el Redentor juntará en su reino a los judíos y a los gentiles; el reino del Mesías es la Iglesia, la cual sucede a la Iglesia mosaica. El

Antiguo Testamento era sombra y figura del Nuevo... Es así que en el tiempo de Moisés había una sinagoga encargada de conservar el depósito de la revelación; luego era conveniente que Jesucristo fundara una Iglesia, encargada del depósito de la doctrina cristiana y con el fin de comunicar a todos los pueblos los frutos de la redención consumada en el Calvario.

La Iglesia nueva es más perfecta que la Iglesia antigua. Posee la perfección de la verdad más clara y enriquecidas con nuevas revelaciones; la perfección de la ley impulsando a la práctica de virtudes más sublimes; la perfección de los sacramentos, constituidos en señales que causan la gracia; la perfección del sacerdocio, marcado con un carácter más divino, investido de las funciones más nobles y de una autoridad más fuerte; la perfección de expansión y de duración; sus límites son los del universo y su duración es la del mundo (ver nº 115).

1º ¿Por qué Jesucristo eligió hombres para la enseñanza de su religión? –

a) Una religión revelada debe ser enseñada, porque comprende verdades que creer, leyes que observar y un culto que rendir a Dios. Pero para que el hombre crea verdades, observe leyes o rinda un culto, es menester, previamente que los conozca.

¿Cómo los conocerá? El hombre puede ser instruido por Dios o por sus semejantes. No es conveniente que Dios renueve la revelación para cada hombre en particular; luego es necesario que el hombre sea enseñado por sus semejantes. (ver nº 80)

El hombre puede ser instruido de *viva voz* o por *escrito*. La enseñanza oral es la más conforme a su naturaleza: conviene a todos. Es la única posible para los niños, para los hombres que no saben leer y para todos aquellos, y son muchísimos, que no tienen ni gusto ni tiempo para investigar en los libros.

Aun los hombres instruidos necesitan de una autoridad segura que le enseñe el verdadero sentido de las enseñanzas escritas. Un *libro es letra muerta*: es menester que alguien lo explique. “El libro es mudo, dice Platón, es un niño que se le hace decir todo lo que se quiere, porque su padre no está allí para defenderlo”.

La razón exige para el conocimiento de la religión, como para todas las otras ciencias, un sistema de enseñanza accesible a todos, proporcionado a la edad y a la

inteligencia de todos. Sólo la enseñanza oral, dada con autoridad, llena estas condiciones.

Además, la revelación consta de una doble ley: *ley para la inteligencia*, las verdades que es preciso creer; *ley para la voluntad*, los deberes que deben ser practicados. Pues bien, estas leyes necesitan interpretación. Todas las sociedades han instituido cuerpos encargados de interpretar los códigos. Una ley que dejara de ser explicada, una ley cuya observancia no fuera mantenida por una autoridad visible, dejaría de ser ley. Y como Dios no puede ser inferior en sabiduría a los hombres, debe tomar las mismas precauciones.

b) Aparte de esto, de hecho, Dios ha obrado así durante todo el transcurso de los siglos.

1º La *revelación primitiva*, hecha a Adán en el paraíso terrestre es transmitida por hombres, de generación en generación, hasta Moisés (2.500 años).

2º En el monte Sinaí, Dios promulga la *ley escrita*. ¿Quién será el encargado de custodiar, de interpretarla hasta la venida del Mesías? Serán hombres. Aarón y sus descendientes conservan este precioso depósito durante quince siglos.

3º Jesucristo viene a explicar, desenvolver y perfeccionar la religión. ¿A quién confiará la guarda de ese tesoro? A sus apóstoles, dándoles autoridad infalible para que enseñen su doctrina, promulguen sus leyes y confieran su gracia.

Antes de volver al cielo, reúne a sus apóstoles y les dice: *Como mi Padre me ha enviado, yo os envío. Id, pues, y enseñad a todo el mundo; predicad el evangelio a toda criatura... Yo estoy con vosotros, todos los días, hasta el fin del mundo*. Con estas palabras, Jesucristo da a sus apóstoles el poder de enseñar su religión infalible y perpetua.

2º **¿Por qué Jesucristo reunió a sus apóstoles y discípulos en una sociedad religiosa?** – Para conformarse a la naturaleza humana. El hombre es un ser esencialmente sociable. No puede nacer sin la sociedad de la familia, no puede ser criado sino en el seno de la sociedad, y no puede vivir sin la sociedad de sus semejantes. Al hombre, compuesto de cuerpo y alma, le convienen dos sociedades distintas: una que vele por los intereses del cuerpo, y es la *sociedad temporal*, el Estado, la Nación; y otra que cuide por los intereses del alma, y es *la sociedad espiritual* y religiosa.

Además, esta necesidad natural del hombre la vemos traducida en la práctica en el transcurso de todos los siglos y en todos los pueblos. En todas partes el hombre ha creído en Dios, y en todas partes se ha asociado con sus semejantes para rendirle un culto público y social. Por consiguiente, si Dios no hubiera organizado su religión en forma de sociedad, esa religión no habría estado de acuerdo con las tendencias de la naturaleza humana.

El **Redentor** obra en el orden de la gracia, como el **Creador** en el orden de la naturaleza. Al principio, Dios mismo crió al hombre y a la mujer, los unió en una sociedad íntima la familia y les dijo: *Creced y multiplicaos, y poblad la tierra*. Con estas palabras, Dios proveyó a la conservación de la especie humana hasta el fin de los tiempos.

De la misma manera, cuando Jesucristo quiso engendrar a sus elegidos, dijo a los apóstoles: *Id por todo el universo, predicad el Evangelio a todas las criaturas... Yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos*. Con estas palabras, el Salvador crea la Iglesia y asegura a los hombres, hasta el fin del mundo, la transmisión de la vida sobrenatural.

De esta suerte, *Dios Creador* con una sola ordenación de su voluntad forma la familia, y el niño recibe en esta sociedad la vida natural. *Dios Redentor* también con una sola disposición crea la Iglesia, y en esta sociedad religiosa y divina el mismo niño recibe la vida sobrenatural.

En virtud de estas dos sentencias creadoras, la orden de Dios se cumple sin cesar: hay hombres que se unen para poblar la tierra, y otros que se asocian para evangelizarla. Dios, principio de vida, ha hecho brotar dos fuentes de ella: la familia, que da la vida natural y puebla el mundo, y la Iglesia, que comunica su vida sobrenatural y puebla el cielo. Hay perfecta analogía entre el orden de la naturaleza y el de la gracia.

§ 3º FIN DE LA IGLESIA

140. P. *¿Qué misión da Jesucristo a la Iglesia?*

R. Jesucristo da a la Iglesia la misión de conducir a los hombres a la salvación eterna, mediante la práctica de la religión cristiana.

El Hijo de Dios fundó la Iglesia para continuar en ella, hasta el fin de los tiempos, la obra de la Redención. Vino a la tierra a fin de instruir a los hombres, santificarlos con su gracia y llevarlos al cielo. Tal es también la misión que dio a la Iglesia cuando dijo a sus apóstoles: *Como mi Padre me ha enviado, así también yo os envío.*

Los doctores llaman a la Iglesia la *manifestación siempre viva de Jesucristo*, su *encarnación prolongada* a través de los tiempos.

El Hijo de Dios al venir a la tierra tenía un doble fin: ante todo, rescatar al mundo perdido por el pecado de Adán: es la obra de su muerte en la cruz; después hacer partícipes a todos los hombres de los frutos de la Redención y aplicarles sus méritos. Pues bien, esa es precisamente la obra de la Iglesia hasta el fin del mundo.

1º El fin *inmediato* o *próximo* de la Iglesia es enseñar a los hombres las verdades reveladas, administrar los sacramentos que confieren la gracia, hacer observar los mandamientos de Dios, y promover así la práctica de la religión cristiana.

La práctica de la religión produce la santidad que conduce al cielo. Por eso el fin *remoto* de la Iglesia es el de conducir a los hombres a la vida eterna, a la visión sobrenatural e inmediata de Dios.

La Iglesia, como todas las obras divinas, tiene por fin *supremo* el procurar la gloria de Dios. Y a la verdad, ella con su extensión, su estabilidad, su doctrina, las gracias y los beneficios de que es fuente, pone de manifiesto el poder, la providencia, la bondad y la sabiduría de Dios. Y difunde todos los días sobre la tierra el conocimiento del Ser supremo, propaga su culto y hace brotar las más hermosas virtudes. Los numerosos santos que ella engendra alabarán y bendecirán al Señor por toda la eternidad.

2º La Iglesia no es más que una sola cosa con Jesucristo. Es Jesucristo mismo prolongando su Encarnación entre los hombres. Y esa es la razón por la cual nuestros Libros Santos llaman a la Iglesia **Cuerpo Místico** de Jesucristo, completamente de Cristo, su desenvolvimiento, puesto que los fieles, hijos de la Iglesia, están incorporados a Cristo por la vida divina que reciben de Él. *Yo soy la vid*, dijo el Salvador a sus apóstoles, *y vosotros los sarmientos.*

Jesucristo es Doctor, Santificador y Rey de la humanidad. Por medio de la Iglesia, continúa su triple ministerio: como Doctor, enseña por la voz de la Iglesia; como Santificador o Pontífice, vivifica con sus sacramentos: como Rey, guía y gobierna a los hombres con la autoridad de los pastores. Obra por su Iglesia, como el alma obra por medio del cuerpo. La Iglesia es, pues, Jesucristo enseñando, santificando y gobernando a los hombres.

La misión de la Iglesia es continuar de una manera visible la misión de Jesucristo. El Salvador dio a sus apóstoles el encargo de enseñar a todos los pueblos, de administrar los sacramentos, de promulgar la ley cristiana, y esto hasta el fin de los siglos. Y añadió: *He aquí que yo estoy con vosotros...* Por consiguiente, Él les asegura su asistencia perpetua; de ahí un doble deber: deber para los apóstoles y sus sucesores de instruir, de santificar y de gobernar; deber para los fieles de creer en la doctrina enseñada, de recibir los sacramentos, de obedecer la ley cristiana.

COROLARIO. – Es, pues, necesario formar parte de la Iglesia si queremos ir al cielo, no solamente porque el Hijo de Dios, su fundador, ha impuesto a todos los hombres el precepto formal de entrar en su Iglesia, sino también porque, siguiendo el orden establecido por la divina Providencia, sólo en ella podemos alcanzar la vida eterna; ella es la única depositaria de los medios de santificación: *Fuera de la Iglesia no hay salvación*. Más adelante explicaremos el sentido y la extensión de esta máxima fundamental.

“Jesucristo, el Hombre-Dios, el Enviado de su Padre para dar a los hombres la verdad y la vida sobrenatural⁸⁵. Por el hecho de su misión, ha recibido todo poder para instruir, santificar y gobernar a todo el género humano, para llevar a los hombres a la visión sobrenatural e intuitiva de Dios, a la posesión directa de la bienaventuranza divina, el fin último y supremo de la naturaleza humana.

“Jesucristo, el Hombre-Dios, el Enviado de su Padre, es el Salvador y el Redentor del género humano; luego todo el linaje de Adán, rescatado con el precio de su sangre, es su conquista, su propiedad. Él tiene por misión incorporarse al género humano para ofrecerlo con Él en holocausto a Dios, su Padre.

⁸⁵ Juan, XIV, 6.

“La Iglesia es la enviada de Jesucristo; es la voz y el órgano de Jesucristo; es la Esposa de Jesucristo, es su Cuerpo Místico, su desenvolvimiento, su plenitud.

“Enviada de Jesucristo, así como Jesucristo es el Enviado del Padre, la Iglesia está asociada a su misión y, por consiguiente, a su autoridad suprema.

“Voz y órgano de Jesucristo, la Iglesia instruye y gobierna a las multitudes en nombre de Jesucristo; es Jesucristo mismo que vive, habla y obra en ella. “Esposa de Jesucristo, a semejanza de Eva, madre de los vivientes, la Iglesia nació del costado del nuevo Adán, durante su agonía en la cruz. Ella recoge a la humanidad manchada por la culpa del primer hombre: mediante la fecunda virtud de su Esposo, la da a luz a una nueva vida, la alimenta con el pan de la verdad y de la gracia, y gobierna a los que ha regenerado con la dulce autoridad de una Madre y con el poder soberano de una Reina. Cuerpo Místico de Jesucristo, la Iglesia incorpora los hombres a Jesucristo al incorporárselos a sí misma, los hace participar de la vida de su Cabeza, haciéndolos vivir de su propia vida, y llamando a todos los hombres, porque Dios quiere la salvación de todos, trabaja con inagotable decisión para hacerlos entrar a todos en su seno, para hacerlos a todos miembros de Jesucristo y conducirlos a todos al cielo”. (Extracto de D. Benoit, *Les erreurs modernes*.)

§ 4º CONSTITUCIÓN DE LA IGLESIA

141. P. ¿Cómo constituyó Jesucristo su Iglesia?

R. 1º Jesucristo constituyó su Iglesia conforme al modelo de una sociedad, de un Estado, de un reino, donde se distinguen dos clases de ciudadanos: los *gobernantes* y los *gobernados*.

Estableció en su Iglesia dos clases de miembros: los *superiores* o autoridades, que enseñan y gobiernan, y los *súbditos*, que escuchan y obedecen. Los primeros constituyen la *Iglesia docente*, y se llaman los pastores, el clero, la jerarquía. Los segundos forman la *Iglesia discente*, y se llaman los fieles, los laicos.

2º Jesucristo confirió a sus apóstoles la autoridad por el *sacramento del Orden* y por la misión expresa de enseñar y de gobernar la Iglesia. Los pastores se distinguen de los fieles por esta consagración y misión divinas.

3º Además, Jesucristo estableció entre los pastores una jerarquía con poderes diferentes y subordinados los unos a los otros.

En el lugar más alto, Simón Pedro es constituido *Cabeza suprema* de la Iglesia con plenitud de poderes. Bajo su dependencia, los otros apóstoles están encargados de *enseñar, santificar y gobernar* a los fieles. Tienen como auxiliares a los *sacerdotes* y a los *diáconos*.

De esta suerte, la Iglesia aparece organizada como un ejército con su general en jefe, sus generales de división, sus oficiales y sus soldados: es el ejército de Cristo que marcha hacia la conquista del cielo.

1º No hay sociedad posible sin una autoridad que gobierne: una sociedad en la cual nadie tuviera el derecho de mandar no sería una organización social, sino un desorden y anarquía. Además, la autoridad nunca viene de abajo; aun en las sociedades civiles, la autoridad no tiene su origen en la voluntad del pueblo, como pretenden los filósofos materialistas, si bien es el pueblo el primer sujeto de ella. *Toda autoridad viene de Dios*, porque los hombres son iguales entre sí, y sólo Dios tiene el derecho de mandarlos. Así como es necesaria una autoridad en la familia y en la sociedad civil, así también es necesario que Jesucristo dé a su Iglesia una autoridad que enseñe lo que se debe creer y lo que se debe hacer para llegar a la vida eterna.

2º San Roberto Bellarmino demuestra las verdades siguientes:

A) **El gobierno de la Iglesia no pertenece al pueblo.** – Los apóstoles, que fueron los primeros pastores, recibieron su autoridad no de la Iglesia, que aun no existía, sino de Jesucristo mismo. *Id, predicad el Evangelio...* Desafiamos a los protestantes, que se apoyan solamente en la Biblia, a que nos indiquen el tiempo y lugar en que Jesucristo confiere a los simples fieles el poder de enseñar y de gobernar la Iglesia. Los pastores no son, por consiguiente, los *mandatarios* del pueblo, sino los *enviados* de Dios.

B) **El gobierno de la Iglesia no pertenece a los príncipes seculares.** – La autoridad que gobierna la Iglesia que es una autoridad sobrenatural, y no puede pertenecer sino a aquellos que la han recibido de Dios. Es así que Jesucristo dio este poder a Pedro, a los apóstoles y a sus sucesores, y no a los príncipes. Luego los reyes y emperadores no tienen poder alguno en la Iglesia.

C) **El gobierno de la Iglesia pertenece principalmente a Simón Pedro, y, bajo su dependencia, a los apóstoles.** – Jesucristo había colocado ya a San Pedro a la cabeza del colegio apostólico, como veremos más adelante; y al dejar la tierra, dijo a sus apóstoles reunidos: Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra. *Id, pues, y enseñad a todas las naciones*, etc. (Mateo, XVIII, 18-19). Con estas solemnes palabras, Jesucristo concede a sus apóstoles la autoridad para enseñar su doctrina, santificar las naciones y gobernar las conciencias.

Cristo posee la autoridad porque es el Enviado del Padre; los apóstoles la reciben porque son enviados de Cristo: *Como mi Padre me ha enviado, Yo os envío... El que a vosotros oye, a Mí me oye; y el que a vosotros desprecia, a Mí me desprecia...* La autoridad de los apóstoles es la de Jesucristo mismo.

San Pablo hace notar la necesidad de recibir de Dios el poder de enseñar a los hombres. *Quomodo praedicabunt nisi mittantur?* Nadie puede predicar sin ser enviado de Dios. Cristo mismo es enviado por su Padre; Cristo envía a sus apóstoles, y éstos, a su vez, enviarán a sus sucesores.

Los poderes de estos enviados divinos provienen de un doble origen: del sacramento del Orden y de su misión. El primero les da la potestad de santificar a los fieles con los sacramentos; el segundo, el derecho de instruirlos y gobernarlos⁸⁶.

La palabra Jerarquía significa autoridad sagrada. Designa el orden de los ministros de la Iglesia, sus funciones respectivas y los diferentes grados de autoridad que subordinan los unos a los otros. Aquí no hablamos sino de los superiores establecidos por derecho divino, esto es, instituidos directamente por el Hijo de Dios.

Jesucristo fundó su Iglesia para salvar a los hombres. ¿Qué se necesita para esto? la gracia de Dios y la cooperación de los mismos hombres.

⁸⁶ Jesucristo, sacerdote eterno, a querido sobrevivirse a sí propio en la persona de sus ministros. La víspera de su Pasión consagra a sus apóstoles con el sacramento del Orden y les confiere el poder de consagrar, ellos también, a sus sucesores, mediante la imposición de las manos.

Esta imposición de las manos es declarada en nuestros Libros santos como una señal productora de la gracia. Hallamos la prueba de ello en los Hechos, cap. XIII, a propósito de dos apóstoles elegidos fuera de los doce, y que no lo habían sido por Nuestro Señor Jesucristo. En medio de una santa asamblea se manifiesta el Espíritu Santo y dice: Separadme a Bernabé y a Saulo para la obra para la cual los he llamado. Los apóstoles, habiendo ayunado y orado, les impusieron las manos y los enviaron a predicar.

Así, el llamamiento de Dios, aun el más evidente, no basta para ser pastor de la Iglesia: la ordenación es indispensable. Se necesita un poder divino para consagrar la hostia y realizar el sacramento de la Santa Eucaristía, perdonar los pecados, etc. Este poder Nuestro Señor lo comunica mediante el sacramento del Orden.

Ahora bien: 1º Para dar a los hombres la gracia, el Salvador estableció en su Iglesia el poder de conferir los sacramentos: esto es lo que se llama Jerarquía de Orden, o los diversos poderes sagrados que da al sacramento del Orden. La jerarquía comprende por derecho divino, tres grados: el *episcopado*, el *sacerdocio* y las *órdenes menores*. El poder del orden, una vez conferido, no se pierde nunca; los sacerdotes, aun herejes, administran válidamente los sacramentos que no exigen jurisdicción.

2º Para ayudar a los hombres a corresponder a la gracia de Dios, Jesucristo estableció en su Iglesia el poder de enseñar y de gobernar: es lo que se llama Jerarquía de Jurisdicción. Esta comprende, por derecho divino, dos grados: el *primado* de Pedro y el *episcopado*. Sin embargo, el sacerdocio participa también de una cierta jurisdicción: la de transmitir a los fieles las enseñanzas y las ordenes de los pastores. Toda la antigüedad cristiana atestigua el origen divino de este orden jerárquico.

142. P. ¿Qué forma de gobierno dio Jesucristo a su Iglesia?

R. Jesucristo estableció el gobierno de su Iglesia bajo la forma de una *monarquía electiva*.

Eligió a Simón Pedro como Pastor supremo, con pleno poder de enseñar y de gobernar a los otros pastores y a los fieles.

Quiso que la Iglesia, su reino terreno, fuera la imagen del reino de los cielos, donde reina en persona rodeado de los ángeles y los santos.

Quiso, además, asegurar a la Iglesia la unidad más perfecta y el no tener más que *un solo rebaño con un solo pastor*.

La Iglesia es la familia de los hijos de Dios: en una familia no hay más que un padre; la Iglesia es el cuerpo místico de Jesucristo: un cuerpo no debe tener más que una cabeza. Sin esta unidad, la división podría sin dificultad introducirse en la Iglesia, como lo prueba el testimonio inalterable de la historia.

Este modo de gobernar no puede ser alterado, porque es de institución divina. Establecido por el Hijo de Dios mismo, debe permanecer mientras exista la Iglesia.

Hay tres formas principales de gobierno: la Monarquía, el gobierno de uno solo, que lleva el nombre de rey o de emperador; la Aristocracia, el gobierno de la clase elegida de ciudadanos; la República, el gobierno de los elegidos por el pueblo.

Estas tres formas de gobierno son buenas, cuando la ley de Dios es cumplida, guardada en ellas; de lo contrario, las tres degeneran en tiranía.

1º La verdadera cabeza de la Iglesia es Jesucristo: Él la conserva, protege, gobierna y santifica. Pero es invisible en la tierra, y la Iglesia, compuesta de hombres, es una sociedad visible que exige una suprema autoridad visible. Por eso, antes de subir al cielo, el Salvador constituyó a Simón Pedro su vicario, su representante, pastor supremo de la Iglesia.

2º ¿Por qué Jesucristo eligió para su Iglesia el gobierno monárquico? Para conservar la unidad perfecta. Quiso que todos los miembros de la Iglesia estuvieran estrechamente unidos: que sean una misma cosa, como Tú ¡oh Padre! estás en Mí y yo en ti⁸⁷. Si hubiera varios pontífices supremos en la Iglesia, discordarían, y la división bien pronto se cundiría entre los fieles, con lo cual desaparecería de la Iglesia la unidad necesaria.

Además, como opinan comúnmente los filósofos, la monarquía es la forma más perfecta de gobierno, forma que regula la marcha del mundo, de la familia, del ejército. La antigua Iglesia, la Sinagoga, era regida por el sumo Sacerdote en forma de gobierno monárquico. Y Dios no podía manifestar más cuidado por la Sinagoga, la cual debía ser repudiada por Jesucristo, que por la Iglesia, cuya duración debe prolongarse hasta el fin del mundo.

Nadie puede cambiar el régimen monárquico establecido por Jesucristo. En ninguna sociedad se puede alterar el poder sin alterar la sociedad misma y modificar su naturaleza. Es así que mudar la naturaleza de una sociedad divina sería destruirla; de donde se sigue que le debemos permanecer como Dios la ha establecido, o desaparecer.

§ 5º PRIMADO DE SAN PEDRO

143. P. *¿Jesucristo confirió realmente a San Pedro el poder soberano sobre la Iglesia entera?*

⁸⁷ Juan XVII, 21.

R. Sí; Jesucristo concedió a San Pedro la supremacía sobre toda la Iglesia: nada es más verdadero.

1º Jesucristo dijo a Pedro: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno nada podrán contra ella.* Con lo cual quiso significar que Pedro será el fundamento sobre el cual se edificará el edificio de la Iglesia. Pero como el fundamento de una sociedad, lo que conserva su unidad y su estabilidad, es la autoridad suprema, se sigue que, con esas palabras, Jesucristo promete a Pedro la supremacía sobre toda la Iglesia.

El Salvador añade: *Te daré la llave del reino de los cielos...* Pero, según el modo de hablar ordinario, entregar a uno las llaves de una ciudad es hacerle señor de la misma: luego Pedro debe ser en la tierra el jefe supremo, el soberano del reino de Jesucristo.

2º Después de su resurrección, Jesucristo da a Pedro el primado prometido. Él le dice: *Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas.* Los corderos significan los fieles; las ovejas, los pastores. Luego Pedro está encargado de apacentar y de gobernar todo el rebaño de Jesucristo. Él queda nombrado a la vez pastor de los fieles y pastor de los pastores; estos últimos son pastores respecto de los pueblos, son ovejas respecto de Pedro.

Y bien sabido es que desde el principio, San Pedro ejerce esta autoridad suprema, que respetaron los apóstoles como los simples fieles.

El poder supremo concedido por Jesucristo a San Pedro se llama primado; se distingue entre *primado de honor* y *primado de jurisdicción*. El primero es el derecho de ocupar siempre el primer puesto en la Iglesia; el segundo es el derecho de regir con pleno poder la Iglesia entera. Jesucristo dio a San Pedro este doble primado de honor y jurisdicción.

1º Jesucristo promete a Pedro la autoridad soberana. – Por primera providencia, Jesucristo cambia el nombre al que ha escogido para príncipe de los Apóstoles: *Tú eres Simón, hijo de Juan; en adelante te llamarás PEDRO.* Del mismo modo vemos en el Antiguo Testamento que Dios mudó el nombre de Abraham y de Jacob cuando quiso hacer de estos patriarcas los jefes de su pueblo.

Un día, el Salvador, en los campos de Cesarea, interroga a los Apóstoles qué piensan de Él. Pedro le contesta: *Tú eres el Cristo, Hijo de Dios vivo.*

Oyendo estas palabras, Jesús mira a Pedro con bondad inefable y le dice: *Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan; porque esto no te lo reveló ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Mas yo también te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos, y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos*⁸⁸.

Esa es la promesa. Así como un edificio se apoya y se eleva sobre su fundamento, sobre su piedra fundamental, así también una sociedad descansa sobre el poder que la gobierna. Siendo San Pedro la piedra fundamental sobre la cual Jesucristo estableció su Iglesia, en él debe residir también el supremo poder.

– *Yo te daré las llaves del reino de los cielos...* Se dan las llaves de una casa al dueño, las llaves de una ciudad al soberano. En los Libros Santos, las llaves son el símbolo del poder supremo. A Pedro, pues, y a Pedro únicamente, *tibi*, es a quien Jesucristo promete el poder soberano.

El *poder de atar* es el poder de obligar a los otros mediante leyes; y como en la tierra nadie podrá desatar lo que Pedro haya atado, se sigue que su poder será soberano e independiente.

2º Jesucristo da a Pedro el poder supremo. – Después de su resurrección, Jesucristo cumple la promesa hecha a Pedro, y le otorga la supremacía. Pedro y los demás apóstoles están congregados en las riberas del lago de Genesaret. Jesús se les aparece, y dice a Simón Pedro: *Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?* – Simón responde: *Sí, Señor, Tú sabes que te amo.* – Jesús replica: *Apacienta mis corderos.*

Jesús le pregunta otra vez: *Simón, hijo de Juan, ¿me amas?* – Pedro contesta: *Sí, Señor, Tú sabes que te amo.* – Jesús le dice: *Apacienta mis corderos.*

⁸⁸ Mateo XVI, 17-19.

⁸ Juan XXI, 15-17.

Jesús le pregunta por tercera vez: *Simón, hijo de Juan, ¿me amas?* – Entristecido Pedro al oír esta tercera pregunta, contesta: *Señor, Tú conoces todas las cosas, Tú sabes que te amo.* – Jesús le dice: *Apacienta mis ovejas*⁸.

Así, Nuestro Señor constituyó a Pedro como Pastor, no solamente de los corderos, sino de las madres de éstos; no solamente de los fieles, sino de los mismos pastores. Pedro, pues, es el Pastor de los pastores, y la Iglesia está fundada sobre una sola cabeza. Ahí tenéis la *institución del primado*.

No cabe duda que, si Pedro es llamado *fundamento* de la Iglesia, debe sostener a ésta toda entera; si sólo él recibe las *llaves del cielo*, sólo él debe poseerlas de una manera soberana; si recibe aparte, y antes que todos los demás, el *poder de atar y desatar*, significa que no debe poseerlo de la misma manera que los demás apóstoles; si se le confiere el cargo de apacentar los corderos y las ovejas, quiere decir que por el mismo hecho queda constituido en Pastor supremo de la grey.

3º El primado de Pedro es reconocido por los demás apóstoles. – En todas ocasiones, Pedro es nombrado el primero y presentado como superior del colegio apostólico. “El primero en todas las formas, dice Bossuet, el primero en considerar la fe; el primero en la obligación de practicar la caridad; el primero de los apóstoles que vio a Jesucristo resucitado de entre los muertos, ya que debía ser el primer testigo de esa resurrección ante el pueblo; el primero cuando se trató de completar el número de los apóstoles; el primero que corroboró la fe con un milagro; el primero que obtuvo la conversión de los judíos; el primero en recibir a los idólatras; el primero en tomar la palabra en las asambleas; si es encarcelado, toda la Iglesia ora por él; si habla, pastores y fieles, todos le escuchan y acatan sus órdenes. El mismo San Pablo, aunque instruido directamente por Jesucristo, vino de intento a Jerusalén para ver a Pedro y recabar de él la confirmación de su ministerio, para que todos entendiesen que, por docto, por santo que uno sea, aunque fuera otro San Pablo, es necesario ver a Pedro y recibir de él la misión y los poderes”⁸⁹.

144. P. El Poder supremo concedido, otorgado por Jesucristo a Pedro, ¿debía pasar a sus legítimos sucesores?

⁸⁹ BOSSUET, *Sermón sobre la unidad de la Iglesia*.

R. Sí; porque, según las palabras de Jesucristo, la autoridad de Pedro es el *fundamento de la Iglesia*; y el fundamento de un edificio debe durar tanto como el edificio mismo.

Por otra parte, la Iglesia es un *reino*, y tiene necesidad de un rey; una *casa*, y necesita un dueño; una *familia*, y necesita un padre; una *nave*, y necesita un piloto; un cuerpo, y necesita una cabeza; un *edificio*, y necesita un fundamento, y esto hasta el fin de los siglos.

Si Pedro muere, su poder supremo subsistirá. Instituido este poder para la Iglesia, debe durar tanto como ella. El sucesor de Pedro le sucede en su poder y en sus prerrogativas.

De aquí que, desde los apóstoles hasta nuestros días, el *Obispo de Roma* ha sido reconocido siempre como el *Pastor supremo* de la Iglesia, porque es el sucesor de Pedro.

1º La razón pide que el primado de Pedro sea transmitido a sus sucesores. – Bossuet || sintetiza || así || la || tradición || católica: || “Que || no || se || diga que este ministerio de San Pedro muere con él: lo que debe servir de fundamento y de base a una Iglesia eterna no puede tener fin. Pedro vivirá en sus sucesores; Pedro hablará siempre en su || c{tedra”.

Jesucristo ha instituido el primado de una suprema autoridad para mantener en la Iglesia la unidad de fe y de gobierno. Pero esta unidad debe durar cuanto la Iglesia misma, esto es, hasta el fin de los siglos. Luego es necesario que haya siempre una suprema autoridad, un jefe en la Iglesia.

2º La historia lo demuestra. – Desde San Pedro hasta Pío XII, vemos al Papa hablar y proceder como cabeza de los obispos y de los fieles, reunir concilios, anatematizar herejías, juzgar con pleno derecho y en última instancia las causas contenciosas, llevadas siempre ante su tribunal. Luego Pedro vive siempre en sus sucesores.

§ 6º PODERES QUE JESUCRISTO DIO A SU IGLESIA

Hemos demostrado que la Iglesia es una verdadera sociedad, y que por este título necesita una autoridad. Esta autoridad es la que une las fuerzas individuales

de los miembros y las encamina hacia el fin común. Sin autoridad no hay sociedad posible.

Hemos probado asimismo que la Iglesia es una sociedad jerárquica organizada, y de ahí hemos llegado a comprobar en ella la existencia de esta autoridad. La jerarquía es la subordinación de los poderes.

Nos queda por demostrar *en qué consiste la autoridad de la Iglesia*. La naturaleza de los poderes se determina por el fin de los mismos.

Jesucristo Redentor vino al mundo para mostrar a los hombres el camino de la salvación; para santificarlos mediante la gracia y el perdón de los pecados; para gobernar Él mismo su Iglesia durante su vida apostólica. Luego Él ejerció en este mundo la triple autoridad de *doctor, pontífice y rey*.

La Iglesia tiene *por fin perpetuar visiblemente en la tierra la misión de Cristo*, que es la salvación de los hombres. Es menester que herede la triple autoridad indispensable para este fin. La Iglesia ha recibido, pues, de Jesucristo, su fundador, los poderes necesarios para *enseñar, santificar y gobernar* a los hombres.

Nuestro Señor Jesucristo confirió a Pedro la plenitud de estos tres poderes: Pedro es *Doctor Infallible, Soberano Pontífice, Virrey* del reino de Jesucristo.

Los otros apóstoles participan de la autoridad de Pedro; son también pastores de la Iglesia. Unidos al supremo Jerarca, constituyen la Iglesia docente, encargada de enseñar, de santificar y de gobernar a los fieles.

145. P. ¿Qué poderes dio Jesucristo a los pastores de la Iglesia?

R. Jesucristo dio a sus apóstoles poderes correspondientes a su divina misión.

La religión que el Salvador entrega al cuidado de su Iglesia docente comprende tres cosas: las *verdades* que hay que creer, la *gracia* que hay que recibir, los *preceptos* que hay que cumplir para conseguir la salvación. Por consiguiente, es necesario a los apóstoles un triple poder:

1º Un *poder doctrinal* para enseñar las verdades que hay que creer.

2º Un *poder sacerdotal* para conferir la gracia.

3º Un *poder pastoral* para gobernar a los fieles.

Además de esto, Jesucristo es, a la vez:

- a) *Doctor*: tiene palabras de vida eterna.
- b) *Pontífice*: es el sacerdote de la nueva alianza.
- c) *Rey*: su reino durará eternamente.

Este triple poder de enseñar, de santificar, de gobernar, que Jesucristo posee en toda su plenitud, lo confiere a sus apóstoles con estas palabras: *Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra... Como mi Padre me ha enviado, así Yo os envío... El que a vosotros desprecia, a Mí me desprecia.*

Todo aquél que quiera salvarse debe obedecer a este triple poder: creer en la palabra de la Iglesia, recibir sus sacramentos, cumplir sus preceptos.

Los teólogos llaman a poder de enseñar, **magisterio**; al de santificar, **ministerio**, y al de gobernar, **autoridad** o **jurisdicción**.

1º Jesucristo da a su Iglesia el poder de enseñar. – Jesucristo confiere a su Iglesia el derecho de predicar, en nombre de Dios, el dogma y la moral, e impone a los hombres el deber de creer en su palabra. El mandato de Nuestro Señor no admite réplica: *Id, dice, predicad el Evangelio... El que creyere se salvará; el que no creyere se condenará.* Luego la voz de la Iglesia es la voz del mismo Dios; creer a la Iglesia es creer a Jesucristo.

Inmediatamente después de la venida del Espíritu Santo, los apóstoles usaron este poder divino. A los que querían prohibirles la predicación les respondieron con aquella sentencia que debía hacerse célebre y convertirse en divisa del Cristianismo frente a los perseguidores. *Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres: no podemos callar*⁹⁰.

Pero, ¿por qué esta autoridad absoluta de los pastores de la Iglesia en materia de enseñanza? Si cada cual pudiera interpretar a su modo la doctrina del Evangelio, pronto existirían tantas religiones cuantos son los individuos. Como quiera que Jesucristo vino a enseñar la verdad a los hombres, debió, so pena de no realizar su misión, proveer a la conservación de esta verdad y substraerla a los caprichos de la humana razón. Por eso estableció una autoridad encargada de la humana razón. Por

⁹⁰ Hechos, V, 29. ¹¹
I Cor. IV, 1.

eso estableció una autoridad encargada de custodiarla intacta. Jesucristo manda a sus apóstoles que enseñen, y a los fieles, que crean. *Si alguno no oyere a la Iglesia, sea tenido como gentil y publicano.*

La autoridad de enseñanza comprende el derecho:

1º De proponer a nuestra fe las verdades que debemos creer.

2º De declarar el sentido de las Sagradas Escrituras.

3º De emitir dictamen sobre la divinidad de las tradiciones.

4º De fallar, sin apelación, sobre todas las cuestiones doctrinales tocantes al dogma, a la moral y al culto.

5º De juzgar las doctrinas y los libros que tratan de estas materias, para aprobarlos o condenarlos según que estén o no conformes con la revelación.

2º Jesucristo da a la Iglesia el poder de santificar. – El Salvador da a los apóstoles el poder de bautizar los pueblos, de perdonar los pecados, de celebrar la Misa en memoria de Él, de administrar los sacramentos. Mas como los sacramentos, el Santo Sacrificio, las ceremonias del culto son los medios de santificación; luego Jesucristo da a su Iglesia el poder de santificar.

Los apóstoles ejercen este poder, como se lee en los Hechos, y testifican haberlo recibido del Señor. *A nosotros, dice San Pablo, se nos ha de considerar como ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios¹¹.*

El poder sacerdotal es necesario a la Iglesia. No le basta al hombre estar instruido en la verdad: necesita valor para practicarla; y este valor no puede encontrarlo en sus propias fuerzas, debe buscarlo en Dios. Es Dios quien da la vida sobrenatural, el auxilio de la gracia, y quiere darlo mediante los sacramentos. Luego, sin el poder divino y sobrenatural de administrar los sacramentos, la Iglesia no podría cumplir su misión de salvar a los hombres, puesto que sin la gracia es imposible entrar al cielo.

La Iglesia no puede ni aumentar el número ni mudar la naturaleza de los sacramentos; sólo puede reglamentar lo que toca a su administración.

Ella determina también las ceremonias del culto, del Santo Sacrificio y de la oración pública.

3º Jesucristo da a su Iglesia el poder de gobernar. – Este poder confiere el derecho de promulgar leyes, imponer a los fieles la obligación de cumplirlas y castigar a los que las quebrantan. El derecho de dictar leyes comprende los *poderes legislativo, judicial y coercitivo*, porque toda ley supone el derecho de dictarla, de juzgar y de castigar a los que no la observan.

Jesucristo da este poder a sus apóstoles: *todo lo que atareis en la tierra será atado en el cielo...* Luego les confiere el derecho de *atar las conciencias* con leyes.

El poder legislativo es necesario a toda sociedad. En la familia, en la ciudad, en el ejército, en una sociedad cualquiera, es necesaria una autoridad que tenga el derecho de hacerse obedecer. El poder es el alma, la vida de la sociedad.

La Iglesia es una sociedad espiritual y religiosa y, conforme al plan de Jesucristo, la más dilatada de todas las sociedades. Tiene, por consiguiente, el poder de dictar leyes. Si este poder no se diera, cada uno querría conducirse según su voluntad, forjarse un culto a su modo: de donde no podría menos de seguirse la anarquía. ¿A qué quedaría reducida en tal caso la doctrina del Evangelio, la santificación de las almas, la práctica del bien?... No, la Sabiduría encarnada no ha podido abandonar de esta suerte al azar a su Iglesia, depositaria de todas las verdades, de todos los preceptos, de todas las gracias necesarias al hombre.

El poder de dictar leyes es necesario a la Iglesia para explicar el Evangelio. Y ciertamente, la ley del Evangelio no es, como la ley de Moisés, *local, transitoria*. Como está destinada a todos los pueblos hasta la consumación de los siglos, no contiene sino preceptos generales cuya aplicación práctica debe ser determinada, según las circunstancias, por los pastores de la Iglesia. Así, por ejemplo, el Evangelio ordena hacer penitencia: ¿qué penitencia hay que hacer? La Iglesia es la encargada de enseñárnoslo, indicárnoslo.

Por último, los apóstoles, que son los intérpretes más fieles de las palabras de su divino Maestro, desde el principio se atribuyen la autoridad legislativa: trazan leyes, dictan sentencias y castigan a los culpables⁹¹.

La autoridad de gobierno comprende el derecho:

1º De dictar leyes sobre todo lo que se relaciona con la religión.

⁹¹ Hechos, V; 1 Cor., V, etc.

2º De obligar en conciencia al cumplimiento de estas leyes.

3º De eximir de las mismas cuando las circunstancias lo exijan.

4º De imponer penas a los que se niegan a obedecer.

5º De expulsar de la sociedad a los que no quieren someterse.

146. P. *¿Debían los apóstoles conceder a sus sucesores los poderes que recibieron de Jesucristo?*

R. Sí; estos poderes debían pasar a los sucesores de los apóstoles. Jesucristo les dijo: *Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos*. Esta promesa no podía referirse a los apóstoles únicamente, porque debían morir; luego debía extenderse a los continuadores de su ministerio. Luego los poderes de los apóstoles han sido transmitidos a sus sucesores de todos los siglos.

Fuera de eso, Jesucristo confiere estos poderes a la Iglesia para la salvación de los hombres; luego la Iglesia debe conservarlos mientras haya hombres en la tierra.

1º La Iglesia es inmortal; no puede acabar con los apóstoles. Es así que no podía existir sin la autoridad, que es su fundamento. Luego los apóstoles, depositarios de esta autoridad, debían transmitirla a sus sucesores, y así sucesivamente, de generación en generación, hasta el fin de los siglos.

2º La Transmisión de los poderes apostólicos es un hecho testificado por la historia. En los primeros días del cristianismo, los apóstoles establecieron en todas partes obispos, consagrándolos con la imposición de las manos dándoles la misión de predicar el Evangelio. Estos obispos enseñaron en nombre de Jesucristo, condenaron los errores y dictaron leyes. Los fieles admitieron su autoridad sin discusión: prueba evidente de que creían en la transmisión de los poderes apostólicos.

La transmisión de los poderes se efectúa mediante el *Sacramento del Orden* y mediante la *misión canónica*.

§ 7º PRERROGATIVAS INHERENTES A LOS PODERES DE LA IGLESIA

147. P. *¿Cuáles son las prerrogativas que Jesucristo concedió a su Iglesia docente?*

R. Jesucristo concedió a su Iglesia docente tres prerrogativas principales:

- a) La *infalibilidad* para librarla de error en sus enseñanzas.
- b) La *independencia* para poder ejercer con libertad sus poderes en la tierra.
- c) La *perpetuidad* para conservarse siempre la misma y proseguir su misión de salvar a los hombres hasta el fin de los siglos.

La autoridad de la Iglesia no puede conservarse y desarrollarse sin estas tres grandes prerrogativas.

Si no tuviera la *infalibilidad* podría equivocarse en lo referente a la verdadera doctrina de Jesucristo y engañar a los fieles.

Si careciera de la *independencia*, se vería inhibida en el desempeño de su misión.

Privada de la *perpetuidad*, no podría extender su acción a los hombres de todos los tiempos, cuya salvación debe procurar.

A) INFALIBILIDAD DE LA IGLESIA

148. P. *La Iglesia docente, ¿es infalible?*

R. Sí; la Iglesia es infalible: no puede equivocarse cuando enseña las verdades que hay que creer, los deberes que hay que cumplir y el culto que hay que rendir a Dios.

Nuestro Señor Jesucristo dijo a Pedro y a los apóstoles: *Id, enseñad a todas las naciones... Yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación de los siglos*. Con estas palabras, Jesucristo prometió a sus apóstoles hasta el fin del mundo, su asistencia particular en el ejercicio de su enseñanza; y esta asistencia divina trae consigo la infalibilidad; de otro modo, Jesucristo sería el responsable del error⁹².

⁹² *Yo estoy con vosotros*. No hay auxilio ni poder que no esté encerrados en estas pocas palabras. Estas significan que Dios extiende su mano protectora sobre un hombre, que vela por él, que le presta su asistencia y que le asegura el éxito. Muchísimos pasajes de la Biblia abocan esta interpretación. Dice Dios a Isaac: *Quédate en este país. Yo estaré contigo*, y a Jacob: *Vuelve a la tierra de tus padres. Yo estaré contigo*.

En el libro del Éxodo, Dios ordena a Moisés que se presente a Faraón. Moisés teme; Dios le contesta: *Yo estaré contigo*, etc. Esta expresión familiar de Dios revela su presencia y su protección. Jesucristo promete *estar todos los días* con sus apóstoles para enseñar con ellos, gobernar con ellos, etc. Luego ellos no pueden engañarse.

Estamos obligados a escuchar a la Iglesia como a Jesucristo mismo: *Quien a vosotros oye a Mí me oye*. Pero siendo imposible que Dios nos obligue a escuchar a una autoridad que pueda engañarse, es necesario que la Iglesia sea infalible.

La infalibilidad es necesaria a la Iglesia para ejercer su misión. Es la madre de los cristianos, y debe poder alimentarlos con el pan de la verdad, sin exponerse a propinarles el veneno del error.

Se llama *infalibilidad* la prerrogativa de no poder engañarse ni engañar a los demás de su enseñanza.

No consiste: 1º, en ser preservado del pecado; 2º, ni en recibir una nueva revelación; 3º, ni en descubrir nuevas verdades; 4º, ni en conocer lo futuro como los profetas.

La infalibilidad en para la Iglesia el privilegio de no poder enseñar el error, cuando propone a los fieles la doctrina de Jesucristo.

Este privilegio no se origina ni de la experiencia ni de la ciencia de los pastores de la iglesia, sino de la *asistencia especial* del Espíritu Santo.

Sólo Dios es infalible por naturaleza, pero puede, con una asistencia especial, hacer infalibles a aquellos a quienes ha || encargado || enseñar || en || su || nombre. || “La || infalibilidad || es || la || gracia || de || estado || que || preserva || a || la || Iglesia || de || todo || error ||”.

1º La Iglesia docente es infalible. – Jesucristo dijo al colegio de los apóstoles, reunido bajo la autoridad de Pedro: Como mi Padre me ha enviado, así Yo os envío. Pero Jesucristo fue enviado con el privilegio de la infalibilidad; luego envía el colegio de los apóstoles con la misma prerrogativa.

Jesucristo añade: *Yo os enviaré el Espíritu Santo, Él os enseñará toda verdad*⁹³. Es así que el Espíritu Santo no puede enseñar a la Iglesia *toda verdad* sin preservarla de *todo error*; luego la Iglesia es infalible.

Jesucristo dice también: *Todo lo que atareis en la tierra será atado en el cielo; todo lo que desatareis en la tierra, será desatado en el cielo*. Conforme a esta promesa, las

⁹³ Juan, XVI, 13.

sentencias de la Iglesia deben ser aprobadas en el cielo. Es así que Dios no puede aprobar el engaño, luego las sentencias de la Iglesia han de ser infalibles.

Finalmente, Jesucristo promete que *las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia*. Pero si ella no es infalible, el infierno podrá prevalecer contra ella; lo que se opondría a la promesa de su divino Fundador.

Una autoridad con la cual *Jesucristo está siempre*, no puede engañarse sin que se engañe el mismo Jesucristo; un poder cuyos actos debe confirmar el cielo, no puede caer en error sin comprometer la responsabilidad de Dios; un oráculo doctrinal cuyas decisiones hay que admitir so pena de condenación, no puede enseñar el error porque Dios nos impondría la obligación de creer en el error.

2º Es necesario que la Iglesia sea infalible. – Jesucristo ha entregado a su Iglesia el depósito de la revelación para que lo trasmita en toda su integridad a todas las generaciones. Pero ella no lo podría transmitir intacto a los pueblos si estuviera expuesta a engañarse. Y no negando jamás Dios los auxilios necesarios para el cumplimiento de su deber, da a la Iglesia la infalibilidad, que es la *gracia de estado indispensable* para que pueda ser siempre fiel custodia del sagrado depósito. Luego la Iglesia es infalible.

Toda autoridad, para enseñar, juzgar y gobernar se arroga una *infalibilidad, supuesta o real*. Así, por ejemplo, no hay autoridad en la familia sin la supuesta infalibilidad del padre; no hay autoridad en la escuela sin la supuesta infalibilidad del maestro; no hay autoridad en los tribunales sin la supuesta infalibilidad de los magistrados; no hay autoridad en la sociedad civil sin la supuesta infalibilidad del legislador. Tal es la base esencial y fundamental del orden social: todo poder es necesariamente considerado como infalible.

Ahora bien, la Iglesia no es una academia que expone, emite opiniones: es un soberano que dicta sentencias. Ella manda a la conciencia, exige la aprobación interior del espíritu. Una *infalibilidad supuesta*, suficiente para obtener actos exteriores, no basta a la Iglesia, sociedad religiosa y sobrenatural; para someter las inteligencias, le es necesaria la *infalibilidad real*. La conciencia no puede someterse sino a la verdad cierta. Para tener el derecho de imponer la fe en su palabra, so pena de condenación eterna, un poder debe estar cierto de que no se equivoca; de otro modo ejercería una tiranía estúpida. La infalibilidad real es una necesidad lógica para toda

autoridad que habla en nombre de Dios. Malebranche lo dice con mucha razón: *Una autoridad divinamente instituida no se concibe sin la infalibilidad.*

“Así – añade Lacordaire –, toda religión que no se declara infalible, queda por eso mismo convicta de error; porque confiesa que se puede engañar, lo que es el colmo a la vez, del absurdo y del deshonor en una autoridad que enseña en nombre de Dios”.

¿Cuál es el objeto de la infalibilidad de la Iglesia? El objeto de la infalibilidad está claramente determinado por el fin para el cual ha recibido la Iglesia este privilegio. Ella no está encargada de enseñar a los hombres todo aquello que les puede interesar, sino solamente las cosas útiles para la salvación eterna. Todo lo que se refiere a la fe o a las costumbres es el círculo de su autoridad infalible.

Luego, el objeto de la infalibilidad comprende:

1º Todas las verdades reveladas contenidas en la Sagrada Escritura y en la Tradición.

2º Todas las verdades necesarias ligadas con la revelación.

3º Las cuestiones de ciencia humana que se relacionan inmediatamente con el dogma o con la moral.

4º La condenación de los errores contrarios a la doctrina de Jesucristo.

5º Todo lo tocante a la disciplina general, la aprobación de las órdenes religiosas, la canonización de los santos, etc.

La infalibilidad misma nos da la seguridad de que la Iglesia no saldrá de esos límites. Luego las ciencias humanas no tienen nada que temer por su independencia, mientras permanezcan dentro de su esfera propia. La Iglesia, pues, enseña simplemente todo lo que hay que creer y hacer para ir al cielo. Alimenta las almas con el pan de la doctrina y las preserva del veneno del error.

B) INDEPENDENCIA DE LA IGLESIA

149. P. *La Iglesia, en el desempeño de sus poderes, ¿es independiente de toda autoridad terrena?*

R. Sí, porque Jesucristo encargó a los apóstoles y a sus sucesores la misión divina que había recibido de su Padre: *Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la*

tierra... Como mi Padre me envió, así Yo os envió. Es así que la misión de Jesucristo fue soberanamente independiente de todo gobierno civil. Luego, la Iglesia, que hace las veces de Salvador, goza de la misma independencia.

La Iglesia es una sociedad perfecta, y posee, como tal, todo lo que es necesario para su conservación y para su desarrollo; luego, no puede depender de ninguna otra sociedad.

1º La independencia es necesaria a la Iglesia. – Si el poder de la Iglesia no fuera independiente, carecería de fuerza y de unidad, porque cada Estado podría poner obstáculos a su disciplina, restringir o suprimir sus relaciones con los fieles. El poder eclesiástico sería ilusorio y ridículo, lo que se opone a la voluntad de su Fundador. La Iglesia carecería de unidad, porque los Estados, en virtud de su pretendida supremacía, podrían quitar de su enseñanza o de sus leyes todo aquello que les desagradara y establecer otras tantas Iglesias nacionales diferentes, cuyos jefes serían, no los apóstoles, sino los gobernantes civiles. De esta suerte quedaría aniquilada la Iglesia de Jesucristo.

2º Jesucristo da realmente la independencia a su Iglesia. – Jesucristo no recabó la licencia de los príncipes para predicar su doctrina, reunir sus discípulos, fundar y organizar su Iglesia. Obró en virtud de su poder divino, independiente de toda criatura. *Todo poder, dijo Él, me ha sido dado en el cielo y en la tierra.* Él envió a sus apóstoles con el mismo poder divino, soberano, independiente. Aún más: les predijo que tendrían que luchar contra las potestades de la tierra, que serían perseguidos y maltratados por los príncipes, y no lo serían, indudablemente, si los consultaran y obedecieran; no debían, pues, ni consultarlos ni obedecerlos.

Jesucristo no desconoce la autoridad civil y política, sino que la restringe a su objeto propio. El Estado es soberano en el orden temporal, y Jesús le paga su tributo. Por eso dice: *Dad al César lo que es del César.* Pero añade: *Dad a Dios lo que es de Dios.* El poder espiritual de la Iglesia es el *derecho divino*, soberano e independiente de los poderes laicos.

Así pues, los apóstoles no solicitaron ni la autorización de la Sinagoga para predicar en Jerusalén, ni la de los Césares para evangelizar Roma y al universo. La Iglesia debe elevarse por encima de todos los tronos y de todas las fronteras. Sólo así

podrá ella responder a su misión y cubrir con su sombra protectora la gran familia de naciones.

C) PERPETUIDAD DE LA IGLESIA

150. P. *La Iglesia, ¿debe existir siempre?*

R. Sí; la Iglesia debe existir hasta el fin de los siglos. La promesa de Cristo es solemne: *Yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos. – Sobre tí, Pedro, edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*

La Iglesia existe para la salvación de los hombres; luego es necesario que dure mientras haya hombres que salvar.

La *perpetuidad* o *indefectibilidad* de la Iglesia consiste en que sus elementos esenciales, sus órganos constitutivos, su fe, su vida social, su jerarquía deben durar hasta el fin del mundo. Podrá perder, lo que ya le ha acontecido, una parte de sus súbditos; pero no cesará nunca de ser la Iglesia de Jesucristo, fundada sobre Pedro, sostenida por el Episcopado, y en posesión de la verdadera fe y vida sobrenatural.

1º La Iglesia es el reino de Jesucristo. Pues bien, según los profetas, este reino debe durar hasta el fin del mundo. Daniel lo profetizó, el ángel Gabriel anunció a María que el reino de Jesucristo no tendrá fin⁹⁴.

2º Según la profecía de Jesucristo, la Iglesia, en contraposición a la Sinagoga, es una alianza eterna, un testamento eterno. *El Dios del cielo suscitará un reino que nunca será destruido y que subsistirá eternamente*⁹⁵.

La historia nos atestigua que la Iglesia, desde su nacimiento, ha sido siempre perseguida. Pero ha resistido todas estas tempestades y las puertas del infierno no han prevalecido contra ella. Ni el oído de los judíos deicidas; ni la barbarie de los emperadores paganos; ni la violencia del cisma y de la herejía; ni el esfuerzo de los filósofos incrédulos; ni la rabia de los revolucionarios; ni el encarnizamiento satánico de los masones... Nada ha podido prevalecer contra la Iglesia, y el resultado de la

⁹⁴ Lucas, I, 33.

⁹⁵ Jerem., XXII, 40.

rabia de los malvados será probar, una vez más, su divinidad y al mismo tiempo contribuir a la realización de las profecías que a ella se refieren.

II. LA IGLESIA CATÓLICA ES LA VERDADERA IGLESIA DE JESUCRISTO

151. P. *¿Fundó Jesucristo varias Iglesias?*

R. No; Jesucristo no fundó más que una sola Iglesia, que compara a un *rebaño conducido por un solo pastor*.

El Hijo de Dios edificó su Iglesia única sobre un solo fundamento, sobre Simón Pedro; a él es a quien entregó el *poder de las llaves*, a él a quien confió todo su rebaño como al único pastor *de los corderos y de las ovejas*. No reconoce, pues, Jesucristo más que un solo edificio, un solo reino, una sola grey, una sola Iglesia.

Tres sociedades religiosas se dicen cristianas:

1º La **Iglesia católica**, la más antigua y la más extendida. Recibe también el nombre de *Iglesia Romana*, porque su cabeza es el Papa, obispo de Roma. De ésta se han apartado las otras.

2º Las **Iglesias griega y rusa**, separada hace muchos siglos de la Iglesia Romana. Estas profesan casi toda la doctrina cristiana, pero no reconocen la supremacía del Papa.

3º Las **Iglesias protestantes**, separadas de la Iglesia católica en el siglo XVI. Se dividen en tres ramas principales: en Alemania, los *luteranos*, cuyo fundador es Lutero; en Suiza y en Francia, los *calvinistas*, cuya creación es debida el Calvino; y, por fin, los *anglicanos*, establecidos por Enrique VIII, rey de Inglaterra. El protestantismo se subdivide en innumerables sectas.

Todos los sistemas griegos y protestantes se reducen a tres:

a) **Primer sistema.** – Es el de los *liberales*. Confiesan éstos que Jesucristo instituyó una *religión*, pero no una *sociedad religiosa*. Por ende, cada cual es libre de formar parte de una Iglesia o de permanecer fuera de ella, como también de pertenecer a aquella Iglesia que fuera más de su agrado. Es el sistema que agrada más a los protestantes modernos, porque les exime de toda autoridad religiosa.

b) **Segundo sistema.** – Sus seguidores creen que Jesucristo instituyó una *sociedad religiosa*, llamada *Iglesia*; pero sin determinar su naturaleza, su constitución y su gobierno. Unos atribuyen la autoridad religiosa al estado: es el *Cesarismo*. Tales son los anglicanos y los luteranos, sujetos a sus príncipes civiles.

Otros reconocen una autoridad religiosa no sometida a la autoridad civil, pero la colocan en la multitud: es la *Democracia*. Tales son los *calvinistas*, que atribuyen la autoridad a los *ancianos*.

c) **Tercer sistema.** – Sus partidarios afirman que Jesucristo no dio la autoridad religiosa a todos los cristianos, sino a los apóstoles y a sus sucesores. Después de ello, todos los obispos *son iguales por derecho divino*, y el Pontífice romano no tiene más que un primado de honor y de precedencia. Tales son ciertos *anglicanos*, los *episcopalistas* de los Estados Unidos de Norte América y los *griegos cismáticos*.

El error de estos diversos sistemas es manifiesto después de que Jesucristo ha establecido la Iglesia en forma de una *sociedad perfecta*, con obispos para gobernarla y un *Supremo Jerarca* para conservar la unidad de fe y de gobierno.

152. P. ¿Cuál es la verdadera Iglesia de Jesucristo?

R. La verdadera Iglesia de Jesucristo es la Iglesia católica romana.

1º Ella es la única que posee la constitución establecida por Cristo en su Iglesia.

2º Ella es la única que está fundamentada sobre Pedro, primer obispo de Roma.

3º Ella es, por último, la única que reúne las notas de la verdadera Iglesia de Jesucristo.

Conforme a las promesas divinas, la Iglesia de Jesucristo debe ser perpetua, indefectible. Es hoy la misma que Jesucristo estableció desde el principio: los hombres no pueden cambiar el plan de Dios. Por consiguiente, toda la Iglesia que no tenga la constitución establecida por Cristo, que no esté edificada sobre Pedro o que carezca de las propiedades determinadas por el Salvador, no es la verdadera Iglesia.

§ 1º LA IGLESIA CATÓLICA TIENE LA MISMA CONSTITUCIÓN

QUE LA IGLESIA DE JESUCRISTO

153. P. *La constitución de la Iglesia católica, ¿es la constitución establecida por Cristo en su Iglesia?*

R. Sí; la constitución actual de la Iglesia católica es la misma que fue establecida por Jesucristo.

Sobre todos los grados de la jerarquía hallamos al Papa, sucesor de San Pedro, que gobierna a los pastores y a los fieles.

En el grado inferior, a los obispos, sucesores de los apóstoles, encargados del gobierno de la diócesis, auxiliados por los sacerdotes, como los setenta y dos discípulos.

Finalmente, los simples fieles forman, como antes, el rebaño confiado a la atenta solicitud de los pastores.

Pues bien, esta constitución establecida por Jesucristo se halla solamente en la Iglesia católica.

Fuera de la Iglesia católica no se encuentra nada semejante; nada, por consiguiente, que se asemeje a la obra de Jesucristo.

Los protestantes, luteranos, calvinistas, no tienen ni sacerdotes ni obispos: sus ministros son simples funcionarios, enviados por un consistorio, como lo sería un maestro de escuela enviado por un consejo escolar para dirigir una clase.

Los anglicanos pretenden tener sacerdotes y verdaderos obispos – suposición del todo falsa –, pero estos supuestos obispos no tienen más jefe que el rey de Inglaterra. Cuando el trono está ocupado por una mujer, ella se encuentra a la cabeza del Episcopado de su país; lo que, por cierto, no se parece mucho al colegio apostólico.

Los griegos cismáticos y los rusos, que se llaman ortodoxos, tienen obispos, que no se hallan en comunión con el Papa. No tienen jefe legítimo que ocupe el lugar de San Pedro. Los unos dependen del sultán de Turquía; los otros, del emperador de Rusia⁹⁶. ¿Desde cuándo ha sometido Jesucristo a los príncipes de la tierra el ministerio de sus pastores?...

⁹⁶ Nótese que el autor escribía antes de los trastornos que han modificado el régimen político de estos Estados.

Luego ninguna de estas iglesias es la verdadera Iglesia de Jesucristo. Este título pertenece solamente a la Iglesia católica romana. Ella es la única que conserva intacta la primitiva constitución establecida por su divino Fundador y perfectamente conservada a través de los siglos.

§ 2º LA IGLESIA SUJETA AL PAPA ES LA VERDADERA

IGLESIA DE JESUCRISTO

154. P. *El Papa, Supremo Jerarca de la Iglesia, ¿es sucesor de San Pedro?* R.

Sí; el Papa es el sucesor de San Pedro.

Él, como Pedro, ocupa la sede de Roma; él se remonta hasta Pedro, por una serie ininterrumpida de predecesores; él, como Pedro, es el Soberano de la Iglesia entera, y su primacía es reconocida desde hace diecinueve siglos. El Papa es el sucesor de Pedro en todos sus derechos.

Ahora bien, es así que *donde está Pedro, allí está la Iglesia*; luego la Iglesia católica es la verdadera Iglesia de Jesucristo.

El primado del Pontífice romano basta por sí solo para discernir la verdadera Iglesia de Jesucristo. Al fundar el Hijo de Dios su imperio espiritual sobre Pedro, hizo del Príncipe de los Apóstoles el tronco de una dinastía de pontífices, que se ha perpetuado, sin interrupción, hasta Pío XII, mediante los doscientos sesenta y tres sucesores de Pedro. Esta sucesión de los Papas, en la Iglesia romana, constituye el tronco del árbol místico plantado por Jesucristo, y cuyas ramas extendidas por toda la tierra son las Iglesias particulares. Las ramas desprendidas de este tronco divino son las sectas heréticas y cismáticas.

1º El Papa ocupa la sede de Pedro. – El Príncipe de los Apóstoles estableció su sede en Roma en tiempo del emperador Claudio, el año 42 de nuestra era. Después de veinticinco años de reinado, sufrió, bajo el imperio de Nerón, un glorioso martirio, el 29 de junio del año 67. Mientras vivió Pedro, no trasladó su sede a ninguna otra parte: murió obispo de Roma. La historia, las tradiciones, los monumentos lo atestiguan. Además, ninguna secta ha reivindicado jamás para sí este privilegio de la Iglesia romana. Luego San Pedro unió a la sede de Roma el poder supremo que había recibido de Nuestro Señor Jesucristo y lo dejó en herencia a sus sucesores.

2º En todos los siglos el Papa ha ejercido sobre la Iglesia entera una soberanía indiscutida. – Desde los primeros siglos hasta nuestros días, el obispo de Roma ha sido reconocido como Vicario de Jesucristo, el Obispo de los obispos, el Sumo Pontífice, el Supremo Jefe de la Iglesia. A él acuden de Oriente y de Occidente, y sus decisiones hacen ley.

En el siglo I, los Corintios no recurren al apóstol San Juan, que vivía en Éfeso, para resolver las diferencias surgidas entre ellos, sino que consultan al Papa San Clemente, tercer sucesor de San Pedro. El año 197, el Papa San Víctor I pone término a una prolongada discusión acerca de la fecha de la fiesta de Pascua. El Papa Esteban corta la cuestión del bautismo de los herejes, etc.

Así, desde el origen de la Iglesia y en toda la sucesión de los siglos, los hechos más positivos y los testimonios más ciertos testifican la fe de los pastores y de los fieles en el primado de Roma. Creemos superfluo extendernos acerca de estos hechos, que se pueden leer en la historia de la Iglesia.

Por lo demás, todos los Santos Padres, unánimemente, reconocen el primado de jurisdicción conferido a San Pedro. De ahí el principio de San Agustín: *Roma ha hablado, la causa ha terminado*. A la autoridad de los Padres de la Iglesia viene a juntarse la de los Concilios. Los cuatro primeros Concilios ecuménicos: Nicea en 325; Constantinopla, en 381; Éfeso, en 431; Calcedonia, en 451, siempre venerados casi tanto como los cuatro Evangelios, por la Iglesia universal, atestiguan la supremacía del Papa.

Un hecho que por sí solo demuestra el primado de los Papas por el ejercicio del mismo, es que jamás, ni en Oriente ni en Occidente, ha habido un solo concilio que haya sido reconocido como ecuménico, es a saber, como representante de la Iglesia universal, al menos de haber sido convocado, presidido por el Papa o sus delegados y confirmado por él. Y pues el concurso de los Papas era considerado como esencial por toda la Iglesia, toda la Iglesia reconocía, de hecho, su primado de poder y de jurisdicción.

En el Concilio general de *Florenia*, en 1439, tanto los *griegos* como los *latinos* suscribieron el siguiente decreto:

“Definimos que el Pontífice posee el *primado* sobre el universo entero: que este mismo Pontífice Romano es el sucesor del bienaventurado Pedro, Príncipe de

los Apóstoles: que él es el Vicario de Jesucristo y el Supremo Jarca de toda la Iglesia, el Padre y el Doctor de todos los cristianos: que él ha recibido de Nuestro Señor, en la persona del bienaventurado Pedro, pleno poder de apacentar, regir y gobernar la Iglesia universal, como está declarado en las actas de los Concilios ecuménicos y en los Sagrados Cánones”.

De esta suerte, en el concilio de Florencia, los griegos, hoy cismáticos, reconocían al Papa, obispo de Roma, como a sucesor de Pedro y Cabeza de la Iglesia. Ahora bien, en aquella época, los protestantes todavía no existían, y no había en el mundo más que una sola Iglesia: la Iglesia romana. Pero esta Iglesia no ha dejado de existir; luego ella es hoy, como en 1439, la única verdadera Iglesia.

CONCLUSIÓN: La Iglesia católica es la verdadera Iglesia de Jesucristo. – Hemos probado que nuestro Señor Jesucristo confirió a Pedro, para que lo trasmitiese a sus sucesores, el primado de jurisdicción sobre la Iglesia universal. Pero está probado que este primado pertenece al Papa, sucesor de San Pedro; luego la Iglesia que tiene por cabeza al Papa es la verdadera Iglesia de Jesucristo.

De ahí la máxima de los Santos Padres: Donde está Pedro, allí está la Iglesia. Es como si se dijera: donde está el tronco vivo, allí está el árbol; donde está el centro, allí se halla el círculo; donde se halla el fundamento, allí está el edificio; donde está el trono, así se halla el imperio. Pues bien, es así que Pedro se halla en la Sede de Roma en la persona de Pío XII⁹⁷; luego allí se halla la Iglesia de Cristo.

Mons. Besson, en su segunda conferencia sobre la Iglesia, desenvuelve este argumento de una manera tan profunda como atrayente.

“Acudo ahora a todo cristiano, cualquiera sea la comunión a que pertenezca: hago un llamamiento a su buena fe, y entablo con él, el siguiente diálogo:

- “¿Creéis en el Evangelio?
- “Sí, creo en él.

⁹⁷ Esta es una edición anterior al Concilio Vaticano II.

- "¿Creéis que el Evangelio ha sido escrito para todos los tiempos, para todos los lugares, y que cada página de ese libro debe tener su representación en la Iglesia fundada por Jesucristo?"
- "Sí; en el supuesto de que Jesucristo sea Dios."
- "Pues bien, este *fundamento*, estas *llaves*, este *pastor único*, infalible, eterno, este *Pedro*, debe estar en alguna parte, ¿verdad?"
- "No se puede negar, si se cree en el Evangelio."
- "Buscad ahora en Constantinopla, en Londres, en San Petersburgo, en Ginebra, en Berlín, en tal o cual Iglesia separada, en la que más os plazca, el rastro de este fundamento, la sombra de estas llaves, el nombre de este Pastor. ¿Hallaréis alguna autoridad que se parezca a la de Pedro?"
- "No; no hay nada parecido."
- "¿Os creéis, pues, obligado a reconocer que donde no se halla Pedro, se ha desgarrado una página del Evangelio?"
- "Hay que reconocerlo, si no se quiere cerrar los ojos a la evidencia."
- "Y si Pedro se halla en alguna parte, sentado sobre su roca, con las llaves en la mano, con la palabra en los labios, con el cayado sobre la grey de Cristo esparcida por todo el mundo, ¿qué concluiréis de eso?"
- "Concluiré que allí se ha conservado intacto el Evangelio."
- "Acepto vuestra proposición, y os voy a probar, con la historia, que Pedro vive siempre en Roma".

DECRETOS DEL CONCILIO VATICANO I

PRIMERA CONSTITUCIÓN DOGMÁTICA SOBRE LA IGLESIA

El Concilio Vaticano, en su constitución *Pastor aeternus*, prueba por el EVANGELIO y la TRADICIÓN, la institución del primado conferido por Nuestro Señor Jesucristo al bienaventurado Pedro, y termina en el *primer capítulo* con el siguiente decreto:

“Si || alguien || dijere || que || el || bienaventurado || apóstol || Pedro || no || fue || instrui-
do por Cristo Nuestro Señor *Príncipe de los Apóstoles y Cabeza visible* de toda la Iglesia
militante, o que el mismo Pedro no recibió más que un *primado de honor y no un*
primado de jurisdicción propio y verdadero, directa e inmediatamente conferido por el
mismo Jesucristo, || sea || anatematizado”.

El mismo Concilio, en el segundo capítulo, prueba la perpetuidad del primado
de Pedro en los pontífices romanos.

“Es || un || hecho || notable || en || todos || los || siglos, || que, || hasta || nuestros ||
tiempos || y || siempre, el santo y bienaventurado Pedro, Príncipe y Cabeza de los
Apóstoles, columna de la fe y fundamento de la Iglesia, que recibió de Nuestro Señor
Jesucristo, Salvador y Redentor del género humano, las llaves del reino, vive, reina y
juzga en sus sucesores los obispos de esta Santa Sede de Roma, fundada por él y
consagrada con su sangre. A causa de esto, cada uno de los sucesores de Pedro en
esta cátedra posee, en virtud de la institución de Jesucristo mismo, el primado de
Pedro sobre la Iglesia universal”.

El santo Concilio termina ese capítulo con el decreto siguiente:

“Si || alguien || dijere || que || no || es || por || la || institución || de || Nuestro || Señor || Jes-
ucristo, || o || de *derecho divino*, que el bienaventurado Pedro tiene sucesores perpetuos
en su primado sobre la Iglesia; o que el *Pontífice Romano* no es el sucesor del
bienaventurado Pedro en este mismo primado, sea anatematizado”.

En el tercer capítulo, DEL PODER Y DE LA NATURALEZA DEL PRIMADO DEL
PONTÍFICE ROMANO, el santo Concilio recuerda, al principio, la definición dada
por el Concilio de Florencia; la renueva y explica:

“Enseñamos, || pues, || y || declaramos || que || la || Iglesia || Romana, || por || la || volun-
tad || de || Nuestro Señor, posee sobre todas las otras Iglesias el principado con poder
de jurisdicción ordinaria, y que este *poder de jurisdicción verdaderamente episcopal* que
posee el Pontífice Romano, es un poder inmediato; que todos, pastores y fieles,
cualquiera sea su rito y dignidad, están sometidos a él por el deber de la
subordinación jerárquica y de una verdadera obediencia, no solamente en materia de
fe y costumbres, sino también en lo que toca a la disciplina y al gobierno de la Iglesia
extendida por todo el universo, de suerte que, conservando la unidad en la comunión
y la profesión de una misma fe con el Pontífice Romano, la Iglesia de Cristo es un

solo rebaño bajo un solo Pastor. Tal es la enseñanza de la verdad católica, de la que nadie puede apartarse sin perder la fe y la salvación”.

El santo Concilio termina con la siguiente definición:

“Si alguien dijere que el Pontífice Romano no tiene más que un cargo o no tiene más que un cargo de vigilancia o de dirección, y no el *pleno y supremo poder de jurisdicción sobre toda la Iglesia*, no solamente en lo que concierne a la fe y a las costumbres, sino también en lo que se refiere a la disciplina y al gobierno de la Iglesia extendida por todo el mundo; o que solamente tiene la parte principal y no toda la plenitud de este poder; o que el poder que posee no es ordinario e inmediato, tanto sobre todas las Iglesias y sobre cada una de ellas, como sobre todos los pastores y sobre todos los fieles y sobre cada uno de ellos, sea anatematizado”.

En el *cuarto y último capítulo*, el Concilio trata de la *infallibilidad* doctrinal del Pontífice Romano. Más adelante veremos las pruebas de este dogma y el decreto del Concilio.

§ 3º NOTAS DE LA VERDADERA IGLESIA DE JESUCRISTO

El primado de San Pedro es suficientemente para probar que la Iglesia Romana es la Iglesia de Jesucristo; pero la divina Providencia ha multiplicado las señales distintivas de la verdadera Iglesia, para permitirnos adaptar los medios de demostración a la diversidad de las inteligencias. Entre los hombres, unos son más sensibles a un determinado argumento, y otro, a otro. Pues bien, es necesario que todos puedan, sin dificultad, conocer la Iglesia de Jesucristo, porque sólo en ella se halla la religión verdadera y obligatoria.

Se denominan *señales* las *notas* que distinguen a la Iglesia de Jesucristo de las Iglesias fundadas por los hombres.

Estas *señales* son *propiedades esenciales* de la Iglesia de Cristo, *manifestadas* exteriormente por caracteres *sensibles* y *permanentes*.

Toda señal debe ser:

1º Más fácil de conocer que la Iglesia misma.

2° Esencial a la verdadera Iglesia.

3° Incompatible con una falsa Iglesia.

155. P. ¿Cuáles son las señales de la verdadera Iglesia?

R. Hay cuatro señales de la verdadera Iglesia. Debe ser: *una, santa, católica y apostólica*.

Tales son las notas de la Iglesia de Jesucristo, reconocidas por el Concilio de Nicea, primer concilio ecuménico.

La *unidad*, constituye la forma de la Iglesia; la *santidad*, su vida; la *catolicidad*, la extensión de su dominio; la *apostolicidad*, su edad.

La Iglesia es el *Cuerpo místico* de Jesucristo, su *encarnación permanente* entre los hombres; por consiguiente, se debe hallar en la Iglesia la *marca* de las perfecciones del Hombre-Dios.

1° No hay más que un *solo Cristo*; en Él, la naturaleza divina y la naturaleza humana están unidas con una unión hipostática o personal. De igual suerte, no hay más que *una Iglesia*, donde se une lo divino y lo humano, lo visible y lo invisible⁹⁸.

2° Jesucristo es la *santidad misma*. Manifestó esta santidad, viviendo en carne mortal, por medio de sus virtudes y de sus milagros. Su Iglesia es *santa e inmaculada*, a pesar de los pecados de muchos de sus miembros, y manifiesta su santidad en lo exterior por sus obras y sus milagros. La santidad es su vida.

3° Jesucristo es el *Salvador del mundo*; Él murió por todos, y quiere la salvación de todos. Es necesario que su Iglesia sea, como Él, *católica* o universal.

4° Enviado por su Padre, Jesucristo envía a sus apóstoles, los cuales, a su vez, envían a sus sucesores. Así, la Iglesia, en la sucesión de los siglos, es siempre *apostólica*.

⁹⁸ En el *Verbo Encarnado* hay lo invisible y lo visible: *Dios invisible* y el *Hombre que vive* y se manifiesta a nuestros sentidos y nos revela con sus acciones el *principio divino* que lo anima: Es el *Hombre-Dios*.

Así, en la Iglesia lo *invisible* es lo que se llama *alma*: los dones del Espíritu Santo, la fe, la gracia; lo *visible* es el *cuerpo*, la *sociedad exterior* de los pastores y de los fieles que, con sus obras, manifiestan la vida divina que el Espíritu Santo les comunica.

La verdadera Iglesia de Jesucristo, hecha a su imagen y semejanza, es una sociedad, a la vez, *humana y divina*, que Él vivifica con su espíritu y en la que se reflejan su unidad, su santidad, su inmensidad y su misión divinas.

1° Unidad. – *¿Qué se necesita para que la Iglesia sea una?*

Se necesita que sus miembros: 1°, profesen una misma fe; 2°, participen de los mismos sacramentos; 3°, obedezcan al mismo supremo Jerarca: es lo que se llama *unidad de fe, unidad de culto, unidad de gobierno*.

¿Por qué es necesario que la Iglesia sea una?

Es preciso que la Iglesia sea una en su fe, porque Jesucristo ha enseñado sino una sola y misma doctrina. La verdad es una: Dios que es la verdad misma, no ha podido revelar el *pro* y el *contra*, el *sí* y el *no*.

Es preciso que la Iglesia sea *una en su culto*, porque Jesucristo ha establecido para todos los hombres la misma manera de honrar a Dios y los mismos medios de salvación: un solo sacrificio y los mismos sacramentos.

Es preciso que la Iglesia se *una en su gobierno*, porque Jesucristo ha fundado en su Iglesia un cuerpo de pastores colocados bajo la autoridad de un solo *Gobernador Supremo*. La unidad es el carácter esencial del Cristianismo; *un solo Dios, una sola fe, un solo bautismo*, etc.

No admitir un solo punto de la doctrina de Jesucristo es romper la unidad de la fe: es la *HEREJÍA*. Rechazar la autoridad de los pastores legítimos, y particularmente la del Pastor Supremo, es romper la unidad de gobierno: es el *CISMA*.

2° Santidad. – *¿Qué se requiere para que la Iglesia sea santa?*

Se requiere: 1°, que tenga por fundador a Jesucristo, fuente de toda santidad; 2°, que proponga a los hombres en su doctrina, en sus sacramentos, en sus leyes, los medios más perfectos de santificación; 3°, que vaya produciendo siempre santos, cuya virtud eminente se manifestada, por el don de hacer milagros.

¿Por qué es necesario que la Iglesia sea santa?

Es necesario porque la Iglesia tiene por fin conducir a los hombres a la salvación eterna, mediante la práctica de la santidad. Por esto no puede conseguir este fin sin procurarles los medios de santificación. La eficacia de estos medios debe ser demostrada por la *santidad heroica* de los hijos de la Iglesia que siguieren fielmente sus consejos. Además, esta santidad debe afirmarse de tiempo en tiempo con *verdaderos milagros*. Los milagros no son en la verdadera Iglesia una cosa accidental y pasajera; son el cumplimiento de promesas de Jesucristo que no fueron limitadas a ningún tiempo. *Si alguno cree en Mí, las obras que Yo hago él también las hará, y aun mayores*⁹⁹.

Sin embargo, no es necesario que todos los miembros de la Iglesia sean santos; Jesucristo les deja la libertad de substraerse a la eficacia de su religión. Él nos advierte que en el campo del padre de familia, la cizaña crece juntamente con el trigo. Basta que la doctrina, la moral, el culto, la legislación de la Iglesia reúnan condiciones de extraordinaria eficacia para santificar a sus miembros.

3º, Catolicidad. – *¿Qué se requiere para que la Iglesia sea católica?*

Se requiere: 1º, que tenga una fuerza expansiva universal; 2º, que esté siempre extendida por la mayor parte de los países conocidos; 3º, que en número aventaje a las sectas de herejes o cismáticas.

¿Por qué es necesario que la Iglesia sea católica?

Lo es porque Jesucristo quiere que todos los hombres se salven, y no pueden salvarse sino por la Iglesia. Es necesario, pues, que en todos los tiempos la Iglesia esté abierta para todos, a fin de que puedan entrar en esta nave de salvación. Dios destina su religión, como el sol, a iluminar a todos los hombres, Jesucristo, mediador común, dio a sus apóstoles el encargo de predicar el Evangelio a todos los pueblos; su Iglesia debe, por consiguiente, encontrarse en todos los tiempos y en todos los lugares para abrir a los hombres las puertas del cielo.

Son los mismos apóstoles los que, en su Símbolos, dan a la Iglesia el nombre de católica: *Creo en la santa Iglesia*. Debe, pues, estar *moralmente* difundida por el mundo entero.

⁹⁹ Juan, XIV, 12; Marcos, XVI, 17 y 18.

La catolicidad supone la *unidad* de doctrina y de gobierno. Es necesario que la Iglesia sea *la misma en todas partes*. Un conjunto de sectas que no tuvieran de común más que el nombre, no se podría llamar Iglesia católica.

La catolicidad no exige que la Iglesia exista en todas las partes del mundo sin excepción; y mucho menos que comprenda la universalidad de los hombres. Basta que exista en la mayor parte de los pueblos conocidos y que abrace un número mayor de miembros que las otras sectas cristianas.

4° Apostolicidad. – *¿Qué se requiere para que la Iglesia sea apostólica?*

Se requiere: 1°, que su origen se remonte a los apóstoles; 2°, que enseñe la misma doctrina de los apóstoles; 3°, que sea siempre gobernada por pastores cuya misión tenga su origen en los apóstoles, con el consentimiento del sucesor de Pedro, Jefe de la Iglesia.

¿Por qué es necesario que la Iglesia sea apostólica?

Lo es: 1°, porque la Iglesia debe guardar intacta la doctrina revelada a los apóstoles; 2°, porque debe conservar, por una serie no interrumpida de pastores, el *ministerio* y la *misión apostólica*. Jesucristo dio solamente a los apóstoles la misión de predicar el Evangelio a toda criatura. Todo el que no sea *enviado por ellos* no tiene autoridad para predicar la doctrina de Jesucristo.

Para que los pastores sean *legítimos*, deben, por una transmisión sucesiva, recibir sus poderes de los apóstoles y permanecer sujetos al sucesor de Pedro, como los apóstoles lo estuvieron al mismo Pedro.

Es necesario, pues, que la Iglesia sea apostólica por razón de su origen, de su doctrina, de su ministerio. “El carácter infalible e indeleble de todas las sectas, sin exceptuar una sola, es que siempre se les podrá señalar su origen en una fecha tan precisa, que no les será posible negarla”. (BOSSUET.) – Así, la historia registra la hora natal, a veces escandalosa, pero siempre ilegítima, de todas las sectas cismáticas y heréticas.

§ 4° LA IGLESIA ROMANA POSEE ESTAS CUATRO NOTAS

156. P. ¿En qué Iglesia hallamos estas cuatro notas?

R. Sólo es la *Iglesia Romana* hallamos estas cuatro notas. Ella es: 1º, una; 2º, santa; 3º, católica y 4º, apostólica.

1º Es *una*: todos sus miembros profesan la misma fe, participan de los mismos sacramentos, obedecen al mismo Supremo Jerarca: al Papa

2º Es *santa*: tiene por fundador a Jesucristo, fuente de toda santidad; nos ofrece todos los *medios* para santificarnos; por último, siempre ha formado *santos*, cuya santidad ha sido probada por milagros.

3º Es *católica* o *universal*: abarca todos los tiempos y se halla, siempre la misma, en todos los lugares. Sólo ella tiene el privilegio de ser conocida y tener súbditos en todas partes del mundo.

4º Es *apostólica*: se remonta hasta los apóstoles; cree y enseña la doctrina de los apóstoles; es gobernada por los *legítimos* sucesores de los apóstoles.

1º La Iglesia católica romana es una. – a) *Una en su fe.* – Todos los católicos admiten las mismas verdades, los mismos preceptos, los mismos consejos evangélicos. Recorred la tierra de un extremo a otro, y, en todos los puntos del globo, oiréis al hijo de la Iglesia Romana cantar el mismo *Credo*. Remontad el curso de las edades hasta los tiempos apostólicos, y veréis a veinte siglos profesar el mismo símbolo.

El *principio* que mantiene esta unidad de fe es la AUTORIDAD DE LA IGLESIA: todo católico debe aceptar los dogmas enseñados por ella, bajo pena de ser excluido como *hereje*. Negar *un solo artículo de fe* es apartarse de la comunión de la Iglesia católica.

En cuanto a lo que no está definido, la Iglesia deja libertad de opiniones, según el axioma de San Agustín: “En lo que es cierto: *unidad*; en lo que es dudoso: *libertad*; en todas las cosas: *caridad*”.

b) *Una en su culto.* – Las partes esenciales del culto: la *oración*, el *sacrificio*, los *sacramentos*, son idénticos en todas partes. Las variaciones de rito son puramente accesorias.

Ora se trate de la Basílica de San Pedro, ora de la última capilla de aldea, hallaréis siempre un altar, una mesa eucarística, fuentes bautismales, confesionarios, un púlpito, etc. En todas las iglesias está el mismo misal, se recitan las mismas oraciones, se ofrece el mismo sacrificio, se administran de la misma manera los siete sacramentos. Las formas del culto externo son esencialmente las mismas.

c) *Una en su gobierno.* – Todos los miembros de la Iglesia están unidos a otros por una jerarquía completa. Los fieles están sujetos a sus sacerdotes; los sacerdotes, a sus obispos; los obispos al Papa, reconocido por todos como Cabeza Suprema. La Iglesia católica es como un vasto círculo cuyo centro está en Roma, y cuyos radios alcanzan a las extremidades de la tierra¹⁰⁰.

El que se niega a someterse a la autoridad de los pastores legítimos es excluido de la Iglesia como *cismático*. Tal es la *regla* que mantiene en ella la unidad perfecta; esta regla es conforme a las palabras del Salvador: *Aquel que no escuchare a la Iglesia, sea para vosotros como gentil y publicano*²².

Gracias a esta *triple unidad*, todo católico, en cualquier país donde esté, se encuentra entre católicos, y está siempre *en su familia*; asiste al mismo sacrificio; recita las mismas oraciones; obedece al mismo Jefe; cree las mismas verdades.

2º La Iglesia católica romana es santa. – a) *En su fundador.* No tiene más fundador que a Jesucristo, el Santo de los santos, el Hijo de Dios hecho hombre, el modelo y la fuente de toda la santidad. Se necesitaba todo el poder de Dios para fundar la Iglesia en las condiciones en que fue establecida, así como para conservarla a través de los siglos, a pesar de las persecuciones, herejías y cismas. (Véase núm. 133).

b) *En los medios que suministra a los hombres para llegar a la santidad.* – Su doctrina, sus preceptos, sus consejos, sus sacramentos, todo combate el mal, todo lleva hacia la virtud, todo conduce a la santidad más heroica. Basta que nuestra voluntad preste a la gracia de Dios un concurso fiel y perseverante.

La Iglesia Romana produce la santidad con su *doctrina*, que hace una guerra sin cuartel a todos los vicios, y nos impulsa a la práctica de todas las virtudes. Ella

¹⁰⁰ Véase Mons. Besson, *Conferencia sobre el orden de la Iglesia*.

²² Mateo, XVIII, 17.

comunica la santidad, particularmente por medio de los *sacramentos*, que confieren o aumentan la gracia santificante.

c) *En los numerosos santos que ha producido y que produce continuamente.* – Sólo Dios es juez de la santidad interior: los ojos del cuerpo no pueden percibirla.

Pero la santidad se manifiesta por medio de las obras, y, sobre todo, por los milagros. Entre los miembros de la Iglesia abundan los santos: se los encuentra en todas las condiciones bajo todos los climas y en todos los siglos. Se los cuenta por millones <|| Dios ha rendido testimonio a su santidad con numerosos milagros, ruidosos y auténticos.

“Los || milagros || jam{s || han || cesado || en || la || Iglesia || Romana. || En || todos || los || siglos, ||

Dios le ha dado este poder sobrenatural. Los prodigios que San Antonio, San Hilario, San Martín obraron en el siglo IV, Santo Domingo, San Francisco de Asís, San Vicente Ferrer, San Antonio de Padua, San Francisco Javier, Santa Teresa y muchísimos otros los han obrado después, demostrando con esto que Dios aprobaba las virtudes practicadas en el seno de la Iglesia Romana”.

Esta perpetuidad de los milagros la ponen de manifiesto los procesos jurídicos de la *canonización de los santos*. El sabio abate Moigno ha publicado, en sus *Esplendores de la fe*, las actas del proceso de beatificación y canonización de San Benito José Labre. Se pueden ver en ese volumen las innumerables precauciones de que se rodea la Iglesia y los milagros que demanda antes de canonizar a aquéllos que coloca sobre los altares.

Hoy en día y bajo nuestros ojos se operan también maravillas que se empeña en negar la impiedad, pero cuya realidad evidente no podrá destruir jamás. Entre estas maravillas citaremos, siempre con el debido respeto a la autoridad de la Iglesia, las curaciones obradas en Lourdes y los prodigios de la vida del Cura de Ars. (Véase Dr. BOISSARIE, *Las grandes curaciones de Lourdes*)

d) *La Iglesia es santa en sus obras.* – Ella es la que sacó al mundo del paganismo y la que le ha procurado los beneficios de que hemos tratado antes.

Nada podría igualar el celo que despliega para hacer a los hombres más cristianos y más felices. Ha fundado asilos, escuelas, hospitales, casas de refugio para

aliviar todos los sufrimientos. Ella es la única que inspira la caritativa abnegación de las Hermanas de la Caridad y de las Hermanas Enfermeras, de las Hermanitas de los Pobres, de las Sociedades de San Vicente de Paul, de San Francisco de Regis, etc.

Diariamente, sus denodados misioneros lo abandonan todo: descanso, familia y patria, para ir a llevar, con peligro de su vida, la buena nueva del Evangelio a los pueblos idólatras. Dios bendice su celo: mientras los esfuerzos de los protestantes resultan estériles, los de los misioneros católicos, a pesar de las dificultades y obstáculos diversos, se ven coronados por el éxito más lisonjero. Hay que contar por millones los paganos convertidos en China, en el Tonkín, en África, en América, en Oceanía.

La **inagotable fecundidad** de la Iglesia Romana para todo lo bueno, su **poder extraordinario** para convertir las naciones más bárbaras, lo mismo que los pecadores más endurecidos, son *verdaderos milagros* del orden moral que prueban su santidad y su divinidad. Por más aborrecibles que sean las calumnias de que la Iglesia es blanco, por más numerosos que sean los estorbos y cortapisas puestos a su acción, por sangrientas que sean las persecuciones de que a veces es víctima, la Iglesia Romana extiende su imperio y prosigue imperturbable la obra siempre fecunda de su apostolado.

No hay duda que la Iglesia Romana no ha santificado ni santifica a todos sus miembros. Hay, ha habido y habrá siempre pecadores en la Iglesia. La cizaña, según la parábola de Nuestro Señor Jesucristo, crece junto con el trigo; pero donde quiera que aparezca la cizaña, se muestra siempre como nacida del abuso de la libertad humana. Si numerosos cristianos con su indigna conducta deshonran a la Iglesia, es porque repudian su doctrina y su moral. Bajo el dominio de las pasiones, hacen lo contrario de lo que les prescribe y aconseja la Iglesia. Todo el que se ajusta a las normas de la Iglesia Romana lleva una vida ejemplar, llena de méritos, como la de los santos que ella canoniza.

3° La Iglesia Romana es católica. – Supera tan visiblemente a las otras sociedades cristianas, por su difusión y su brillo, que el título de católica le ha quedado como nombre propio que la distingue de todas las otras.

La Iglesia Romana es católica o universal: *a) Por el tiempo.* – Según confesión de todos, tiene su origen en Jesucristo. Pero es poco darle veinte siglos de existencia;

ella es tan antigua como el mundo, pues abraza la revelación *primitiva*, la *mosaica* y la *cristiana*; la Iglesia católica es el coronamiento de un edificio empezado el día de la creación. (Véase p. 114)

b) *Por la extensión.* – La Iglesia Romana está extendida por las cinco partes del mundo. En los pueblos más remotos, en las islas menos conocidas del Océano, en todas partes se hallan católicos.

c) *Por el número.* – Cuenta alrededor de trescientos millones de súbditos: cien millones más que todas las otras sectas reunidas. Desde el día de Pentecostés, jamás ha cesado de extender sus conquistas, de multiplicar sus hijos; lo que pierde en una nación, lo gana con creces en otra. La catolicidad de la Iglesia Romana no es solamente un nombre, es un hecho visible, autentico, que atrae todas las miradas y se impone por su grandeza y su duración de veinte siglos.

La catolicidad de la Iglesia se manifestó desde el día de Pentecostés. Las lenguas de fuego que descendieron sobre las cabezas de los apóstoles simbolizaron la difusión de la doctrina que tenían como misión de predicar. El don de lenguas que les fue conferido les permitió hacer que el Evangelio fuera comprendido por todas las naciones representadas en Jerusalén.

Todo católico romano puede repetir la sentencia de San Paciano, obispo de Barcelona: *cristiano es mi nombre, católico es mi apellido.*

4° La Iglesia Romana es apostólica. – a) *Por su origen.* – Fundada por Jesucristo, fue propagada por sus apóstoles, particularmente por San Pedro, que fijó su sede en Roma, capital del Imperio romano. La Iglesia Romana es, pues, la Iglesia primitiva, la única que ha existido siempre desde los apóstoles hasta nosotros.

b) *Por la sucesión no ininterrumpida de sus pastores.* – Sus pastores son los únicos del mundo que pueden, desde el sacerdote al obispo, del obispo al Papa, hacer remontar su misión, a través de las edades, hasta que los apóstoles recibieron del propio Jesucristo. Es conocida la sucesión no ininterrumpida de los Pontífices Romanos, partiendo del papa Pío XII y remontándose hasta San Pedro.

“Lo que se conserva en la Iglesia católica, dice San Agustín, es la sucesión de los obispos, desde San Pedro hasta el que ocupa su trono. ¿Qué otra

sociedad puede presentar una sucesión tan clara y tan admirable?...". El protestantismo no existía antes de Lutero; el cisma griego, antes de Focio; sólo la Iglesia Romana llega hasta San Pedro, y por él, hasta Jesucristo.

c) *Por su doctrina.* – La doctrina de la Iglesia Romana es siempre la doctrina de los apóstoles. Entre los símbolos más antiguos, los escritos y las decisiones de los primeros siglos y los de la hora presente, existe una identidad completa. Nosotros recitamos el Símbolo de los Apóstoles, y cantamos en la Misa el *Credo* del primer Concilio general, el símbolo de Nicea.

OBJECCIÓN. – *Los protestantes sostienen que la Iglesia católica, imponiendo dogmas nuevos, se ha apartado del puro Evangelio que nos legaron los apóstoles.*

R. Nunca la Iglesia ha definido un artículo de fe sin haber probado que los apóstoles lo habían enseñado, o por escrito, o de viva voz. Tiene por principio *no innovar nada*, sino atenerse a las verdades contenidas en el depósito de las Escrituras y de la Tradición apostólica. A todos los ataques de los herejes opone victoriosamente los escritos de los Padres y los monumentos de la Historia.

Es, por consiguiente, inexacto el afirmar que la Iglesia ha inventado nuevos dogmas. Lo que es nuevo es un conocimiento más preciso, una definición más solemne de ciertas verdades reveladas. ¿Qué hace ella en los decretos de los concilios? Presenta a más clara luz verdades no suficientemente conocidas por los fieles; enseña de una manera más precisa lo que se enseñaba de una manera vaga. Cuando los ataques de los herejes lo requieren, ella forma una palabra nueva para facilitar la inteligencia de la doctrina y determinar el antiguo sentido de la fe. Así, poco a poco, va resumiendo una ciencia inmensa dentro de breves fórmulas.

Pasa con la doctrina católica lo mismo que con la creación material. Dios ha ocultado en el seno de la tierra y en las leyes de la naturaleza tesoros admirables que el hombre va descubriendo cada día y que utiliza según las necesidades del momento. Él sabe hallar el hierro necesario para los instrumentos de trabajo, el carbón para producir vapor, la electricidad para transmitir a enormes distancias su pensamiento<

Así también Dios ha colocado en el depósito de la revelación, confiado a la Iglesia, todas las verdades destinadas a iluminar la inteligencia y a fortalecer el corazón del hombre. Y a la Iglesia pertenece sacar de este depósito sagrado, según

las necesidades del momento, las verdades reveladas. Por esto, al proclamar en el pasado siglo el dogma de la *Inmaculada Concepción* y el de la *Infalibilidad del Papa*, la Iglesia no ha inventado nuevos dogmas, como se ha dicho, sino que ha declarado solamente que esos dogmas están contenidos en la revelación divina y en la Tradición apostólica.

Indudablemente, la Iglesia puede todavía realizar cambios en su disciplina, establecer nuevas leyes, modificarlas o abolirlas; pero estos cambios no alteran en lo más mínimo la doctrina católica.

CONCLUSIÓN. – No hay más que una Iglesia fundada por nuestro Señor Jesucristo. Es así que la Iglesia Romana posee todas las notas de la verdadera Iglesia. Luego la Iglesia romana es la Iglesia de Cristo.

§ 5º LAS NOTAS DE LA VERDADERA IGLESIA NO SE ENCUENTRAN EN NINGUNA SOCIEDAD HERÉTICA O CISMÁTICA.

N.B. – *Después de la demostración precedente, este artículo podría parecer inútil; lo añadimos para sobreabundancia de pruebas y particularmente para facilitar a los extraviados la vuelta al rebaño de Jesucristo. El divino Maestro, que es el camino, la verdad y la vida, no quiere más que un solo rebaño bajo el cayado de un solo pastor.*

157. P. *Las Iglesias PROTESTANTES Y CISMÁTICAS, ¿pueden gloriarse de tener las notas de la verdadera Iglesia?*

R. No; ellas no tienen la *unidad*, ni la *santidad*, ni la *catolicidad*, ni la *apostolicidad*. Es fácil convencerse de esto estudiando su origen, su constitución y su historia.

1º No hay en nuestros días más que una herejía importante; el *protestantismo*, así llamado porque *protesta* contra la autoridad de la Iglesia católica. El protestantismo comprende una infinidad de sectas heréticas, separadas las unas de las otras, y nacidas sucesivamente de los *falsos principios* de los tres pretendidos reformadores del siglo XVI; *Lutero*, *Calvino* y *Enrique VIII*. Sus tres principales ramas son: el *luteranismo*, el *calvinismo*, el *anglicanismo*. Pero de estas tres ramas principales parte un sinnúmero de ramas menores, que no tienen entre sí más lazo de unión que el odio a la Iglesia católica.

2° Se llama *Iglesia Griega cismática* la sociedad religiosa separada de la Iglesia Romana por el gran cisma de Oriente. El cisma griego hoy está dividido en tres iglesias independientes, que se hallan en los Balcanes y Turquía, en Grecia y en Rusia.

No hay que confundir la Iglesia griega cismática con la *Iglesia griega unida*; ésta forma parte de la Iglesia católica, aunque tenga su propia liturgia en lengua griega y algunos usos disciplinares diferentes de los de la Iglesia latina.

1° ORIGEN DEL PROTESTANTISMO

1° **Lutero.** – Martín Lutero nació en Eisleben, en Sajonia, el año 1483, de padres pobres, pero buenos católicos. Instruido a expensas de la caridad pública, ingresó, en 1503, en el monasterio de los agustinos de Erfurt, donde fue ordenado sacerdote y recibió el doctorado. En 1508, enviado por sus superiores a la universidad de Wittenberg como profesor de teología, se hizo notar por su amor a las novedades y por un orgullo indomable.

En 1517, León X encomendó a los dominicos la predicación de las indulgencias que concedía a los que contribuyesen con su óbolo a la edificación de la Basílica de San Pedro. Lutero se sintió herido al ver que los dominicos eran preferidos a los agustinos. El P. Tetzl atraía muchísimo auditorio a sus sermones, y la Iglesia de los agustinos quedaba desierta. Lleno de desesperación, Lutero combatió al predicador, después a las indulgencias y, por último, al poder de la Iglesia. El 31 de octubre de 1517 fijó en la puerta de la catedral de Wittemberg, noventa y cinco artículos contrarios a la doctrina católica.

Llamado al orden por sus superiores, derrotado en una conferencia pública por los teólogos, condenado por las universidades de París, de Lovaina y de Colonia, Lutero apela al Papa, en una carta donde dice: *Aprobad o desaprobad como más os plazca, yo escucharé vuestra voz como la misma de Jesucristo.* A los primeros avisos de León X, Lutero apela *del Papa mal informado al Papa mejor informado; después, al futuro Concilio.* Y entretanto, sigue propagando sus errores.

En 1520, León X, después de haber agotado todos los medios de conciliación, condenó a Lutero. En vez de someterse, el monje orgulloso hizo quemar la Bula del Papa en la plaza de Wittemberg. Le siguieron en su rebelión sus dos colegas, *Carlostadio* y *Melancton.*

Calos V, emperador de Alemania, citó al innovador a la dieta de Worms. Lutero, lleno de orgullo y obstinación, declaró que *no sometía su doctrina a nadie*. Desterrado del imperio, se refugió en el castillo de Warstbourg, al lado del Federico de Sajonia, su protector, y desde aquel lugar inundó a Alemania de folletos incendiarios.

Para imponer sus errores al pueblo, alegó la *autoridad de la palabra de Dios*, y no reconoció más REGLA DE FE que la Biblia *interpretada por la razón individual*.

Todas las sectas protestantes han admitido este famoso principio de Lutero, o más bien, esta gran herejía: *la Biblia, y nada más que la Biblia interpretada por el libre examen*; principio absurdo y destructor de toda religión y de toda moral, como lo prueba la experiencia de tres siglos el nombre de **protestantes** para indicar su rebelión contra la autoridad de la Iglesia.

Para hacerse de prosélitos, Lutero halagó las pasiones humanas: ensanchó y facilitó el camino del cielo, que Jesucristo declaró estrecho y difícil. Inventó la *fe justificante*, que debe reemplazar todas las obras penosas y prescritas por la religión. Dijo a los hombres: *Creed que los méritos de Jesucristo os son aplicados, y vivid como más os agrade: PECCA FORTITER ET CREDE FORTIUS, pecad fuertemente, pero creed más fuertemente todavía, y os salvaréis*.

Arrastrado por el rigor de las consecuencias de un falso principio, Lutero pasó de un error a otro. Si *la sola fe justifica*, las buenas obras son inútiles, inútiles los sacramentos; y el monje sajón negó la utilidad de las buenas obras, negó los sacramentos. Sin embargo, por una contradicción evidente, conservó tres de ellos: el *Bautismo*, la *Eucaristía* y la *Penitencia*; sólo que los desnaturalizó. Suprimió la *Confesión*, y para la *Eucaristía* admitió la empanación o la presencia real de Jesucristo en el pan.

Después de una conferencia que, según él declaró, había tenido con el diablo, suprimió el Santo Oficio de la Misa. No se sabe de qué maravillarse más: si de la impudente confesión de Lutero o de la extraña ceguera de los discípulos de este maestro, que, por confesión propia, se instruyó en la escuela del demonio.

Abolió la abstinencia y el ayuno; autorizó el divorcio; predicó el matrimonio de los sacerdotes; abolió los votos de los religiosos, y dio en persona el ejemplo, casándose sacrílegamente con Catalina

Bora, religiosa a la que sacó de su claustro.

Lutero terminó su obra de destrucción tratando de idolatría el culto de los Santos y el de la Madre de Dios, así como "la veneración de las reliquias y de las imágenes. Finalmente, negó el Purgatorio y, por consiguiente, la utilidad de la oración por los muertos.

Atrajo a su causa a los príncipes corrompidos y a los pueblos pobres, ávidos de riquezas, incitándolos al saqueo de los monasterios y de las iglesias. Tal es la obra a que Lutero da, con cínica desvergüenza, el nombre de *reforma*.

Sin embargo, la desesperación devoraba el alma de Lutero. Una noche, Catalina le mostraba las estrellas que brillaban en el firmamento:

— Mira qué hermoso es el cielo — le dijo.

— Sí — replicó Lutero —, pero no es para nosotros.

— ¿Por qué?

— Porque hemos faltado a nuestros deberes.

— Entonces, volvamos al convento.

— No; es muy tarde. El carro está tan atascado, que no puede salir del atolladero.

Lutero quedó en el pantano. Prosiguió su vida de placeres, de orgías y de escándalos. No se avergonzó de escribir sus *Pláticas de sobremesa*, ni de componer un volumen que el pudor se resiste a hojear. *Sus libros son una mancha que denigrará eternamente la literatura alemana y los anales del género humano. Beber bien, comer bien, decía, es el verdadero modo de no aburrirse.*

Después de haber bebido bien, comido suculentemente y blasfemado a su sabor, Lutero murió atiborrado de manjares y de vino a la terminación de un banquete, en 1546. Muchos historiadores afirman que se ahorcó, terminando con el suicidio su triste vida¹⁰¹.

2º **Calvino** nació en Noyón, en 150-3, de padres no muy ricos; la poderosa familia de los Monmorts sufragó los gastos de su educación. Sin estar todavía

¹⁰¹ Véase AUDIN, *Vida de Lutero*. L. D. LOREENZ, *El fin de Lutero*, etc.

ordenado, Calvino poseyó en propiedad el curato de Marteville y después el de PontL'Evéque. Amigo de novedades, devoraba en secreto los escritos de Lutero.

Los escándalos de su vida fueron tales, que se vio obligado a dejar su patria, *marcadas sus espaldas*, según algunos escritores protestantes, *con un hierro candente* en castigo de un crimen abominable contra las buenas costumbres. Después de haber llevado una vida errante, fijó su residencia en Ginebra, ciudad que debía convertirse más tarde en el principal baluarte de la herejía calvinista.

Sectario frío y vengativo, más metódico que Lutero, Calvino supo dar sólida organización a la herejía. Durante treinta años ejerció en Ginebra la tiranía más absoluta y draconiana. ¡Ay del que no pensara como él! Por orden suya, Miguel Servet, aragonés, fue quemado vivo, sin otra razón que la de profesar sus particulares opiniones acerca de la Trinidad; Bolzec fue desterrado; Gentilis y Jacobo Gruet, decapitados, etc. En los dos años, 1558 y 1559, hizo ejecutar a más de cuatrocientas personas. Mandó fijar en la plaza pública unos postes con esta inscripción: *Para el que hable mal de Calvino*.

Aunque tan severo se mostraba con los demás, buscó siempre para sí todos los regalos. Para él habían de ser las comidas más delicadas, los vinos más exquisitos, un pan hecho de flor de harina que se llamaba *el pan del señor*; y con su *pan del señor* y su vino particular tomaba parte en todos los banquetes y se entregaba a todos los placeres.

Acometido de una enfermedad vergonzosa, en 1564, Calvino se vio roído por millares de gusanos; una úlcera asquerosa se cebó en sus entrañas y le causó dolores atroces. Herido de esta suerte por la mano de Dios, se entregó a la desesperación, llamó a los demonios en su auxilio, y expiró vomitando blasfemias contra Dios y maldiciones contra sí mismo.

En 1537, Calvino había hecho imprimir en Basilea su libro *Institución cristiana*, en el que se encuentra el resumen de la herejía calvinista. Como Lutero, Calvino enseña que el hombre no es libre, pero añade que la predestinación y la reprobación son absolutas, y termina por ser fatalista. Según él, nadie puede perder el estado de gracia.

Calvino admite dos sacramentos: el *Bautismo* y la *Cena*, que no es más que una simple ceremonia. Lutero no se había atrevido a negar la presencia real de

Jesucristo en la Eucaristía; Calvino la rechaza, y no ve en la *Cena* más que un recuerdo, y en la Comunión, una comida por la fe.

Calvino suprime todo culto externo y hasta el mismo sacerdocio; reconoce *ministros y 'predicadores*, pero sin ningún carácter de orden: cualquiera puede ser ministro y dejar de serlo; bástale una *delegar don de los ancianos*. ¿Es necesario añadir que en el sistema de predestinación admitido por Calvino, las buenas obras son inútiles?... Es la destrucción de toda moral.

Los principales auxiliares de Calvino fueron Viret, Farel y *Teodoro de Beza*. Este último fue el que introdujo el protestantismo en Francia¹⁰².

3º Enrique VIII. — En la época en que Lutero inauguraba su reforma en Alemania, reinaba en Inglaterra Enrique VIII. Este príncipe, lleno de celo por la religión católica, había escrito contra la herejía un libro, que le valió de parte de León X, en 1521, el título de *defensor de la fe*. Pero, arrastrado por las pasiones, Enrique VIII no dejó a la historia más que el recuerdo de su lujuria, de su tiranía y de sus crueldades.

Después de veinte años de matrimonio con Catalina de Aragón, solicitó de la corte de Roma el divorcio para poder casarse con Ana Bolena, de la que se había enamorado perdidamente. El papa Clemente VII se opuso a las pretensiones del monarca, amonestándole paternalmente al principio, y amenazándole después con la excomunión. El rey, obedeciendo, por una parte, a los impulsos de la pasión y, por otra, a las pérfidas instigaciones de su canciller *Tomás Cromwell*, se atrevió a usurpar el título de *Cabeza Suprema de la Iglesia de Inglaterra* (1532).

Consecuente con tal determinación, declaró nulas las censuras de la Santa Sede, e hizo sancionar su nuevo enlace con su concubina por su indigno capellán *Cramner*, a quien él mismo había nombrado obispo de Cantorbery.

El cisma se había introducido en el reino. Los obispos ingleses se mostraron débiles y tímidos; el Parlamento aprobó la apostasía del soberano. Inmediatamente se dictaron decretos de confiscación. Más de cuatrocientos monasterios fueron clausurados y sus bienes repartidos entre los lores. La prisión, el destierro y la muerte fueron el premio de los que se mantuvieron fieles a Dios y a su Iglesia. Entre las

¹⁰² Véase AUDIN, *Vida de Calvino*.

víctimas de esta persecución, se cuentan veintiún obispos, quinientos sacerdotes y setenta y dos mil fieles. Los dos mártires más ilustres son el cardenal FISHER y el canciller TOMAS MORO.

Enrique VIII trae a la memoria el recuerdo de los más odiosos tiranos de la Roma pagana. Se casó seis veces, repudió dos esposas y mandó otras dos al cadalso. Se cuenta que antes de morir, el 29 de enero de 1547, dijo a sus cortesanos: *Lo hemos perdido todo: el trono, el alma y el cielo.*

A pesar de todo, Enrique VIII no pretendía otra cosa que librarse del Papa: inauguró el cisma sin querer implantar la herejía. El calvinismo fue introducido en Inglaterra, durante la menor edad de Eduardo VI, por *Cramner*; bajo el reino de la cruel Isabel, asesina de María Estuardo, el calvinismo, apoyado y sostenido por el verdugo, se convirtió en religión del Estado, llamada *religión anglicana* (1571).

Tales son los grandes fundadores del protestantismo, a quienes juzga un célebre protestante, *Cobbett*, en los siguientes términos: “Tal vez jamás haya visto el mundo, en un mismo siglo, una cáfila de miserables y de canallas como la formada por *Lulero, Calvino, Zwinglio, Beza* y los otros corifeos de la *Reforma*. El único punto de doctrina en que ellos estaban de acuerdo era la *inutilidad de las buenas obras*, y su vida sirve para confirmar la sinceridad con que habían abrazado este principio”¹⁰³.

El protestantismo cubrió el suelo de Europa de sangre y de ruinas. En Alemania encendió la guerra civil y armó el brazo de los campesinos, que Lutero hizo exterminar después por los nobles. En

Inglaterra suscitó las mismas luchas religiosas: con la reina Isabel hizo pasar por la más terrible de las persecuciones a la antigua *Isla de los Santos*, llevándolo todo a sangre y fuego. Francia fue teatro de guerras sangrientas promovidas por los desórdenes de los **Hugonotes**, es decir, CONFEDERADOS, que querían implantar la herejía por las armas, degollaban sacerdotes y quemaban iglesias y aldeas. *No*, decía Leibnitz, *todas las lágrimas de los hombres no bastarían para llorar el gran cisma del siglo*

¹⁰³ COBBETT, *Historia de la Reforma*, VII.

XVI. Desde entonces, el protestantismo ha sido el auxiliar de las *sectas masónicas*, fautoras de todos los desórdenes y de todas las revoluciones.

2° EL PROTESTANTISMO NO POSEE LAS NOTAS DE LA VERDADERA IGLESIA

I. El protestantismo no tiene la unidad:

1° *Ni en la doctrina*, porque su primer principio, el *libre examen*, no puede producir más que innumerables variaciones. Si se supone que cada uno, sabio o ignorante, puede interpretar la Biblia según sus propias luces o según su propio interés, habrá tantas creencias cuantos individuos: *Quot capita, tot sensus*. Los protestantes jamás han podido formular un *símbolo* admitido por todos. Sin embargo, *la verdad es una*, y Dios no puede revelar cosas contradictorias.

Por eso, entre los protestantes, los hombres juiciosos y lógicos, o se convierten al catolicismo o caen en el racionalismo.

No hay término medio: o Jesucristo es Dios o no lo es.

a) Si Jesucristo es Dios, su doctrina es necesariamente una: Dios no se suma, Dios no varía; *su verdad permanece eternamente*. Es así que el protestantismo profesa las creencias más diversas y más contradictorias; luego no es divino.

b) Si Jesucristo no es Dios, toda religión sobrenatural cae por tierra, y no quedan más que el racionalismo y el ateísmo.

En vano intenta Jurieu sostener que la unidad necesaria a la Iglesia consiste en entenderse sobre los *artículos fundamentales*. Este sistema es arbitrario, contradictorio, impracticable.

Arbitrario, porque en una *religión revelada todo es fundamental*; en ninguna parte de la Escritura se lee que sea permitido a cada individuo elegir entre sus dogmas y preceptos.

Contradictorio, porque, según este sistema, los protestantes están obligados a recibir en su comunión a todas las sociedades cristianas y aun a la Iglesia católica: es inútil entonces rebelarse contra ella.

Impracticable: si hay artículos fundamentales, ¿cuáles son? Las verdades claramente expresadas en la Biblia. ¿Cuáles?... Los protestantes de Francia, reunidos en sínodo, en 1873, no pudieron ponerse de acuerdo ni aun acerca de la verdad fundamental de la *divinidad de Jesucristo*. Y sin embargo, ¿qué hay más claro en el Evangelio?...

2° *Ni en el culto*. Los protestantes carecen de culto: por lo pronto no tienen *sacrificio*. Los pueblos más bárbaros tienen sus sacrificios; los protestantes edifican templos, mas no erigen altar. El templo sin altar no es un edificio consagrado a Dios. En cuanto a los *sacramentos*, algunas sectas no admiten más que el *Bautismo*; otras le añaden la *Cena*, insulsa falsificación de la Eucaristía.

3° *Ni en el gobierno*. Desde el principio, el protestantismo ha rechazado toda *autoridad docente*, toda jerarquía. Está fraccionado en una multitud de sectas independientes, separadas por las creencias y frecuentemente empeñadas con encarnizamiento en su destrucción. Sólo un lazo las unifica: el odio mutuo al Papado, centro visible de la Iglesia católica.

En el protestantismo no hay *iglesias*, es decir, *saciedades religiosas*. Para una sociedad se necesita la autoridad que ligue entre sí las inteligencias, las voluntades y los corazones. Si no existe la autoridad de una cabeza, no hay más que miembros dispersos y, por lo tanto, no existe cuerpo moral, no hay sociedad. El protestantismo es una torre de Babel, donde reina la confusión y la, anarquía.

II. El protestantismo no tiene la santidad:

1° *Ni en sus fundadores*, que fueron todos hombres de conducta infame y escandalosa. Basta este carácter para juzgar esa religión. Dios no se sirve de gente corrompida para desempeñar una misión tan importante como la de reformar su Iglesia.

2° *Ni en su doctrina*. Los principios del protestantismo llevan a todos los crímenes y los justifican todos. ¿Hay algo más inmoral que los primeros principios de sus fundadores: *el hombre no es libre; las buenas obras son inútiles; la fe basta para salvarnos, por grandes que sean los crímenes que uno cometa*, etc.? La conciencia se subleva contra estas abominables teorías. Por eso, los protestantes son indefinidamente

mejores que sus principios, a causa de que éstos no han podido extinguir en ellos las luces de la ley natural.

El protestantismo, así como carece de unidad en sus creencias, tampoco tiene *moral común y obligatoria para todos*: cada cual, interpretando la Biblia *según las luces de la propia razón*, traza y modifica su moral en conformidad con sus deseos corrompidos. Y esto explica que algunos protestantes hayan llegado hasta negar las verdades que sirven de base a la moral, como la *inmortalidad del alma*, la *existencia del infierno eterno*...

Además, el protestantismo ha rechazado todos los medios de santificación: el *ayuno*, la *abstinencia*, las *mortificaciones*, los *consejos del Evangelio*, el *culto de la Santísima Virgen*, etc. Negando la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, ha cegado la fuente de las grandes abnegaciones y de las virtudes heroicas. No crecen en su campo las tres hermosas flores de la vida cristiana: la *humildad*, la *virginidad*, la *pobreza voluntaria*. Ha rebajado por doquier el nivel de la moral del pueblo, suprimiendo el *freno de la confesión* y los auxilios del culto.

3° *Ni en sus miembros*. No ha producido *ningún santo* cuya santidad esté comprobada con *milagros*. El dicho de Erasmo se cumple siempre: "Hay cristianos que se han hecho peores con los protestantes; pero no encontramos ninguno que se haya hecho mejor. Sólo los *malos católicos* se pasan al protestantismo; y, al contrario, los *mejores protestantes* se hacen católicos. El vicio atrae como la virtud, y cada uno va a la religión que se le asemeja".

Según un proverbio inglés, *cuando el Papa escarda su jardín, arroja las malas hierbas a los protestantes*; el protestantismo es la cloaca del catolicismo. Es un hecho confirmado por la experiencia.

Lutero y Calvino hubieran deseado hacer *milagros* para probar su misión, pero no se hacen milagros como se hacen cismas. Erasmo se mofaba de estos pretensos reformadores, *incapaces todos juntos de sanar a un mal caballo cojo*.

"Lutero ensayó una vez exorcizar a un poseído, y el demonio estuvo a punto de estrangularle. Calvino quiso un día hacer un pequeño milagro. Pagó a un hombre llamado Brule, para que se hiciera el muerto y resucitara cuando él se lo mandara. Calvino, seguido por una muchedumbre curiosa, llega junto al fingido muerto, y dice en voz alta: ¡*Brule, en nombre de Jesucristo, levántate!* El compadre no contesta. La

esposa de Brule se aproxima para sacudirle, pero estaba muerto, castigado por la Justicia divina. La pobre mujer lanza gritos desesperados y cuenta lo que había pasado. Calvino huyó temblando de miedo y de vergüenza. Este hecho se divulgó por todas partes". — (SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO)

III. El protestantismo no tiene la catolicidad:

1° *Ni la del tiempo.* Data del siglo XVI.

2° *Ni la de los lugares.* No se extiende sino a los países donde se impuso violentamente, y se halla dividido en numerosas sectas. Cada una, tomada separadamente, no ocupa más que un pequeño rincón del globo: los *luteranos*, en Alemania; los *calvinistas*, en Suiza y Francia; los *anglicanos*, en Inglaterra; los *presbiterianos*, en Escocia, etc. El protestantismo no está extendido por toda la tierra.

3° *Ni la del número.* La Iglesia Romana sola es cinco veces más numerosa que todas las sectas protestantes reunidas. *Es la misma en todas partes*, y, al contrario, el protestantismo es *diferente en todas partes*. Impotente para constituir una sociedad universal, no puede atribuirse con justicia el título de católico.

IV. El protestantismo no tiene la apostolicidad:

1° *Ni la de origen.* Sus autores, Lutero, Calvino, etc. están separados de los apóstoles por un intervalo de quince siglos.

2° *Ni la de doctrina.* Los apóstoles no han transmitido más que una sola e idéntica doctrina, los mismos sacramentos, el mismo culto; en todo lo cual, el protestantismo ofrece infinitas divergencias. Ningún hombre de buen sentido creerá jamás que los apóstoles hayan enseñado creencias contradictorias.

Las doctrinas protestantes *vivían* diariamente y se podría continuar la obra inmortal de Bossuet: *Historia de las variaciones protestantes*. La doctrina de los apóstoles, como la de Jesucristo, es inmutable.

3° *Ni la de misión.* Los fundadores del protestantismo no recibieron su *misión* ni de los sucesores de los apóstoles ni *directamente* de Jesucristo. ¿Quién, pues, les dio el poder de predicar el Evangelio?...

Para refutar a todos los protestantes pasados, presentes y futuros, basta plantearles la cuestión que planteaba Tertuliano a los innovadores de su tiempo: *¿Quiénes sois vosotros, y de dónde venís?* Al principio estabais en el seno de la Iglesia Romana; cuando- la dejasteis, ¿quién os dio la misión de predicar estas nuevas doctrinas? Todo aquél que *habla en nombre de Dios* debe ser *enviado por Dios*. Probad, pues, vuestra misión.

Hay dos géneros de misión: una *ordinaria* y otra *extraordinaria*. La misión ordinaria es aquélla en cuya virtud los sacerdotes son enviados por el Papa en el mundo entero, o por los obispos en sus diócesis, a propagar la fe.

Los innovadores no pueden atribuirse la *misión ordinaria*, porque fueron excomulgados por el Papa y condenados por los obispos.

¿Recibieron acaso una *misión extraordinaria?* Tal misión no es legítima, si no se prueba con una *eminente santidad de vida* y con *milagros*. Así es como San Pablo probaba su misión: *Aunque nada soy, con todo, yo os he dado claras señales de mi apostolado con manifestar una paciencia a toda prueba, con milagros, con prodigios y con maravillas del poder divino*²⁶.

Pues bien, ¿dónde están los *milagros obrados* por los fundadores del protestantismo?...

No habiendo recibido ni *misión ordinaria* ni *misión extraordinaria*, no son pastores legítimos; son *intrusos*, lobos rapaces introducidos en el rebaño²⁷.

3º EN SU REGLA DE FE, EL PROTESTANTISMO CONTRADICE A

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Fácil cosa es convencer de error al protestantismo, mostrándole que su regla de fe es contraria a la voluntad de Jesucristo. La *regla de fe* del protestante es ésta: *La Biblia, y nada más que la Biblia, libremente interpretada por cada individuo*. -

1º *Esta regla de fe está condenada por la Biblia misma*. Nuestro Señor Jesucristo *predicó*, pero no dejó nada escrito. No dijo a sus apóstoles: **Id, escribid, vended Biblias por las calles**, sino que les dijo: **Id, enseñad a todas las naciones, predicad el Evangelio... El que creyere se salvará: el que no creyere se condenará... Quien a**

vosotros oye, a Mí me oye... Luego la Biblia no es la regla de fe establecida por Jesucristo; Él no manda leer la Biblia, sino escuchar a los apóstoles.

Los apóstoles **predicaron**: por medio de la **predicación** propagaron la fe en el mundo. Sólo más tarde, algunos de ellos escribieron los *libros del Nuevo Testamento*. La Iglesia existió mucho antes que los Evangelios. ¿Cuál era entonces la regla de fe de los primeros cristianos? . . . Por lo demás, la Biblia no puede ser una regla de fe, porque los libros que la componen no son un *catecismo*, una enseñanza religiosa, clara y completa. Los Evangelios, los Hechos de los Apóstoles, son simples narraciones presentadas a los fieles para su edificación. Las Epístolas son fragmentos sueltos, respuestas a cuestiones particulares. Jamás pretendieron los apóstoles dar en esos fragmentos escritos un código de enseñanza completo, una fórmula de fe.

²⁶ 2 Cor., XII, 11 y 12.

²⁷ Los incrédulos y racionalistas de nuestros días tienen complacencias particulares para los protestantes. Consideran a Lutero y a Calvino como a sus legítimos antecesores, y con razón. La incredulidad que asola a nuestra sociedad moderna es la consecuencia lógica, fatal, de la rebelión religiosa del siglo XVI.

El protestante, en nombre del libre examen, rechaza una parte de las verdades cristianas que la Iglesia enseña al mundo en virtud de la autoridad de Cristo. El incrédulo, en nombre del libre examen, va más lejos y rechaza el conjunto de esas verdades. El principio es el mismo de una y otra parte; es la razón individual que ocupa el lugar de la fe, es decir, de la sumisión del espíritu a la autoridad de Dios. El protestante, sépalo o no, es un incrédulo en germen; y el incrédulo, un protestante perfecto.

—Para descristianizar a Europa, basta protestantizarla. Las sectas protestantes son las mil puertas abiertas para salir del Cristianismoll . - ED. QUINET.

Fuera de eso, los escritores sagrados ponen en la misma categoría la *enseñanza escrita* y la *enseñanza oral*. Declaran que no han escrito más que una pequeña parte de las enseñanzas del Salvador²⁸, y demandan el mismo respeto para lo que enseñan de *viva voz*, que para lo que han consignado en sus escritos. *Retened*, dice San Pablo, *la doctrina que habéis aprendido, ya sea de palabra, ya por nuestra carta*²⁹. Y a Timoteo: *Y lo que has oído de mí ante muchos testigos, confíalo a hombres fieles que sean aptos para enseñar a otros*³⁰. Luego la Escritura santa no contiene todo lo que hay que creer y practicar, puesto que los apóstoles nos ordenan conservar las tradiciones.

2° *La regla de fe los protestantes es imposible*. Antes de la invención de la imprenta, los manuscritos de la Biblia eran raros y costosos. Durante estos catorce siglos, la inmensa mayoría de los fieles fueron instruidos más por la predicación que por la Biblia. Si la Biblia es necesaria, estos cristianos no tuvieron regla de fe. Pues bien, la historia certifica que esos cristianos no valían ciertamente menos que los protestantes de ahora.

Aun en nuestros días, la Biblia no puede ser la única regla de fe. Unos no saben leer; otros carecen de oportunidad para ello. Los ignorantes, y los pobres no podrían salvarse, si la salvación estuviera vinculada a la lectura de la Biblia. Y tan lejos está de ser así, que Jesucristo dio, como señal de su misión divina, precisamente la *Evangelizarían de los pobres*.

Entre los protestantes, *los hechos* están en oposición con la teoría. Entre ellos, como entre nosotros, los niños reciben su instrucción religiosa en la *familia*, por conducto de los padres; en las *escuelas*, por los maestros; en los *templos*, por los pastores. Entre ellos, como entre nosotros, los niños, antes de saber leer, aprenden los primeros rudimentos de la doctrina cristiana, el Símbolo de los Apóstoles y el Decálogo. Su creencia se funda en estas enseñanzas recibidas y no en la lectura de la Biblia. La mayoría de ellos creerá toda la vida lo que ha creído en su infancia... Además, ¿no tienen los protestantes *ministros* para explicar la Biblia en sus templos? Luego, entre ellos, la Biblia no es la ÚNICA REGLA DE FE.

3° *El protestantismo no viene de Dios*. Toda religión que no produce algún Santo, que no es confirmada por algún milagro, no puede venir de Dios. El *milagro*, según hemos demostrado (N° 85), es el *sello*, la *firma*, que Dios imprime a su religión. Pues bien, el protestantismo, en tres siglos que tiene de existencia, no ha podido producir un solo Santo ni puede presentar ningún milagro. Luego no viene de Dios.

²⁸ Juan, XXI,

25.

²⁹ 2 Tes., II,

14. ³⁰ 2 Tim., II,

2.

El protestantismo es obra del demonio, padre de la mentira, enemigo de Dios y de los hombres. Ved de || ello || una || prueba || manifiesta: || “El protestantismo rechaza todo lo que es consolador, tierno y afectuoso en la religión: la *adorable presencia* de Jesucristo en el sacramento de su Amor; el *tribunal de la misericordia* y del perdón; la *devoción* a la Santísima Virgen María, esta dulce Madre del Salvador que Él nos dio por Madre en el momento supremo de su muerte; la *invocación* de los Santos, nuestros hermanos mayores, nuestros amigos, que ya se hallan en la patria, adonde nos llaman y donde nos esperan; la *oración* por || los || difuntos, || etc.” — (MONS. DE SEGUR). Por eso los protestantes que conocen y aman a Dios se hacen católicos.

OBJECIÓN. — Los protestantes dicen: *Nosotros no queremos como regla de fe más que la palabra de Dios, la Biblia, toda la Biblia, nada más que la Biblia.*

R. 1º ¿Cómo sabéis vosotros que la Biblia es la *Palabra de Dios*? Os desafiamos a que lo sepáis sin recurrir a la autoridad de la Iglesia católica. Es indudable que vosotros demostraréis, como nosotros lo hemos hecho, que los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento son *auténticos y verídicos*; pero, ¿cómo probáis que son *divinos, escritos por inspiración divina*? No lo podéis hacer sin recurrir a la autoridad de la Iglesia. San Agustín tenía razón cuando decía: *Yo no creería en el Evangelio, si la autoridad de la Iglesia católica no me moviera a ello.*

2º Admitamos que la Biblia sea la *palabra de Dios*; y, ¿cómo probaréis que la *traducción de los Libros Santos* es fiel y está libre de errores? El original de la Biblia está escrito en dos lenguas: en *hebreo* y en *griego*. Se han hecho diversas traducciones, ¿cuál será la verdadera? ¿Quién os probará que vuestra Biblia está bien traducida y que reproduce fielmente la palabra de Dios? Un proverbio dice:

“Los traductores son generalmente traidores: *traductor, traditor*”.

Vosotros no podéis, pues, saber si vuestra Biblia está bien traducida, sin una *autoridad infalible*; y autoridad infalible no la hay sino en la Iglesia Romana.

Hacéis mal en echar en cara a los católicos el que crean en la palabra de los sacerdotes *enviados por Dios* para enseñar, cuando vosotros creéis en la palabra de un traductor sin mandato, sin misión, cuando vosotros recibís su palabra humana como palabra divina...

3º Aunque concediéramos que vuestra Biblia *esté fielmente traducida*, ¿cómo probaréis que acertáis a interpretar el *sentido verdadero de las Escrituras*? Tenedlo presente: una falsa interpretación de la palabra sagrada hace del Evangelio de Cristo el Evangelio del hombre. La Biblia es oscura en "muchas partes; la inteligencia humana está sujeta a error y, *de hecho*, frecuentemente se equivoca. Así, para no citar más que un ejemplo, estas palabras de Nuestro Señor Jesucristo: *Este es mi cuerpo*, Lutero las entiende del cuerpo de Jesucristo, mientras Calvino no ve en ellas más que una figura. ¿Cuál de los dos ha dado con el verdadero sentido de la palabra divina?.

..

No se puede estar cierto de poseer el verdadero sentido de la Biblia, sin la decisión de un *juez infalible*. Si ese juez falta, tendréis siempre tantas creencias cuantas interpretaciones individuales, y nunca estaréis seguros de comprender la palabra de Dios.

4° Me diréis, finalmente: “*Estamos iluminados por la luz interior del Espíritu Santo...*”. No basta afirmarlo, hay que probarlo. Si el Espíritu Santo os inspira, ¿por qué entendéis las palabras de la Biblia los unos en un sentido y los otros en otro? ¿Puede contradecirse el Espíritu Santo? Es un Espíritu Santo un tanto raro el vuestro...

Vosotros echáis en cara a los católicos el que crean en la *infalibilidad de un Papa*, y a la vez, os transformáis en otros tantos *papas infalibles* para interpretar la palabra de Dios... No, no está permitido a todo el mundo interpretar la Biblia, porque, dice San Pablo: *Dios ha dado a los unos el ser apóstoles, a otros el ser profetas, a otros el ser evangelistas, a otros el ser pastores y doctores*¹⁰⁴.

Se debe preguntar el sentido de la Biblia a aquéllos que tienen la misión de enseñar: *Los labios del sacerdote serán los depositarios de la ciencia, y su palabra dará el conocimiento de la ley*¹⁰⁵.

5° Vosotros pretendéis aceptar *la Biblia, toda la Biblia*, etc. Pluguiése a Dios que así fuera, pues entonces seríais católicos. La Biblia enseña que Jesucristo *estableció una Iglesia*, y que en esa Iglesia ha constituido *una, autoridad doctrinal infalible* a la que debemos obedecer: *Id*, decía Nuestro Señor Jesucristo a sus apóstoles, *enseñad a todas las naciones... El que creyere se salvará y el que no creyere se condenará...* Luego todo aquél que no obedece a los apóstoles y a sus sucesores, debe *ser considerado como gentil y publicano...*

CONCLUSIÓN. — Ojalá tuvieran presente nuestros hermanos caídos en extravío que sus *antepasados eran católicos* y que, haciéndose ahora católicos ellos también, no cambiarán de religión: no harían más que volver al seno de la Iglesia, de la que un día, desgraciadamente, desertaron sus padres¹⁰⁶.

¹⁰⁴ Efes., IV, 11.

¹⁰⁵ Malaquías, II, 7.

¹⁰⁶ Fara todas las objeciones protestantes, consúltese a MONS. DE SEGUR, *Diálogos sobre el -protestantismo*.

4° LA IGLESIA GRIEGA CISMÁTICA NO POSEE LAS NOTAS DE LA VERDADERA IGLESIA

Origen del cisma de Oriente. — En 857, el emperador griego Miguel, llamado el beodo, y su ministro Bardas, expulsaron de su sede de Constantinopla a San Ignacio, que reprendía sus crápulas. Lo reemplazaron por un hombre hechura suya, *Focio*, quien en seis días recibió, sacrílegamente, todas las órdenes de la Iglesia. Este indigno usurpador se sublevó contra el Papa y se declaró *patriarca universal*. “Era el hombre más artero y sagaz de su época; hablaba como un santo y obraba como un demonio”. Su tentativa fracasó. Fue encerrado en un monasterio, donde murió en 886.

Sus sucesores, alentados por los emperadores de Constantinopla, no dejaron de aspirar al título de patriarca universal. Por fin, uno de ellos, *Miguel Cerulario*, se rebeló abiertamente contra la autoridad del Papa, que le excomulgó en 1054. El cisma estaba consumado.

Más tarde, la reconciliación se llevó a cabo, y *fue solemnemente proclamada en el Concilio de Florencia*, que se celebró el año 1439; pero la mala voluntad del clero de Constantinopla hizo poco menos que nulo el resultado de esta unión.

Desde entonces, la Iglesia cismática se dividió en tres ramas principales: la *Iglesia de Constantinopla*, la *Iglesia griega* y la *Iglesia rusa*, la más importante de todas. A la primera se agregaron, por lo menos aparentemente, las Iglesias de Antioquía, de Jerusalén y de Alejandría.

Rusia recibió la fe cristiana bajo el reinado de la princesa Olga, regente del reino de 945 a 955, y fue convertida definitivamente en tiempo de Vladimiro el Apostólico, en 986, por San Cirilo y San Metodio. La Iglesia rusa dependió mucho tiempo del patriarca de Constantinopla, que en 1589 elevó al obispo de Moscú a la dignidad de patriarcal. Más tarde, Pedro el Grande se apoderó de la autoridad religiosa, se declaró jefe espiritual de todas las Rusias y fundó el *Santo Sínodo* para gobernar la Iglesia nacional.

La Iglesia cismática entera conserva todavía inalterados los dogmas de la fe que tenía antes de la separación y que son casi los mismos que profesa la Iglesia Romana.

Las principales divergencias son éstas:

- a) Los griegos sostienen que el Espíritu Santo procede del Padre y no del Hijo, y rechazan la palabra *Filioque*.
- b) No reconocen la autoridad suprema del Papa.
- c) Sus patriarcas y obispos están sometidos a la ley del celibato, pero a los presbíteros les está permitido el matrimonio, siempre que haya sido contraído antes de la recepción de las órdenes sagradas. Hay con ello más de lo necesario para declararlos, a la vez, cismáticos y herejes.

1º La Iglesia griega cismática no es una. — No tiene la *unidad de gobierno*, puesto que sus diversos patriarcas son iguales entre sí e independientes los unos de los otros. Cada patriarcado forma hoy una Iglesia distinta. La dependencia de los patriarcas de Jerusalén, de Antioquía y de Alejandría, respecto del de Constantinopla, no es más que nominal. Patriarcas y obispos dependen del jefe del Imperio turco; la Iglesia rusa ha estado hasta ahora sometida al zar, como si los soberanos laicos pudieran ser los pastores de la Iglesia de Cristo. El clero cismático no quiere obedecer al Papa, sucesor de San Pedro, pero no se avergüenza de ser esclavo del sultán o del zar. ¡Terrible pero justo castigo de la justicia divina!

2º La Iglesia griega cismática no es santa. — a) *Ni en sus fundadores.* Focio y Miguel Cerulario no eran más que unos intrigantes y ambiciosos.

b) *Ni en sus miembros.* Los Santos que venera estaban canonizados antes del cisma. La tierra que produjo los Atanasios, los Cirilos, los Crisóstomos, los Basilio, los Gregorios Naciancenos, es estéril en SANTOS y en grandes obras. Los *milagros* han dejado de manifestar la asistencia divina.

El clero, sometido por completo al poder civil, desprovisto de ciencia, autorizado a casarse, ha perdido todo su prestigio. Su influencia es nula; las poblaciones ignorantes vegetan en el decaimiento moral. Estas iglesias, caídas en un estado tan miserable después que dejaron a Roma, son manifiestamente falsas. El cisma griego, separado del tronco vivo de la Iglesia católica, es una rama cortada, sin savia, muerta.

3° No es católica. — a) *Ni por la duración.* El cisma comenzó en el siglo IX, y no se consumó hasta mediados del XI, el año 1054.

b) *Ni por la extensión.* Está confinada a Turquía y a los Balkanes, Grecia y Eusia,

4° No es apostólica. — a) *Ni por la doctrina,* porque ha variado en la fe heredada de los apóstoles al rechazar el *primado del Papa* y la procesión del Espíritu Santo, dos dogmas que había admitido durante más de diez siglos.

b) *Ni por la misión.* Después del cisma, sus pastores han perdido *toda misión y toda, jurisdicción:* han dejado de ser los legítimos sucesores de los apóstoles.

El papa León XIII hizo frecuentes llamamientos a las pobres iglesias cismáticas, a fin de volverlas a la vida. Su amor a la Santísima Virgen y a la Eucaristía es la prenda de esperanza de su vuelta a la unidad. Los griegos tienen a la PANAGIA, es decir, a la *Santa Madre de Dios*, una gran devoción. Su *Icón* o *imagen sagrada* está pintada en todos los templos, y le rezan-con fervor. La EUCARISTÍA es consagrada por los sacerdotes y conservada en los altares. Jesús y María ¿no se compadecerán de estas pobres almas, cuya mayoría, sobre todo en el pueblo, está de buena fe? No se trata más que de volver a la doctrina de los grandes Doctores de Oriente, de los Atanasios, de los Gregorios, de los Crisóstomos, de los Cirilos, todos los cuales permanecieron inviolablemente unidos a la Sede Romana.

CONCLUSIÓN GENERAL. — La verdadera Iglesia de Jesucristo, según el Evangelio y la tradición, debe ser una, santa, católica, apostólica. Así lo declara el Concilio general de *Nicea*, admitido por todas las Iglesias que se dicen cristianas. Las sectas protestantes y las Iglesias cismáticas no tienen ninguna de estas cualidades; por consiguiente, no son, no pueden ser la verdadera Iglesia de Jesucristo.

Por el contrario, la Iglesia católica es estrictamente una en su fe, en su culto, en su gobierno; santa en su fundador, en su doctrina, en sus miembros; católica en el tiempo y en el espacio; apostólica en su doctrina, misión y sacerdocio. Luego es la verdadera Iglesia de Jesucristo.

“¡Dichosos || los || cristianos || a || quienes || la || Providencia || hizo || nacer || en || un || país || católico! Es una gracia que no se puede apreciar sino poniéndose en el lugar de las infortunadas víctimas del cisma y de la herejía. ¿Qué queréis que sean, en esas religiones degradadas, con tan pocos auxilios espirituales, aun las almas rectas y

buenas? Boguemos a Dios que estos hermanos, separados de nosotros por circunstancias desgraciadas, lleguen a conocer la verdad y tengan el valor de seguirla". —

(PORTAIS)

NECESIDAD DE PERTENECER A LA IGLESIA CATÓLICA

156. P. *¿Es necesario para salvarse pertenecer a la Iglesia católica?*

R. Sí, porque Jesucristo ordena a todos los hombres que formen parte de su Iglesia, bajo pena de condenación eterna.

1° Él dijo a los príncipes de su Iglesia: *Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura; el que creyere será salvado, y el que no creyere será, condenado. Quien a vosotros oye, a Mí me oye; quien os desprecia, a Mí me desprecia y desprecia también a mi Padre, que me ha enviado... Si alguien no escucha a la Iglesia, sea para vosotros como gentil y publicano.*

Según estas palabras, la Iglesia es la *autoridad viviente*, establecida por Jesucristo para que le represente en el mundo. Es así que todo hombre debe sujetarse a la autoridad establecida por Dios para que lo represente en la tierra, como un súbdito está obligado a obedecer a los representantes de su soberano. Luego todos los hombres están obligados a someterse a la Iglesia. — (Véase núm. 140)

2° Para salvarse hay que creer lo que Jesucristo enseña, hacer lo que manda y recibir de Él la vida de la gracia. (Es así que sólo en la Iglesia católica se cree en la doctrina de Cristo, se practican sus preceptos y se recibe su gracia. Luego es necesario para salvarse pertenecer a la Iglesia católica. Ella es el camino fijado por Dios para conducir a los hombres a la salvación. Todo el que rehúsa seguir este camino se pierde.

3° Jesucristo es el *único mediador* entre su Padre y nosotros; la

Iglesia es la *única medianera*, entre nosotros y Jesucristo. Es, pues, necesario entrar en la Iglesia para ir a Jesucristo, para ir a Dios. — (Véase núm. 134)

Por consiguiente, quienquiera que, *voluntariamente*, permanezca fuera de la Iglesia católica, no puede llegar a la salvación. “No puede tener a Dios por Padre quien no tiene a la Iglesia por Madre”.

Esta necesidad de pertenecer a la Iglesia católica no es más que una consecuencia de las demostraciones precedentes.

Una religión es necesaria al hombre: una sola religión es verdadera; la religión cristiana es esta religión verdadera y divina; luego hay que seguir y practicar la religión cristiana.

Es así que la religión cristiana no se halla sino en la verdadera Iglesia de Jesucristo, en la Iglesia católica, puesto que ella ha recibido el depósito de los dogmas y de los preceptos revelados por Jesucristo, y que sólo ella posee derecho y poder de comunicar la gracia, fruto de los méritos del Redentor. Luego es necesario, bajo pena de muerte eterna, entrar en la Iglesia católica tan luego como se hayan conocido su origen, su misión y su autoridad divina.

1° Jesucristo ordena a sus apóstoles que iluminen a los hombres con la predicación del Evangelio, que los santifiquen con los sacramentos y los dirijan por medio de leyes. Al mismo tiempo impone a los hombres la obligación de obedecer a los Pastores de la Iglesia como a Él mismo: *Quien a vosotros oye, a Mí me oye*, etc. Todos los hombres, por tanto, están obligados, por un *precepto formal* de Jesucristo, a escuchar a aquéllos que enseñan en su nombre, a recibir de sus manos la vida de la gracia encerrada en los sacramentos, a obedecer sus preceptos, bajo pena de *depreciar* al Hijo de Dios y a su Padre, que le envió a la tierra para salvar a los hombres. *Todo el que creyere* en la palabra de los apóstoles y *fuere bautizado, se salvará: todo el que no creyere, será condenado*.

2° *Para ir al cielo hay que seguir el camino trazado por Dios*. Oigamos a un ilustre orador moderno: “Para entrar en posesión de la felicidad sobrenatural, Dios puede señalarnos una *ruta especial y única*. Él tiene el derecho de subordinar la conquista de esa felicidad a cierto conjunto de condiciones obligatorias; si nosotros no las cumplimos, si no marchamos por el sendero que nos trazan, tendrá pleno derecho para desheredarnos del trono que nos ha prometido en el cielo.

“¿Hay nada más legítimo?, pregunto yo. — Soldados, ¿veis ese fuerte?

“Mañana tendréis que apoderaros de él por asalto. — ¿Por qué lado, capitán? — Por el Norte: es la única parte por donde es accesible, y, además, ésta en mi voluntad. — Entendido —. Y los soldados obedecen.

“Ahí || tenéis || el || poder || de || un || general, || ahí || tenéis || la || obligación || de || un || ejército. Ya lo habréis comprendido, señores: el ejército somos nosotros; el fuerte es la meta inmortal a la cual aspiramos; el general es Dios. Él tiene sobre nuestros destinos un dominio absoluto. Libre para fijar nuestras glorias y nuestras alegrías futuras, no lo es menos para fijar el *camino* que debe conducirnos a ellas. Si le place decirnos: *Tú pasarás por allá, y nada más que por allá*, tan luego como sus planes nos sean anunciados no tenemos que replicar ni una palabra. No podemos decirle: *No puedo*; Él no manda lo imposible. No podemos decirle: *Eso no me gusta*; no le corresponde a Él acomodarse || a || nuestros || caprichos, || sino || a || nosotros || el || acatar || sus || voluntades”

107.

Ahora bien, la Iglesia católica es el *único camino* trazado por Dios para ir al cielo. Cualquiera que rehúse creer en sus dogmas, recibir sus sacramentos, seguir sus preceptos, será condenado. El triple poder conferido por Nuestro Señor Jesucristo a su Iglesia es una prueba evidente de la voluntad divina. Él le ha dado un *poder doctrinal* para enseñar las verdades reveladas, un *poder sacerdotal* para conferir la gracia, un *poder pastoral* para regir la sociedad de las almas. Los que se niegan a someterse a este triple poder de la Iglesia, viven lejos de la salvación, como los paganos o adoradores de ídolos y los publicanos o pecadores impenitentes. — (Véase núm. 145)

3° Nuestra salvación no viene sino de Jesús: *Yo soy el camino, la verdad y la vida*, dice Él; *nadie llega al Padre sino por mí*¹⁰⁸. *El que en Mí no estuviere, será echado fuera, como sarmiento, y se secará, se le arrojará al fuego, y se quemará*¹⁰⁹. *Y no está en otro alguno (fuera de Jesús) la salvación, porque otro NOMBRE no hay debajo del cielo dado a los hombres en el cual podamos ser salvos*¹¹⁰. Luego Jesucristo es el ÚNICO MEDIADOR entre su Padre y nosotros.

¹⁰⁷ MONS. PLANTIEB, Adviento de 1847.

¹⁰⁸ Juan., XIV, 6.

¹⁰⁹ Id., XV, 6.

¹¹⁰ Act., IV, 12.

La Iglesia no es más *que una sola cosa* con Jesucristo. Es Jesucristo mismo prolongando su encarnación entre los hombres.

La Iglesia continúa en la tierra la *misión* de Jesucristo. *Como mi Padre me ha enviado, así yo os envío*; mi Padre me ha enviado para salvar al mundo, yo también os envío para salvar a los hombres de todos los tiempos y de todas las naciones. No hay, pues, salvación posible fuera de la Iglesia.

La Iglesia es el *cuerpo* de Jesucristo, el complemento de Cristo, su desenvolvimiento al través de los siglos. *Nadie*, dice San Agustín, *puede obtener la vida eterna si no tiene a Cristo por cabeza, si no pertenece a su cuerpo, que es la Iglesia*. Pero así como en un cuerpo sólo los miembros que lo constituyen están sometidos a la influencia de la cabeza, mientras los miembros extraños no pueden participar de su vida, así también los miembros extraños a la Iglesia no pueden recibir la gracia y la vida que Jesucristo, Cabeza de la Iglesia, comunica a sus miembros.

La Iglesia es la *esposa* de Jesucristo de la manera que Eva, la esposa del primer Adán, es la madre de todos los hombres; la Iglesia, esposa del segundo Adán, debe ser la madre de todos los escogidos. Esta es la enseñanza de todos los Santos Padres. *“Si alguien vive fuera de la Iglesia, dice San Agustín, no es del número de los hijos; y no queriendo tener a la Iglesia por Madre, no tendrá a Dios por Padre: Nec habebit Deum Patrem qui Ecclesiam noluerit habere matrem.”* Aquél, dice San Cipriano, que abandona la Iglesia de Jesucristo, no llegará a las recompensas de Jesucristo. *Ato, no, puede tener a Dios por Padre, el que no tiene a la Iglesia por Madre”*.

Además de esto, todos los Santos Padres emplean la comparación del *Arca de Noé*. Ninguno de los que no entraron en el Arca de Noé se salvó; tampoco se salvará nadie que no entre en la Iglesia católica. La máxima, pues, *Fuera de la Iglesia, no hay salvación*, resulta de las palabras del Evangelio, de los escritos de los Santos Padres y de toda la tradición cristiana.

CONCLUSIÓN. — El hombre no es libre para elegir entre las varias sectas cristianas y la Iglesia católica. Sostener lo contrario sería afirmar, o que Jesucristo, al fundar su Iglesia, hizo una *obra perfectamente inútil*, lo que es una blasfemia, o que *todas las religiones son buenas*, lo que es un absurdo manifiesto, puesto que de dos creencias opuestas una necesariamente es la verdadera; y sería impío suponer que Dios pueda permanecer indiferente entre el error y la verdad. — (Véase núm.

71)

159. P. ¿Qué significa la máxima: Fuera de la Iglesia no hay salvación?

R. 1º Esta máxima no significa: *Todo el que no sea católico será condenado*; sino que, siendo *obligatoria* para todos la religión católica, el que rehúsa instruirse acerca de ella, o abrazarla una vez conocida, *peca gravemente* y se hace acreedor a la condenación eterna.

2º En cuanto a los que no conocen a la Iglesia, si observan la ley natural grabada en su corazón, si cumplen con los deberes que les dicta la conciencia, Dios, que quiere la salvación de todos, les dará las luces y gracias necesarias para conseguir la salvación. Estos tales se salvarán por el *deseo implícito* de pertenecer a la Iglesia, deseo contenido en la caridad o contrición perfecta.

Sin embargo, es una gran desgracia no conocer a la Iglesia, porque ese desconocimiento lleva consigo la privación de los medios eficaces que esta buena Madre ofrece a sus hijos para que puedan llegar fácilmente al cielo.

Se puede pertenecer a la Iglesia, o *en realidad*, p *por deseo*, *al menos implícito*. Llamamos *implícito* el deseo contenido en la voluntad expresa y general de emplear los medios y observar las leyes establecidas por Dios para conseguir la salvación.

Es de *necesidad de precepto* pertenecer a la Iglesia en realidad, y de *necesidad de medio* el pertenecer a, ella, por lo menos, en deseo implícito. La necesidad de la Iglesia, por consiguiente, no se diferencia de la del bautismo. Para salvarse, hay que recibir el bautismo *en realidad* o *en deseo*: de la misma manera, hay que pertenecer a la Iglesia católica, *en realidad* o *en deseo*.

Esta doctrina puede explicarse en otros términos: Es de *necesidad de precepto* pertenecer al *cuerpo* de la Iglesia, y de *necesidad de medio* pertenecer a su *alma*. El *cuerpo*, o la parte visible de la Iglesia, es la sociedad de los fieles bautizados, unidos *visiblemente* entre sí por la profesión de la misma fe, la participación de los mismos sacramentos y la sumisión a los pastores legítimos.

El *alma*, o parte invisible de la Iglesia, es la gracia santificante, principio de vida sobrenatural. Las almas que la poseen, unidas *invisiblemente* a Jesucristo por la fe, esperanza y, sobre todo, por la caridad, están unidas entre sí como las ramas del árbol que reciben del mismo tronco la misma savia y la misma vida. Para pertenecer

al *alma de la Iglesia* es suficiente estar en estado de gracia, y poseer la vida divina que Jesucristo nos mereció con su muerte, y que Él nos comunica por el Espíritu Santo.

1° Todo aquél que reconoce a Jesucristo como a Dios y a la Iglesia católica como a la única divina, y que, esto no obstante, se mantiene fuera de su seno, no puede salvarse, porque se niega a cumplir el *gran precepto* impuesto por Jesucristo a todos los hombres de que sean miembros de su Iglesia. ¿Es injusto excluir de la salvación a los *herejes* y los *cismáticos de MALA FE*, que, por capricho y con obstinación, se niegan a buscar la verdad, o que, aun viendo la luz, permanecen voluntariamente en las tinieblas? ¿No es acaso justo que aquéllos que rehúsan entrar en' el *Arca de salvación* perezcan en el naufragio?, ¿que los que no quieren pertenecer a la *casa de Dios* en la tierra sean excluidos de la celestial Jerusalén?...

Los que *dudan* de la verdad de su religión, deben buscar la verdadera Iglesia. El hereje, el infiel, que, atormentados por la duda, descuidan la oración, dejan de consultar y de ilustrarse, se hacen reos de *pecado grave*. — (Véase núm. 72)

2° ¿*Pueden salvarse los que no conocen a la Iglesia?* Esta pregunta puede referirse a los niños y a los; adultos.

A) Los *niños* de los *herejes*, de los *cismáticos*, de los *infieles*, si son *válidamente bautizados*, reciben con el bautismo la gracia santificante, y no la pierden sino cuando, con advertencia plena, caen en falta grave.

Los niños que *mueren sin el bautismo*, y, por consiguiente, *fuera de la Iglesia*, están privados de la felicidad sobrenatural y de la visión beatífica. Pero esta dicha no les es debida, porque supera las exigencias de la naturaleza humana. Según la enseñanza común de los teólogos, estos niños no sufren la pena de *sentido*; tampoco sufren, según Santo Tomás, el sentimiento de tristeza que podría causarles la pérdida de la visión de Dios. Gozan de la *felicidad natural*, que hubiera sido la herencia de la naturaleza humana, si Dios no nos hubiera elevado al orden sobrenatural, y bendecirán eternamente al Creador por haberlos sacado de la nada.

B) Tampoco es imposible la salvación para los *adultos* que viven en las sectas *heréticas*, *cismáticas* o en las naciones *infieles*.

1° Una ley desconocida no puede obligar. Los que ignoran el Evangelio desconocen a la Iglesia de Jesucristo, y, por lo mismo, se hallan *involuntariamente*

fuera de ella; no pueden ser condenados por este simple hecho: Nadie se condena sino por su culpa. La *buena fe* excusa: Dios no imputará a los que están fuera de la Iglesia, sin culpa propia y por *ignorancia invencible*, un estado del que no son responsables. Estos tales no están obligados más que a servir a Dios mediante el cumplimiento de los deberes que les impone la conciencia.

2° Si estos hombres, los *infieles*, observan con fidelidad la *ley natural* grabada en todos los corazones, y los *herejes* y *cismáticos*, además de la ley natural, las positivas, en la parte que haya llegado a su noticia; si están dispuestos a abrazar la verdad que llegue a su conocimiento; en una palabra, si hacen de su parte todo lo posible, Dios les dará las gracias que necesitan. Al que hace de su parte todo lo posible, Dios no le niega su gracia: *Faciendi quod est in se, Deus non denegat gratiam*, dicen los teólogos. Él quiere la salvación de todos, para todos dispone y concede gracias suficientes para que puedan alcanzar la justificación y la salvación. Si Dios no les hace conocer *exterior mente*, mediante la predicación, las verdades necesarias para salvarse, lo hará *interiormente* por sí mismo o por el ministerio de los ángeles. Dios, dice Santo Tomás; *enviaría un ángel para introducir en la Iglesia a los hombres de buena voluntad, antes que dejarlos que se pierdan*¹¹¹.

Escuchemos al inmortal Pontífice Pío IX, en su Encíclica de 10 de agosto de 1863: “Nosotros || sabemos || que || aquéllos || que || viven en la ignorancia invencible de nuestra religión y que siguen fielmente los preceptos de la ley natural impresa en todos los corazones; que, dispuestos a seguir la voluntad de Dios, llevan una vida ordenada y honesta, sabemos que pueden, con el auxilio de la luz y de la gracia divina, obtener la vida eterna; porque Dios, que penetra y ve perfectamente los pensamientos y las disposiciones de todos los espíritus, en su clemencia y en su soberana bondad no permite que nadie sea castigado con suplicios eternos sin haberse hecho culpable de una falta || voluntaria”.

3° ¿Significa lo dicho que estos *infieles*, estos *herejes*, estos *cismáticos* de BUENA FE, se salvarán fuera de la Iglesia? No, por cierto; por lo mismo que tienen el deseo sincero de hacer la voluntad de Dios, de abrazar la verdad, pertenecen a la Iglesia con el corazón, puesto que entrarían en ella si la conocieran; teniendo la caridad perfecta, desean *implícitamente*, pertenecer a la Iglesia, y este *deseo suple* la

¹¹¹ *Summa theologiae*, III pars, q. 1.